

Por el autor de
EL SILENCIO DE LOS MALDITOS

CARLOS PINTO

de

EL JARDÍN
DE LOS
INOCENTES



Un estudiante de medicina que realiza abortos clandestinos se ve involucrado en la muerte de una muchacha embarazada que fallece en una de sus intervenciones. Al ser acusado de robar implementos desde su universidad, aprovecha ese delito menor para pasar una breve temporada en prisión y así eludir la investigación por la muerte de la joven. Desobedeciendo sus advertencias, su novia decide continuar con el macabro negocio a pesar de no tener mayores conocimientos.

El veterano detective Facundo Pineda se vuelve la principal amenaza para la pareja, debido a su obstinación y su olfato, e insiste en buscar los nexos entre dos hechos muy distintos que lo acercarán a la verdad. Pero lo que en principio parece un caso más en su carrera, se convierte en una verdadera pesadilla y amenaza con arrastrar a las personas que lo rodean.

Una vez más, el periodista y conductor Carlos Pinto se inspira en un dramático caso real para develar los oscuros derroteros de individuos que, por malas decisiones, cruzan el límite de la moral y la legalidad, y para quienes matar, se convierte en la única salida.



Carlos Pinto

El jardín de los inocentes

ePub r1.0

Titivillus 14-07-2021

Título original: *El jardín de los inocentes*
Carlos Pinto, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Dedico este libro a Ignacio, Isabela y Luca

*El derecho que más engrandece a la mujer es
el derecho a tomar sus propias decisiones.*

Capítulo uno

ESE DÍA JAMÁS LO OLVIDÉ

El rostro de la mujer estaba como ajeno a lo que acontecía con su cuerpo. No había razones para que sintiera tanto dolor, no al menos como lo indicaban sus gestos. Emilia se percató de esa expresión de estar sufriendo una verdadera tortura, y en un acto de sincera empatía se acercó para tomarle la mano y hacerle ver que no estaba sola. Eleonora sentía que todo ese proceso era eterno y desde mucho antes esperaba que alguien solidarizara con su drama. Había tomado como punto de evasión la lámpara cenital sobre su cabeza para soportar con estoicismo lo que advertía como la instancia más difícil de su corta existencia.

Nadie en su entorno —ni siquiera sus padres— sabía dónde se encontraba en aquel momento. Según le confesó a la propia Emilia cuando se conocieron, no tenía otra alternativa que pagar sus culpas de esta triste manera. Sin que las circunstancias se lo exigieran, sintió que podía obtener un grado de compasión si aclaraba que tenía dos hijos en edad de asistir al jardín infantil, que se había divorciado hacía menos de un año y que si bien poseía un buen empleo como vendedora de tarjetas de crédito de un banco, le habría sido imposible trabajar de día y estudiar en horario vespertino una carrera universitaria sin la ayuda económica de su exesposo, y se encontraba entrampada, como si estuviera determinada por un destino imposible de soslayar.

Como en un viaje astral, Eleonora se sumió en la luminosidad de aquella lámpara que pendía sobre sus ojos y transformó esa sensación en la silente confesión de sus lamentos y, por sobre todo, en una fuente distractora para morigerar el dolor que se avecinaba. Recordó su pasado de hija única, con un padre frecuentemente muy rudo y ausente la mayor parte de las veces. Vislumbró desde temprano que su vida no sería fácil y que la niñez se le había esfumado demasiado pronto. Tras esa certeza precoz, se casó con el primer hombre que le dio visos de protección. Tuvo dos hijos antes de darse cuenta y reaccionar frente a la conducta abusadora del compañero elegido. Por entonces la separación se presagiaba inminente, y si bien tardó mucho en sacarlo de su vida, con el paso del tiempo la decisión fue fecunda para ella. Él, por su parte, en la convicción de ser acreedor de una segunda oportunidad, enmendó poco a poco sus errores y se convirtió en mejor hombre y padre durante su exilio. Eleonora advirtió el cambio, pero no lo consideró como una atenuante sustantiva. Eran pocas las certezas que asomaban en su mente y una de ellas era inquebrantable: no le daría una segunda oportunidad a su esposo, así él caminara sobre las aguas del lago Villarrica sin mojarse los pies. El hombre era de esa zona, allá lo conoció. Su convicción le permitió intuir que la conducta positiva, comprensiva y colaboradora de su exmarido caducaría en el instante mismo en que ella conociera a otra persona. Emulando la

trama intrincada de una novela rosa, muy pronto apareció a la vuelta de la esquina un personaje en su vida, un extranjero que vino a hacer negocios y que cautivó su atención. Solo dos meses y cinco días duró esa relación que ella se esmeró por mantener en secreto. Contó los días, los contó como una adolescente, en el ánimo equívoco de querer perpetuar la felicidad que siempre le fue esquiva. Pero la ruptura no tuvo como móvil la falta de amor sino que, simplemente, antes de tomar el vuelo de regreso a su país, ese hombre le confesó, con genuina angustia y ánimo de no generarle falsas expectativas, que era casado y que su retorno sería improbable. Eleonora tuvo la sabiduría para entender la palabra improbable como imposible. El drama a continuación tomó cuerpo y se desarrolló con clímax y desenlace, e incluso con el final abierto que estaba viviendo ahora. Luego que dejaba a sus hijos en el jardín y antes de irse al trabajo, lloraba todas las mañanas en soledad. La rutina duró exactamente hasta que un atraso en su regla cambió sus prioridades: estaba embarazada.

Edison, absorto en su faena tras lidiar más de la cuenta con una inesperada hemorragia, hurgó en sus precarios conocimientos de medicina y salió airoso de aquella contrariedad, sacando el feto que la joven madre de veinticinco años había incubado en su vientre durante tres meses. Una vez que lo tuvo en su poder, lo cubrió con una manta y le pidió como de costumbre a su ayudante que se encargara de aquel bulto. Emilia soltó la mano que había mantenido aferrada a la paciente y asumió con frialdad profesional la misión de trasladarlo al lugar de siempre. Con la sensación de estar hipnotizada, Eleonora advirtió el fin, que para ella en cierto modo era el principio. Sin abandonar la vista de la lámpara, interpretó en su mente lo que a partir de ese momento sucedía en aquella habitación precaria, lúgubre, de muros raídos y piso de madera añoso. Con solo escuchar los ruidos en su entorno, supuso el desarme de la indumentaria; con el sonido de la silla raspando el piso imaginó al partero levantándose y supo que los pasos de Emilia en dirección a la puerta significaban que llevaba en sus manos —ahora como un objeto— lo que pudo haber sido su tercer hijo o hija. En efecto, la ayudante cerró tras de sí la puerta y se dirigió en forma mecánica hasta un basurero en el fondo de un seco patio interior. Sin recaudo de ninguna especie, abrió el saco papero introducido al interior de un tambor metálico para hacer espacio y acomodar el bulto en aquella cama de desechos.

Edison le confirmó a Eleonora que todo había terminado bien y que podía comenzar a levantarse. Ella no respondió, no por indolencia, sino porque temía mostrar su desbordada emoción. Aprovechando que su interlocutor se encontraba de espaldas sacándose los guantes de látex, recogió parte de la sábana que colgaba de aquella mesa que había cumplido la función de una camilla ginecológica y se la acercó para impedir que un par de lágrimas se escaparan por el vértice externo del ojo y develaran el nudo dramático de su historia.

El café, según rezaba impreso en la puerta de entrada, abría a las ocho de la mañana. Por eso el inspector Facundo Pineda, quien esperaba ser el primer cliente, se sorprendió al ver que ya había mesas ocupadas en su interior. Le bastó una mirada rápida para darse cuenta de que había hecho una buena elección. El lugar era pequeño y acogedor, y el garzón se aproximó en el momento exacto en que se sentaba en una de las dos mesas con vista a la calle.

Sin preámbulo, le impuso el café de la casa y le recomendó las tostadas con palta en pan casero, oferta que el inspector aceptó sin dudar.

La noche anterior había sido un tanto borrascosa y por añadidura de sueño escaso, aunque nada tan grave que un expreso doble no pudiera remediar. Con el primer barrido de su mirada advirtió que el local tuvo desde su génesis una pretenciosa intención temática. Los muros tapizados con retratos de Gardel, Piazzola, Julio Sosa y hasta una fotografía de Lucho Gatica fueron decidoras para explicar las melodías con que Óscar Larroca y Alfredo de Angelis recibían a los madrugadores: «Vení, hermano, sentate a tomar café conmigo...», «Mozo, café para dos...».

A sus cuarenta y siete años, Pineda irradiaba energía. Guardaba en su mente esa música como cercana, pues de niño escuchó tangos y vio a sus padres bailarlos, hasta convertir ahora sus melodías en un nexo permanente con ellos para mantenerlos vivos en su memoria, desde que ambos —como de seguro se expresa en más de alguna letra de este «sentimiento que se baila»— partieron sin anunciar su adiós.

Recordó que el día anterior, Boris Sanfuentes, el director de su unidad y excompañero cuando eran imberbes estudiantes en la Escuela de Investigaciones, lo llamó a su oficina. Le dijo que confiaba en su pericia, habilidad y destreza en el campo de la investigación, y subrayó con especial énfasis lo que consideraba como su máxima condición: un agudo olfato policial. Aseguró, con ánimo de no dejar espacio para que rechazara la asignación que le tenía entre manos, que hoy son muy pocos los recién egresados que poseen esta suerte de don. Pineda intuía el propósito de la charla y le hubiese gustado que el director se ahorrara esos conceptos que siempre repetía para seducirlo. Lo conocía lo suficiente como para no ignorar el vendaval de patética obviedad que se aproximaba. Sanfuentes no tardó en corroborar sus presunciones, agregando: «El olfato policial es un indiscifrable talento que no se hereda ni menos se puede enseñar, pero que es la condición *sine qua non* a la hora de honrar a los mejores». Por cierto, sin decírselo de plano, era evidente que le adjudicaba a él todas esas maravillosas cualidades.

Una serie de informaciones emanadas de un denunciante anónimo habían llegado a la oficina del director y activado en su mente la loca idea de prestarles atención. Si bien en este trabajo muchos casos se dilucidan gracias a la cooperación de rostros invisibles, Pineda como oficioso zorro en estas lides se tragaba su escepticismo esperando que las presunciones de Sanfuentes fueran solo eso: presunciones. Pero no por el mero capricho de oponerse, sino porque el género criminal en el que se insertaba el caso le producía una extraña animadversión. Pineda se retiró de la oficina

de su jefe un tanto contrariado y con la mediana certeza de haber sido adulado para que aceptara el caso.

La evocación le sirvió, entre otras cosas, para asumir con más estoicismo la sorpresiva y brumosa mañana que le quitaba nitidez al alcance de su mirada. El garzón no tardó en traer el pedido y luego de un interesado «que lo disfrute», se alejó. Sentado frente a una amplia ventana, Pineda bebía el café casi por inercia y, como un voyerista obsesivo, no despegaba la vista de la calle Santo Domingo. También por inercia probó las tostadas con palta que en efecto tenían un sabor especial. Su mirada en perspectiva dominaba la solitaria y ahora fría arteria de casas vetustas, que hacían imaginar que el tiempo y la modernidad nunca pasaron por allí. A poca distancia un camión aljibe, que regaba sin detener su movimiento y perdía más agua de la que lograban absorber los árboles, le dio lustre a los adoquines generando la impresión de un espejismo. Eran pocas las calles del gran Santiago que por intención u omisión aún permanecían refractarias al cemento y al asfalto, como si conformar el llamado casco antiguo de la ciudad fuera más un privilegio que el resultado de una carencia económica.

Una supuesta red de «parteros» clandestinos debía ser desenmascarada en su acción ilegal para dejar en evidencia que cometían crímenes contra seres humanos, o en vías de adquirir esa categoría. Más allá de las tendencias valóricas en torno al caso, su objetivo profesional era actuar ante cualquier persona que transgrediera la ley que penalizaba el aborto. El nido de esta suerte de cartel, según las informaciones que se barajaban, estaría enquistado en un conjunto de casonas del Santiago antiguo. Un inesperado número de mujeres que en un corto lapso habrían llegado al hospital San Juan de Dios con serias complicaciones de salud, luego de haber sido sometidas a maniobras para interrumpir su embarazo, alertó a la policía. Ellas, más asustadas por las consecuencias de ser consideradas cómplices que leales a sus parteros, negaron esas hipótesis y en aquella posición se mantuvieron infranqueables cuando fueron interrogadas. Los datos fueron recabados a través del novato portero del centro asistencial de urgencia, quien deseoso de demostrar virtudes que avalaran un próximo aumento de sueldo o de cargo, al darse cuenta del sorpresivo flujo de mujeres que en menos de un mes llegaron en similares condiciones, aprovechó el ocio y tuvo la ocurrencia de anotar algunas de las patentes de los taxis en que ellas llegaban al hospital e incluso improvisó entrevistas al paso con algunos conductores. El informe escrito de su puño y letra en la bitácora diaria hacía notar que la mayoría de ellos coincidieron en decir que habían tomado a sus pasajeras en las inmediaciones del barrio Santo Domingo, algunos se aventuraban incluso a precisar: en las proximidades de calle Brasil.

Si bien aquella era una pista a considerar, en modo alguno se transformaba en evidencia. En este contexto se anidaba la gran contradicción vital del inspector, que le asignaba a la misión un carácter político más que una violación a la ley que protege a ultranza el desarrollo del feto en el vientre de una mujer embarazada. Si bien en sus

inicios como detective incubó la teoría de sus padres, que consideraban de plano el aborto como un crimen en toda circunstancia, su pensamiento al respecto fue mutando en el curso del ejercicio policial. La experiencia y la casuística y, por sobre todo, el contacto con el mundo real —ese que otorga la calle y su cercanía con la violencia en todas sus facetas— lo hicieron despojarse de los valores heredados y, por añadidura, cuestionar también su fe religiosa como católico no practicante para darle cabida, sin sentimientos de culpa, a la idea de que el feto no es en sí una persona. Hoy se aferra al concepto de que no se mata a un ser humano cuando se interrumpe el embarazo en las primeras semanas de gestación. Su acento está puesto ahora en el derecho de las mujeres y en la validez de su opinión como protagonistas de su propio drama. Ellas —se le escuchó decir en muchas ocasiones a Pineda— tienen que enfrentar una verdadera espada de Damocles sobre sus cabezas, cuando las circunstancias les hacen optar por el aborto clandestino. Claramente el inspector se refería a las leyes coercitivas que inducían a las mujeres a poner su vida en manos de médicos espurios cuando requerían interrumpir su embarazo, concluyendo que en la praxis ellas se convertían en víctimas del sistema legal.

Facundo no se jacta, pero en su condición de detective reconoce que privó de libertad y puso tras las rejas a varias mujeres por esta causa. Nunca lo comentó, pero eso le provocaba dolor y sentimientos encontrados, pues aun teniendo la necesaria empatía con su problema, el peso de tener que respetar los márgenes de la ley le ataba de manos.

Desde entonces fue renuente a hacerse cargo de los casos de este tipo y, en lo posible, los esquivaba con desazón. En esto cavilaba mientras oteaba agazapado detrás de la ventana del café, en dirección a la amplitud de la calle Santo Domingo. Su objetivo no era otro que registrar ocularmente algún taxi que tomara o dejara pasajeras que mostraran un evidente malestar físico o un gesto que se pudiera interpretar como de temerosa conducta. La tarea era en extremo banal, por decir lo menos. La posibilidad de que los astros pusieran frente a sus ojos a una futura madre en apuros, justo en el momento en que se conectara con su virtual partero, era ilusoria, y él lo sabía.

De pronto recordó que minutos antes había llamado al cuartel a su asistente, Donato Burgos, para comunicarle que ya se encontraba en terreno y señalarle exactamente dónde se juntarían.

Mientras esperaba su llegada, volvió la mirada al interior del café, le hizo un ademán con su mano alzada al garzón para repetir la dosis y recién ahí se percató de los singulares clientes que en aquel instante ocupaban tres de las mesas del lugar. Tenía por hábito hacer un somero análisis de la gente en su entorno, seguramente por deformación profesional. Era un ejercicio o más bien un juego que, según él, potenciaba su agudeza mental. En ese marco, le atrajo la figura de un gordo casi mórbido que a esa hora devoraba un sándwich de pernil con palta, bañando por gula con una cucharada de mayonesa cada trozo que engullía. Se imaginó que era un

jubilado y también un cliente habitual que tenía por costumbre sentarse en el mismo lugar todos los días. Elucubró que leer gratis el diario que allí se ofrecía como una atención de la casa le confirmaba su presunción de que se trataba de un tacaño. Metros más allá había una pareja subcincuenta, y a juzgar por el pelo todavía algo húmedo y despeinado de ambos, el inspector apostaba diez a uno que los dos les eran infieles a sus parejas y que habían pasado la noche en uno de los tantos moteles sin estrellas del sector. Frente a su mesa, un tipo delgado, de pómulos huesudos, cercano a lo cadavérico, con un jopo engominado y el pelo teñido recientemente de negro profundo —sus palmas oscurecidas lo delataban—, de edad indefinible, con bigotes y pinta de bailarín de tango, movía mecánicamente sus pies siguiendo con tardanza el ritmo de una milonga de Alberto Castillo. Este personaje parecía el muñeco de un titiritero que movía sus hilos invisibles desde el entretecho. Muy concentrado, el tipo golpeaba con sus largos dedos a diestra y siniestra las teclas de su celular, en un intento de hacer una conexión por internet que lo superaba. El rastreo visual de Pineda concluyó al ver a su ayudante ingresando brioso al café.

—¡Sorry por la demora! Pero me cansé de esperar que alguien me trajera. No llegó ningún conductor al cuartel, así que me tuve que venir en taxi —dijo el detective Burgos, quien entró como si huyera de la fría mañana—. Se siente rico aquí... Afuera está para congelarse —agregó mientras se frotaba las manos y se acomodaba en la mesa de su jefe.

—¡Pide lo que quieras...! —respondió Pineda, en ánimo de recuperar el tiempo perdido.

—¡Un café y un aliado de jamón queso! —le dijo Burgos al garzón antes de que este tuviera la intención siquiera de acercarse a la mesa. Dirigió luego la mirada a su jefe.

—¿Por qué aquí?

—Hicieron un llamado anónimo diciendo que en este sector existen clínicas clandestinas de aborto.

—¿Un llamado anónimo?, ¿no me diga que usted les da crédito?

—Lo más probable es que sea un volador de luces, pero hay que averiguarlo.

—Lo sé, pero lo más seguro es que nos peguemos un plantón de una semana o más.

—Así es este trabajo, pensé que ya lo sabías —dijo Pineda sin temor a evidenciar el sarcasmo de su respuesta.

—No es necesario que me ofenda, jefe —replicó Burgos, para aclarar lo que él quiso entender como una broma.

—Recuerda que este caso es un encargo.

—¿Qué me quiere decir con eso?

—Que debes hacer un informe al director cuando terminemos.

—Como sé que no va a pasar nada, lo hago ahora mismo —dijo Burgos con una sonrisa socarrona.

—Te jactas de no darle crédito a un llamado anónimo mientras yo no tengo otra que hacer algo con este caso, a pesar de que (te confieso) tampoco estoy a gusto.

—Y si está de acuerdo en que esta historia no tendrá un final feliz, ¿por qué se enoja conmigo, jefe?

—No estoy molesto contigo, hombre. Lo que pasa es que desde hace mucho tiempo que le hago el quite a estos casos.

—¿Qué quiere decir?

—Yo pienso que hacerse un aborto no es necesariamente un crimen.

—¿Está hablando en serio? —exclamó Burgos—. ¡Cómo no!, si ellas son las que deciden matar a sus hijos.

Pineda advirtió demasiada sorpresa en la mirada de su ayudante, así que desvió los ojos hacia la calle Santo Domingo para evitar darle mucha importancia a su postura radicalmente opuesta. Sintió que, en su rol de jefe, discutir temas valóricos con Burgos podría generar flancos que relativizaran su autoridad.

—¿Quiere decir que metería presos a los que hacen esas maniobras, pero no a las mujeres que quieren interrumpir su embarazo? —insistió el asistente, con la curiosidad en aumento.

—Para mí, este es el tema: en las primeras semanas solo existe un embrión, en ningún caso un feto y mucho menos un ser humano.

—No entiendo, ¿para dónde va?

—Solo digo que si se interrumpe la gestación, no se mata a nadie.

—Pero cómo no, si usted y yo nacimos del mismo modo. Si nos hubiesen sacado antes, ahora no estaríamos conversando.

—Es que si se aborta en las primeras semanas, no nos hubiesen sacado a nosotros sino solo a un embrión.

—No habríamos existido. ¡Acaso no es lo mismo! —dijo Burgos olvidando que tenía enfrente a su superior.

Era exactamente lo que Pineda quería evitar desde el principio: enfrascarse en una declaración de principios sobre el tema, en desmedro de la acción policial. Pero ya era tarde.

—¡No es lo mismo! —respondió—. Si fueras periodista, ¿cuál sería tu enfoque de una noticia si vieras una avioneta caer sobre un viñedo y deslizarse destruyendo todo a su paso?

—Disculpe, inspector, no sé si es muy temprano o tengo déficit atencional, pero no entiendo su ejemplo.

—Si tuvieras que publicar esa información en un titular de periódico, ¿escribirías, por ejemplo, «Caída de avión destruyó cinco mil litros de vino»?

—Me está tomando el pelo... ¿Por qué pondría eso?

—O sea, tiene más sentido decir «Avioneta cayó sobre un viñedo destruyendo gran parte de la cosecha».

—Claro, me parece más lógico... Pero no me diga, jefe, que quiere comparar el proceso de elaboración del vino con la gestación de un bebé —acotó Burgos a la defensiva.

—¿Por qué no? Para que un embrión se transforme en un feto y este a su vez en un bebé, también se necesita un proceso... para ser exactos, de nueve meses.

—¿Y...? —pronunció Burgos.

—Por lo tanto, el avión solamente destruyó la plantación de uvas, no el vino. Creo que me estás entendiendo, ¿no? Para mí, cuando se impide el crecimiento del embrión no se está destruyendo a un bebé.

—Reconozco, jefe, que su analogía es muy ilustrativa, pero en su ejemplo la avioneta no cae intencionalmente sobre la viña, sino por accidente. De no haber sido así, el agricultor finalmente sí hubiese cosechado la uva, que más tarde sí o sí se habría convertido en vino.

—Entonces estás de acuerdo en que una viña es solo uva y no vino.

Burgos conoce bien a su jefe e intuye que cuando este reafirma las palabras de su adversario, es porque será aún más mordaz. Esta vez ignora por dónde viene la mano.

—En cierto modo... —contestó Donato Burgos bajando la intensidad de su argumentación.

—Ambos podríamos perdonar que una mujer sometida a circunstancias que la superan llegue a la instancia del aborto. ¿Verdad?

—¿Adónde quiere llegar, jefe? —preguntó Burgos sintiendo que el relato redundante del inspector le había hecho perder la hebra de la discusión—. ¿Cuáles, según usted, serían esas circunstancias posibles?

—La violación, por ejemplo.

—Obvio, desde luego eso tiene más sentido para mí, como también la inviabilidad del feto y, sobre todo, cuando la vida de la madre está en riesgo. Por algo se despenalizó en la ley de las tres causales. Hasta ahí lo puedo compartir, pero no veo otras razones para interrumpir el embarazo que no califiquen como un acto criminal. ¿Existen otras para usted?

—Bueno, en aquellas circunstancias se impidió que la uva se convirtiera en vino, pero te aseguro que existen otros motivos, y más poderosos.

La llegada tardía del mesero con el café y el sándwich fue la ocasión precisa para dejar de lado el tema. Burgos no estaba dispuesto a dar una pelea donde, por lo demás, tenía más que perder que ganar. «Me salvó la campana», pensó.

La mesa —cubierta por una colchoneta de esponja— era rústica y de dimensiones exageradas. Había sido confeccionada con restos de unas vigas de roble que Emilia rescató tras demoler una habitación para ampliar el patio de su casa, en la que vivía junto a su pareja, Edison, un estudiante de medicina. La habitación tenía las ventanas absolutamente tapiadas y estaba sumida en una oscuridad intencionada. Solo un par

de lámparas con dos ampolletas de ciento cincuenta watts y luz blanca, más una silla en el extremo contrario a la cabecera de la mesa —convertida en una camilla ginecológica hechiza— completaban el mobiliario. Emilia preparaba todo con especial sigilo. Tras asear el lugar, colocaba dentro de una bandeja de acero inoxidable los instrumentos quirúrgicos que minutos antes había hervido en agua caliente. La preparación de esta virtual sala de partos proseguía cuando la mujer acomodaba sobre la colchoneta una frazada doblada en cuatro, para luego agregar encima una sábana blanca dejándola caer como si fuera un mantel.

En el *living*, una joven y su novio esperaban nerviosos que Edison llegara de sus clases en la universidad para dar comienzo al procedimiento.

Luego de morir su madre, Emilia prefirió emigrar de San Clemente, en las proximidades de Talca, y con la venta del extenso campo que heredó en calidad de hija única, compró esta vieja casona ubicada en el corazón del barrio Santo Domingo. Mientras llevaba a cabo su plan de juntar algo más de dinero para estudiar enfermería, decidió rentabilizar la casa alquilando la media decena de piezas desocupadas a personas solas, parejas que iniciaban su vida conyugal e incluso a estudiantes. Fue precisamente con uno de ellos, Edison Ruiz, alumno de quinto semestre de medicina en la Universidad de Chile, con quien se involucró sentimentalmente. Este joven de veintitrés años —cinco menos que ella— se dio cuenta de que su compañera no obtenía buenos dividendos con el arriendo de piezas, y que se le generaban serios problemas cuando a fin de mes abundaban los inquilinos que esgrimían razones económicas para retrasarse en el pago.

Cuando se percató de que su influjo afectivo sobre ella le otorgaba ciertas prerrogativas —entre otras, vivir gratis— le planteó la fórmula perfecta para revertir esa situación: despedir a los arrendatarios y convertir ese lugar en una clínica clandestina —negocio a todas luces más rentable— en la que ambos serían socios.

Edison llegó presuroso a casa, consciente de la situación que debía atender. Emilia lo abordó en el pasillo antes de que accedieran al *living*. Fue diplomática y lo recibió con un beso, aunque más frío, ya que en ese instante no podía armar un escándalo por su demora frente a la pareja de extraños que lo aguardaban.

—Llevan una hora esperando y ella no se siente bien, ¡está nerviosa! —dijo Emilia en voz baja, casi al oído de Edison.

—¿Le diste algo? —respondió él en el mismo tono.

—Nada, no sabía si llegabas. Me cansé de llamarte.

—No podía contestarte. Me citó el decano, quería hablar conmigo. ¿Tienes todo listo?

—¡Sí!

—Me voy a lavar las manos. ¡Llévala a la sala y prepárala!

La joven es estudiante y tiene un embarazo de dos meses. Sus padres la imaginan en clases. Su novio trabaja como vendedor de un laboratorio y se consiguió el dinero para esta intervención con un préstamo bancario, dinero que ya le entregó a Emilia el día anterior.

El negocio que convirtió a Edison y Emilia en socios ya entraba en el quinto mes de funcionamiento. El llamado efecto boca a boca fue difundiendo su labor de parteros, y aunque las ganancias aún eran exiguas, claramente la clientela iba en alza.

Edison nació y se crio en la ciudad de Rancagua, y en su calidad de alumno excepcional sacó un puntaje que le permitió postular y quedar en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile en Santiago. Desde ese momento sus planes de ser un gran médico, ganar dinero y lograr reconocimiento se conjugaron para exacerbar su personalidad avasalladora, para la que nada le resultaba imposible.

«¡Querer es poder!» fue la consigna que abrazó cuando su padre falleció inesperadamente, con la repercusión instantánea para el joven de que ya no recibió más la mesada para sus estudios. En su entorno universitario no advirtió a nadie de su repentina y riesgosa condición económica. El anhelo de recibirse de médico era un propósito superior que no estaba dispuesto a traicionar. Emilia ya había hipotecado su afecto con él y, consciente de las necesidades y planes de Edison, hizo exactamente lo que él le propuso, paso por paso.

Con sus escasos dos años y medio de estudios de medicina, y algunas horas de biblioteca focalizadas en el campo de la obstetricia y la puericultura, creyó estar en condiciones de realizar abortos clandestinos. Ya en Rancagua, su ciudad natal, había hecho foco en lo que ganaban quienes, con menos conocimientos que él, se dedicaban a estas labores al margen de la ley. Emilia desocupó su casa y leyó incansablemente libros que el propio Edison le trajo de la biblioteca en el afán de prepararse como su asistente. En las conversaciones nocturnas después del sexo, ella le había confiado que su sueño era ser enfermera, y Edison la convirtió en su cómplice asegurándole que esta empresa era la adecuada para cumplir con ese plan.

En el intertanto, Emilia le puso a la joven una inyección de oxitocina para contraer el útero. Edison no tardó en entrar al precario pabellón, vistiendo un delantal blanco como un código visual que le otorgaba —sin tener que enunciarlo— la tácita categoría de especialista. Mientras se ponía los guantes saludó a la paciente con un imperceptible «hola», seguido de un leve movimiento de cabeza para no exigirle respuesta, ya que ella se notaba intimidada como todas las primerizas. Se acomodó luego la mascarilla y tomó posición en medio de las piernas abiertas de la estudiante. La mesa tenía adosada en la orilla de trabajo dos plataformas de madera plana que,

cubiertas con la sábana, no acusaban a simple vista su precaria imitación de una camilla ginecológica. Examinó a la joven —que parecía tener la mirada adherida al cielorraso— con un espejo vaginal, para luego introducirle en el cuello del útero una sonda dilatadora y comprobar así su comportamiento. La experiencia profesional del alumno de medicina era precaria, por no decir insuficiente, sin embargo su actitud le hacía parecer ducho ante las pacientes.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó a la estudiante con un aire de seguridad.

—Bien —respondió ella no muy convencida.

—Tendrás que venir mañana.

—¿Mañana? —se sorprendió ella.

—La inyección que te pusimos nos dará luces sobre la dilatación que tienes y mañana, si todo sale bien, en menos de dos horas estarás fuera.

—Mañana tengo prueba —dijo la joven con la opacidad de un pensamiento hablado.

—Tendrás que ver cómo lo haces, porque esto no puede esperar —le señaló Edison poniéndole presión.

Mientras el profesor de fisiopatología caminaba de un lado a otro aleteando con sus brazos frente al pizarrón magnético mientras explicaba la morfología y deformaciones de los órganos, Edison Ruiz —guarecido en la última fila tras dos cabezas de compañeros— luchaba por vencer el incontrolable deseo de dormir. Una paciente intervenida días antes había irrumpido en su casa a medianoche luego de presentar un leve e inexplicable sangramiento interior. El episodio los mantuvo ocupados con Emilia hasta las tres de la madrugada. Para su fortuna, el sonido del timbre que dio por finalizada la clase terminó por despercudirlo, y Edison se levantó del asiento como si tuviera resortes en los pies. Con mediana conciencia, la que fue recuperando mientras se dirigía al casino de la facultad en busca de una bebida energética —su antídoto adictivo—, recordó que en su casillero permanecía un bolso con indumentaria ginecológica que ahora requería con urgencia. Como una hormiga, se había ido apropiando de cada una de esos artículos durante las clases prácticas, para que los profesores las dieran por extraviadas y no sustraídas. De la misma forma había ido juntando un set de instrumentos como espéculos, curetas y pinzas uterinas mientras su apetito delictivo crecía y ya estaba pensando en apropiarse de un monitor fetal e incluso de una camilla ginecológica. Como un *cowboy* frente al mesón del bar del pueblo, bebió su energética en tres sorbos y aprovechando el rato libre se dirigió sigiloso hasta una de las bodegas en el subterráneo de la escuela para tramar la manera en que podría, a futuro, acceder a una camilla ginecológica sin levantar sospechas sobre su apropiación. Ya había hecho un estudio; un tanto precario, pero que de alguna manera tenía sentido. Cuando se hacen prácticas y simulaciones quirúrgicas, los ayudantes de los profesores son los encargados de que los maestros

dispongan de toda la infraestructura necesaria para desarrollar sus clases. Para ello deben presentar una solicitud del material y, con ese documento aceptado, recurrir al encargado de la bodega quien les entrega el pedido. En varias de sus visitas a ese sector, Edison había descubierto que el encargado no siempre se encontraba allí y que la puerta no tenía llaves. De modo que no sería tan inusual que alguien, a vista y paciencia de todos, sacara una camilla ginecológica y la desplazara con libertad por entre los pasillos sin que a nadie le pareciera extraña la maniobra. En el microbús de retorno a casa, absorto en la ilícita estrategia, el joven determinó que debía llevarla a cabo en el ocaso del día, cuando no hay muchos alumnos.

Dos horas permaneció con Edison y Emilia la joven estudiante, que nunca dejó de estar nerviosa mientras se producía la interrupción de su embarazo. En los minutos posteriores le contó a Emilia, entre lágrimas, que ella pertenecía a una comunidad religiosa y que su mayor tormento fue haber tomado esa decisión. Emilia la escuchó con atención y solo atinó a decirle que se cuidara si continuaba con su actividad sexual. No era una joven hermosa, pero sí de rostro agradable y, para su propia sorpresa, su atractivo radicaba en el alto grado de inocencia que poseía y que sin pretenderlo irradiaba a caudales como un gesto de natural dulzura. Fue lo que sedujo a Edison.

Convertida en copartícipe de este dueto de «aborteros», Emilia creía que estaba en el camino correcto para llegar a ser enfermera, con unas pinceladas básicas de conocimientos y casi por mandato.

—¿Le recordaste que viera el modo de tomar antibióticos? —le preguntó Edison.

—Sí, pero me dijo que sin receta no le vendían.

—Si se las arreglan para hacer *esto*, verán la manera de conseguirlos. Es lo que haríamos nosotros, ¿no te parece? —respondió Edison sin muestras de empatía.

—Son niños... ella tiene dieciséis y entra a diecisiete.

—Sería raro que cumpliera los dieciocho —dijo Edison en tono irónico y burlesco.

—No te rías. Es que en San Clemente la gente dice así y lo tengo pegado. Fuera de broma, creo que nosotros deberíamos darles los remedios en el futuro.

—Voy a ver si me consigo algunas recetas en blanco de algún profesor... Yo las vendería.

—¿Las recetas?

—Las pastillas.

—¡Ay, Edison...! Deberíamos regalárselas, eso nos ayudaría a nosotros mismos para que después regresen si presentan problemas.

—A todo esto, ¿dónde dejaste los restos que saqué?

—En la basura, como siempre. ¿Por qué?

—Es que me asusta, porque los gatos en la noche se ponen a escarbar.

—Nunca me lo dijiste antes.

—El otro día vi dos gatos que tenían el basurero en el suelo. Tenemos que comprar uno con tapa.

Capítulo dos

LA DESPEDIDA

El plan de Edison estaba en marcha. Durante muchos días sedujo a Miguel Méndez, el guardia que cuidaba la entrada a la morgue de la Escuela de Medicina. Méndez era casado, con hijos también ya casados, tenía mucho oficio y era un hombre de total confianza de la dirección de la universidad. Había sido un personaje clave en la adquisición de dos cadáveres para la facultad. Sin la presencia de estos cuerpos destinados a la ciencia, los alumnos difícilmente pueden aprender y conectarse con la realidad que enfrentarán cuando se conviertan en profesionales. A veces existen periodos en que no es fácil contar con donantes o vendedores de cuerpos sin vida, y entonces la escuela debe comprar cadáveres en el exterior a precios altísimos.

Méndez conocía a Javier, un vagabundo con quien las noches crudas de invierno parecían más amables compartiendo un café caliente y parte de su merienda. Javier había sido mueblista pero, según contó, nunca se percató de que se estaba convirtiendo en adicto al alcohol. Dijo que había comenzado con un par de vasos diarios que muy pronto se transformaron en una caja de a litro, y de allí pasó a beber sin control hasta perder la cordura. Su esposa no le permitía entrar a la casa en ese estado y fue poco el tiempo que duró así, hasta que decidió quedarse afuera. «En realidad fui echado», aclaró de inmediato, para dar crédito a lo que pretendía decir más adelante. Como era de esperar, el escaño de la plaza se convirtió en su dormitorio de verano y la chaqueta doblada, en su almohada. En invierno, con lluvia, se cobijaba debajo de los puentes y compartía la infaltable fogata con sus eventuales «colegas». Mientras se explayaba en su relato a Miguel Méndez para matar la noche, este vagabundo decía que hoy lamentaba haber perdido todo contacto con su familia. Sus reiterados recuerdos y lamentos tuvieron eco en el cuidador, quien no tardó en buscar ayuda para su amigo nocturno, consiguiendo que un doctor de la facultad lo atendiera en forma gratuita, con el propósito de inducirlo a un tratamiento.

Meses después, con su adicción más controlada, Javier le agradeció a Méndez el gesto solidario y le contó, en la confianza que otorga la amistad probada, que no quería morir sin dejarle algo de dinero a su familia. Por cierto la idea no dejaba de conmover al guardia, pero ignoraba cómo ese hombre, que había dejado de trabajar hacía muchos años, podría ahora cumplir ese anhelo.

—Me parece muy bien, Javier, que alguna vez en la vida pienses en tu familia.

—Me gustaría que tú fueras a dejárselo en mi nombre —dijo el vagabundo con una candidez abismante.

—¿Yo? —dijo Méndez sin poder evitar una sonrisa—. Yo no tengo ningún problema; es más, sería un honor. Pero, Javier, creo que falta mucho tiempo para que

te mueras.

—Presiento que no —respondió este un tanto resignado a su suerte.

—No me digas que volviste a tomar —dijo Méndez con genuina preocupación.

—¡No! No te conté, pero la razón de no haber venido a verte esta semana es porque tuve un accidente.

—¡Un accidente! ¿Cuándo?

—Fue como hace dos semanas, nos echaron temprano de la hospedería, aún estaba oscuro y yo, recién saliendo del sueño, atravesé la calle sin mirar a ningún lado. Un taxi me atropelló.

—¡No lo puedo creer!

—El chofer no tuvo la culpa, pero me llevó a la Asistencia Pública. Me dejó sentado en la entrada y se fue. No recuerdo más. Desperté en una sala con otros enfermos.

—Te hospitalizaron. Debió haber sido grave como para eso...

—Lo único que recuerdo es que querían operarme de urgencia.

—¿Estás bromeando?

—Por eso me escapé.

—Pero, ¡te volviste loco! ¡Cómo pudiste hacer eso! Ven mañana temprano y hablo con el doctor Jiménez para que te eche un vistazo.

—No tiene caso. Escuché a unos enfermeros decir que no valía la pena que me operaran, ya que no me daban más de un mes de vida.

—Pero ese comentario no te lo hizo un médico. Ni siquiera sabes lo que tienes.

—Da lo mismo, no voy a venir, solo quiero que me hagas una promesa.

—¿Cuál?

—Que dejarás el dinero en la casa de mi familia, en mi nombre.

—Sí, por supuesto que lo haré. Pero para eso debes darme ese dinero y no sé de dónde lo vas a sacar... ¿No me digas que estás pensando en robar?

—Quiero que me ayudes a vender mi cuerpo a la escuela.

—¿Quieres vender tu cadáver?

—Me dijiste la otra vez que se podía. No quiero mucho dinero.

Miguel se mantuvo en silencio y ajeno a la conversación por algunos segundos.

—Jamás pensé que me pedirías eso.

—¿Puedes ayudarme? —presionó Javier.

Méndez asintió con la cabeza, no le salía el habla. El tema lo habían conversado en las noches de café y no podía negarse a algo en lo cual había sido demasiado explícito.

Cinco días más tarde, luego que Miguel le planteara el caso a su jefe, el doctor Molina hizo firmar a Javier unos documentos en cuyas cláusulas aparecía en detalle la petición del interesado para cuando se despidiera de la vida.

Después de ese día Javier no apareció más en las tertulias con café. A la semana Méndez recibió una notificación del Instituto Médico Legal con la noticia del deceso

de su amigo. Así cumplían con la solicitud escrita en un papel encontrado en el bolsillo de su pantalón de que le comunicaran a Miguel sobre su muerte. Este, tal como lo había prometido, no tardó en informárselo personalmente a la familia. Ellos no se inmutaron demasiado, debido a que unos años atrás alguien les llegó con el mismo cuento y desde entonces lo daban por muerto. En aquella oportunidad no se cercioraron de la veracidad de ese patético rumor. Ahora que sabían con certeza que a Javier lo estaban velando en el Hogar de Cristo, tampoco se inquietaron ni menos esbozaron algún sentimiento hacia él, frialdad que se reflejó al día siguiente cuando ninguno de ellos asistió a la ceremonia religiosa por su último adiós.

Al cabo de un mes Méndez recibió un cheque de la facultad por la compra del cadáver de su amigo para la ciencia. De inmediato se dirigió —esta vez a su pesar— a la casa de la familia de Javier para concretar el loable propósito del vagabundo. Los familiares, visiblemente extrañados y abúlicos, recibieron el sobre que contenía un cheque por una cantidad nada despreciable y una pequeña nota escrita de puño y letra de Javier: «No tengo nada más que ofrecerles que mi propia vida».

Por cierto, no entendieron el trasfondo del mensaje.

El periodo siguiente fue difícil para Miguel. La sensación de que en cualquier momento Javier se aparecería para acompañarlo lo tuvo en ascuas durante varias noches. Atribuyó la fuerza de esa imagen latente al hecho de que, por razones laborales, no pudo asistir al sepelio. Consciente de que ahora el cadáver se encontraba en la morgue de la Escuela de Medicina, es decir, a pocos metros de su cabina de guardia, se decidió a darle el último adiós a su modo. Para ello, premunido de una linterna, abandonó por unos minutos su puesto de trabajo y se introdujo por el amplio y oscuro pasillo que conducía a la entrada del subterráneo de la morgue. Méndez llevaba más de veinte años de nochera en aquel lugar, y claramente conocía de memoria todos los rincones del inmueble. No encendió las luces por precaución. Algunos de los doctores que imparten clases allí también trabajan en el hospital San José, distante a pocos metros de la puerta trasera de la escuela, y si por casualidad alguien veía luces en su interior a esas horas, sin duda lo comentaría al día siguiente, con todo el riesgo que ello podía significar para su continuidad laboral. Por cierto, Miguel intuía dónde podía estar el cuerpo de Javier, y sin pensarlo dos veces fue a su encuentro.

El silencio en el sector era total.

A escasas dos cuadras de la escuela se encuentra también el Cementerio General, y pasada la medianoche no transitan por allí personas ni vehículos que interrumpan la tranquilidad de la noche. Los pasos decididos del guardia rumbo a la entrada del subterráneo retumbaban solitarios y se proyectaban como en una caja de resonancia. Sobre los muros de aquel pasillo —un verdadero hoyo negro—, el haz luminoso de su linterna dejaba entrever una serie de fotografías de destacados médicos que habían alcanzado en distintas épocas la dirección de la Escuela de Medicina.

Miguel Méndez ha hecho este recorrido nocturno en dirección al subterráneo en varias ocasiones. La última vez —recordó— unos tres años antes, cuando un ruido inusual que provenía del lugar lo obligó a sondear el sector de la morgue con particular acuciosidad, hasta encontrarse con dos individuos que retiraban una de las extremidades de un cadáver desde una máquina congeladora. Era noche de luna llena y su luminosidad se filtraba por los minúsculos ventanales, lo que le permitió a Miguel observar con mediana claridad la acción de los ladrones cuando guardaban el brazo del cadáver en un saco. Los esperó a la vuelta del pasillo, pues sabía que era la única salida de allí. Escuchó sus pasos, incluso su respiración, y cuando los tuvo cerca, se anticipó a ellos y los enfrentó en la oscuridad. Fue notorio el impacto de los dos sujetos al recibir el fogonazo de la linterna en sus rostros y escuchar la voz del vigilante, que apareció de la nada exclamando con intencionada voz de ultratumba: «¿Se puede saber qué están haciendo aquí?!». Quedaron petrificados, e incluso uno de ellos sintió flaquear sus piernas y cayó al suelo de rodillas. Miguel debió prender las luces para superar la emergencia y fue entonces cuando reconoció en ellos a dos estudiantes. Mientras los calmaba con un vaso de agua, Elías Iturriaga y Edison Ruiz explicaban que habían sido asignados a esa misión como parte de las actividades de la fiesta «mechona» y que, luego de exponer el brazo en uno de los baños de mujeres como una humorada para las alumnas recién ingresadas a la facultad, lo devolverían a su sitio. Desde luego la broma era demasiado transgresora pero, en tanto se desconociera cómo había llegado esa extremidad al lugar de los hechos, la misión estaba cumplida. Si, por el contrario, se descubría quiénes eran los autores intelectuales y materiales de la acción, los culpables podrían recibir una sanción ejemplar. Miguel se compadeció de los alumnos, a los que conocía, y les aseguró que ignoraría la maniobra pero los denunciaría si no regresaban la extremidad a su sitio... Iturriaga y Ruiz se comprometieron a no contar nada de ese episodio.

El recibimiento a las alumnas nuevas, que ignoraban la sorpresa que les tendrían preparada cuando ocuparan el baño, fue impactante y revolucionó el ambiente estudiantil. Se le consideró una acción temeraria pero, para suerte de los involucrados, en ese momento nadie supo cómo llegó aquel brazo —al cual le pusieron sangre de animal para que pareciera recién cercenado— a colgar sobre la taza del baño de mujeres, generando en las jóvenes un terror tan fuerte y memorable que marcó un antes y un después en lo que a fiestas de recibimiento de los «mechones» de la Facultad de Medicina se refiere.

La evocación de aquel suceso dibujó en el rostro de Miguel una sonrisa leve mientras bajaba al sótano de la morgue de la escuela. Una vez en el corazón del intimidante lugar, el guardia se detuvo y rastreó con su linterna la inmensa sala donde una decena de camillas de cemento adosadas al piso contenían los cadáveres destinados a propósitos experimentales y didácticos. En esta ocasión no había allí más de cinco cuerpos, todos cubiertos con sábanas blancas. La escena no inmutaba a Méndez, quien conocía el lugar de memoria.

Con la luz de la linterna como su única compañía, el hombre fue acercándose a su objetivo, alzando con mucho sigilo la sábana del primer cuerpo, con la esperanza de encontrar allí a su amigo. El penetrante, sofocante olor a formol, nauseabundo para algunos, dependiendo del porcentaje de metanol que contenga puede irritar el tracto respiratorio. Para Miguel es un olor familiar que representa la cercanía con la muerte, a la que no teme. Ha logrado racionalizar este proceso y sabe que el formol es una sustancia química que se inyecta a los cadáveres para detener el proceso de autodestrucción celular, así como la actividad de las bacterias que corroen el cuerpo humano cuando está sin vida. Muchas veces colaboró en estos menesteres con los cadáveres que llegaban para ser objeto de estudio de los futuros médicos. De seguro este oficio le ha quitado la connotación que tiene para cualquier mortal ver un cadáver... Aún fiel al precepto de que «hay que temerle más a los vivos que a los muertos», permanece atento a cualquier sorpresa.

La primera sábana que levantó cubría el cuerpo de una mujer adulta; su rostro tenía un corte transversal que lo dividía en dos, mostrando con claridad el aparato respiratorio. El segundo cadáver presentaba un corte circular en el cráneo, que dejaba al descubierto toda la masa encefálica. A un costado, como un sombrero, descansaba la «tapa», seguramente extraída por el profesor en presencia de sus alumnos.

Para su fortuna, en la tercera camilla se encontró con el cadáver de su amigo Javier. Le costó reconocerlo; su deceso no fue pacífico, pensó. La intención de su visita era, por decir lo menos, patética, hasta grotesca: necesitaba excusarse por no haberlo acompañado en el velatorio ni haber asistido a su último adiós en el cementerio. Consideraba que podía enmendar mejor esa ausencia de este modo presencial, y que esta cercanía física era más íntima y amistosa que haberlo visto dentro del ataúd frente a otras personas. Tenía pensado contarle que había cumplido a cabalidad el compromiso de entregarle el dinero a su familia. En su afán de sentirlo como si estuviera vivo e íntegro, desplazó hasta sus pies la sábana que lo cubría, como si le estuviera haciendo un favor. La imagen que vio no dejó de impactarle. El cadáver había sido diseccionado en dos partes. La impresión fue tan fuerte que le hizo reflexionar sobre lo que tenía planeado. En cosa de segundos se esfumó el sentido de amistad que lo había llevado hasta allí, y no pudo más que aceptar la lógica de la cordura y admitir que Javier —por lo menos como él lo conocía— ya no estaba. Asumió con desazón que ese cuerpo inerte era ahora solo un objeto de la ciencia y que su amigo en aquel estado era tan solo un espectro de sí mismo. Los pensamientos de Miguel parecieron congelarse, se quedó en blanco, como si se borrara de una plumada el motivo que lo había inducido a esta simbólica despedida. Nunca le había sucedido antes, pero en medio de ese subterráneo gélido llegó a sentirse como uno más de los cadáveres que estaban para servir al aprendizaje de los estudiantes. Sumido en sus cavilaciones que hicieron trastabillar su valentía, de pronto creyó sentir un ruido extraño en la oscuridad. El hombre se puso en guardia, pues no esperaba que a esa hora hubiese allí una persona de carne y hueso, fue lo que atinó a

pensar. Hurgó con la linterna a su alrededor, preparado para lo que fuera. Pero lo que sucedió entonces superó todo lo imaginable y nubló su mente por la magnitud de la experiencia, a pesar de su estado de alerta.

Un sonido brusco, rudo, violento, a pocos metros de él, lo sobresaltó. Fue como el ruido de un balde metálico que, al caer, mientras pierde parte de su contenido líquido mantiene el vaivén sonoro sobre las baldosas, generando una sensación inconcebible de angustia y pavor. El fenómeno, cercano a lo paranormal, no tenía en apariencia una razón de ser, y fue al menos inquietante. Para Miguel este lugar era como la catedral de la ciencia y desde esa perspectiva, nada fuera de lo común podía pasarle. El guardia comprendía, sin embargo, que el desarrollo de la ciencia debe hacerse necesariamente de la mano de la muerte, y sobre esta no existe control posible, se repetía en su mente. Ninguna de estas conjeturas le otorgaba la tranquilidad necesaria para pensar en esta situación con algún grado de comprensión lógica. Durante sus años de trabajo como nochera de la Escuela de Medicina, llegó a ser respetado por su rigor y templanza en el cargo. El «Gato Méndez», le decían algunos estudiantes a los que les demostró que era capaz de recorrer a oscuras, con una venda en los ojos, cada rincón, cada vericuelo, cada cloaca del establecimiento. Recordó que a menudo fue conminado por grupos de alumnos de primer semestre, los más temerarios, a realizar juntos, las noches de los fines de semana, estos verdaderos *tours* del terror. Muchos de ellos habían ingresado a la Escuela de Medicina sin saber que eran incapaces de ver correr sangre, y necesitaban vencer esa aversión y otros miedos.

Ahora la sangre fría y el escepticismo de Miguel frente a hechos que cuestionan los fundamentos científicos estaban poniéndose a prueba. Aún el supuesto balde continuaba golpeando las baldosas y desafiando su valentía. Sacando su mejor prueba de coraje, el nochera decidió dilucidar la causa de aquel sonido. Se agachó un poco para alumbrar debajo de la mesa de cemento en la que estaba el cadáver de Javier. Mientras lo hacía, decidió no usar la linterna y aprovechar su talento para manejarse en la oscuridad, a fin de no alertar la mano invisible que osaba —como un fantasma— desafiar su escepticismo. Fuese lo que fuera —se dijo—, quería actuar de sorpresa. Los destellos que afloraban desde unos pequeños respiraderos en la parte superior de este alto edificio de cemento enclavado bajo tierra dejaban entrar bocanadas de luminosidad de la luna, la suficiente para que este empleado de la noche, acostumbrado a las penumbras, pudiese orientarse y aclarar el enigma que lo tenía en jaque. Agazapado en cuclillas debajo del cadáver de su amigo, constató —para su tranquilidad— que a menos de tres metros en efecto había un balde dado vuelta, solo que ya no se movía como segundos antes. Se quedó observándolo para dilucidar lo que escurría desde su interior. Era como un líquido acuoso y semitransparente, que según él emanaba a gotas desde los pies del cadáver cubierto con sábana, en la camilla contigua. Esto sucede —recordó Miguel— cuando los cuerpos sacados de los frigoríficos comienzan a descongelarse con la temperatura ambiente. Como estaba agachado, en su intento por levantarse sin alterar el silencio

reinante buscó apoyo en la angosta camilla de Javier y a tientas se aferró, sin pretenderlo, a su brazo desnudo y rígido —por efecto del formol— hasta ponerse de pie. Sin perder de vista su objetivo, y aprovechando que el traste del balde estaba al alcance de su mirada, se acercó a él, bordeando con cautela la camilla de Javier y tratando de no marcar sus pisadas. Por primera vez Miguel fue invadido por una cuota de temor, que lo hacía no ser pleno dueño de sus movimientos. Aun así, se aproximó al objetivo hasta alcanzar una prudente y cómoda distancia.

No era mucho lo que veía, pero con el cubo a la vista y la linterna lista para ser encendida en cualquier momento, pensó en la temeraria acción de golpear el fondo exterior del recipiente con la punta de su zapato. No alcanzó a enviar ese mandato a su cerebro cuando frente a sus ojos el balde de la nada volvió a adquirir movimiento. Por inercia el nochero echó su cuerpo hacia atrás y en el desequilibrio empujó las piernas del cadáver de Javier; estas se salieron de la superficie de la camilla y quedaron erguidas en el aire, y el cuerpo del que fue su amigo, a punto de caer. Fue un momento dramático, Miguel estaba superado por una situación que bordeaba lo irreal. Se le ocurrió en ese instante pegarle de plano un puntapié al balde, como lo había decretado segundos antes en su mente. Nervioso y casi sin control, aplicó toda su energía a su pie derecho y dio en el blanco, pero a continuación se desató el espanto. Un sonido estridente y estremecedor emanó desde el interior del cubo y un inmenso animal alado salió de allí y se desplazó en el aire, a la altura de su cabeza, para luego fundirse en la oscuridad, sin que Miguel, espantado por los acontecimientos, recuperara la razón como para activar la linterna. Fuera de sí, atrapado por los sucesos, resbaló en el líquido aceitoso que se había salido del balde y... este menudo hombre perdió el equilibrio. Con tal de asirse a algo para evitar la caída, se apoyó en las extremidades inferiores de Javier, pero no pudo evitar la catástrofe, sucumbió y cayó de espaldas al piso mientras la mitad del cuerpo cercenado de su amigo hizo lo propio. Al verlo volar fuera de la camilla de cemento, Miguel por instinto, como si se tratara de un jarrón chino cayendo al piso, trató de salvarlo y se aferró a él para evitar que se dañara. La situación era lo más parecido a una tragicomedia.

Los segundos inmediatos, aún de espaldas en el suelo, tuvo el coraje de rastrear a su alrededor con la linterna con el solo afán de averiguar si ese ser extraño que se le cruzó era producto de su imaginación o se trataba de una entidad del más allá. A esta altura de su vida, no se veía contando esta experiencia a un tercero, pues sería reconocer que había sido objeto de un fenómeno cuyo origen sería calificado como extraterrenal, hechos en los que siempre se jactó de no creer. Hubiese preferido que fuera un ladrón, porque al no ser así, por primera vez en su vida tendría que dar fe de que en ese lugar los muertos se levantan. Con los latidos del corazón más regulados y sosteniendo la linterna como si tuviera el mal de Parkinson, alumbró orillando con su haz de luz esta suerte de morgue universitaria, y allí su intranquilidad obtuvo quietud. Unos metros más allá, en la misma dirección en que el inexplicable ser pasó volando

frente a su rostro, descubrió a un gato, que no podía ser de otro color que negro, lamiéndose sus patas untadas con el líquido de dudosa procedencia y que por una inexplicable razón había sido el manjar de ultratumba con que este felino saciaba su sed. Con la respiración ya recuperada y emulando la satisfacción de Sherlock Holmes luego de resolver un caso, Miguel respiró hondo y dio por cerrado ese insólito episodio que hizo tambalear sus más férreos principios.

El guardia recogió la mitad del cuerpo de Javier que estaba en el suelo y, cual si fuera un rompecabezas, lo devolvió a su sitio para restituir su integridad corporal tal como la encontró al llegar. Fue en esos menesteres, revisando que no quedara ningún rastro de su catastrófica visita, cuando la luz de la linterna se posó en el rostro de su amigo, y Méndez descubrió algo que jamás imaginó. Su camarada de tantas charlas nocturnas presentaba un notorio orificio, muy circular y profundo en la sien. Era, sin duda, el inequívoco trayecto de una bala. El asombro de Miguel fue mayúsculo, tanto así que se olvidó de su objetivo inicial y, conmocionado con este último descubrimiento, regresó cuando ya era cerca de la medianoche a su puesto laboral.

Al día siguiente, muy temprano, a punto de entregar su turno e irse a casa, pidió entrevistarse con su jefe, el doctor Juan Carlos Molina. Este le corroboró que Javier se había suicidado. El facultativo le preguntó cómo se había enterado de eso. Miguel no tuvo otra alternativa que inventar una excusa. Dijo que un amigo del occiso llegó con el rumor y necesitaba cerciorarse, ya que aquello significaba que todo había sido planificado. Fue el propio director quien le aseguró que su hipótesis no era exacta, pues de cualquier manera sus días estaban contados: padecía un cáncer terminal. Abstraído y hasta confundido, el nochera debió aferrarse a un café en el casino de la facultad antes de emprender el regreso a casa. Y fue precisamente Edison Ruiz, recién llegado a la universidad aquella mañana, quien al verlo solitario y con la mirada perdida se acercó a él.

—¿Qué pasa, Miguel? ¿Te sientes bien?

—Sí —dijo este, ausente de certeza.

—¿No me digas que te despidieron?

—No, estoy bien, solo estaba pensando.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—Tranquilo, no me pasa nada —cortó Miguel en tono taxativo.

—Es que nunca te había visto aquí a esta hora. ¿Te cambiaron de turno?

—Tuve una reunión con el doctor Molina —respondió el guardia sin dar pie a más preguntas.

—A juzgar por tu cara, no te fue muy bien.

Miguel Méndez no tuvo energía para contestarle y solo atinó a esbozar una sonrisa forzada que inquietó aún más la curiosidad de Edison.

—¡Disculpa! Solo quería ayudarte, eso es todo. Deduzco que ahora te vas a dormir.

Miguel asintió sin emitir palabras. Esta vez esquivó su mirada.

—¡Mira!, coincidentemente necesito conversar contigo. No ahora, por supuesto. ¿Qué tal si te alcanzo cuando vuelvas a la noche?

Miguel volvió a asentir.

—Necesito que me eches una manito —le dijo Edison mientras anunciaba su retiro, no sin antes acariciarle la cabeza con genuino sentimiento de amistad—. No sé lo que te sucede, pero déjame decirte que sea lo que sea, va a pasar. ¡Chao!

Capítulo tres

LA BÚSQUEDA

Los rastreos permanentes al barrio Santo Domingo no habían dado frutos. Tanto Pineda como Burgos se turnaron para vigilar a cuanta persona les pareciera extraña en el sector. Aun así, algunas entrevistas a vecinos dejaron vislumbrar que nadie sabía con exactitud sobre algún sospechoso que practicara abortos en las inmediaciones. Pero el alabado olfato policial de Facundo le hizo ser más pertinaz y postergó el informe al director, con la promesa de agudizar su búsqueda. Burgos conocía a su jefe y ya no se oponía a estas decisiones en apariencia antojadizas, por el contrario, advertía que aquello era sinónimo de que algo significativo intuía Pineda en torno al caso.

Burgos estuvo todo el día rastreando la zona y su pesca, sin ser milagrosa, abrió flancos desconocidos que seguramente su jefe sabría interpretar.

—¿Cómo te fue? —le preguntó Pineda apenas lo vio asomarse por la puerta entreabierta de su oficina.

—Hice lo que me dijo. No me identifiqué, sino que pregunté a la gente que veía salir de alguna casa si conocían a un médico que viviera por allí.

—¿Y...?

—Encontré a dos. Un cardiólogo y un médico general.

—¿Hablaste con ellos?

—Fui a sus casas, pero no los encontré. Uno trabaja en un hospital —el cardiólogo— y el otro en una clínica.

—¿Ninguno tiene una consulta privada?

—El médico general, según me dijo la empleada, atiende pacientes particulares, pero solo los sábados en la mañana. ¿Cree que a través de ellos podamos encontrar alguna hebra?

—No lo sé, pero si trabajan de manera formal no corresponden al perfil que andamos buscando.

—Yo creo que quienes realizan estas maniobras no son profesionales, es más, hasta he llegado a pensar que son mujeres las que en su mayoría ejercen este oficio —aseguró Burgos.

—Pienso lo mismo —dijo Pineda y se tomó el rostro con ambas manos, evidenciando la incertidumbre que lo invadía.

—¿Qué rumbo tomamos mañana?

—Mañana a la misma hora, pero vestidos de *sport* y con guantes.

—¡Qué! ¿Sin terno ni corbata me quiere decir?

—Lo que escuchaste. Uno por cada acera registrando la basura.

—Con todo respeto, jefe, ¿me está tomando el pelo? —exclamó Burgos, consternado.

—Una mirada a las bolsas de basura nos puede abrir la ventana que necesitamos.

—¿Qué espera encontrar?

—No lo sé, pero cualquier desecho quirúrgico tiene siempre el mismo destino...

—¿El mismo destino? —preguntó Burgos y concluyó en voz alta sin temor a quedar en ridículo—: ¡La basura! ¡Claro!

Por varios segundos Burgos quedó perplejo con la conclusión. La encontró descabellada en un principio, pero luego de masticarla lamentaba que esa idea tan de Perogrullo no hubiese nacido en su cabeza.

Esa misma tarde cuando la luz del sol languidecía y la actividad universitaria ya había cesado, Edison, luego de haberse bajado del bus en Independencia, caminó a tranco firme para la visita que había planeado con Miguel. Mientras devoraba los metros contando las baldosas, muchas de ellas averiadas y levantadas por el crecimiento desordenado de ciertas raíces de árboles en su búsqueda de agua, este alumno de medicina repasaba en su mente el discurso que debería exponer ante Miguel para lograr su objetivo. Esa mañana se ausentó de la clase de anatomía para dirigirse a una de las bodegas donde existían muchos instrumentos médicos, sillas, estantes, biombos, y por supuesto camillas ginecológicas. En realidad Edison se dio a la tarea de vigilar durante largo tiempo el uso que se le daba a todo ese instrumental, y así comprobó que solo algunas piezas eran utilizadas para las clases, mientras que la mayoría descansaba inmóvil por algún pequeño desperfecto, esperando la visita de un técnico para recobrar su función. Una de las cosas que descubrió, fue una moderna camilla ginecológica fuera de uso por una falla menor en una rueda, que era de su entera satisfacción. Tenía la certeza de que si lograba hacerse de ella, pasaría mucho tiempo hasta que los encargados notaran su ausencia. Convencido de que con el concurso de Miguel lograría llevársela a casa sin mayores problemas, había acordado el arriendo de una menuda camioneta cuyo dueño estaría atento a su llamado para acercarse oportunamente al lugar del flete ignorando, por cierto, que se trataría de un robo.

Edison sabía del compromiso profesional que Miguel tenía con la universidad y también que quienes lo conocían descartarían de plano que él pudiera prestarse para una empresa ilícita como sacar algo que no le perteneciera, y más aún sabiendo que llevaba varios lustros cumpliendo la misión de cuidar los insumos. Pero Edison confiaba ahora en hacerse pago de una antigua deuda de lealtad con Miguel, que se remontaba a cuando cursaba el tercer semestre. Él fue uno de los dos estudiantes que virtualmente se robaron el brazo de un cadáver y luego lo colgaron, embadurnado con sangre animal, en el baño de mujeres. Aquel episodio, si bien siempre recordado y que pasó a formar parte de los anales de las fiestas «mechonas», fue también materia

de análisis de la dirección, ya que más allá de la diversión que representó en aquel instante, la broma había superado los límites, al punto de convertirse en una noticia que la prensa de la época destacó en tono crítico. Hubo verdadero interés de las autoridades universitarias en descubrir al autor material de ese hecho, ya que su exposición pública habría dejado de manifiesto la ineficiente seguridad de la facultad en el resguardo del material humano que se usa con fines didácticos. Las primeras miradas de las autoridades se dirigieron por lógica hacia Miguel, y fue Edison quien al verlo entre la espada y la pared intercedió para honrar su inocencia. Aseguró que él había sido quien sustrajo esa extremidad humana y que como alumno ignoraba la trascendencia de aquel acto. Pidió disculpas, y de no haber sido por su buen rendimiento académico y el apoyo de los alumnos de primer semestre, incluidas las víctimas de la humorada, su destino habría sido la expulsión. En todo caso, de ahí en adelante, Edison Ruiz quedó como alumno condicional. La osadía de asumir en solitario la culpa condicionó a Miguel a sentir un agradecimiento infinito hacia el joven. Ahora Edison lo enfrentaría para cobrarse de cierta manera ese favor. Si bien el nochero estaba advertido de su posible visita, no dejó de extrañarse al verlo a esa hora.

—¡Verdad que querías verme! —dijo Miguel con mejor semblante que en aquel encuentro matinal en el casino.

—Te dije que vendría a hacerte compañía. Espero que ahora no estés tan esquivo —contestó Edison, sin ánimo de ser majadero con el tema.

—Te pido mil disculpas, estaba muy molesto y agradezco tu preocupación, pero de verdad no me sentía muy bien. ¿En qué puedo serte útil?, porque me imagino que algo traes entre manos...

—Quiero pedirte un favor.

—Para qué están los amigos —respondió Miguel, ignorante de la petición de Edison.

—Le eché el ojo a una cama ginecológica.

—¿Quieres comprarte una?

—No, me refiero a una que vi en las bodegas del pasillo central.

—No te entiendo —dijo Miguel con genuina candidez.

—La tengo separada desde hace rato.

—¿Separada...? Discúlpame, Edison, pero creo que no te estoy entendiendo.

—Es simple... me la quiero llevar.

Miguel terminó de cerrar el círculo de su duda y se quedó en silencio por un rato, esperando que su interlocutor le confesara que estaba bromeando.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Edison.

—¿Te quieres robar una camilla ginecológica?

—Y quiero que me ayudes —confirmó Edison asintiendo.

—¿Te volviste loco? ¡Cómo se te ocurre que voy a hacer semejante cosa!

—No tienes nada que hacer, esa camilla está en un área que escapa a tu responsabilidad.

—¿A qué te refieres?

—Te dije que está en la bodega del pasillo central, en el otro extremo.

—¿Y entonces por qué vienes a mí?

—Porque la quiero sacar por esta puerta. Lo único que tienes que hacer es salir de ronda, yo me encargo del resto. Contraté una camioneta que está por llegar y tú jamás viste nada.

—Edison, me estás haciendo cómplice. Lo siento, pero no voy a participar de una cosa así.

—Mira, es instrumental que lleva mucho tiempo sin ser usado. Si desaparece nadie se va a enterar, por lo menos no de aquí a varios meses. Y en el caso hipotético de que se dieran cuenta mañana —cosa que te aseguro es imposible—, no sería tu responsabilidad.

—Pero me lo dijiste y si te veo saliendo con algo debo denunciarte.

—¿Lo harías?

—Es mi trabajo. ¿Acaso tú no lo harías si estuvieras en mi lugar?

—Por un amigo haría la vista gorda. Es lo que hice cuando te tenían en la cuerda floja y me acusé solo para no involucrarte, o mejor dicho para que no te echaran. ¿O ya se te olvidó?

—¡Ah, eso! ¿Me estás cobrando? —preguntó Miguel incrédulo.

—Todo se paga en esta vida. Aunque reconozco que pensaba que serías más agradecido conmigo. En ese entonces te habrían despedido sin derecho ni a indemnización. ¿Y qué hice yo? Salí en tu defensa. Te hice el favor de tu vida.

—De verdad, Edison, te lo agradecí y no me he olvidado de tu gesto, pero por si no te has dado cuenta, me estás obligando a participar en un robo.

—¡Así lo quieres ver tú! Yo solo te estoy pidiendo que, mientras voy a buscar la camilla, tú des una ronda de rutina. Debes tener claro que esta conversación nunca existió, y que esta noche nunca me viste. ¿Es mucho pedir?

Por último, el guardia sucumbió a la presión; sin responder ninguna de las preguntas que le hizo Edison, solo guardó silencio y bajó la vista. Escuchó cuando el estudiante llamó por celular al contacto que le haría el flete y coordinó para encontrarse en los próximos treinta minutos.

Edison entendió el enmudecimiento de Miguel como una tácita venia a su cometido. Sin decir media palabra más, se introdujo en las sombras del pasillo que conducía a la denominada morgue de la Escuela de Medicina, para acceder por ese mismo trayecto a la bodega del pasillo central, en el ala opuesta al lugar donde se encontraba. Encendió una linterna que había traído exprofeso y Miguel optó por olvidar su existencia.

A la media hora, en ausencia del nochero de su puesto de trabajo pues realizaba su ronda de rutina, Edison y el chofer cargaron en la camioneta la camilla

ginecológica.

Adentro del auto policial, Facundo Pineda y Donato Burgos analizaban el resultado de las pesquisas entre los desechos encontrados en algunas bolsas de basura. El más decidor consistía en una delgada tela de grasa que, aunque aparentaba ser restos de un trozo de carne, por su color y textura también podría pertenecer a residuos de otra índole. Las dudas serían esclarecidas en el laboratorio, pero aunque se convirtiese en evidencia, esa bolsa no se encontraba frente a un domicilio en particular, sino al interior de un depósito ambulante que concentra la basura de varios vecinos del sector.

—Para mí que estuvieron de asado —dijo Burgos sin medir la ligereza de su comentario.

—Si así hubiese sido nos habríamos encontrado con otro tipo de desechos, restos de carne y huesos, ¿no te parece?

—En estos barrios no se pierde la comida, se la dan a los perros.

—Aunque estemos bien orientados, no sabemos a qué casa pertenece —dijo Pineda mientras guardaba aquellos restos como un tesoro en una bolsa plástica transparente.

—Pero sí tendríamos certeza de que proviene de una casa de esta cuadra.

—No estoy tan seguro. Ojalá supiéramos la lógica de los criminales.

—Hay un basurero gigante en cada cuadra, y si nosotros lo encontramos en este, es porque el autor vive aquí... es simple...

Pineda sonrió con sarcasmo y meneó la cabeza.

—Si tú vivieras en esta cuadra y le hubieses cortado la cabeza a tu víctima, ¿la botarías en este basurero?

Burgos retrasó la respuesta y solamente se atrevió a dar su opinión cuando logró ponerse en el lugar del criminal.

—En realidad creo que no, jefe. La pondría en otro basurero lejos de aquí... —admitió Burgos, aceptando con estoicismo la lección que le entregaba Pineda.

Capítulo cuatro

DISCULPE, MI NOMBRE ES JOEL

El veinteañero estudiante de preuniversitario vespertino, Joel Cáceres, no era un fumador frecuente pero ya había consumido medio paquete de cigarrillos para mantener la calma. Algo le hacía intuir que la cita a la cual fue convocado con carácter de urgente por su pareja Leticia, quien lo obligó a ausentarse de clases esa tarde, guardaba relación con la idea de dar por terminada la relación sentimental que llevaban desde hacía dos años. Joel se confesaba enamorado y entendía que era correspondido, y por tanto no estaba preparado para cortar en forma abrupta lo que habían construido en términos afectivos. Todo comenzó el día anterior, cuando Leticia muy alterada le subrayó que ya llevaban juntos el tiempo suficiente como para consolidar su relación, y que ella no estaba dispuesta a continuar emparejada sin ningún tipo de proyección. Ante el silencio de Joel, ella se dio media vuelta y lo dejó solo masticando esa propuesta que, debido a su juventud, a sus planes de estudiante y a la presión de su familia —que se oponía a que él se comprometiera sin antes obtener un título profesional—, por el momento no le hacía real sentido.

El lugar elegido para esta nueva cita era un café que tenía como paisaje una plaza que colindaba con la calle Almirante Latorre.

Joel hundió la mitad del cigarrillo en el cenicero de vidrio, atiborrado de restos de filtros, cuando la divisó venir a media cuadra. Aprovechó de decirle al garzón, quien le dejaba el segundo licuado de jugo en su mesa, que retirara el cenicero, ya que no deseaba alterar más a su enamorada que se enfadaba cada vez que lo veía fumar.

El encuentro fue formal, carente de manifestaciones afectivas. Joel no se había hecho otra expectativa dadas las circunstancias previas. Leticia no quiso consumir nada.

—¿Qué has pensado? —preguntó a quemarropa.

—¿Qué tenía que pensar? —respondió Joel con cierto aire de ingenuidad y una carraspera en la garganta que delataba su nerviosismo.

—Creo que ayer fui bastante clara, ¿o debo repetírtelo? —insistió ella ásperamente.

—Cuando me hablaste de consolidar nuestra relación, ¿te referías a que nos fuéramos a vivir juntos o a que nos casáramos? —preguntó Joel en un arrebato de asertividad.

Leticia sabía que su pareja poseía muchas virtudes, pero también que entre sus defectos había uno que le hastiaba: que dilatara las cosas. Desconocía si lo hacía por timidez, por temor a comprometerse o por un simple sentido de manipulación. Esta

vez decidió presionarlo sin despegar su mirada de la de él para evitar divagaciones. Se tomó un breve momento antes de responder a su pregunta.

—¡Las dos cosas! —aclaró por fin Leticia, decidida a que no se levantarían de aquel lugar mientras no saliera humo blanco.

—Me hablas como si quisiera escapar de ti, y bien sabes todo lo que te quiero.

—¡Respóndeme lo que te pregunté! —exigió ella demostrando su malestar.

—Está bien, pero no me mires así.

—¿Así como? —replicó ella con amenazadora vehemencia.

—Siento que no me das otra alternativa.

—¿Existe otra acaso?

—Sabes que estoy estudiando, que en mi trabajo no genero muchos ahorros y que mi familia...

—¡Lo de tu familia ya lo sé! No es necesario que me lo repitas... pero ya que la mencionas... ¿Qué monos pinta tu familia en todo esto? ¿Qué tienen que ver tu trabajo y tus estudios?

—¿Te parece poco?

—¡No me respondas con otra pregunta!

—Por supuesto que me veo en el futuro unido a ti, pero creo que ahora las condiciones no son las mejores. Eso es todo —dijo Joel como si en esa frase vomitara una piedra atascada en su garganta.

—¿Y qué tiene que pasar para que sea posible, según tú? ¡¿Que tengamos un hijo, por ejemplo?!

—Bueno, por lo que te acabo de decir, no creo que sea prudente tenerlo antes del matrimonio.

—¿Y si así fuera?

Joel pretendió contraatacar, pero al percibir que a Leticia le había disminuido la dureza del rostro al pronunciar esa frase, se disiparon las nubes que empañaban su razón y por acto reflejo, más que por intención, esbozó la obvia pregunta.

—No me digas que...

La intención de Leticia y Joel, sin importar el costo económico, era superar cuanto antes este duro pasaje en sus vidas. Ella era la menor de tres hermanos y la única que aún vivía con sus padres. Pertenecía a una familia de clara tendencia conservadora, y la exigencia de salir del hogar paterno casada, tal como lo habían hecho sus hermanos mayores, fue la presión que le puso a Joel, en el convencimiento de que sus argumentos tenían una validez irrefutable para cumplir con esa máxima familiar. Había urdido el plan —que expondría al final de su relato a modo de una amenaza velada— durante toda la noche y sentía que el desenlace, por la consistencia de sus razones, no podía ser otro que el matrimonio. Pero Joel, también proveniente de una familia tradicional, había sido instruido hasta el tuétano para no abandonar la casa paterna ni tomar decisiones fundamentales sin antes estar premunido de un título profesional. El diálogo de la pareja fue un verdadero «gallito», donde a pesar de la

intención compartida de conservar la raíz de su amor, ambas premisas tendían a anularse. Fue aquí donde la bomba que había dejado Leticia para el final tomó cuerpo y alma, y la dejó caer en medio de la conversación, sin mucho recaudo ni más palabras: ¡Estoy embarazada...!

El efecto de sus palabras quedó en el aire como polvo en suspensión por muchos segundos, pero ninguno de los dos reaccionó de la manera que era esperable ante tan devastadora noticia.

Una mezcla de placer y pesadumbre invadió a Joel, quien sin salir de su asombro solo dijo:

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

De ahí en adelante el diálogo dejó de ser confrontacional y estos enamorados, atrapados por el peso de la realidad y luego de decenas de argumentos en uno y otro sentido, llegaron la conclusión de que el nacimiento de ese hijo no deseado podría ser el comienzo de una verdadera pesadilla en sus vidas. Fueron casi dos horas de análisis descarnado que culminaron en la idea de que ese no era el momento propicio para convertirse en padres; el fantasma de sus respectivas familias se les apareció amenazante y los condicionó. Joel tuvo verso y convicción para defender su postura y Leticia, la debilidad necesaria para aceptar y dejarse llevar. Lo demás solo fue un trámite, el mismo que ahora los tenía en medio de una encrucijada.

Edison se había propuesto sorprender a Emilia y se dedicó a armar la cama ginecológica en su ausencia. Por eso lamentó que no estuviera armada y lista para su uso cuando escuchó que alguien golpeaba la puerta. Según él, ella tenía la maldita costumbre de salir sin llaves, y se lo recriminaba cada vez que debía dejar lo que estuviera haciendo para abrirle. Dispuesto a regañarla, quedó con la frase dibujada en los labios cuando abrió la puerta de calle. No era Emilia, se trataba de un extraño.

—¡Disculpe! Mi nombre es Joel Cáceres, soy estudiante. Me dieron esta dirección. Estoy en problemas y me recomendaron conversar con la señora Emilia. ¿Podría hablar con ella?

—No, no se encuentra. Si quieres, la esperas; debe estar por llegar.

—Bueno —dijo Joel agradeciendo tácitamente no ser interrogado.

Edison improvisó algo de psicología popular y lo llevó al *living*, que también cumplía la función de sala de espera. Le ofreció algo para beber y Joel aceptó un poco de agua, lo necesitaba. El dueño de casa puso sobre la mesa una botella de agua mineral y se sentó frente a él.

—¿Cómo dijiste que te llamabas?

—¡Joel! Joel Cáceres —respondió el joven con voz seca.

—¿Quién te recomendó?... O mejor dicho, ¿cómo supiste? Porque me imagino que vienes por algún tema de tu pareja.

Joel se escudó en el vaso con agua antes de entrar en materia. Le temblaba la mano.

—Sí... en realidad fue mi polola la que me dio la dirección.

—¿Y no sabes quién la recomendó?

—No, pero si es necesario se lo averiguo —contestó Joel apremiado por haber entrado en materia con una persona que no esperaba.

—¡Mira! Para que no te pases películas, mi nombre es Edison y soy yo el que hace el procedimiento. Emilia es mi pareja y también mi ayudante —le informó Edison para descomprimir el ambiente.

—¿Usted es el que...?

—¡Sí...! Yo soy el que hace el trabajo, así que puedes hablar con confianza. ¿Cuántos meses tiene ella?

Joel logró tranquilizarse un poco y agradeció no haber sido él quien abría los fuegos en esta engorrosa e inédita situación.

—Según me contó, tendría seis semanas —pronunció en tono culposo, como previendo una reprimenda por no haber tomado precauciones.

—¿Y por qué no vino ella?

—¿Por qué no vino? —se preguntó el joven en voz alta para ganar tiempo y elaborar mejor su respuesta—. Bueno, vine solo porque primero quiero saber si puedo pagar lo que vale este procedimiento.

—Entiendo... —dijo Edison bajándole la presión a su interlocutor—. ¿Es primera vez que se hace un raspaje?

Joel escuchó bien, pero no sabía qué significaba ese término. No al menos en este ámbito. La candidez de su mirada no le resultó indiferente a Edison.

—Para que entiendas, así también se le llama al proceso abortivo.

—¡Ah...! No sabía... es primera vez que estoy en una cosa así —se disculpó Joel haciendo denodados esfuerzos para dominar su nerviosismo.

—Te veo complicado. ¿O me equivoco?

—Un poco —contestó Joel sin poder evitar su errática conducta.

—¿Ella está de acuerdo?

Joel prefirió omitir la respuesta y solo se expresó corporalmente, dando a entender que aquello no fue fácil.

—Mira, antes de darte un valor, necesito examinarla. Es probable que Emilia se demore. Trae mañana a tu compañera y así avanzamos.

Esa mañana los planes de Pineda debieron postergarse, tras el aviso de la secretaria del laboratorio que requería de manera prioritaria su presencia en ese lugar.

Rafael Valdivia, el jefe de la sección, lo atendió para comunicarle sin muchas vueltas que los restos que llevó al laboratorio correspondían al llamado saco amniótico, en cuyo interior se desarrolla el embrión que más tarde se convierte en

feto. El rostro de Facundo Pineda se iluminó con la noticia y apenas abandonó el sitio, llamó a Burgos para elaborar la siguiente arremetida.

Se juntaron en el mismo café de siempre y allí —teniendo una visión panorámica de esta suerte de maqueta en tamaño real de la calle Santo Domingo— se concentraron en determinar sus próximos pasos. Al igual que el denominado marcador biológico en la medicina, que determina el origen de una patología o enfermedad y este hecho permite luego descubrir el antídoto, la nueva evidencia también determinaba en forma fehaciente que el radio donde trabajan los practicantes de este oficio penado por la ley es inequívoco. Encontrarlos, entonces, según la experiencia de Pineda, sería solo cosa de tiempo. En definitiva, el esfuerzo empleado se había transformado ahora en un resultado concreto.

—Si entendí bien el otro día, hubiese sido inoficioso buscar primero en esta cuadra... ¿Verdad? —consultó Burgos.

—Yo no lo descartaría de plano. Lo que tenemos que evaluar ahora es si ellos dejaron en forma casual o intencionada esos restos de feto en la basura.

—¿Intencionadamente? ¿Para qué? Yo creo que más que intención, hubo desprolijidad.

—Es probable —acotó Facundo, dejándolo expresarse.

—Perfectamente un animal vagabundo pudo haber sacado esa evidencia del basurero y dejarla a la vista, con todo el riesgo que ello hubiese significado. De manera que insisto: esto fue más un error que un acierto.

—Si el tamaño de la evidencia hubiese sido mayor, le habría otorgado el carácter de intencional —señaló Pineda—, pero todo indica que no se imaginaron que alguien pudiera darse el trabajo de revisar tan acuciosamente la basura.

—Yo tampoco —dijo Burgos con una leve sonrisa.

El inspector Pineda, pese a tener que usar terno y corbata en su calidad de policía civil, irradiaba sin embargo un natural y agradable aspecto juvenil en su imagen, que contrastaba con la seriedad que habitualmente asumía en su rol de detective. A menudo recordaba sus inicios en la Escuela de Investigaciones, donde en el último año, a punto de comenzar la práctica, dio un giro en ciento ochenta grados y postuló a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. Fue aceptado y, coqueteando con su juventud, se dio a la tarea de probar que podía emular los pasos de su padre, quien días antes de fallecer le había expresado su deseo en tal sentido. Todo marchaba bien, pero en el segundo año debió congelar la carrera y finalmente abandonarla cuando Mariela, su pareja, quedó embarazada. Él, consecuente con el amor que sentía por ella, optó por casarse. El nacimiento de mellizos —Florencia y Juan José— le agregó un sabor agri dulce a su condición de padres, debido al factor económico. Facundo necesitaba generar más recursos y no podía darse el lujo de costear, además, sus estudios, de modo que regresó a la Escuela de Investigaciones para terminar esa

carrera, que entre otras ventajas le aseguraba a corto plazo un contrato laboral mientras concluía la práctica. Su talento en el oficio policial emergió a la brevedad y así, a pesar de ser un detective novato, comenzó a destacarse. Fue ascendido en forma vertiginosa y también empezó a recibir distinciones como uno de los mejores. Pero quizás la vehemencia que Facundo Pineda imprimía en cada una de sus actividades fue lo que llenó precozmente de obstáculos su matrimonio. Los disímiles horarios y su ausencia periódica del hogar fueron minando la paciencia de Mariela, quien sola no podía criar a sus hijos y trabajar a la vez. Las conversaciones de pareja fueron tan maduras que ambos —cada cual movido por sus propios anhelos— decidieron darse un tiempo. El resultado de aquella tregua los condujo, para su pesar, a entender que lo más adecuado era caminar por sendas separadas. Mariela y Facundo optaron por divorciarse y al amparo de la existencia de sus amados hijos lograron mantener en el tiempo una sana, respetuosa y cariñosa relación. Facundo debió resignarse a ver crecer a sus hijos de manera intermitente, pero aun así, como un saldo a favor en su rol de padre, en este momento ve a Florencia en la etapa final de sus estudios de arquitectura, y lo mismo acontece con Juan José en la carrera de leyes.

Pineda está en el balcón de su cómodo departamento en Providencia, tras haber llevado de regreso a su casa a Claudia, su joven y atractiva compañera, una acuciosa profesional de la psicología. El policía cubre con las palmas de sus dos manos la copa de Rémy Martin VSOP, en un intento por encontrar la temperatura ideal. Es su rutina cada vez que se abre o se cierra un ciclo significativo en su vida. La vista hacia Santiago oriente desde el piso quince, junto con el paisaje nocturno titilando como las luces navideñas, confabulan para este soliloquio. Sus hijos, en los albores de sus respectivas actividades profesionales, así como también los avances en el caso de los parteros, con atisbos de un futuro luminoso, fueron suficientes motivos para este brindis especial. En la segunda copa recordó de paso a Mariela, su esposa, con quien vivió siete años de felicidad conyugal, dos de transición al divorcio y de ahí en adelante soledad nostálgica, luego obligada y finalmente deseada. Los años de análisis le hicieron comprender que el alejamiento entre los dos fue lo mejor. Tanto Mariela como él han transitado entre parejas que no han llegado a cuajar. Amigos en común, con tendencias a la predicción, advierten que terminarán juntos en el ocaso del camino, pero Facundo solo sonríe. La segunda copa de coñac estuvo de más, se dice a sí mismo. No bebe a menudo y cuando lo hace, es solo una copa del trago que sea; y si desobedece a lo que expresa la naturaleza de su cuerpo, le baja una melancolía que no cuadra con su imagen de hombre íntegro, rudo, sagaz; y es más, riñe con la idea de la que a menudo se jacta: ¡Soy total y absolutamente dueño de mis actos! Pues bien, con dos copas ese precepto trastabilla.

Claudia ha sido la excepción en años de correrías amorosas. Es una mujer madura para sus treinta y cinco años, trabaja como psicóloga y recibe un sueldo mensual que compite con el de él. La posibilidad de ejercer sobre ella algún grado de presión o de manipulación afectiva es algo que ambos rechazan de plano. Llevan ocho meses de

intensa relación y si bien ella no oculta su genuino afecto hacia él, Facundo ha ido perdiendo la cautela y, sin decírselo a Claudia, reconoce que su compañía le es cada día más imprescindible. En estos términos, la idea de invitarla a compartir de lleno su vida ha merodeado en su mente con inesperada periodicidad. Consumió el último trago de su Rémy Martin y miró hacia el fondo de la copa, se concentró en su brillo cristalino, y en aquel momento tuvo la ilusión de encontrarse con Claudia en su cama. Pero sus dotes de genio no alcanzaron para tanto.

Capítulo cinco

EL PATIO DE LOS DISIDENTES

Mientras Edison esperaba que Emilia terminara de preparar un desayuno frugal, el recuerdo de la reunión sorpresa convocada por la dirección de la facultad el día anterior, citando a todo el alumnado en el salón, aún vagaba en su mente como si fuera un sermón.

«Lamento con tristeza y desazón que en forma sistemática hayan ido desapareciendo materiales didácticos, instrumental médico y hasta una camilla ginecológica desde la bodega. Por cierto, esto no es una acusación —aclaró el director— sino una advertencia de lo que está sucediendo, para que pongamos atención ante la presencia de cualquier extraño en el entorno de la escuela», fueron sus palabras.

Edison se sentó a la mesa de la cocina aún dubitativo respecto a si debía o no contarle lo sucedido a Emilia. No alcanzó a decidirlo, ya que ella lo volvió a la realidad poniendo el desayuno ante él. Ambos debían concentrarse en la llegada del joven Joel, quien se había comprometido a traer a su compañera durante la mañana.

La sala que hacía las veces de quirófano hechizo, en exceso precario, esta vez parecía vestida de gala con la flamante camilla ginecológica ubicada en el centro de la habitación. Emilia la había preparado con su delicadeza de siempre, y reconocía que con ese equipamiento las pacientes se sentirían más cómodas, y por lo tanto el comentario boca a boca sobre su trabajo sería más benevolente aún.

Edison era un excelente alumno, con un promedio de notas excepcional, y ese solo hecho en cierto modo forzaba a sus profesores a tener que lidiar con la altura —a ratos desmesurada— de su ego. Esa conducta le restaba méritos a sus logros, mientras que su carácter narcisista dejaba traslucir la existencia de un problema mayor. Dueño de la verdad, incapaz de admitir oposición a los dictámenes de sus férreos propósitos, acostumbraba subrayar sin reserva sus triunfos académicos. Poseía fantasías de éxitos ilimitados y era en exceso autocomplaciente. Se esforzaba, sin conseguirlo, en ser empático con sus interlocutores, ocultando el verdadero trasfondo de su conducta: la compensación que obtendría a cambio. Transgredía sin vacilar su propia escala de valores, con procedimientos derechamente ilícitos.

El timbre sonó leve, como reflejando la timidez de los visitantes. Al abrir la puerta, Edison se encontró con Joel y Leticia. No hubo más expresiones que un hermético saludo, sin frases afectadas ni conceptos hechos, y unos segundos después la pareja se

encontraba sentada en el *living* frente a su anfitrión, como virtuales candidatos a la horca frente a su verdugo.

El diálogo fue acotado. Joel debió quedarse sentado allí mismo, en tanto a Leticia le tocaba estrenar la camilla ginecológica, donde Edison, asistido por Emilia, evaluaría los pasos a seguir.

Joel, solitario en el *living*; Leticia con sus piernas desnudas y febles sobre la camilla... sin posibilidad de detener el ritmo de un acontecimiento ya sin retorno.

Edison rompió la quietud de sus pensamientos para decirle que le había puesto a su novia una sonda dilatadora y que seguramente en unos pocos minutos se dormiría. Le recordó —tal como se lo había expresado el día anterior— que ella debía quedarse allí esa noche para observarla y determinar con certeza cuántos meses de embarazo tenía.

En realidad la joven luchaba por mantenerse despierta. Edison tomó su mano, la besó en la mejilla y salió del cuarto para informarle a Joel que haría el trabajo al día siguiente. El joven, que había previsto un escenario similar, le aseguró que Leticia, para justificar su ausencia, había avisado a sus padres que se quedaría en casa de una amiga, y que él, debido a sus obligaciones, solo podría recogerla después de su trabajo. Sacó de un bolsillo dinero en efectivo y luego de contarle ante su vista, se lo entregó. Edison lo despidió en la puerta asegurándole que todo saldría bien.

Los protagonistas de este episodio parecían cumplir a cabalidad sus roles, pero sus miedos eran menores comparados a la ingenuidad de creer que estaban en manos de personas expertas.

Leticia durmió durante toda la tarde bajo las periódicas visitas de Emilia, quien también tuvo tiempo para servirle la cena a su enamorado.

—Tiene tres meses —dijo Edison como para confirmar que todo estaba en regla.

—Se ve que son de buena familia —comentó Emilia mientras sacaba del sartén un bistec y lo colocaba en el plato que Edison tenía enfrente con ensalada de tomate en rodajas y cebolla picada—. ¿Y te abonó algo?

—Me pagó todo de una vez.

—¡Todo!

—Mañana la vendrá a buscar después de su pega.

—Pero ¿no le dijiste que la darías de alta antes de esa hora?

—Ella lo esperará, supongo —respondió Edison confiado mientras masticaba un trozo de carne—. Te quedó riquísima.

—El filete no falla —dijo ella—. Me sobró un pedazo por si quieres más.

—Para qué lo vamos a perder —bromeó Edison con cara de satisfacción, poniendo el plato para recibir la oferta.

—Yo creo que se va a despertar luego. ¿Le vas a sacar la sonda?

—Sí —dijo Edison mientras ponía oídos en dirección a la pieza donde se encontraba Leticia—. ¿Escuchaste algo?

—¡Sí! Voy a ver. Debe ser ella.

Leticia se despertó confundida, y pasaron varios segundos antes de que pudiera hacer foco en el lugar. Solo cuando Emilia entró a la habitación pudo volver gradualmente a la realidad. Le contó que había tenido una pesadilla, en la cual se encontraba en la cima de un abismo mirando el paisaje, cuando de pronto un viento abrupto la empujaba al vacío; en su desesperación, ella extendía sus brazos como un pájaro intentando volar. Confesó que por unos momentos lo lograba, pero luego ese placer desaparecía y su cuerpo caía al vacío. En ese instante despertó asustada.

Esa noche, Edison le sacó la sonda del cuello uterino y la preparó mentalmente para el procedimiento previsto para el día siguiente.

Desde muy temprano comenzaron los ajeteos esa mañana. Leticia compartió con ellos, Edison no fue a la facultad y Emilia, sabiendo que su aporte como ayudante en esa etapa era nulo, señaló que después del desayuno aprovecharía de ir a la feria. La charla que predominó en la mesa fue escueta, solo Emilia, al verla un tanto cohibida, se atrevió a mencionar que pronto todo lo que la acongojaba sería parte del pasado.

Minutos más tarde, mientras era trasladada a la pieza donde se llevaría a cabo la intervención, Leticia se sentía como si fuera conducida al patíbulo. Embargada por una tristeza indescifrable, no entendía qué hacía en ese lugar, sola frente a una persona que apenas conocía. Hizo intentos por buscarle una interpretación a su sueño, pero no la encontró. Si Joel hubiese tenido la madurez necesaria —pensaba—, se habrían casado y el embarazo sería una bendición. «¿Y si hubiese tenido la valentía de convertirme en madre soltera?», se preguntó en silencio repetidas veces, aunque concluía que aquello habría sido un calvario para su familia. Las cavilaciones se esfumaron cuando Edison inició el procedimiento inyectándole suero glucosado al cinco por ciento.

Dos horas y media después, la paciente comenzó a expulsar el feto. Edison sacó esa pequeña masa cubierta por una membrana morada para luego, en ausencia de Emilia que tardó más de lo previsto, introducirla en una bolsa plástica y arrojarla —como era rutina— en el tarro de la basura.

El proceso tuvo visos de perfección. Leticia cayó en estado de sopor. Edison, masticando su arrogancia, dibujó un gesto de satisfacción en su rostro y al ver que el sueño vencía a la joven, la dejó descansar. Pensó en ir a la universidad, pero la ausencia de Emilia en casa se lo impidió y entonces hizo lo propio y se dejó caer en su cama.

Emilia aún no regresaba. Pasaron dos horas antes de que Edison se levantara para ir a ver a su paciente. Leticia, aún acostada sobre la camilla, pero ya despierta, al sentir un ruido buscó también la forma de asumir la realidad en la que se encontraba, pero todo le daba vueltas. Edison la revisó y notó que presentaba un leve sangrado. Temerario, como si poseyera los conocimientos de un médico profesional, sin pensarlo demasiado le preparó una inyección de Methergin para controlar la

hemorragia. Este fue el comienzo de su sorpresa, al comprobar que el preparado no surtía efecto alguno. En aquel instante, agobiado por la incertidumbre, comenzó a buscar en su incipiente acervo médico posibles razones para lo que sucedía.

Preparó una nueva dosis de Methergin y se la inyectó en el otro brazo. Esta vez se extrañó porque, al retirar la aguja de la vena, esta seguía sangrando por el mismo orificio. Según él, eso significaba que la hemorragia se estaba produciendo en el organismo a todo nivel, y era la primera vez que se veía enfrentado a un escenario tan adverso. Preparó una suerte de tapón con gasa y algodón, humedecido con una mezcla de agua destilada y agua oxigenada para usarlo como coagulante. Lo colocó en el útero para detener de alguna manera ese persistente sangramiento. Los minutos pasaban sin control para este hombre, quien veía con espanto que sus procedimientos no tenían eficacia. La situación se hacía insostenible, la hemorragia incontrolable y el estudiante de medicina, impotente, se convirtió en mero espectador del vertiginoso proceso que acontecía frente a él. Leticia presentó una súbita baja de pulso y cayó en coma. Sin recursos para superar aquella situación, Edison nada pudo hacer para evitar la catástrofe, y la joven dejó de existir ante sus ojos.

Mientras comenzaba a intuir el verdadero caos que se avecinaba en su vida, no se percató de que Emilia entró a la casa y, tras dejar las compras en la cocina, se dirigió a la pieza de procedimientos. Al no sentir ruido desde el interior, abrió con suavidad la puerta y entró. Adentro el aire estaba tan pesado que parecía una masa invisible desplazándose por el cuarto. En ese momento Edison cubría con una sábana el cuerpo inerte de la joven, acción que no alcanzó a concluir al sentir la presencia de su pareja.

—¿Qué sucede? ¿Algún problema? —preguntó Emilia sin sospechar la odisea que ambos comenzarían a vivir.

—Alguna vez nos tenía que suceder —dijo él con un rostro impertérrito que ahorraba más preguntas.

Emilia intuyó que algo muy malo había pasado. Quiso decir algo, pero su garganta seca se lo impidió.

—No pude hacer nada, todo fue demasiado rápido —agregó Edison como si se hubiese tratado de un simple trámite.

De manera instintiva, Emilia tomó un pequeño espejo que colgaba en uno de los muros de aquella habitación y lo acercó al rostro de la joven. Guardando un silencio sepulcral, lo ubicó frente a la boca de Leticia y comprobó con asombro que allí no había espiración. El impacto fue tremendo. Una sensación de frío glacial la invadió al comprender que en alguna medida ella era parte de ese elenco mortal.

—Necesito salir —dijo atribulada y abandonó la casa con destino incierto.

Edison no tuvo argumentos para disuadirla, y mientras buscaba afanoso definir sus próximos pasos, cerró todas las puertas y ventanas de la casa. Entre las variables que pululaban en su mente, afloró la idea de llamar una ambulancia y conectarse con la policía. La opción parecía la más criteriosa, pero la menos recomendable para su

futuro inmediato. Entonces primó la idea de hacer desaparecer el cadáver de la muchacha.

Corría contra el tiempo, Joel había anunciado visita para después de almuerzo. Entonces, haciendo uso de su elemental conocimiento, entendió que descuartizar el cuerpo era lo más cuerdo, si de cordura se podía hablar.

Puso un mantel plástico en el suelo, trajo un lavatorio y tapizó de diarios viejos el piso de la habitación. Desnudó completamente a su víctima y procedió a aplicar el bisturí, el que alternó luego con una sierra hasta terminar usando un serrucho, herramientas que lo asistieron en su macabra labor. Lo que aconteció allí no merece ser descrito en su gráfica, tampoco en su esencia ni menos en detalle, pero en definitiva el cuerpo de la joven fue literalmente despojado de todas sus extremidades y de su cabeza, así como de su tórax, el que además debió ser subdividido para su posterior traslado.

Antes de comenzar a empaquetar las diferentes partes del cadáver seccionado, Edison —en su calidad de alumno de medicina— tuvo la inquietud de averiguar las causas reales del fallecimiento de su paciente. Hizo un corte vertical desde el apéndice xifoides hasta la proximidad del pubis, y allí constató una hemorragia hepática, uterina y también del páncreas. Durante este procedimiento el cuerpo de la joven dio muestras de poseer muy poca sangre, no más de cuatrocientos centímetros cúbicos, de la cual el aprendiz de galeno aprovechó de guardar una muestra para llevarla después al laboratorio.

No había tiempo que perder y Edison fue hasta el taller de bicicletas que estaba a media cuadra de su casa y le pidió prestado hasta el día siguiente un triciclo al dueño, a quien solo conocía de vista.

De Emilia aún no sabía nada y tampoco había dado señales de vida Joel, de modo que era el momento preciso para trasladar los nauseabundos paquetes a un lugar donde no fueran encontrados. Pudo cargar solo dos tercios del cuerpo de Leticia y los puso en bolsas para hacer más viable su traslado hacia el Cementerio General, el sitio elegido por él para deshacerse de aquellos restos. Lo demás lo guardó secretamente bajo una de las camas de otro dormitorio que no ocupaban a menudo. Respecto al paradero final, sabía que por el lado de la calle San José, que bordea un costado del camposanto, muy cerca de la Facultad de Medicina, existía un lugar poco concurrido por donde podría acceder sin ser visto.

Pedaleando en el vetusto triciclo y haciendo esfuerzos notables para aparentar que llevaba un cargamento común, Edison recorrió las calles rumbo a su destino. Entretanto pensaba en lo acertado de haber dejado algunas partes en casa, ya que el peso de la carga le dificultaba el desplazamiento y el control del vehículo.

En el intertanto, Emilia había vuelto a casa para encontrarse, sorprendida, con la ausencia de Edison. No existían vestigios del cuerpo de Leticia y supuso que algo había hecho para borrar cualquier evidencia comprometedora. Acudió al patio pensando que quizás lo había enterrado en algún rincón, pero al revisar la tierra, su

sequedad le dio señales de no haber sido removida por su compañero. No miró en el dormitorio donde Edison había dejado lo que no alcanzó a trasladar; se habría impactado. La mujer interrumpió sus divagaciones cuando sonó el timbre de la casa, que la sobresaltó y la llenó de incertidumbre antes de decidir si abrir o no. La insistencia del visitante la obligó a hacerlo. Era Joel que, tal como lo anticipó, venía a buscar a su amada al salir de su trabajo. Emilia, segura de que no vería nada extraño en su casa y desde luego para dar fe de su credibilidad, lo hizo pasar al *living*. Ya frente a él y con la frialdad de una impenitente que no tiene otra salida que mentir para salvarse, le dio la información.

—Leticia se fue temprano —afirmó taxativamente.

—¿Se fue? La estuve llamando y no me contestó —respondió el joven, asombrado.

Emilia recordó que había guardado el celular de ella en el clóset, junto con su bolso. Temió que Joel insistiera en llamarla otra vez, porque desde el *living* el sonido de su teléfono se escucharía.

—Fue intervenida muy temprano y, como se sintió bien, decidió irse sola. Supongo que se fue a su casa.

—¿Eso dijo?

—No, no me dijo eso. ¿Acaso tenías planeado llevarla a otro lugar?

—¡No, no! Entonces debe estar allá. ¿No dijo nada más?

—Pensó que vendrías a buscarla más temprano, la escuché decir.

—¿A qué hora se fue?

—Al mediodía.

—Pero si sabía que yo estaba en el trabajo. ¡Qué raro que no me haya llamado! —dijo Joel mirando la hora en su celular—. Bueno, voy a ir a verla. Muchas gracias —agregó antes de abandonar la casa.

Entretanto Edison había logrado dar con el sector de la calle San José por donde el acceso, si bien no era del todo fácil, él estaría en condiciones de sortear. Amarró el triciclo con una cadena y un candado a un árbol y, con la certeza de que a esa hora el lugar era solitario, se dispuso a iniciar la segunda etapa de su plan. El muro era alto, pero Edison pensó que escalando el árbol y aferrándose a sus ramas sería más factible entrar al cementerio, que a esa hora estaba cerrado haciendo aún menos concurrida esa calle. Fue tomando de a uno los bultos, y lanzándolos hacia el interior. Una vez cumplida esa operación sin contratiempos, apoyó los pies en el manubrio del triciclo y, usándolo como escalera, se encaramó por el tronco del árbol para acceder desde ahí, por una de sus ramas añosas, hasta el muro del cementerio. La luz natural iba en franca retirada, hecho que se coludía con sus intenciones de pasar inadvertido. Previendo esto Edison cargaba en su mochila una linterna y, agazapado en el canto del muro, observó que una pareja se aproximaba por la esquina de la calle, lo que lo obligó a extremar su prisa para no ser descubierto. No tuvo otra opción que improvisar cuanto antes un salto hacia el interior del cementerio. Se resintió con la

maniobra y debió dejar pasar unos minutos antes de recobrar la movilidad de sus piernas. Amontonó los bultos que habían caído esparcidos y, antes de que se apagaran los últimos fogonazos de luz sobre el camposanto, dio una mirada fugaz al paisaje lleno de cruces que él conocía muy bien. En época de exámenes, acostumbraba ir a estudiar a ese sector del cementerio, denominado Patio de los Disidentes.

En el siglo XIX, quienes no profesaban la fe católica al morir eran enterrados en un basural ubicado en las faldas del cerro Santa Lucía. El rechazo más enérgico para que sus restos descansaran en el Cementerio General provenía de las cúpulas de la Iglesia católica chilena, que consideraban que luteranos, evangélicos, anglicanos, e incluso algunos judíos, no podían compartir este terreno siendo tan disolutos, impúdicos e inmorales.

Tras presiones internacionales y de políticos chilenos laicos, en 1854 la Iglesia católica autorizó la construcción del llamado Patio de los Disidentes en el sector sur del cementerio, con la exclusiva condición de que en sus límites se levantara un muro de siete metros de alto por tres de ancho, conformando un verdadero feudo amurallado, de modo que el camposanto —considerado un lugar bendito, como su mismo nombre lo expresaba— no se contaminara con aquel sitio de profanos.

Hoy en este sector se encuentran sepultadas cerca de tres mil personas y, dada su antigüedad, ya no existen familiares ni parientes vivos que acudan a visitarlas.

Edison esperaba encontrarse en aquel sector con sepulturas abandonadas y algunas lápidas entreabiertas, de cuya existencia sabía. Desde el primer momento de su infortunio con Leticia pensó en esta opción. Eligió una sepultura cuya lápida de cemento, un tanto corrida, dejaba entrever una oscuridad que se intuía profunda. Uno a uno trasladó hasta allí los bultos que había traído. Fue un trabajo extenuante, pero logró culminarlo antes de que los guardias pasaran por las cercanías en su turno rutinario. Arrastrar la pesada lápida a su posición original fue una odisea.

En casa, Emilia registraba el bolso de Leticia que había guardado en su clóset. En efecto, allí permanecía su celular con poca batería, pero lo suficiente como para que su sonido quebrara la tranquilidad del lugar. Había también otras pertenencias, pero su curiosidad se focalizó en su cédula de identidad, donde descubrió que en dos semanas más Leticia cumpliría veintiún años. Su billetera extendida mostraba una fotografía familiar, donde aparecía ella junto a sus padres y hermanos, y en el otro costado, una foto de Joel de medio cuerpo, con un «Te amo» escrito a lápiz que cruzaba en forma diagonal su pecho.

Estaba tan inmersa en el recuerdo de esta joven que no se percató de la llegada a casa de Edison. Sintió que sus pasos se aproximaban al dormitorio y regresó los objetos a la cartera para dejarla donde estaba.

—Vino este chico a buscar a Leticia —le dijo apenas lo vio asomarse.

—¿Qué le dijiste?

—Que todo salió bien, y que en vista de que él no llegó a buscarla se fue sola al mediodía.

—Estuviste bien. ¿Te creyó?

—Creo que sí, pero seguro que va a volver. ¿Qué hiciste con ella? —preguntó Emilia, ávida de una respuesta.

—¿Qué hubieras hecho tú? Lo mismo, seguramente —replicó Edison para no llevarse todo el sentimiento de culpa.

—No sé, ¿qué hiciste?

—La hice desaparecer, no tenía otra salida. La tuve que dividir en partes para poder sacarla.

Emilia tendió a espantarse con la información, pero que él sacara a la víctima de la casa había sido su deseo íntimo cuando decidió salir a caminar sin rumbo.

—La justicia no castiga por lo que pueda hacerse con los cadáveres —añadió Edison como una tonta manera de justificarse.

—Solo dime adónde la llevaste —insistió Emilia.

—Al cementerio.

—¿Al cementerio? ¿A esta hora?

—Sí, pero aún me faltan partes por llevar.

—¿Y dónde están?

—Debajo de la cama del dormitorio de visitas.

—¿Y cómo la trasladaste?

—Le pedí el triciclo prestado a don Pascual, el del taller de bicicletas. Ahora vine a buscar lo que falta.

—¿A esta hora?

—¿Cuándo si no? ¿O crees que entré por la puerta principal del cementerio? Necesito ayuda, podrías acompañarme.

—¿Yo? —exclamó ella, otorgándole a su respuesta un tono de negación.

—¿Te das cuenta de lo que pasaría si me descubren? No puedo hacer esto solo.

—Nunca he ido al cementerio de noche.

—Yo también es primera vez que lo hago, además no tienes que entrar, yo me paso por el muro de la calle San José. Tú te quedas afuera y me avisas por celular cualquier cosa extraña que veas.

Cerca de la medianoche, Emilia iba sentada en un pequeño piso de madera y paja sobre el triciclo, en dirección al cementerio, haciendo de contrapeso a los bultos. Uno de estos, el que contenía la cabeza de la víctima, con el movimiento que se producía en las curvas o cuando el vehículo frenaba al llegar a una esquina, a menudo se desplazaba y le rozaba las piernas. En tanto Edison, pedaleando sin descanso, se limpiaba cada cierto trecho la frente con el antebrazo para evitar que la transpiración le entrara a los ojos. Al llegar, el sector presentaba una atmósfera silenciosa y desierta, y con una iluminación tan deficiente que el lugar parecía ser un pasadizo más del cementerio. Ambos probaron las señales que se harían mediante el celular para mantener una comunicación permanente y alertar al otro en caso de cualquier inconveniente. Edison repitió el procedimiento anterior y saltó con cautela, pero esta vez con más presteza, el muro divisorio. Tuvo que echar mano de la linterna para desplazarse en medio de la oscuridad que se ceñía sobre el cementerio, generando un

terrorífico manto negro. No le fue fácil dar con la sepultura donde había depositado los primeros despojos.

También le resultó más complicado remover la lápida desde su posición normal, y tuvo que asirse de un palo rígido que encontró en los alrededores para hacer palanca y dejarla lo suficientemente abierta para que cupieran las partes que faltaban. En este ajetreo, sintió de pronto el taconear de unos pasos que se aproximaban en las cercanías. Apagó la linterna de inmediato y, en una reacción felina, se agazapó entre las tumbas, confiando en que ese guardia no advertiría los bultos que estaban sobre la lápida. Su respiración comenzó a acelerarse y, en el mar del silencio reinante, le daba la sensación de que el sonido que emanaba del trabajo de su diafragma era como el ruido de un fuelle que retumbaba en el ambiente. La presencia de ese hombre, cuyas pisadas se acercaban con evidente peligro, ponía en vilo el plan de Edison. Intuía que este se dirigía al lugar exacto donde él se encontraba. Como un jugador de ajedrez, Edison ya se adelantaba a su próxima jugada y esta no sería otra que optar por atacarlo sin importar las consecuencias. Si el guardia descubría el cadáver de Leticia, eso implicaba que sería acusado sin piedad de asesinato y en ese contexto —pensó—, era su vida o la de aquel desconocido. Se sobresaltó aún más cuando escuchó vibrar su celular, el que por razones obvias no se atrevió a contestar.

Al otro lado del muro, Emilia decidió cortar pero se quedó preocupada, ya que interpretó que su enamorado estaba en aprietos.

Lo extraño es que Edison tenía conciencia de haber escuchado pasos y de haberlos sentido cada vez más cerca, pero de pronto, sin explicación alguna, estos parecieron diluirse. Dedujo que el vigilante pudo haber cambiado de ruta, o que en forma estratégica quiso que él pensara eso. Ante estas suposiciones, le pareció que lo más inteligente era no moverse hasta que él se rindiera primero y terminara yéndose. Pero los minutos pasaron y no se sintió más su presencia. Se le cruzó por la mente que no se trataba de un guardia y por unos segundos le vino la aterradora idea de que lo estaban penando. Alimentó a su pesar la hipótesis de que se trataría de uno de esos muertos de antaño, que hoy en calidad de fantasma pretendía sacarlo de su espacio. Con la respiración a nivel de locomotora a carbón, el estudiante de medicina tuvo la ocurrencia de tomar una abultada piedra desde el suelo y lanzarla lo más lejos posible, con la clara intención de que ese efecto distractor activara la presencia del guardia, y para demostrarse a sí mismo que el miedo lo hacía extralimitarse en sus elucubraciones. Efectivamente el golpe y la resonancia de aquella piedra lanzada por el aire fueron notorios, pero no hubo respuesta alguna. La premura y el nerviosismo se volvieron en aquel momento más demandantes que la posibilidad de poner en duda lo que estaba seguro de haber escuchado.

Edison nunca había vivido algo similar, pero necesitaba cumplir el propósito para el cual se encontraba allí, y debió hacer caso omiso de esa experiencia que bordeaba lo paranormal para ocultar en aquella tumba los dos bultos que le quedaban. Al terminar, cerró la lápida ayudándose con el mismo palo, convencido de que esas

partes de lo que fue en vida el cuerpo de Leticia muy pronto sufrirían el mismo e inexorable deterioro que el resto de los moradores del cementerio. Antes de abandonar el Patio de los Disidentes, tomó la precaución de sacar con su celular una fotografía de aquella sepultura.

Emilia continuaba esperando afuera, nerviosa, pues ya había llamado a Edison un par de veces sin éxito y estaba muy alterada por no haber obtenido respuesta. No alcanzó a divagar demasiado, cuando se alegró al verlo emerger por la cima del muro del camposanto.

A la una y media de la madrugada la pareja emprendió el regreso a casa en el triciclo del vecino Pascual. Era extraño verlos viajar de aquel modo por las calles a esa hora. Ella sentada en el piso y él transpirando mientras pedaleaba. Más por nerviosismo que por cansancio, sin verbalizarlo durante el trayecto a su hogar, Emilia y Edison pensaron en forma tácita y mediante una simple conexión mental que no hablarían de la desaparición de Leticia. Le habían puesto literalmente una lápida a ese tema. La ignorancia, la imprudencia y hasta la desidia que originaron esta trágica muerte fueron las conductas que hicieron del entierro *sui generis* de esta joven un simple hecho de la causa.

Al día siguiente Edison se levantó muy temprano para retomar sus clases en la facultad. En su mochila llevaba con mucha cautela la porción de sangre de Leticia que le daría luces para evitar en el futuro el supuesto error que pudo haber cometido —si es que lo hubo— con tan fatal desenlace. Necesitaba dejarla en manos de Nicolás Arrate, otro de sus contactos, quien ahora en su rol de asistente del laboratorio debería resarcir, en parte, los favores recibidos de Edison. Este le dejó la muestra con la tácita exigencia de recuperarla al término de sus clases.

Emilia se dedicó a limpiar a fondo la casa para que ningún vestigio, huella o evidencia pudiera delatarlos ante una visita inesperada. También esa mañana, antes de que Edison partiera a la universidad, desarmaron juntos la silla ginecológica y la guardaron en el entretecho.

Las precauciones tomadas no impidieron que Joel los visitara nuevamente. Su posible regreso era esperado por la pareja, y planeado el verso común que usarían para reafirmar que Leticia decidió partir porque se encontraba en perfectas condiciones de salud y también en vista de su tardanza en llegar a buscarla. Se comprometieron a no salirse de ese argumento.

Emilia fue a recibirlo y lo condujo hasta el *living*.

—Ya te conté todo lo que sabía.

—Es que me he cansado de llamarla y no contesta —dijo Joel, en busca de una pista más certera.

—La verdad es que no sé qué decirte frente a eso. No la conozco como para deducir dónde y por qué se pudo haber ido.

—¿Le habrá pasado algo? —aventuró Joel.

—Habría vuelto. ¿Fuiste a su casa?

—Llamé y su mamá me dijo que no había llegado. Ellos también están preocupados, la esperaban ayer en la noche.

—Lo siento, eso ya no es de nuestra incumbencia —cortó Emilia dando por terminado el encuentro.

El rostro de Joel reflejaba la angustia. Luego de aquella charla, este joven comenzó a entender que algo de culpabilidad le cabía en todo esto. Revisó en su mente una de las últimas conversaciones con Leticia y, excepto el hecho de que él no llegó a tiempo a buscarla, nada pudo alentar en ella una conducta tan evasiva como para tomar un rumbo desconocido. Se marchó de la casa de Emilia con una sensación de vacío y, mientras caminaba hacia el paradero del bus, lo asaltó la idea de que su amada se podría encontrar en aprietos. Comprendió que la idea de postergar la paternidad, negándose al nacimiento de su posible hijo, fue en rigor un acto egoísta. Pero ahora, ¿cómo se lo explicaba?, ¿cómo le decía que ambos habían cometido un error? Él, al justificar como viable y oportuna la opción del aborto; ella, al aceptar sin reparos su punto de vista. Conociendo el carácter de Leticia, tenía la certeza de que el perdón aquí no cabía. Ahora sus caminos se estrechaban y no tenía otra posibilidad que unirse a la cruzada de su familia o continuar negando lo que habían hecho. Ninguna de estas opciones era una buena mano, diría un tahúr. Con más miedo que análisis, Joel se dio algo más de tiempo confiando en que Leticia regresaría de un momento a otro.

Las clases terminaron apenas unos minutos antes de que cerrara el laboratorio. Edison no necesitó entrar allí porque Nicolás Arrate lo estaba esperando a pocos metros para que el favor no se interpretara como una prebenda.

—¡Qué bueno que llegaste! Yo me estoy yendo y no me atreví a dejarte el resultado con la secretaria, se podría prestar para rumores —señaló Nicolás con cautela para dejar en claro que el procedimiento era irregular.

—Entiendo... —contestó Edison—. No te preocupes.

—¡Sí...! Aquí está el resultado —dijo Arrate entregándole un sobre blanco.

—¿Te debo algo? —preguntó Edison como gesto de buena crianza, ya que ambos sabían que el favor estaba cancelado con antelación.

—¡Estamos a mano...! —aseguró Arrate—. Esto no lo hago con nadie.

—Lo sé. Gracias, Nico, de ahí hablamos —y le estrechó la mano antes de partir.

Edison consideraba que la mala fortuna fue la causante de que él no saliera airoso ante la hemorragia que provocó el fallecimiento de Leticia. Para él, el examen de sangre era solo un trámite que corroboraría que sus oficios estuvieron a la altura de las circunstancias. Mientras bebía un café en la cocina de su casa en ausencia de Emilia, abrió el sobre. Fue entonces cuando sus conjeturas alcanzaron ribetes de

sorpresas. El análisis de sangre había arrojado que la paciente poseía una enfermedad genética denominada hemofilia A, que consiste en la dificultad de la sangre para coagularse. Con este cuadro, resultaba evidente que el haberse sometido a un aborto representaba serios riesgos para la muchacha, los que por ignorancia Edison no pudo advertir. Lo recomendable en este caso habría sido un tratamiento previo que ayudara al proceso de coagulación, puesto que la hemofilia tipo A produce un sangrado excesivo y hemorragias en situaciones semejantes. Este precario estudiante no tuvo la capacidad para percibir que, incluso con aquellos antecedentes en sus manos, el desenlace habría sido igual de fatal debido a lo insuficiente de sus conocimientos. En cambio, en manos de un especialista la joven habría salido airosa de aquel trance.

Capítulo seis

EL ROBO

Pineda y Burgos fueron convocados con urgencia por la Dirección Académica de la Facultad de Medicina. La secretaria les informó que su jefe, el doctor Juan Carlos Molina, los recibiría apenas terminase una reunión, así que los policías decidieron esperar de pie en el pasillo para conversar con mayor libertad.

—¿De qué se trata todo esto? —preguntó Burgos—. ¿Usted pidió la entrevista, jefe?

—No, ellos nos llamaron.

—Yo pensé que veníamos a requerir información médica sobre el caso.

—No me quiso explicar por teléfono de qué se trata.

—Debe ser una violación —acotó Burgos mientras acompañaba con su mirada a unas alumnas que se contoneaban caminando con prisa a sus clases para no llegar atrasadas.

—Violación... no creo —dijo Pineda sin mirarlo, abstraído en la pantalla de su celular leyendo un mensaje—. El director me está preguntando cómo vamos con el caso. ¿Le dejaste el informe?

—Por supuesto; seguro que su secretaria todavía no se lo pasa.

—Se lo diré —respondió el inspector volviendo a la pantalla.

—No me pregunte por qué, pero me carga esa mina.

—¿Quién? —preguntó Pineda mientras enviaba la información al director—. ¿A qué hora se lo entregaste?

—Apenas llegué a la oficina, fue lo primero que hice. Se lo pasé en sus propias manos.

—¿Te cae mal la secretaria del director, me estabas diciendo? —quiso confirmar el inspector un tanto extrañado por esa animadversión que ignoraba—. Ella es bien atractiva y simpática.

—Simpática no es, tampoco atractiva. Reconozco que tiene buen culo, que es otra cosa, pero bonita no es —aseveró Donato Burgos con particular vehemencia.

Pineda no pudo dejar de sonreír con la descripción que hizo su asistente sobre Lourdes Tejeda. En dos comentarios la dejó convertida en polvo.

—Para mí que te hiciste el lindo con ella y te dio la cortada —sugirió Pineda con evidente intención de querer molestarlo.

—No es mi tipo —replicó Burgos, para no dejar dudas de que la suposición de su jefe distaba de la realidad.

—He visto cómo la miras. Da la impresión de que te la quieres comer, y esa actitud no tiene nada que ver con lo que opinas de ella —pronunció Pineda haciendo

esfuerzos para ocultar su risa.

—No pasa nada, jefe. ¡Mire!, lo que le voy a decir va muy en serio. A mí me da la impresión de que su amigo, el director, es el que ataca ahí —especuló Burgos bajando la voz y acercándose al oído de Facundo, pues si su comentario se lo llevaba el viento, los costos podrían ser elevados.

—¿Y por qué piensas eso? ¿Lo viste en algo?

—Pura calle —afirmó Burgos sacando pecho—, y usted sabe que yo en ese terreno le corro al más pintado.

—Veo que te tienes demasiada fe —apuntó Facundo con una mueca entre irónica e hilarante—. Te recomiendo que le pongas bozal a tu boca. No te olvides que él es casado.

—¿Y eso de casado, qué? —dijo Burgos con altanería—. Si quiere le enumero a los compañeros que ambos conocemos que son casados y picotean como si estuvieran en un cóctel. ¡Para qué estamos con huevadas! Se lo digo con todo respeto, jefe.

La secretaria del director académico se asomó desde su oficina para anunciarles que el doctor Molina los esperaba.

Tras agradecer su presencia y sabiendo que su agenda estaba atrasada, el director les informó de plano la razón de su llamado. Se trataba de una serie de robos menores que habían estado ocurriendo al interior de la facultad. Con genuina preocupación, y debido a que en el último tiempo esas sustracciones habían aumentado en valor —perjudicando la infraestructura de la escuela—, Juan Carlos Molina señaló que muchas clases incluso debieron limitar sus actividades didácticas por la falta sorpresiva de material imprescindible. Les confidenció que había hecho una investigación somera y que las sospechas recaían sobre tres alumnos y un funcionario de bajo rango, el encargado de proveer este instrumental desde las bodegas cuando un docente lo requería mediante oficio. Agregó que, por lo mismo, necesitaba que el caso se investigase con particular sigilo, ya que de salir esa información a la opinión pública, se crearía un revuelo que pondría en tela de juicio no solo su gestión, sino también la seguridad de aquel campus universitario y, por efecto dominó, eso podría reflejarse negativamente en el próximo proceso de admisión.

Mientras regresaban al cuartel en el vehículo de la institución, Pineda se atrevió a mencionar que podría existir un nexo entre ambos casos: el de los abortos y este. Su ayudante no respondió de inmediato, aunque no pudo ocultar su escepticismo.

—Reconozco que ambos temas son colindantes con la medicina, pero no veo por dónde puedan relacionarse —contestó Burgos muy expectante, ya que sabía que su jefe cuando emitía ese tipo de juicio y era porque tenía razones fundadas para ello.

—Leí sobre las cosas que han desaparecido y me sorprendió que entre ellas existe mucho material correspondiente al área de la obstetricia.

—Puede ser —vaciló Donato Burgos, sin entender hacia dónde apuntaba el comentario de su superior.

—Si se robaron una camilla ginecológica, no debe ser precisamente para recostarse a dormir siesta en ella —aseveró este.

Burgos quedó pensativo y asintió en silencio, ya que ese comentario fue clave para valorar mejor la mirada policial del inspector Pineda.

—¡Es verdad, jefe! Reconozco que no lo relacioné, pero tiene toda la razón. O sea, pudo ser vendida a otra clínica.

—Sí, claro, pero a una clínica clandestina o una casa de parteras.

La afirmación fue como una bofetada para Donato Burgos, quien lamentó que esa obvia deducción no hubiera salido primero de sus labios.

Ya en la oficina, los resultados comenzaron a aflorar prodigiosos en el ejercicio de la verdadera ficción policial que aplicaba Pineda cuando analizaba los casos y que —para quienes lo conocían— se había convertido en su sello característico para llegar a la línea investigativa que debía imperar. A su modo, Facundo se zambullía a menudo en su área preferida: la filosofía.

El detective era de aquellos que piensan que en la carrera policial el rango es demasiado extenso y variopinto, y que entre sus filas es posible encontrar a funcionarios básicos y precarios, de manifiesta torpeza y escaso entendimiento, así como también a intelectuales de brillante sensatez, erudición y sagacidad abismante. En la intimidad de sus pensamientos, él creía formar parte de estos últimos y había desarrollado sin aspavientos una perspicacia admirable al enfrentar el mundo de los antisociales.

El inspector Pineda había conseguido poner en práctica una técnica colindante con la filosofía para aproximarse a la verdad policial, mediante la confrontación de pistas y argumentos disímiles y a veces contrarios entre sí.

Tal como los principios de la dialéctica aristotélica, conectaba los procesos racionales con la lógica de los acontecimientos y a partir de esta simbiosis, lograba crear lineamientos que fueran el motor de su acción. Contrastaba las evidencias obtenidas y luego, como lo hacen los chefs al agregar a sus recetas ese ingrediente desconocido que las hace mejores y diferentes a las de sus colegas, añadía a sus análisis una cuota de factibilidad fantasiosa. Se había percatado de que muchos casos, cuando se resolvían, develaban un elemento inverosímil que solo cabía en la cabeza loca de un criminal, y de que a menudo ese singular y sorpresivo detalle resultaba ser clave y determinante para dar con la solución.

Ahora, al enterarse de los persistentes robos al interior de la Facultad de Medicina, Facundo Pineda divagaba afanoso buscando ese eslabón.

El inspector no se expresaba ante sus pares como un intelectual ni hacía gala de lo versado que era en ciertas materias. Solo quienes tenían la posibilidad de trabajar con él podían dar fe de su competencia y de su extrema sagacidad.

Su olfato policial —que el director de Investigaciones, Boris Sanfuentes, solía mencionar como una cualidad que lo diferenciaba de sus pares— en esta ocasión le hacía intuir que el caso de los abortos clandestinos y estos robos-hormiga en la

Escuela de Medicina podían tener cierta vinculación y, confiado en ello, exploraría con dedicada atención la existencia de esos posibles lazos.

En la reunión posterior con Donato Burgos no se atrevió a revelarle su estrategia, pero sí le hizo ver que pondrían las mismas energías a ambos casos. Necesitaba impregnar de entusiasmo a su ayudante, así que lo dotó de total independencia, autoridad y poder de decisión en el caso de la Facultad de Medicina.

Capítulo siete

MEA CULPA

Edison y Joel acordaron reunirse en las cercanías del instituto preuniversitario donde estudiaba el segundo, en la calle Pedro de Valdivia a pasos de Eliodoro Yáñez. Ambos hicieron coincidir sus respectivas salidas de clases para llevar a cabo esta reunión. Edison llevaba varios minutos esperando, y el aire helado que trajo el comienzo de la noche le hizo guarecerse en el único café que a esa hora se encontraba abierto en el sector. Le envió un mensaje por su celular a Joel advirtiéndole dónde estaba.

El aspirante a doctor aprovechó la instancia para ordenar en su mente el discurso que le expondría al novio de su víctima con el propósito de intimidarlo.

Joel no tardó en llegar.

—¡Disculpe! Nos hicieron un control y fui uno de los últimos en entregarlo — dijo Joel sin abandonar su imagen de silenciosa culpabilidad.

—¿Y te fue bien por lo menos? —preguntó Edison con la obvia intención de demostrar interés por sus problemas.

—Más o menos —respondió el joven mientras se sentaba frente a su interlocutor—. Con todo lo que ha pasado me cuesta concentrarme en mis estudios.

—¿Y no has sabido nada de ella? —continuó Edison para reforzar la idea de que Leticia abandonó su casa en perfecto estado y que eso no estaba en cuestión.

—¡No! Tampoco me ha llamado. ¿Qué quería hablar conmigo?

—Bueno, de lo mismo. Solo quería saber qué vas a contestar al respecto si ella sigue sin regresar.

—¿Sabe algo de Leticia? —indagó Joel, como si fuera una muletilla, sabiendo que la respuesta sería negativa.

—Nada, solo quería tener la seguridad sobre lo que vas a decir si es que se demora en llegar a su casa.

—No entiendo —dijo Joel con genuina inocencia.

—Me refiero a que, si no aparece luego, los padres primero y después la policía te van a interrogar.

—Sus papás me han llamado y no he querido contestar.

—¿Te das cuenta? Mira... —dijo Edison, sabiendo que esa inquietud era justo lo que necesitaba para exigirle su silencio—. Sabrás que los abortos no están permitidos y que tanto nosotros como tú, si Leticia no aparece luego, podemos vernos metidos en líos.

—¿Yo...? ¿Por qué?

—Tú la llevaste, y si a la policía se le ocurre investigarte, te van a calificar como cómplice.

—No había pensado en eso. ¿Pero usted cree que ella no volverá?

—No, no nos dijo nada. Nosotros pensamos que va a regresar, pero es posible que se demore, como está sucediendo hasta ahora. Lo más lógico es que sus padres den aviso a Carabineros o a la Policía de Investigaciones, si es que ya no lo han hecho. Y en ese caso tú serás, te insisto, uno de los primeros en ser entrevistado.

—Ellos no saben que yo la llevé. Nadie sabía que Leticia estaba embarazada.

—Pero saben que eres su pareja.

—¿Y qué quiere que diga? —preguntó Joel, como si tuviera una soga al cuello.

—Simplemente que digas que no la has visto y que de ningún modo nos involucres a nosotros. Es más; sería bueno incluso que te hicieras la idea de que no nos conocemos.

El escenario que le presentó Edison fue como una roca cayendo sobre su espalda y no tuvo fuerzas ni siquiera para asentir. El muchacho quedó pensativo un rato y su interlocutor no interrumpió su soliloquio, ya que todo sucedía tal cual lo había planeado: dejarlo en medio del ruedo como a un toro de lidia herido por la estocada del matador.

Emilia fue la más satisfecha con la información que le traspasó su conviviente. Esto, en cierto modo, equivalía a ponerle una lápida al desafortunado capítulo. Haber involucrado a Joel en la desaparición de Leticia fue una jugada maestra.

Los padres de la joven llamaron varias veces a Joel, quien finalmente no tuvo otra alternativa que responder. Confirmó, a través de ellos, que efectivamente la policía ya estaba buscándola. Él les aseguró que ignoraba lo acontecido y que no la veía desde que habían terminado. Su frialdad —involuntaria pero forzosa para el momento— lo dejó fuera de toda sospecha, sin embargo, le advirtieron que era probable que la policía se acercara a él para interrogarlo si lo estimaban necesario.

El nerviosismo lo invadió después de esa conversación, y mucho más cuando le tuvo que contar a su madre lo que sucedía.

Esa noche, luego de hacer el amor, Edison puso al tanto a Emilia de que en la facultad habían hecho un catastro de las cosas perdidas y que habían llamado a la policía. Por tanto, no debía quedar ningún rastro de los objetos robados en la casa. A la mañana siguiente ambos se dieron a la tarea de guardar todo en el entretecho —incluida la camilla ginecológica— y se hicieron la promesa de congelar la actividad hasta que el temporal hubiera pasado.

El acto de prevención fue providencial, ya que no alcanzó a ingresar a clases ese mediodía cuando su profesor lo detuvo frente a la sala para decirle que lo requerían a la brevedad en la dirección. No era precisamente el director quien lo esperaba, sino Donato Burgos, quien se presentó con amabilidad y le señaló que solo realizaba un acto de rutina. Edison se creyó aquello de que la dirección había recomendado

consultar sobre el tema a los estudiantes más sobresalientes, cuando en realidad solo se trataba de una estrategia para acariciar su ego.

—Sé que usted está entre los alumnos más destacados y, por lo mismo, debe sentirse muy perjudicado cuando las clases transcurren en condiciones desmejoradas —dijo el detective como un intrascendente comentario al paso.

—Cuando el profesor hace las clases prácticas sin el material correspondiente, nos complica porque tenemos que imaginar las acciones, y esa no es la idea —afirmó Edison, sabiendo que su acotación era en extremo banal.

—El director me contó que su padre falleció hace muy poco. Eso debe haber complicado su relación económica con la universidad, ¿no?

Edison no tardó en comprender que, aunque el diálogo parecía manso, lejos de esa presunción se urdía con dobles propósitos.

—Reparto *pizzas* para una cadena, hago medio turno —dijo el estudiante, sin dimensionar que con su mentira abría un flanco con efecto búmeran.

—¿Y cuánto gana al mes?

—Disculpe, pero ¿qué tiene que ver todo esto con el robo?

—¿Qué robo? —preguntó a su vez Burgos.

—El robo de la camilla y todo eso —masculló Edison con evidente malestar y desconfianza.

—¿Dije que se habían robado una camilla?

—Sí, claro.

Teatralmente, Burgos revisó la pregunta que tenía anotada en su libreta, aduciendo que nunca mencionó el robo de una camilla. Se la mostró a su interrogado para dar fe de sus dichos.

—Entonces lo dijo el director cuando nos habló de lo que estaba ocurriendo —aclaró Edison para salir del paso.

—Disculpe que sea tan puntillista, pero no ha sido mi ánimo incomodarle. Y ya que el robo, como dice usted, es comidillo entre los alumnos, ¿quiénes cree que pueden estar cometiendo estas fechorías? ¿Personas ajenas a la facultad o personal de aquí mismo?

—No lo sé. Y si lo supiera creo que tampoco se lo diría.

—¿Por ética o por miedo?

—Nunca he delatado a nadie.

—¿Tiene claro que, si lo supiera y no coopera, se convierte en cómplice? —cuestionó el detective acentuando su incomodidad—. Pensé que me habían recomendado entrevistarlos porque colaborarían.

—Es que no me está pidiendo que le ayude, sus preguntas son como para un sospechoso.

—No se olvide que soy policía, y para un policía todos son sospechosos. Es una deformación profesional. Discúlpeme, Edison, pero no me respondió cuánto ganaba en su trabajo.

—No es que no quiera contestarle, pero ¿en qué ayuda a su investigación saber cuánto gano yo trabajando?

—Yo sé que usted viene de provincia y que al morir su padre debió buscar trabajo. Eso me hace deducir que con ello financia su carrera.

—Sí, claro —asintió Edison, sin calcular que Burgos intentaba acorralarlo.

—Se lo pregunto porque en mi ignorancia no creo que trabajando medio turno como repartidor usted gane lo suficiente como para financiar sus estudios universitarios.

—También recibo aportes de mi madre. Ella tiene un campito que heredó de mi padre y lo trabaja.

—Entiendo, eso me cuadra —comentó Burgos—. ¿O sea sus estudios nunca estuvieron en cuestión después de la muerte de su padre?

—No, nunca. Trabajo para mis gastos extra —contestó tajantemente Edison sin poder ocultar la irritación que le producía el giro que había tomado la interrogación.

—¿Por qué entonces usted liga la muerte de su padre con la necesidad de tener que trabajar?

—No la ligo, solo fue una coincidencia. Entendí que tenía que alivianarle la carga a mi madre. Eso es todo.

—¿Y la moto?

—¿Qué moto?

—No me diga que reparte las *pizzas* a pie —replicó Burgos, consciente de que la frase se teñía de ironía.

—La moto me la presta un amigo.

—¿Gratis?

—Sí, gratis, es un amigo —subrayó Edison con energía. Si usted quiere deducir que, dada mi situación económica, soy un candidato natural a tener que robar cosas de la facultad para mantenerme, está muy equivocado.

—Yo no he dicho eso, Edison, mi deber es investigar. Discúlpeme una vez más si lo he ofuscado con mis preguntas, pero de verdad eso está lejos de ser mi intención. Tanto así que creo que voy a dejar la entrevista hasta aquí.

—Está bien.

—Pero tengo una curiosidad personal.

—Dígame.

—Me imagino que a esta altura de la carrera sabrá qué especialidad va a seguir cuando se reciba.

—Quiero dedicarme a la investigación —se cuidó las espaldas el joven, sabiendo que si decía su verdadera intención, convertirse en médico obstetra, entregaría rabo y oreja.

Burgos entrevistó a dos alumnos más y también al encargado de la bodega, sobre quien pesaban serias sospechas. El análisis posterior del inspector Pineda, tras escuchar las grabaciones de las entrevistas, descartó a los compañeros de Edison y también al funcionario de la facultad. Todo indicaba que la mirada más comprometedoras recaía sobre Edison Ruiz. Pineda revisó una y otra vez su entrevista para definir cómo abordarlo por segunda vez. Con esta presunción se reunió personalmente con el directivo de la facultad, Juan Carlos Molina. Tenía la tincada de que él sería clave para este nuevo acercamiento.

Esta vez fue solo a la cita y la secretaria no lo hizo esperar.

—¡Adelante, señor Pineda! —lo recibió el director con una sonrisa afable—. Advierto que tenemos noticias.

—No sé si noticias exactamente, pero creo que estamos bien orientados.

—Esas son buenas noticias —reafirmó Molina—. ¿Gusta un café o agua mineral?

—Ambas cosas, un café chico y un vaso de agua, por favor.

Mientras el doctor transmitía el pedido a su secretaria, no perdió la sonrisa.

—Su asistente estuvo entrevistando a varios alumnos y a personal de la facultad, espero que ese material le haya sido útil.

—Desde luego —confirmó Pineda, las revisé todas. Descarté la participación de la mayoría de los entrevistados y finalmente opté por estudiar el comportamiento de Edison Ruiz.

—¡Edison...! —exclamó el director, como pensando en voz alta—. Él es un estudiante muy destacado.

—¿Me quiere decir que eso lo libra de toda sospecha?

—Así debiera ser, según yo, pero él es diferente.

—¿A qué se refiere?

—Tiene conciencia de ser un alumno superior al resto y su ego está a la altura de sus sueños. Es de aquellos que piensan que el fin justifica los medios. Le estoy mencionando características que le podrían ser útiles.

—¿Qué ha hecho en ese sentido? Me refiero a eso de que el fin justifica los medios.

—Siendo alumno «mechón» fue blanco de muchas bromas por parte de sus compañeros de cursos superiores, y un año más tarde le correspondió a él encargarse de recibir a los nuevos.

—¿Hizo algo especial?

—No sé cómo explicárselo para no caer en prejuicios, pero creo que sobrepasó los límites.

—¿De qué manera?

—Lideró a un grupo de estudiantes que, con los rostros cubiertos con unas medias negras, esposaban a los alumnos nuevos que entraban al baño, los encerraban en el WC, los ataban con cadenas a la taza del excusado y los dejaban encerrados allí. No conformes con eso, les lanzaban bolsas plásticas con orina desde afuera.

—Entiendo... Y seguramente se escudaba en el resto.

—Eso decía, pero sin duda que él fue el autor intelectual. Ese año, en su calidad de alumno destacado, por no decir brillante, se convirtió en líder y le fue fácil arrastrar a sus compañeros en sus fechorías, que a decir verdad muy poco o nada tenían de bromas.

—¿Y cómo supieron que fue él, si usaban medias negras en sus rostros?

—No lo supimos hasta días después, cuando fue aún más audaz en el recibimiento de las compañeras. Con otros dos alumnos se robaron un brazo humano desde la morgue y lo colgaron dentro del único baño desocupado que supuestamente existía en ese momento. Las chicas quedaban en *shock* y salían gritando.

—¿Y esa vez cómo supieron que fue él?

—El tema causó tanto revuelo que incluso llegó la prensa hasta acá. Ante la inminente amenaza de parar la actividad docente de los de segundo año, él vino a visitarme y frente a mí mostró toda su hombría y se adjudicó la plena responsabilidad en ambos hechos. La comisión analizó su caso y en vista de su excelente rendimiento descartó su expulsión inmediata, pero Edison Ruiz quedó en calidad de alumno condicional.

—Es extraña su personalidad, por decir lo menos —opinó el inspector—. Y de ahí en adelante, ¿no volvió a infringir...?

—Le voy a contar un secreto y espero que guarde debida reserva. Él comenzó a pedir libros en la biblioteca y se fue quedando poco a poco con ciertos ejemplares. Yo lo llamé a mi oficina para exigirle que los regresara, y me confesó que los había vendido en el persa Biobío por necesidad. Ahí me contó que su padre había muerto y que si no lograba conseguir un trabajo, no tendría cómo pagar la mensualidad. Reconozco que, privilegiando su elevado rendimiento y en atención a que había perdido a su padre, su sostén económico, no envíe el caso a la comisión e hice la vista gorda.

El director hizo un alto en su alocución y bebió un sorbo de café, con un gesto que Pineda interpretó como de arrepentimiento. Le dio la impresión de que el facultativo sabía más de la cuenta sobre Edison Ruiz y que, por lealtad, no deseaba ser él quien lo crucificara.

Facundo Pineda encontró que contaba con las herramientas suficientes para enfrentar al que él definía como el principal sospechoso de los robos en la Facultad de Medicina. Decidió que mientras no tuviera pruebas de su delito, más que apuntarlo con el dedo, era necesario conversar con él, hacerle creer que lo consideraban un aliado, no un posible culpable. Para ello el recinto universitario no era el más adecuado, tampoco su casa y menos el cuartel policial.

Fue un jueves el día elegido por el inspector, quien sin ser cabalístico, ni mucho menos, estimaba que precisamente ese día de la semana era el mejor para enfrentar a eventuales culpables. Durante unas vacaciones, el ocio lo llevó a sacar cuentas en este sentido y comprobó que sus aciertos policiales, por abrumadora mayoría, se habían

producido en día jueves. Con esa convicción, cada vez que debía enfrentar a un sospechoso no trepidaba en elegir el jueves, su día de la suerte.

Edison salió de la universidad rumbo al paradero donde esperaba el bus que lo dejaba cerca de su casa. A veces tomaba el metro y se bajaba en la estación República, que quedaba más distante, pero le permitía hacer un poco de ejercicio, ya que el deporte no estaba dentro de sus prioridades.

Pineda lo abordó unos cincuenta metros antes del paradero y de inmediato le mostró sus credenciales. Edison no dejó de sorprenderse, pero sabía que cualquier negativa o maniobra dilatoria solo empeoraría su situación y podría acercarlo al banquillo de los acusados. La experiencia que había tenido con Burgos lo dejó muy disconforme y lamentó haberse dejado intimidar por un policía, según él, tan mediocre como ese.

Ya había tomado sus recaudos en la certeza de que en algún momento se dejarían caer en su domicilio. Para eso ya había acudido a su antigua pensión donde alquilaba un cuarto: una casa en la calle Club Hípico. Gracias a la amistad que logró cultivar con la dueña del lugar, la señora Luisa, le confió que necesitaba arrendar una pieza por un mes y que, si llegaban a preguntar por él —fuera quien fuera— respondiera que él vivía allí desde hacía más de tres años. Para evitar dobles lecturas, le dijo que había solicitado un crédito bancario, y que mientras más antigüedad tuviera en su lugar de residencia, más fácil le sería conseguir con prontitud ese préstamo.

La señora Luisa bordeaba los setenta y cinco años, arrendaba piezas a estudiantes, con todo incluido, y los únicos trámites bancarios que realizaba era cobrar a fin de mes su jubilación. De modo que el argumento que Edison le dio no le provocó cuestionamiento alguno.

El inspector Pineda eligió un viejo restorán del sector de Independencia para conversar con Edison, lugar que a esa hora se encontraba casi vacío, en parte para capear la contaminación acústica que producían los bocinazos de los automóviles, los gritos de los vendedores ambulantes y también los buses, cuyos chillidos de frenos con pastillas gastadas eran más insoportables que el sonido de una tiza deslizándose por un pizarrón.

—No sé si usted está enterado de que ya me entrevisté con un colega suyo... —dijo Edison en ánimo de mostrar espíritu colaborativo y por lo innecesario que podría ser repetir esa experiencia.

—Sí, lo sé. Él es mi ayudante.

—¿De qué se trata esta vez? ¿Ya dieron con el responsable?

—Aún no, pero creemos que estamos cerca —dijo Pineda para tranquilizarlo.

—¿Y entonces por qué vuelven a entrevistarme a mí?

—Revisé muchas veces la entrevista que le hizo Donato, y solo necesito hacerle un par de preguntas más para cerrar el círculo. Él me dijo que le molestan las preguntas personales, pero para nosotros a veces son muy necesarias.

—¿En qué puedo serle útil esta vez? —reiteró Edison.

—Usted mencionó que debió trabajar luego de la muerte de su padre. ¿Era necesario, teniendo en cuenta que su madre había asumido esa responsabilidad?

—Lo que recibía de mi familia me servía para arrendar una habitación y para la comida, pero no para mis gastos personales.

—¿Y por qué relacionó el trabajo en la pizzería con la muerte de su padre?

—Necesitaba distraerme, el trabajo me hacía olvidar la pena por su ausencia.

—¿Cuánto tiempo de ahorro le llevó juntar el dinero para comprar la moto?

—La compré a crédito, todavía la estamos pagando.

—¿Cómo es eso de que la «estamos pagando»? ¿Se la compró su familia?

Edison recordó su versión anterior, de que esa moto se la prestaba un amigo, y trató de enmendar el rumbo de su respuesta.

—La compramos a medias con un amigo. En realidad, yo le vendí mi parte.

—¿Por qué?

—Porque trabajando en época de pruebas no me alcanzaba el tiempo para estudiar.

—Pero usted le dijo a Donato que estaba trabajando, y eso no fue hace más de una semana.

—Dejé la pizzería hace como tres días.

—¿Esta en época de pruebas ahora? —preguntó Pineda sin poner la más mínima cuota de presión en su entrevistado.

—¡Sí! —aseguró Edison sin dejar lugar a dudas—. Precisamente mañana tengo una y debo llegar a estudiar.

—Entiendo —concedió el inspector captando que su interlocutor necesitaba ponerle fin a la conversación—. ¿Y dónde vive? Se lo pregunto por si requiero alguna otra información. Me resultaría menos engorroso ir hasta su casa.

—¿Mi dirección? —pronunció Edison con un dejo actoral, creando en el detective el apetito de comprobar su domicilio—. Sí, claro. —Sacó un lápiz y papel y se la anotó.

Para Pineda era clave saber dónde vivía. Guardó la dirección con intencionado descuido y juntos salieron del lugar y se despidieron sin dramatizar el caso, alzando la voz para superar el concierto de sonidos callejeros.

A la mañana siguiente el inspector comprobó telefónicamente que la dirección anotada por Edison era la misma que tenía inscrita en la universidad. Pero que se encontrara en periodo de pruebas era falso. La experiencia le señalaba que también era improbable que hubiese dejado la pizzería, más bien —pensaba— nunca trabajó en una de ellas. Y por añadidura, lo de la moto era producto de su imaginación, al igual que el argumento de buscar trabajo para superar la muerte de su padre. Para Pineda estaba claro que tenía en Edison al principal sospechoso, y también asumía como un hecho su alto nivel de inteligencia. Por lo pronto, el asunto de los robos estaba a punto de dilucidarse, pero ahora el detective quería saber cómo podría enlazar a este hombre con el caso de los abortos clandestinos.

Tan pronto pudo, tomó su vehículo y fue al lugar donde vivía Edison. Esta vez Pineda decidió continuar solo con la investigación, dejando a Burgos a cargo del rastreo en Santo Domingo. Estacionó justo enfrente de la dirección que le había dejado el estudiante. Antes de bajar del automóvil, llamó al director de la facultad para asegurarse de que Edison se encontrara en clases. Esperó en el teléfono y la secretaria del director le confirmó que su curso estaba en clases, pero que él no había llegado.

Era una casa de dos pisos, con puerta a la calle y un cartel hecho a mano pegado sobre una de las ventanas, con un aviso vetusto: «Se arriendan piezas con pensión completa a estudiantes».

La señora Luisa salió a abrir. Su aspecto reflejaba a una anciana por quien los años al parecer no habían pasado en vano. Se expresaba con energía, pero sus movimientos eran cansinos. Medias semitransparentes de color carne cubrían sus piernas y una de ellas dejaba traslucir un vendaje casero que explicaba su cojera. El encuentro fue cordial y ella actuó como si lo esperara.

—¡Buenos días! ¿Aquí vive Edison Ruiz? Mi nombre es Facundo...

—Pase, adelante. Mi nombre es Luisa y soy la dueña de este lugar —interrumpió ella su presentación—. Sabía que vendría.

—¿No me diga que tiene poderes extrasensoriales? —preguntó Facundo con evidente sarcasmo.

La anciana no acusó recibo y continuó con su postura.

—Usted es del banco, ¿sí? Edison me dijo cuando se fue a clases que usted vendría, aunque no pensé que fuera tan pronto. Ya se han ido todos los muchachos a la universidad y me disponía a hacer el almuerzo —se sacó el delantal y lo condujo al *living*—. Disculpe, pero yo no tengo empleada, solamente una muchacha que me colabora con el aseo del segundo piso, porque ahora me cuesta subir la escalera, tengo un esguince —le mostró el tobillo vendado—. María se llama, me llamó recién diciendo que llegará un poco tarde porque llevó a su hijo al médico. ¡Imagínese, tiene diecisiete años y ya criando! Pero siéntese, por favor. Le preparo un cafecito y vuelvo —no paró de hablar mientras se introducía en un boquerón oscuro en dirección a la cocina—. No entiendo por qué la mayoría de las «nanas» se llaman María... —continuó mientras su voz se perdía a la distancia.

El inspector Pineda no pudo aclarar que él no era el empleado bancario que esperaba. Quizás —pensó— dejar las cosas así me puede beneficiar. Mientras esperaba que la señora Luisa volviera, registró el lugar con la mirada. Muebles antiguos, de madera noble, con costras de figuras barrocas en los vértices desteñidos, que pedían a gritos una manito de barniz. Dedujo que la señora Luisa era viuda, que no tenía hijos y que había llevado adelante el negocio de rentar cuartos para estudiantes porque no tenía una profesión ni tampoco un oficio. La llegada de la anciana con el café y una tostada con mantequilla puso fin a su divagación.

—Le traje sacarina, y aquí hay azúcar —dijo mostrándole un pequeño frasco de vidrio que aún conservaba el rótulo de mermelada—. Yo no consumo azúcar desde que murió Exequiel, mi marido. Murió de un coma diabético —precisó sin sentimiento alguno—. Pruebe la mantequilla, le va a gustar, me la mandan unos familiares de Osorno —añadió mientras se sentaba en el sofá enfrente del inspector, quien para evitar las consultas sobre la razón de su visita fue directo a lo que le interesaba.

—¿Cuánto tiempo vive Edison aquí?

—Desde que llegó a Santiago a estudiar medicina, cerca de cuatro años —contestó la señora Luisa con el encanto de quien se esmera en responder a la lealtad encomendada.

—¿Usted lo conoce bien?

—Como si fuera un hijo.

—¿Tanto así?

—Cuando estudia hasta tarde, a veces yo lo espero para servirle un cafecito y ahí conversamos. Él es bien mateo.

—¿Y sabe qué especialidad piensa seguir?

—¿Qué tipo de médico va a ser, me pregunta usted?

—¡Sí, claro!

—No sé cómo se llama, me olvidé. Cuando una llega a vieja pasan estas cosas. Pero a él le gusta todo lo que tiene que ver con los niños.

—¿Pediatra?

—¡No, no! Con el nacimiento de los niños.

—¿Obstetra?

—Algo así... Eso me contó alguna vez a mí por lo menos, no sé si habrá cambiado de parecer ahora.

—¿Y cómo se las arreglaba con el trabajo de la pizzería?

—¿Qué pizzería?

—Entiendo que trabajaba de noche repartiendo *pizzas*.

—¿Eso le dijo?

—Y que tenía una moto a medias con un amigo.

La señora Luisa demoró un poco en responder, pues sabía que cualquier error le negaría a su protegido la posibilidad de acceder al préstamo.

—¡Ah, sí!, algo me contó, pero como yo me acuesto temprano, no hablamos mucho de eso.

—¿Podría mostrarme su habitación?

—Por supuesto. Eso sí, va a tener que subir solo, su pieza es la última de la izquierda —le indicó con la mirada la escalera al segundo piso—. Tengo para rato con el pie así.

El inspector subió solo. La puerta de la habitación estaba abierta, la cama hecha y la pulcritud se hacía notar. No cabían dudas. No había dormido allí esa noche, fue su

primera conclusión al paso. La señora Luisa no puede subir y la empleada de medio tiempo no ha llegado. En el velador, bajo la lámpara de género descansaba un libro de medicina. Pineda abrió el clóset, donde colgaban algunas camisas, pantalones y unos zapatos. Una vez más se extrañó de la impecable limpieza del lugar y de la escasa ropa que allí había. Desde arriba escuchó la voz de la señora Luisa.

—¡Se le enfrió el café, le voy a hacer otro mientras tanto!

Facundo Pineda estaba absorto tratando de interpretar lo que veía. No le calzaba la imagen de Edison Ruiz con el morador de este lugar. Reconoció que, en su experiencia como detective, no era conveniente aferrarse a juicios definitivos. Aquí todo era inconexo, nada le cuadraba. Echó de menos un poco de desorden, se imaginó el clóset atiborrado de ropa, el cajón del velador plagado de chucherías, la mesa con muchos libros de medicina —entre ellos los que se robó de la biblioteca—, los muros con una gráfica básica del cuerpo humano, o al menos con un afiche de algún grupo de *rock*, sin duda *rock* pesado. Tampoco respondía a su perfil ese crucifijo sobre la cabecera de la cama, que a todas luces era obra de la señora Luisa. Era una habitación sin alma o, mejor dicho, no con el alma que él se imaginaba debía tener el entorno de su sospechoso.

Al bajar la escalera y regresar al *living*, dirigió su mirada hacia la cocina. Por la puerta entreabierta logró divisar a la señora Luisa hablando con intencionada voz baja por celular. Aguzó su oído lo suficiente como para escuchar la última frase: «Bueno, Edison, veré cómo hago. Chao».

A los pocos segundos volvió con un nuevo café humeante.

—Muchas gracias —dijo el detective en tanto ella ponía la bandeja en la mesa de centro—. ¿Edison salió temprano esta mañana?

—Sí, muy temprano, no alcancé a verlo.

—¿Él hace sus cosas a veces? Digo por lo limpia que está su habitación.

—Ahora dejó hecha su cama, pero generalmente María hace todo.

—¿Cómo sabe que la cama está hecha?

La señora Luisa se dio cuenta de su desatino, se tomó unos segundos e hizo esfuerzos para controlar el evidente nerviosismo que confirmaba su error.

—Por las preguntas que me hace —dijo con su rostro inundado por una sonrisa forzada para evitar malinterpretaciones—, me huele usted más a policía que a funcionario de un banco.

—Nunca le dije que trabajo en un banco —señaló Pineda con una sonrisa afable para no parecer duro con ella—. Yo soy detective. Intenté decírselo, pero no quise interrumpirla. En todo caso Edison sabía que vendría a visitarlo.

—¿Hizo algo malo? —preguntó la anciana con expresión menos amable y masticando su curiosidad.

—Espero que no —repuso Pineda sabiendo que ella tomaría esa respuesta por afirmativa—. No quiero incomodarla, sé que tiene muchas cosas que hacer a esta hora.

Bebió el café a la rápida y le agradeció la atención, dejándole expresamente saludos a Edison de su parte.

Durante la despedida, cuando ella lo acompañó hacia la puerta, se mostró muy angustiada. Sentía que su intervención no había sido muy afortunada.

—Yo lo quiero mucho, sé que es una buena persona, pero desde hace tiempo que no lo veo. Tengo la mejor voluntad, pero yo soy solo la persona que le arrienda —dijo la señora Luisa, sin medir las consecuencias de sus palabras.

—No se preocupe, señora Luisa, la entiendo. ¡Hasta luego!

La explicación ciertamente corroboró las sospechas y acrecentó la incertidumbre del inspector. Mientras regresaba a la oficina, dedujo que la dueña de la pensión se asustó con su presencia y prefirió desmarcarse de cualquier responsabilidad delictiva de su supuesto inquilino. No estaba coludida con Edison, como lo pensó en un principio, sino que de alguna manera él la habría presionado para su beneficio. Ignoraba con qué propósito el estudiante de medicina había armado todo este escenario. Facundo Pineda quedaba además con una serie de otras dudas que, dada la nimiedad de este caso, prefería dejar sin resolver, ya que debía guardar su atención y energías para el caso de los abortos clandestinos.

Al día siguiente, se prepararon con Burgos para darle cuenta al director de la Escuela de Medicina sobre los resultados de su investigación y los pasos que seguirían. En el intertanto llamaron a Edison repetidas veces —sin éxito— para invitarlo al cuartel. La idea era aplicar lo que en la jerga policial se denomina «el último apretón», esta vez para enrostrarle su responsabilidad en la sustracción de las especies extraviadas. Pero sus planes debieron ser postergados por la llamada inesperada de la secretaria del doctor Molina, indicándoles que su jefe los requería con cierto grado de urgencia, para lo cual los esperaba al mediodía.

No tardaron en llegar a la oficina del director, quien los aguardaba impaciente. La secretaria los hizo pasar de inmediato y el doctor Molina le pidió expresamente que no los interrumpieran.

—Parece que la estrategia que aplicaron dio resultado —anunció el director con un rostro más bien angustiado que satisfecho—. Edison Ruiz vino muy temprano a visitarme.

—¿Vino? —se sorprendió Burgos, contrariado—. Lo llamé diez veces y tenía su celular apagado.

—Estábamos a punto de ir a su domicilio cuando su secretaria nos llamó —agregó Pineda en ánimo de validar sus palabras.

—Lo encontré en la puerta de mi oficina cuando llegué —aclaró el facultativo— y se veía un tanto nervioso. Lo hice pasar y con los ojos llenos de lágrimas me confesó todo.

—¿Todo? ¿Qué es todo? —exclamó Pineda, queriendo conocer el contenido de esa declaración.

—Mi memoria es frágil y por ese motivo desde hace algún tiempo acostumbro grabar las conversaciones cuyo contenido puede ser sorpresivo o comprometedor. Creo que es mejor que escuchen lo que me dijo —señaló Molina y activó el sistema para reproducir la declaración de su alumno.

«Usted ha sido como mi padre, es la única persona en la que puedo confiar y también la única a la que le debo lealtad. Sé que la policía anda tras la persona que ha realizado los robos en la facultad».

Le quiero confesar que mi situación económica no ha sido muy buena desde que mi padre nos dejó, y usted bien sabe que la carrera de medicina no deja tiempo para trabajar. En pocas palabras, de pronto me sentí pobre como una rata y veía cómo se desvanecía ante mis ojos el sueño de toda mi vida. No estaba dispuesto a permitir que eso pasara y sin darme cuenta comencé a llevarme algunos instrumentos para mi casa; al principio lo hice como un juego o, si usted quiere, como una prueba. Luego me di cuenta de que en el mercado todo lo que tiene que ver con medicina es muy atractivo y oneroso, y decidí vender ese material. El dinero que recibí me sirvió para paliar algunos gastos personales.

Ahí me nació la posibilidad de conseguir más y el asunto comenzó a crecer, a crecer en todo sentido. Créame que cada vez que un profesor se daba cuenta de que no tenía material para hacer las clases, yo sentía como una estocada en mi cuerpo; ahí me di cuenta de que iba por mal camino y opté por dejar de hacerlo. En la soledad de mi habitación lloré y me arrepentí de mi conducta y, como un modo de compensación, ya que no tenía dinero, me hice la promesa de devolver el mismo material que sustraje y vendí. Digo, devolverlo nuevo a la universidad con los primeros sueldos de mi trabajo cuando me titule. Doctor, de verdad, no sabía cómo hacer para reparar el daño que le causé a mi escuela, ni tampoco tenía a quién contarle lo mal que me sentía, y justo cuando estaba en esa transición me percaté de que la facultad había denunciado el hecho a la policía. Asumo toda la responsabilidad de lo que hice, solo le pido que me dé una última oportunidad. Mi sueño es terminar mis estudios y ser un médico como usted... (El testimonio culminaba en un sollozo incontrolable).

El doctor Molina apagó la grabación y se quedó pensativo durante algunos segundos, esperando tal vez que los policías rompieran el hielo; pero estos enmudecieron tratando de interpretar el lenguaje corporal de su interlocutor. Ambos, como en un final de serie televisiva, desconocían cuál sería su decisión luego de haberles mostrado aquel melodramático relato. Ante el silencio de los policías, fue el director quien debió tomar la palabra.

—Debo confesar que su testimonio caló muy hondo en mí —reveló el doctor Molina, con una alta cuota de compromiso humano y profesional frente al tema—. No sabía si llamarlos a ustedes o no, pero finalmente opté por lo razonable y criterioso. Necesito saber cuál es su opinión.

—¿Quiere retirar la denuncia? —preguntó el inspector.

—Debo ser honesto: es lo primero que pensé, pero si lo hiciera estaría incumpliendo mis obligaciones como director de la escuela —dijo—. Una cosa es la tristeza que siento tras enterarme de que él era el culpable, y otra, la responsabilidad ética que ostenta mi cargo.

Después de ese comentario no había nada que agregar, solo quedaba entregarlo a la justicia. Pineda y Burgos se retiraron de la oficina del director con la convicción de hacer lo que correspondía.

Edison Ruiz fue detenido como único responsable de los cargos que se le imputaron, y quedó tras las rejas esperando el resultado del proceso que se abrió en su contra.

Sentados en el mismo café de siempre, con la calle Santo Domingo como paisaje y de fondo musical «La Cumparsita», los dos policías comentaban lo sucedido. El garzón que les trajo el pedido aclaró con notorio acento uruguayo, sin que nadie se lo preguntara, que Gerardo Matos Rodríguez era el compositor de esa melodía y coterráneo suyo.

Pineda y Burgos, aún absortos en el análisis del joven estudiante, solo esbozaron una diplomática sonrisa y continuaron en lo suyo ante el comentario poco fecundo. Concluyeron que Edison se encontraba donde debía estar, pero ellos no tenían plena certeza de si habían tenido éxito en su cometido o eran víctimas silentes de un fracaso encubierto.

En el segundo café expreso, Burgos bregaba por la opción de cerrar el capítulo sin más conjeturas. Opinó que un caso de poca monta como ese no ameritaba más comentarios. Pineda, con más horas de vuelo, contradijo a su compañero asegurando que no existen casos mejores o peores sino, más bien, solo buenas o malas investigaciones.

En su mente rondaba una hipótesis que no tenía soporte lógico. Pensaba que la autoinculpación de Edison era más una muestra de inteligencia que de reconocimiento cabal de los robos. Esto último no lo compartió con su compañero.

Donato Burgos, lejos de los fantasmas de su jefe, abrió la libreta de apuntes y comenzó a leer los hechos que había logrado recabar en el caso de los abortos clandestinos, sin percibir que sus palabras eran superadas por la atmósfera musical de aquel café e ignorando que la mente de su jefe transitaba por los paisajes de su pasado, producto precisamente de aquella melodía.

Si supieras que aún dentro de mi alma

*conservo aquel cariño que tuve para ti
Quién sabe si supieras
que nunca te he olvidado
volviendo a tu pasado
te acordarás de mí.*

Capítulo ocho

¿DÓNDE ESTÁ LETICIA?

Pasaban los días y la joven Leticia parecía haberse esfumado de la faz de la tierra. Algunos rumores aseguraban que, despechada por su pareja, decidió huir del país y reiniciar su vida en el extranjero. Los padres dieron aviso a la policía y la búsqueda se expandió de inmediato hasta los límites fronterizos. Lo cierto es que quienes la conocían sabían que ella era una joven demasiado afectiva como para aventurarse a vivir lejos de sus seres queridos. Hubo especial hincapié en que estas informaciones disímiles no llegaran a la prensa. En su entorno existía la idea de que le había sucedido algo, pero quienes se hicieron cargo de su búsqueda sostuvieron que en tal caso muy pronto se habrían encontrado evidencias.

Más allá de las intuiciones de sus familiares, Joel fue requerido para dar su testimonio. La amenaza de Edison era una suerte de espada de Damocles que pendía sobre su cabeza, de modo que fue cauto al hablar ante la policía. Como su rol era de cooperador y no de virtual culpable, le fue sencillo omitir en su relato el capítulo del aborto. El muchacho estaba genuinamente angustiado por la ausencia de Leticia, y si bien reveló que habían tenido una disparidad de criterio frente a la posibilidad de casarse tan pronto, sus ojos se repletaban de emoción por ignorar su actual paradero.

Sus interrogadores, por convicción y doctrina incisivos y mordaces hasta encontrar agua en el desierto, esta vez hicieron causa común con su sufrimiento y dieron por terminada la conversación, alentando en él las esperanzas de un pronto regreso a casa de su amada.

Mientras el caso se convertía en un verdadero misterio para todos quienes conocían a Leticia, Emilia —una más entre un centenar de personas que esperaban su turno en las puertas de la cárcel para visitar a sus familiares presos— agradecía que los ecos del incidente que terminó con la vida de aquella joven no hubiesen traspasado los muros de su hogar. Antes de que Edison se declarara culpable, lo conversaron en extenso; a pesar de estar ella en contra de ese *mea culpa*, comprendió que eso era optar por el mal menor.

La fila, azotada por el lapidario sol de la tarde que no se compadecía de estas personas —en su mayoría mujeres— que llevaban ya largas horas de espera sin avanzar más de un metro en su propósito, daba fe de que no existe nadie que se haya visto obligado a estos menesteres que no califique como un acto vejatorio la revisión a la que deben someterse para acceder a la prisión. Emilia, quizás acostumbrada a ciertas brusquedades y excesos en el entorno campesino, tenía el suficiente coraje para lidiar con hombres básicos, rudos y a veces hasta violentos, de manera que estaba preparada mentalmente para situaciones como esta y para hacerlas más

llevaderas. De todos modos, cuando se reunió con su amado en el sector destinado para el encuentro masivo de familiares y reos, lo primero que le dijo fue que la habían toqueteado por todos lados.

Aunque Edison se veía muy contento con su presencia, ella sentía una tristeza inevitable al verlo allí como pájaro en cautiverio. Se tragó en silencio la vergüenza de tener que aceptar a regañadientes que aquel escenario —antónimo de la intimidad— fuera el sitio impuesto para su cita. Un largo beso selló el encuentro, y en forma tácita no redundaron en banalidades, entendiendo que la cuenta regresiva podría atentar contra su idea de aprovechar al máximo aquel tiempo juntos.

—Todo lo que he hecho ha sido para beneficio de los dos —dijo Edison como leyendo los pensamientos de ella—. Pude escaparme de este proceso, pero si me quedaba en libertad te hacía correr riesgo a ti. Con esto di por cerrado el caso y evité que la policía fuera a la casa. Lo entiendes, ¿verdad?

—¡Sí, lo entiendo! —contestó Emilia, lamentando que no hubiese existido una salida menos drástica—. ¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?

—No lo sé, pero según mi abogado es probable que salga absuelto. O que me den una condena remitida.

—¿Qué significa eso?

—Que me dejarían en libertad con firma semanal o mensual, y además incluso podría apelar para que vuelvan a admitirme en la universidad. Si es así, en menos de cuatro meses estoy fuera.

—¿Y si no?

—Bueno, aunque me condenen por estos robos nunca será tan grave como si nos hubieran agarrado por lo que hicimos —Edison tuvo el cuidado de no ser más explícito y tomó recaudos para cerciorarse de que nadie los escuchaba.

—¿Tú confías en que este tipo no hable?

—¿Quién? ¿Joel?

—¡Sí! Creo que si la policía lo interroga no va a tardar en decir lo que sabe.

—No te quepa la menor duda de que ya lo interrogaron, y probablemente más de una vez. ¡Tranquila! Si no cometemos errores, saldré en libertad y todo esto será parte del pasado.

—No sé cómo tienes tanta fortaleza para estar aquí, con esta gente, yo no podría soportar ni un segundo.

—Lo que hice es una jugada de ajedrez. Estoy preso por esto y así no me acusan de otra cosa más grave. Ese inspector Pineda es mi único problema. No sé por qué me da la impresión de que me tiene echado el ojo.

—¿Vino a verte?

—No, pero lo intuyo.

—¿Te refieres al policía que te interrogó?

—Sí, a uno de ellos, el jefe. Sabe su pega. Me preguntó varias veces, así como que no quiere la cosa, en qué me iba a especializar cuando me titulara. Esperaba que

pisara el palito y le dijera que quería ser obstetra. Por eso hice el truco de arrendar por un mes donde la señora Luisa, así él pensó que yo vivía ahí y fue a visitarme al día siguiente de que conversáramos. Le dije a la dueña que le mostrara la habitación y no encontró nada. ¡Caso cerrado! —concluyó Edison con una sensación de triunfo que no pudo evitar.

—¿Y ahora qué? —preguntó Emilia, resignada.

Observó tan seguro y entusiasta a Edison con el resultado de su astucia que evitó contrariarlo. Le tomó la mano y le dio una mirada tierna, para decirle sin palabras que lo quería. Él, obviando el enjambre humano cuyo bisbiseo subido de tono a ratos los obligaba a alzar la voz, le prestó su hombro para cobijarla como si se encontraran solos esperando la puesta de sol frente al mar.

—Quisiera estar contigo.

—Yo también —suspiró ella sin quitar la cabeza de su hombro—. Sufro todos los días al despertar y darme cuenta de que no estás.

—Todavía queda tiempo —le dijo Edison apuntando hacia un compañero de celda que salía desde una carpa hechiza, confeccionada con frazadas enganchadas a la pared, que cumplía la función de motel exprés.

—¿A qué te refieres?

—Le voy a pedir el «Camaro» a un amigo. Parece que se desocupó.

—¿De qué hablas? —insistió ella abandonando su posición.

—Es que el Nacho armó su cama y ya la desocupó.

—No te entiendo —dijo Emilia confundida.

—¿Ves a esa señora que está saliendo de esa carpa chica?

—Sí...

—Es lo que ocupan aquí las parejas.

—¿No me digas que ahí se acuestan y...?

—Adentro hay un colchón —le informó Edison como si con ello le diera cierta categoría a la indignidad.

—¿Ahí hacen el amor?

—Sí, claro, pero nadie se preocupa. ¡Mira! Todas esas que están allá están ocupadas.

—¿No estarás pensando que yo me voy a meter contigo adentro de eso?

—¿Por qué no? Dijiste que querías estar conmigo.

—¡Edison, me estás tomando el pelo!

—No es el Sheraton, pero salva, y de verdad aquí a nadie le importa...

—Lo siento, amor, pero no.

—¿Me vas a dejar con las ganas?

—Tú sabes todo lo que te quiero... pero ahí no podría sentir nada. De verdad con todo lo que me conoces, me extraña que me estés proponiendo eso.

—¡No te das cuenta todo el tiempo que llevo aquí encerrado! —espetó Edison liberando su bestialidad.

En el regreso a casa Emilia no dejó de repasar lo sucedido. Le dio la impresión de que Edison se había transformado en otra persona. No podía ser —pensaba— que su pareja tan pronto hubiese asimilado las costumbres del lugar, al punto que le pareciera prudente y normal hacerle esa propuesta ofensiva. Al principio repelió su conducta, pero ahora, sentada en el bus y con más serenidad, quiso entender que el efecto del encierro podría haber incidido en su comportamiento. De cualquier manera, le angustiaba suponer que, si Edison no lograba la libertad a corto plazo, la secuela de su estadía en la cárcel podría dejar huellas imborrables en su personalidad. Quedó titilando en su mente el momento de la despedida. Edison le pidió que suspendiera las visitas y que no se acercara a la cárcel en los próximos dos meses. Temía que aquel policía que lo obsesionaba hiciera conjeturas en torno a quienes acudían a verlo y que a partir de esa información pudiera encontrar la hebra que develaría su trabajo, así como también la muerte y desaparición de su paciente.

El malestar de Emilia era no poder discernir si aquello era producto de una genuina intención de protegerla, de la obsesión de su ego por doblarle la mano a la policía y eludir la justicia, o si se trataba de una reacción de enojo porque ella no había accedido a tener intimidad con él dentro de la cárcel.

La actitud de Edison la hizo salir del recinto carcelario angustiada y con la emoción viva en sus ojos.

Los cuerpos de los enamorados estaban entrelazados bajo las sábanas blancas, y desde afuera alguien con una mente creativa podría imaginarse un iceberg perdido flotando en medio del océano. De entre los pliegues de la tela se asomó a la superficie Claudia. Su rostro en éxtasis se dejaba llevar por el presagio de un clímax que se preveía memorable. Como si estuviera suspendida, deslizó la sábana e hizo emerger desde su interior la figura de Facundo, para recibirlo con un beso y compartir frente a frente el momento final de un orgasmo memorable. Ella convirtió la expresión de ese placer en un quejido controlado para no alterar la convivencia con los vecinos, el que se disipó luego en el dormitorio dejando en suspensión una estela de inmensurable sensualidad.

La relación entre ambos estaba consolidada, y el próximo paso sin duda sería vivir juntos. Era una propuesta que el inspector tenía en mente y que había decidido declarar, seguramente con la intención de no dejar cabos sueltos, cuando el caso «abortos clandestinos» llegara a su fin. Había acumulado cerca de tres años sin vacaciones, y pensaba hacerlas efectivas cuando le diera la noticia a su amada.

En ropa interior y descalzo, Facundo fue a la cocina a ultimar los detalles de una pequeña tabla de quesos y jamones que había preparado previamente para el momento de quietud. Una copa de champaña helada para ella y la consabida dosis de coñac para él completaban el menú. Mientras avanzaba haciendo equilibrio con la bandeja rumbo al dormitorio, recordó su época de estudiante de leyes, cuando en su

afán de contar con unos pesos extra accedió al oficio de garzón de restorán. No duró mucho en el puesto, precisamente porque era incapaz de trasladar los pedidos sin que su cargamento sufriera los embates de su escasa motricidad fina. Esta vez llegó a trastabillas donde Claudia, quien no se percató de su drama pues buscaba una película para verla juntos, lo que se había transformado para ellos en su rutina *post sexo*.

En el intertanto, Facundo le relató a Claudia la situación ocurrida en el caso de los robos en la Escuela de Medicina. Sus aportes profesionales desde el campo de la psicología siempre le resultaron significativos, por eso ahora le intrigaba saber qué pensaba ella sobre el tema.

Con los antecedentes que le entregó su pareja, Claudia no pudo dejar de advertir rasgos psicopáticos en la conducta de Edison. Le parecía muy extraño que ese hombre, con su nivel de inteligencia, se hubiese entregado ante la autoridad universitaria, y no ante la policía primero.

—Buscaba el perdón del director —se encogió de hombros Facundo—, que ya antes había hecho la vista gorda con otros desaguizados de él.

—¡Sí, claro! Pero por mucho que así hubiese sido, eso no le aseguraba permanecer en libertad —apuntó Claudia—. Un tipo con ese perfil averigua todo, y siempre evita dar un paso en falso. Te aseguro que presentarse ante el director de la carrera fue una acción calculada.

—Mal calculada, diría yo —agregó Facundo con un dejo de ironía.

—Sí, claro, pero a lo mejor eso era lo que él buscaba.

—No te entiendo...

—No sé lo que tendrá entre manos ese tipo, pero su perfil me hace pensar que más allá de haber logrado o no su objetivo, esa confesión la hizo con una doble intención.

—Es lo que siempre he pensado —ratificó el inspector frenando a centímetros de su boca el gesto de beber un sorbo de coñac, ya que el comentario de Claudia lo hizo reflexionar.

—Debes tener claro que existen dos tipos de psicópatas... y a lo mejor es eso lo que te confunde.

—¿Cómo así?

—Algunos estudiosos hablan de psicópatas primarios y otros de psicópatas secundarios. Yo comparto la línea de aquellos que consideran sociópatas a los primeros, y psicópatas a los segundos. Pero en el fondo ambas denominaciones intentan explicar lo mismo.

—¿De qué categoría estaría hablando yo si digo que son tipos fríos, sin empatía, ególatras, buenos para hablar de sí mismos, mentirosos y a la vez muy cautivadores?

—Diría que de los segundos, los psicópatas propiamente tales.

—Explícame ahora cuál es la diferencia entre unos y otros.

—Si bien ambos cuentan con características muy similares, la diferencia radica en que la denominación de psicópatas se refiere a un trastorno grave, ligado a

características genéticas. En cambio, el término sociópatas agrupa a personas menos peligrosas, cuyas acciones son producto del medio, de su entorno.

—¿Entonces para ti sería un sociópata? —quiso ratificar Facundo, convencido él también de que Edison pertenecería a esa categoría.

—Para mí, su entorno lo determinó.

Pineda quedó pensativo con el análisis de Claudia.

La reunión de los colegas fue en el café de siempre, que sin advertirlo tanto Donato como Facundo usaban como una suerte de oficina alternativa. Solo que esta vez había sido su ayudante quien lo había citado allí para confiarle un asunto de carácter personal.

Le contó que desde que había ingresado al oficio de detective no había tomado ni un descanso y que desde el departamento de personal le habían advertido que, si no hacía uso de sus vacaciones pronto, las perdería. Ante tal disyuntiva, Burgos había sacado pasajes para Europa en un hotel para solteros, destino que se había transformado —dijo— en un sueño para él. Pineda no pudo menos que sonreír ante el relato dramatizado de su ayudante, quien obviamente buscaba una respuesta comprensiva y solidaria, ya que la eventual negativa de su jefe frustraría sus pretensiones de vacacionar. Argumentó además que tenía ahorros para mantenerse un mes sin problemas, pero le preocupaba que por alguna razón fuera necesaria su presencia, o que por su lejanía el caso sufriera un retroceso. Mientras lo escuchaba exponer las razones de su viaje, el inspector pensó en hacerle una broma y rechazar de plano sus intenciones de salir del país. Obviamente para el inspector su ausencia era importante, pero no tenía coraje para romperle la ilusión. Donato dijo entonces que se iría a mediados de la semana entrante, pero que necesitaba tiempo para ordenar sus cosas y que, si contaba con su venia, abandonaría el trabajo el fin de semana.

Como no hubo oposición a sus planes, le dejó a su compañero la carpeta del caso por si necesitaba ver allí algunos datos. Facundo dejó fluir los sueños de su ayudante, pero a cambio le ordenó pagar la cuenta del café y también costear el almuerzo que a modo de despedida ambos compartirían el viernes siguiente.

Capítulo nueve

UN LLANTO EN LA OSCURIDAD

Ocho semanas después, la situación en los distintos escenarios había ido cambiando. El paradero de Leticia seguía siendo un misterio para la policía pero, sin huellas que rastrear, la búsqueda fue perdiendo intensidad. Los padres —angustiados, pero sin perder las esperanzas— se aferraron a la insensata idea de que la joven quizás se había alejado para darle una lección a Joel y que de un momento a otro aparecería en casa.

Emilia, fiel a la causa, aún no tenía contacto con Edison. Pero comenzó a experimentar dificultades económicas, y fue esta circunstancia la que comenzó a carcomer la solidez de su promesa de no hacer nada hasta que su amado volviera. Por razones obvias, no quiso poner en arriendo las habitaciones, negocio que tanto rédito le había otorgado antes de conocer a Edison. Sus exiguos ahorros se extinguieron sin que pudiera hacer mucho para evitarlo. Y fue debido a estas estrecheces, que en reiteradas ocasiones dirigió su mirada hacia el entretecho, como en una suerte de desesperado llamado de auxilio. Allí estaba todavía toda la infraestructura de aquella incipiente empresa clandestina que se había perfilado con éxito y que debió congelarse por la muerte de Leticia.

Por fin, una mañana Emilia abrió la tapa del entretecho y, sin meditarlo mucho ni pensar en las posibles consecuencias, decidió reponer la improvisada sala de partos. En medio día logró reinstalar aquella escenografía hasta recuperar su «esplendor». En la soledad de su hogar, esta mujer hizo un ejercicio de autoevaluación y validó con una puntuación de excelencia su trabajo como enfermera y ayudante de Edison. Albergó en su mente la certeza de que viéndolo trabajar había aprendido lo necesario para continuar con éxito su oficio abortivo.

No tenía más horizonte que ese, y sin consultarle a nadie se abrió sin timidez a la posibilidad de retomar aquella actividad lucrativa que en poco tiempo —pensaba— le solucionaría su problema financiero. Emilia era una mujer acostumbrada a trabajar en condiciones adversas y muchas veces sin recibir nada a cambio. Fue a la escuela en el campo y terminó sus estudios secundarios con un promedio de calificaciones más que aceptable. A pesar de ser oriunda del sur y haber conocido muy de cerca las vicisitudes de un medio hostil para las mujeres, logró construirse un carácter férreo, preparado para soportar las adversidades y, sobre todo, estar siempre dispuesta a comenzar en lo que se le presentara por delante. En cierto modo poner en marcha esta empresa —si le cabe este calificativo— requería de una tenacidad mental y física que ella poseía en abundancia. No obstante, considerarse a sí misma competente para una acción médica que demanda estudios avanzados y evidenciaba en esta mujer rasgos

de una peligrosa ligereza mental y un insensato voluntarismo. Sustentaba su lógica en la simbiosis del ensayo y error, como si fuera una receta infalible.

Desde ese momento, comenzó a tejer una red social para difundir que ella se dedicaba a «hacer raspajes», como popularmente se les llama a los abortos. Avalada por el hecho circunstancial de que ningún extraño, y menos la policía, habían osado interrumpir su tranquilidad hogareña, tuvo el atrevimiento de experimentar en este campo.

El timbre de su puerta comenzó a sonar al cabo de unos quince días, primero tímidamente y luego con sorpresiva recurrencia. En realidad, desde que Edison cayó a la cárcel tocaron muchas veces, pero Emilia tomó ciertas precauciones antes de abrir. Se limitaba a correr el velo de la ventana desde una de las habitaciones que daban a la calle para observar y evaluar a sus eventuales clientas. Mediante una lectura acuciosa de los libros que tenía Edison en casa pretendía suplir su ignorancia; libros insuficientes, por cierto, pero para ella eran como la biblia de su insólito aprendizaje. La desafortunada paciente que requiriera de sus servicios sería la depositaria de su precario conocimiento, y posible candidata a convertirse en víctima.

En el mundo de la cultura a menudo se dice que cada obra de arte tiene un noventa y nueve por ciento de transpiración y solo un uno por ciento de talento. Pues en el caso de Emilia, el progreso fue cien por ciento de transpiración. No requirió una pizca de talento ni conocimientos, sino más bien mucha fortuna, que le permitió esquivar los problemas únicamente con su audacia, ya que ninguna de sus primeras pacientes regresó, tras su intervención, con consecuencias o secuelas graves. Parece un relato de ficción, pero está cimentado en una espantosa realidad que pende de un hilo. Todo indica que el desastre es solo cosa de tiempo.

El fallo dictado en la situación procesal de Edison hizo que un mensaje traído por el familiar de un reo y dejado bajo la puerta de su casa llegara con prontitud a manos de Emilia. El contenido era una breve frase: «Necesito que vengas a visitarme». Emilia no esperaba que el texto fuera tan lacónico. Recordó que su padre se expresaba del mismo modo cuando ella era pequeña y él la llamaba a su dormitorio para regañarla. Pensó de inmediato que alguien le fue con el cuento a Edison de en qué estaba ella. Se puso muy nerviosa. Debió tomar un vaso de agua antes de analizar si era prudente ir a verlo a la cárcel, dadas las circunstancias. En casi medio año sin verlo, la inclinación afectiva había sido más proclive al olvido que al recuerdo. Desde luego, su ocupación actual incidió en consolidar ese sentimiento de modorra amorosa. Lo había extrañado mucho, le había hecho demasiada falta su compañía, pero su presente debió afrontarlo sola. La prohibición de verlo que él le impuso, impidió que pudieran estar juntos como ella hubiese querido e influyó sobremanera en este olvido involuntario, por lo que el mensaje le resultó más preocupante que prometedor.

En lo sentimental Emilia intuía que su amor hacia Edison solo hibernaba y que, al verlo, volvería a resplandecer con nuevos bríos. Su mayor dilema, sin embargo, era si tendría agallas para contarle que había activado su oficio, que estaba ocupando la infraestructura y que había logrado con este emprendimiento laboral un éxito económico muy superior a lo imaginable. Con estos precedentes, concluyó sin mucho cuestionamiento que era de obviedad absoluta ocultarle por ahora cómo se ganaba la vida. Pero a la vez esta alternativa podría ser considerada como un acto de deslealtad incomprensible si el llamado a visitarlo era para darle la noticia de que saldría en libertad. Decidió que no podía soslayar ese reencuentro y no durmió la noche anterior, pensando cómo abordarlo. Lamentaba que con los aires de temporal que se avecinaban todo el castillo que construyera quedaría a merced de la magnitud del viento.

Esta vez la revisión para el acceso a la cárcel fue más incisiva que la primera, pero Emilia aceptó los latigazos de indignidad que involucra ser visita con intencionada sumisión. Temía que, estando frente a él, su rostro acusara indicios de estar actuando o que de plano la delatara el trasfondo de sus pensamientos. Se puso más nerviosa aún cuando ingresó al recinto penal y lo divisó a lo lejos sin que él se percatara. La imagen parecía avalar sus conjeturas, y por unas milésimas de segundo se detuvo pensando en echar pie atrás y regresar a su casa. No alcanzó a discurrir sobre la idea cuando Edison levantó su mirada entre el hervidero de visitas que ya se encontraban reconociendo y abrazando a sus presos. Alzó la mano a la distancia y fue la sonrisa en sus labios, la evidente alegría que manifestó, lo que hizo que el fantasma de aquella incertidumbre se disipara. Frente a frente, ambos se miraron para luego fundirse en un sentido abrazo. Volver a estar juntos tuvo su genuina cuota de emoción. Emilia logró advertirlo desde un principio: los meses de encierro habían convertido a Edison en un hombre todavía más inquieto. Repetía con alocada convicción que tenía todo en orden. Ella lo escuchaba con atención tratando de leer su gestualidad. Reparó en unas incipientes arrugas alrededor de sus ojos e incluso en un par de canas que le brillaban a contraluz cuando la luminosidad del sol se colaba por una ventana con los vidrios rotos. No tardó en descubrir que su actitud rebosante de energía era una treta para esconder las marcas inequívocas que deja el encierro cuando hace lo suyo. Mientras compartían un café que les invitó un compañero de celda, la charla tuvo más quietud y menos histrionismo de parte de Edison.

—¿Qué querías decirme tan urgente?

—No recuerdo haber mencionado la palabra urgente —replicó Edison con la seguridad de quien calculó cada palabra de su mensaje—. Pero sí quería que vinieras porque pienso mucho en ti.

—¿Por qué no me llamaste antes?

—Tenía la intención de sorprenderte cuando me dejaran libre.

—¿Terminó el proceso? —le preguntó ella con una sonrisa dura, pues de eso dependía su futuro.

Edison trató de explicarle, pero se le secó la garganta y debió tragar saliva para continuar.

—Me condenaron a un año y medio —declaró por fin con un dejo de amargura que no supo cómo ocultar.

—¡Un año y medio! ¡No lo puedo creer! Me dijiste que no te darían más de cuatro meses —se sorprendió Emilia.

—El abogado hizo lo que pudo, pero la contraparte es poderosa. Me cargaron todas las cosas que se han robado en la universidad.

—¿Y quién más pudo robar?

—Da lo mismo, no quiero hablar de eso —esquivó Edison su responsabilidad total.

—Pero un año y medio es demasiado tiempo —acotó Emilia como un pensamiento hablado.

—Lo sé, pero no te preocupes, voy a salir antes —aseguró Edison con un entusiasmo forzado.

—¿Antes, cuándo?

—Por lo menos tengo derecho a que me den salida dominical si hago conducta.

—¿Te han castigado?

—No, pero aquí uno nunca sabe cuándo le toca.

—Me imagino que desde ahora podré venir a verte.

—¿No han ido a visitarte a la casa? Digo, algún policía.

—Nadie ha ido. Los primeros meses no le abrí la puerta a nadie.

—¿Y cómo te las arreglas? —preguntó Edison con avidez.

Emilia esperaba la pregunta y sabía que con su respuesta pondría a prueba la incondicional lealtad que le tenía y también la profundidad de su afecto. Verlo más alicaído, y un tanto abrumado por la inesperada sentencia, la puso triste y consciente de que esbozar la verdad ahora era inapropiado para su salud mental.

—Vivo con mis ahorros.

—¿Verdad?

—Te traje algo. Sé que necesitas, pero como me impedías venir no sabía cómo hacer para entregártelo —explicó Emilia mientras le pasaba un sobre con dinero.

Edison empuñó el sobre y curvó su cuerpo para besarla en señal de agradecimiento.

Segundos más tarde ambos enmudecieron como si guardaran un minuto de silencio, hasta que él abrió el sobre y quedó sorprendido al ver una cantidad superior a la que imaginaba.

—¿Estás trabajando? —indagó Edison instintivamente.

—¿Trabajando? ¡No! Ya te dije, el dinero lo saco de mis ahorros —contestó Emilia con actitud defensiva—. ¿Por qué me preguntas eso?

—Es que si me traes tanto dinero es porque no tienes problemas económicos.

—Nunca te dije que los tenía. Te olvidas que me prohibiste venir a verte.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Que cada vez que hubiese venido te habría dejado plata para tus gastos. Ahora te la doy toda junta. Eso es todo.

Esperó una respuesta, pero Edison la provocó con su silencio.

—Me parece que me he ganado la posibilidad de volver a verte —agregó Emilia con una sonrisa conciliadora.

—Si estás segura de que ningún policía ha ido a la casa, podría ser. Pero yo no me confiaría.

—¿Por qué insistes siempre en lo mismo?

—Es que soy capaz de aguantar esta condena, pero no resistiría otra —expresó Edison aún con el fantasma de la imagen de Facundo latente.

—Creo que el hecho de estar aquí te ha puesto un poco inseguro con eso. Para tu tranquilidad, durante este tiempo no ha ido ningún policía a la casa.

La visita fue menos angustiada que la anterior. Así la evaluó Emilia mientras volvía a casa, dejándose llevar por el monocorde sonido del metro. La posibilidad de visitarlo una vez al mes era una opción viable que le daría más oportunidades para confiarle de manera gradual el origen real del dinero que ahora administraba. No obstante, le incomodaba su exigencia de visitar a un amigo que él había conocido en la cárcel y que ya estaba libre, y que según Edison era el mejor falsificador de documentos. La idea de que ella mostrase una cédula de identidad con otro nombre al ingresar al penal, para no dejar rastro de sus visitas, se había transformado en una obsesión para él.

Emilia llegó a su casa cansada, se dio una ducha y deseó que nadie la molestara por el resto del día. Se sentía sucia, manoseada y además angustiada. Sentía impregnada en la piel aquella invisible carga negativa que pulula entre los familiares los días de visita. El único antídoto para ese extraño fenómeno era mojar su cuerpo y dejarse caer a la cama para no despertar hasta el día siguiente, y eso fue lo que hizo.

El sol matinal le dio directo en la cara pues la cortina de la ventana había quedado abierta. Se dio algunas vueltas tratando de no abrir los ojos, hasta que sintió el timbre de la casa sonando enérgico. Convencida de que era una virtual clienta, Emilia apuró el tranco en dirección a la puerta, planchándose al paso la bata con la palma de la mano y, como de costumbre, oteó por el visillo de la ventana a la calle antes de abrir. El timbre volvió a sonar, esta vez en forma aún más intensa.

En efecto era una mujer, cercana a los cuarenta años, quien se disculpó por su insistencia explicando que requería con urgencia de sus servicios. Emilia necesitaba cambiarse de ropa, así que la dejó esperando en el *living* con un vaso de agua mineral y una antigua revista de papel cuché por compañía.

Tras quince minutos de espera que fueron una eternidad para la paciente, ambas conversaron para precisar lo que seguiría. La mujer, que dijo llamarse Renata, aseguró estar embarazada y le contó que había tenido relaciones sexuales con tres hombres diferentes durante su periodo de ovulación y que ignoraba quién de ellos

podía ser el padre. Como si estuviera frente a una jueza, declaró en su defensa no tener favoritismo por ninguno y subrayó que jamás pensó en ser madre, menos a esa edad. En consecuencia, necesitaba borrar ese desdichado episodio con urgencia. Renata era una mujer atractiva y venía bien vestida; su fluidez y claridad al expresarse traslucían un alto nivel educacional.

—¿Cuántos meses tiene? —preguntó Emilia obviando cuestionar su vida sexual, aunque no dejaba de impresionarla.

—Creo que tengo cerca de cuatro.

—¿Tanto? ¿Y por qué se demoró en venir?

—Por trabajo. Soy productora de eventos y viajo mucho. Me fue imposible detenerme antes. Además, no sabía adónde ir.

—A propósito, ¿cómo supo?

—¿Del embarazo?

—No, de este lugar.

—Por una amiga de una amiga. Usted sabe cómo son estas cosas.

Emilia, ya con algo de experiencia, prefirió callar y le señaló a la paciente que la acompañara a la sala para revisarla. Se sorprendió al ver sus voluminosos pechos, que bajo la ropa pasaban más inadvertidos, lo que era el fiel reflejo de un avanzado estado de embarazo.

—¿Ha sentido mareos, ha tenido vómitos? —preguntó Emilia mientras la examinaba.

—Un poco, pero ya no —respondió Renata, enfática.

—¿Algún otro síntoma?

—Siento mucho asco por los olores y me molesta que la gente se me acerque.

—Sentir asco es parte del proceso, pero es primera vez que escucho que a una embarazada le molesten las personas.

—¿Cómo está todo? —consultó Renata como temiendo salir reprobada en esta suerte de examen.

—Diría que bien, pero también diría que tiene algo más de cuatro meses de embarazo.

—¿Eso es malo?

—Es más riesgoso.

—Ya le dije que no se preocupe por el costo —se apuró en decir la mujer al ver dubitativa a Emilia.

—¿Tiene tiempo?

—Sí, por supuesto.

—Esto puede alargarse.

—Eso no me importa —aseguró, confiada en los servicios de esta mujer a la que había conocido solo unos minutos antes.

Emilia preparó a la paciente, le puso las inyecciones correspondientes y la dejó descansar por largo rato. Al madurar la tarde dio inicio al proceso de interrupción del

embarazo. En medio de su tarea fue dimensionando que su prediagnóstico no estaba errado. El feto era más grande de lo que pensaba, y evidentemente tenía más de cuatro meses de gestación cuando lo sacó del vientre de la mujer. Aun así, el proceso fue muy natural, como el remedo de un parto de características normales. Para ser primeriza, Renata dijo haber sentido muy poco dolor.

Emilia desarrolló el mismo ritual de siempre. Envolvió al feto —al que extrañamente para el tamaño había logrado extraer con cierta facilidad— en una sábana pequeña, como si fuera un bulto, levantó la tapa del basurero y, con velado respeto, considerando que por el tiempo de gestación ya tenía la estructura de un menudo bebé, comenzó a introducirlo con intencionada delicadeza en el interior. Cada vez que interrumpía un embarazo y era el momento de sacar el embrión, temía lo que había sucedido ahora: desprender desde el interior de un vientre a un ser maduro en completo desarrollo. De modo que, por hábito, realizaba los pasos finales del procedimiento abortivo teniendo la precaución de no mirar su rostro, para evitar que esa imagen se clavara en su mente. Por esa razón lo cubría de prisa con una sábana. Pero en esta ocasión ocurrió algo inesperado. Previo a dejarlo en el basurero, una mala maniobra hizo que una parte de la sábana se corriera y dejara el rostro del feto al descubierto, haciendo que la mirada de Emilia escaneara en milésimas de segundos la figura inerte de ese ser que parecía reclamar con evidentes razones su derecho a la vida. Emilia volvió a cubrirlo con la sábana y lo depositó con delicadeza en el interior del basurero, como si esos desechos acumulados fueran su cuna. Se prometió que a la mañana siguiente se levantaría muy temprano, y antes de que pasara el camión recolector sacaría la bolsa de basura y la trasladaría en un carro de supermercado que tenía para esos menesteres un par de cuadras más allá, para dejarlo en otro basurero más lejano a su domicilio.

Al regresar a la sala donde yacía Renata le informó que todo había salido bien y le recomendó quedarse recostada hasta que pasara el efecto de los sedantes. Mientras limpiaba el cuarto, le advirtió que sería normal que sintiera dolores por unos días, ya que a juzgar por el resultado de lo que extrajo de su vientre, su embarazo superaba los cinco meses. Renata no respondió, dejando con su silencio la impresión de que siempre lo supo. Sin duda, de haberlo expuesto con antelación, la posibilidad de hacerse el aborto le habría sido negada.

Dos horas después, Emilia se despidió de esta clienta, viendo desde la ventana cómo se subía a su auto en apariencia nuevo. Lamentó que no tuviese a nadie esperándola, pues partía sin estar recuperada del todo. Oró para que llegara a destino sin problemas. Recordó que no había revisado el sobre con dinero que le dejó la paciente y, al abrirlo, se encontró con la sorpresa de que Renata le había duplicado sus honorarios.

Cerró con llave la puerta de calle y recordó que no había comido nada durante el día. Esta vez optó por prepararse una ensalada verde con frutos secos, la que engulló sin entusiasmo pues la imagen de ese feto —tal como temía— aún permanecía fija en

su mente. Por alguna razón desconocida sintió que la noche se había dejado caer con inusual pesadumbre. Dejó correr por varios minutos sobre su cabeza el agua caliente de la ducha para despercudirse de aquella experiencia, que si bien había resuelto con éxito, su costo ya lo estaba pagando. Era invierno y esa noche una ráfaga de viento se dejó sentir con particular vehemencia. Cayó a la cama rendida y no se enteró de la leve garúa que comenzó a salpicar los vidrios de la puerta que daba al patio.

Eran las tres de la madrugada y Emilia dormía. El viento ya no se escuchaba y reinaba la tranquilidad. Repentinamente, un leve pero insistente sonido se fue infiltrando en el descanso de esta mujer quien, como si estuviera en trance, comenzó a poner atención, sin lograr detectar su origen. Era una suerte de maullido lejano que se mantenía en el umbral de su conciencia mientras su cuerpo y su mente aún vagaban por el universo onírico. A ratos esa especie de constante ronroneo cesaba, pero pronto volvía con más fuerza. Era irritante para el oído, y a esa hora parecía un vil castigo que la alteraba como si fuera una pesadilla. La mujer quería despertar, pero no tenía fuerzas para incorporarse a la realidad. Entretanto el sonido se fue convirtiendo en una suerte de lamento, que la hizo recuperar la conciencia de golpe y la despertó sobresaltada.

Nunca le había sucedido algo parecido. Sin despegar la vista del cielo de la habitación por algunos minutos, fue saliendo de su sopor y a la vez disipando el miedo que había invadido su sueño. Pensó en prepararse una leche caliente —solía hacerlo cuando despertaba a medianoche—, pero se sorprendió al notar que aquel ruido continuaba ahora en la vida real. Se puso nerviosa e intentó interpretarlo, pero no conseguía equipararlo con algo conocido. Trató de determinar su procedencia y le pareció que venía del techo, minutos después lo instaló como proveniente de la cocina, para concluir, muy extraviada en sus percepciones, que ese ruido gutural parecía proceder del patio interior de la casa. Eso sí, ahora tenía la certeza de que no era un gato, tampoco un ladrón; pero ello la inquietaba más todavía. Recordó por un momento que en el campo abundaban los rumores de presencias malignas que se cobijaban entre las sombras. Se comentaba que dichas presencias se aparecían para anunciar la muerte de un familiar querido.

Con su cerebro funcionando a mil, como un computador que busca en la memoria una pronta respuesta, se daba maña para descifrar ese sonido que a ratos se convertía en un alarido de ultratumba. «Esto no me la puede ganar», pensó esta mujer. Y a pesar de estar angustiada, se preparó para enfrentar el enigma que merodeaba en su entorno. Para su fortuna, ya no llovía ni tronaba el cielo, ni servía este de telón de fondo para las decenas de destellos eléctricos que habían sido parte de la sinfonía celestial mientras ella dormía. Quiso encender la luz, pero como siempre que soplaba viento o el clima se volvía amenazante, aun ligeramente, esta no respondió. Probó otro interruptor y nada. Algún cable caído, como era habitual, la tendría a oscuras un par de horas. Al correr la cortina de su dormitorio vio la luna llena, un tanto difusa y semioculta entre unas nubes negras, y le recordó las apariciones de personajes

terroríficos del celuloide. Emilia salió del dormitorio e ingresó al gran pasillo vidriado entre las habitaciones y el patio. Aquel sonido perturbador pareció acrecentarse cuando encendió la vela que llevaba sobre una añosa palmatoria. Debió abrir una de las ventanas que daban al exterior para asegurarse de que esa especie de quejido en efecto provenía de allí. La vela no era la mejor compañera, su luminosidad era tenue, casi inefectiva. Con la palma de la mano izquierda la sostenía y con la derecha formaba un escudo cóncavo para que el viento no apagara la llama.

A medida que sus pasos se aproximaban al origen del extraño sonido, la incertidumbre crecía en esta mujer y también el pánico al desconocer con qué se podría encontrar. Estaba en el patio y esos aullidos, que se confundían con estertores, se hacían más notorios y cercanos, señal inequívoca de que se aproximaba a su objetivo. Ahora el ruido era como el de una cría de rata recién nacida y abandonada por su madre. Se aproximó al basurero, donde se percató de que aquel ruido —que semejava un quejido ahogado— emergía desde el interior de la sábana con el bulto depositado hacía apenas unas horas. Su primer pensamiento fue que el feto estaba sirviendo como festín para las ratas y, por cierto, el solo hecho de imaginar aquello la horrorizaba. Ante ese posible desenlace intentó echar marcha atrás, pero ahora el sonido se había convertido en un lamento ahogado, más identificable y terrenal. Se sacó una pantufla y con la punta de esta, presa de pavor, deslizó lentamente la tela que lo cubría, y su impacto fue superior. Se trataba del tímido y desgarrador llanto de un bebé. Provenía del feto que, tras ser abortado por su madre —lo que en definitiva había sido un parto—, había echado mano de sus últimos hálitos de vida para pedir auxilio. Emilia quedó perpleja, sin poder creer lo que sus ojos veían.

Luego, más consciente de la aberrante situación, atinó a recoger a esa guagua y la llevó con cuidado a su dormitorio. Un torbellino de conjeturas pasó por su mente antes de decidir qué hacer con ese ser vivo —una niña— que bramaba por seguir existiendo. Calentó agua y la limpió con algodones húmedos y mucha delicadeza. La pequeña no pesaba más de setecientos gramos y, claramente, si no la llevaba a manos de expertos, esa llama que se había encendido en ella se extinguiría irremediablemente. Buscó el canasto de mimbre que usaba para poner las verduras y con unas pequeñas mantas y trozos de sábanas armó una suerte de cuna. Abrigó a la bebé y sin fijarse en la hora ni en el clima, tomó el canasto y salió a la calle, con destino al hospital más cercano, el San Juan de Dios. Para su fortuna, luego de caminar casi cinco cuadras, logró encontrar un taxi a esa hora. Durante el trayecto al recinto asistencial, rogaba por que la niña tuviera fuerzas para resistir. Ingresó a tranco firme y con mucha premura se instaló frente al mesón de la recepcionista.

—¿Qué sucede, señora?

—Este bebé no tiene más de seis meses y se está muriendo.

—¿Usted es la mamá?

Antes de salir de casa, Emilia había urdido un argumento de mediana lógica para explicar la situación.

—Estaba durmiendo en mi casa, yo vivo sola —dijo— y de pronto golpearon con insistencia a mi puerta. Me asomé por la ventana, pero no pude ver a nadie. Cuando iba a regresar a mi dormitorio sentí un llanto al borde de la puerta de calle y al abrirla me encontré con este canasto.

—Deme sus datos, señora —dijo la mujer que la atendía, sin sorprenderse por la fuerza de su relato, como dando cuenta de que eran recurrentes las historias como esta.

—Hay que atenderla con urgencia, se puede morir, por favor llame a un médico mientras le doy mis datos —imploró Emilia.

La recepcionista se espabiló y llamó al médico de turno, quien no tardó en hacerse presente y sin hacer muchas preguntas tomó a la bebé en brazos y se la llevó al interior de uno de los box de atención. Emilia le escuchó decir a viva voz que necesitaba urgente la presencia de dos enfermeras y suero. Sus datos quedaron registrados en aquella bitácora junto con la hora: las cuatro de la madrugada con quince minutos.

La recepcionista, con rostro imperturbable, le hizo firmar un documento y le señaló que debía esperar hasta que el doctor la llamara.

El reloj mural de la sala de espera indicó las cinco con cincuenta y dos minutos cuando Emilia, que se había quedado dormida, despertó por el llanto de un niño que llegó a la urgencia del recinto asistencial en brazos de su madre, tras haber sufrido un accidente. Al darse cuenta de que había pasado más de una hora sin que ella fuese requerida, comprendió que podía cerrar su aporte humanitario y retirarse a su casa sin tener que dar cuenta a nadie... y fue lo que hizo.

Se sintió más aliviada al regresar al hogar, donde la tensión y el cansancio tras lo vivido se confabularon para que sus ojos se cerraran sin control y el amanecer del día siguiente la encontrara vestida sobre la cama.

Tardó unos segundos en recobrarse y cuando lo logró en cuerpo y alma, recordó su peregrinar de madrugada con aquella criatura, una historia cuyo desenlace ignoraba. Tuvo la vaga idea de ir al hospital para enterarse de su suerte, pero desistió por temor a que la hicieran responsable del destino de aquella menuda recién nacida.

Capítulo diez

TIEMPO DE ESPERANZA

Facundo Pineda buscaba un espacio para dejar su auto en el bandejón de tierra que divide la calle Pedro Montt en dos vías. De seguro el lugar debió ser diseñado originalmente para jardines —pensó el inspector—, pero la necesidad convirtió lo anormal en regla, transformando el bulevar en estacionamiento y creando un pingüe negocio para los valientes capaces de soportar el martirio de estar allí a pleno sol, vigilando los vehículos por una incierta propina. Mientras descendía de su vehículo, confirmó en el celular que quedaban cinco minutos exactos para reunirse con el director del centro carcelario. No le fue fácil acceder a la enorme puerta de hierro del recinto, debido a la inusitada algarabía que tenían los familiares de los presos a la entrada, en su demanda por ingresar.

Sentado frente al director, el coronel Claudio Flores, el inspector se enteró de que un motín en tres galerías de reos rematados había obligado a suspender las visitas ese día.

—¿En qué le puedo ser útil? —preguntó el gendarme, que no tendría mucha disponibilidad para atenderlo en vista de la situación dentro del penal.

—Bueno, estoy a cargo de un caso que ha sido un hueso duro de roer, y he pensado que me sería de mucha utilidad saber qué visitas recibe el reo Edison Ruiz. ¿Es factible que me pueda dar esa información?

—¿Está sentenciado? —indagó el director mientras ponía atención a su computador.

—Está siendo procesado.

—¿Por qué delito? ¿Edison cuánto...? —preguntó el coronel de gendarmería sin despegar la vista de su pantalla.

—Edison Ruiz... está por robo —respondió Pineda con firmeza.

—Sí, aquí está. Edison Ruiz Infante, veintitrés años —leyó el coronel Flores, satisfecho de haberlo localizado rápido—. Bueno, he de informarle, inspector, que hacemos nuestro registro de visitas por escrito cuando entran los familiares, y días después lo actualizamos. De manera que puede haber un pequeño desfase.

—¿Y cuánto atraso tendría esa información, más o menos?

—A veces una semana, otras un mes, depende de las prioridades. Usted sabe, nuestro personal es restringido...

—¿Pero hasta qué fecha tiene certeza de sus visitas?

—Es lo que estaba viendo —acotó el coronel tratando de encontrarle explicación a las casi inexistentes visitas de este reo—. ¡Mire! —agregó, girando la pantalla para

compartir con él la información—. No sé si le servirá, pero él ha tenido una sola visita, y fue hace unos dos o tres meses.

—¡Una sola! ¿Y puedo saber quién fue?

—Déjeme intentarlo —el director movió el monitor nuevamente hacia sí—. La persona que lo vino a visitar en aquella ocasión fue una mujer. Y se llama... Emilia Fuentes.

La disconformidad con la suspensión arbitraria de las visitas concentraba aún más adeptos cuando Facundo Pineda abandonaba la penitenciaría. Fue confundido con un funcionario de gendarmería, y tuvo que zafar del enjambre de familiares que le pedían a él explicaciones por la inesperada medida. Cuando pudo acceder a su auto el sol continuaba haciendo estragos y debió esperar unos minutos con la puerta abierta y el aire acondicionado encendido, para que ese horno en el que se había convertido su vehículo se hiciera más soportable. Entretanto, se quedó mirando desde lejos el peligroso desarrollo que adquiriría la manifestación, temiendo un descontrol si las autoridades continuaban ocultando las razones de la medida. A esa hora, en que la temperatura subía al máximo, no encontró en los alrededores al cuidador. Seguro —pensó— que prefirió echarse a volar antes que achicharrarse por un par de monedas. Pero cuando ya tomaba lentamente velocidad en dirección al Parque O'Higgins, un oportunista emergió desde debajo de la sombra espesa de un árbol, y le impidió el paso estirando la palma de la mano y asegurando que su socio se había ido por cambio de turno. El detective, en lugar de reclamar —como acostumbraba hacer contra aquellos que él denominaba «corruptos marginales»—, esta vez prefirió pasar por alto el abuso y le entregó por inercia unas monedas, pues la importante información que le había dado el director de la cárcel no ameritaba distraer sus energías.

La curiosidad por saber quién era esa mujer que visitó a Edison no duró demasiado. Dedicó horas a cotejar ese nombre en sus archivos y no tuvo el rédito esperado. La llegada a su oficina del director de Investigaciones, Boris Sanfuentes, erradicó abruptamente ese pesar.

—¿Estás muy ocupado? —le preguntó este a quemarropa ignorando en qué estaba.

—¡Ah, hola! ¿Cómo estás? —respondió Facundo sorprendido por su intempestiva presencia.

—¿Cómo va el caso de los abortos clandestinos?

—En eso estoy, no ha sido fácil.

—Me llegó un mensaje diciendo que han disminuido las atenciones a mujeres que llegan a la urgencia del hospital por temas relacionados con la participación de parteras caseras.

—¿Quieres que deje este caso?

—No exactamente, pero creo que si estás entrampado, lo mejor es bajarle un poco el acelerador. Quisiera que me echaras una manito.

—¿En qué?

—Hay una joven desaparecida desde hace un par de meses y creo que tú eres el hombre que ese caso necesita.

—No me gustaría deshacerme de mi compromiso anterior —respondió Facundo para no rechazar de plano esa tarea.

—Te entiendo, pero no tienes para qué abandonar lo que estás haciendo —dijo su jefe y excompañero de estudios, convencido de que la presencia de Pineda podía destrabar la infructuosa búsqueda de la muchacha.

—¿Tienes a mano el historial?

—Pídeselo a Sanhueza, él lo tiene.

—¿Él tenía el caso?

—¡Sí!, pero ha dado bote, por eso quiero cambiar de mano.

Aquella mañana, una ambulancia sin baliza ni alarma se enfiló sin prisa hacia la calle Santo Domingo. El funcionario a cargo de la operación se cercioró muy bien de la dirección antes de golpear la puerta de la casa de Emilia. Ella había tenido un arduo trabajo la noche anterior, y el timbre la sorprendió en el preciso instante en que se disponía a desayunar. Deslizó con cautela la cortina de la ventana que da a la calle y no supo cómo interpretar la presencia de una ambulancia en el frontis de su casa. Su primer pensamiento fue que algo le había sucedido a su última paciente. Se quedó mirando hasta que el funcionario volvió a tocar el timbre de calle. Dudó en abrir, pero la curiosidad pudo más y enfrentó al visitante.

—¡Buenos días!

—Buenos días. ¿La señora Emilia del Carmen Fuentes?

—Sí, soy yo —respondió Emilia, inquieta.

—Mi nombre es Reinaldo Morán, soy paramédico del hospital San Juan de Dios.

—¡Ah...! Sí, dígame. ¿En qué le puedo ayudar? —contestó Emilia intuyendo que se avecinaba un problema.

—Le traigo una notificación —aseveró el hombre mientras le hacía entrega de un sobre cerrado.

—¿De qué se trata?

—Eso ya es privado. Mi trabajo es encontrarla y entregarle el sobre. ¿Me podría firmar aquí por favor? —indicó el funcionario, estirándole una tablilla con un documento que ella debía firmar en señal de que lo recibió conforme.

Reinaldo Morán se despidió cortésmente y poco antes de subirse a la ambulancia le informó a viva voz que tenía cinco días a partir de ese momento para presentarse. Emilia asintió sin saber en qué lío se había metido.

Ya en la soledad de su casa, sentada en el comedor de diario junto al desayuno que había dejado inconcluso minutos antes, tomó la taza de té con leche que ya estaba

frío y lo bebió por acto reflejo, ya que su atención estaba puesta en el sobre que tenía en frente.

En efecto, era una citación para que se presentara en el plazo estipulado ante el director del área. Firmaba el doctor César Palacios, jefe de Neonatología.

Emilia no necesitó darle muchas vueltas para concluir que se trataba de la pequeña que dejó aquella noche en ese mismo hospital. Pero si la citaba una persona tan importante —pensó—, era porque algo grave había sucedido con ella. Repasó en su mente los argumentos que le dio esa noche a la recepcionista temiendo que en aquella reunión la cuestionaran o presionaran para que dijera la verdad. Ahora lamentaba haber dado su dirección. De seguro, Edison jamás lo habría hecho. Mientras planeaba en su mente una estrategia para salir airosa de este embrollo, comenzó a angustiarse.

«¿Si la niña hubiese muerto, me habrían llamado?», se preguntó. La respuesta era que en ese caso sin duda habrían querido contactarla porque su versión cobraría validez. Luego se inquietó al entender que el hospital no tenía por qué creerle y entonces no sería muy descabellado que la expusieran a un examen de maternidad. Esa era la mejor opción, porque surgiría una prueba fehaciente e incuestionable de que ella no era la madre biológica de aquella guagua. La idea de recibir castigo por haberla dejado virtualmente abandonada también rondó sus pensamientos. Decir que era tarde, que ella hizo un acto de humanidad al llevarla a emergencia y que al día siguiente debía presentarse a trabajar eran respuestas débiles que no aminoraban su responsabilidad.

El mayor dilema era definir si asistiría o no a esa citación. De no hacerlo podrían llegar a buscarla a la casa, y eso debía evitarlo a toda costa. No tenía escapatoria.

Una hora después de estas cavilaciones, un taxi la dejaba frente a la puerta principal del centro asistencial. Otros quince minutos más tarde, Emilia se encontraba en la antesala de la oficina del doctor Palacios. Este no tardó en hacerla pasar. Luego del saludo de rigor y de sentarse frente a ella, el médico se tomó unos segundos para repasar los antecedentes del caso y refrescar su memoria. Su gesto después de la rápida lectura pareció decirlo todo. La miró, movió su cabeza de arriba abajo y apretó los labios para acumular aire.

—Así que usted es la mamá de Esperanza... —le dijo a quemarropa.

—¿Perdón...? No entiendo lo que me quiere decir, doctor —replicó Emilia convencida de que él había leído una documentación errada.

—Me refiero a la niña que usted trajo de urgencia al hospital.

—Bueno, sí... Yo traje a una niña para que la atendieran, pero ella no tenía nombre ni tampoco es mi hija.

—No se preocupe, señora, sabemos que ese no es su nombre, pero las funcionarias le pusieron Esperanza porque siempre tuvieron fe en que ella lograría mantenerse con vida. Todos teníamos la esperanza de que así fuera —precisó el doctor validando el motivo de haberla llamado así—. Nuestra misión es procurar que

los niños estén con sus padres verdaderos, pero si eso no es posible, siempre existe la posibilidad de entregarlos a una familia que desee adoptar y le aseguro que, en este caso, no faltarán los interesados.

—¡Es que yo...! —lo interrumpió Emilia queriendo dejar claro que no era su madre.

—Calma, calma... solo le estoy dando las posibilidades que existen en casos como este. La niña llegó con serias falencias y si no se murió fue en parte porque usted la trajo a tiempo al hospital. Hizo lo correcto, no hay problema con eso. Sin embargo, debo agradecerle que haya tomado en cuenta nuestro llamado, porque en caso contrario se habría metido en serios problemas.

—¿Problemas por qué? —indagó Emilia, intrigada.

—Simplemente porque al haberse ido del hospital, la justicia entiende que usted la abandonó. Mire, en casos como este, las madres de bajos recursos no acuden durante su embarazo a los controles médicos y luego tienen a sus hijos con parteras clandestinas. Después los traen de urgencia al hospital, diciendo que alguien los dejó en la puerta de su casa en un canasto o algo parecido, y de ese modo creen que pueden deshacerse fácilmente de ese hijo para siempre.

En ese momento esta mujer comprendió que su historia carecía de peso y originalidad, y que ella se encontraba nadando en un terreno pantanoso.

—¿Qué me quiere decir?

—Le quiero decir que si usted insiste en no reconocerla como suya, la policía realizará una ardua investigación para dar con el paradero de quienes le hicieron el aborto que, como usted sabrá, está penado por la ley. Y no se olvide que si usted no aporta datos concretos puede caer a la cárcel como encubridora —recitó el doctor como si estuviera leyendo la Biblia.

Emilia, quien no tuvo espacio para insistir en su mentira, quedó perpleja con la velada acusación que le hizo el doctor César Palacios, que con mucha bondad, pero no menos determinación, le dio a entender que lo mejor era escuchar y guardar silencio para que más tarde no la traicionaran sus dichos. De modo que, ante las palabras del médico, Emilia se tragó las suyas.

—Ahora me gustaría saber: ¿Qué piensa hacer con esta hermosa pequeña que luchó tanto por sobrevivir? Me refiero a que puede llevársela o darla en adopción responsablemente.

Dos horas después, Emilia bajaba de un taxi enfrente de su casa, ahora convertida en virtual madre con su supuesta hija en brazos. Antes de abandonar el centro hospitalario, la niña quedó inscrita a su nombre; ella debió firmar un compromiso de llevarla a control cada mes durante un año.

Acomodó a la pequeña dormida sobre su cama, la cubrió con una manta para que no sintiera los rigores de esa helada mañana y se quedó pensativa por largo rato. No sabía qué hacer. Pensó en Renata, su madre, pero no tenía cómo ubicarla. Tampoco

lograba darle un cariz de tristeza o alegría al insólito suceso: estaba simplemente superada por la locura de aquellos inesperados acontecimientos.

Todas sus reflexiones ahora tenían su punto culminante en que si fallaba en el cumplimiento de sus obligaciones de madre, la visita de la policía a su hogar sería inminente.

El llanto de la guagua la sacó de su soliloquio y no tuvo más que ejercer su rol de madre. Antes de salir del hospital, había recibido de parte de las enfermeras una caja, cuyo contenido —con el vertiginoso episodio que vivió— ni siquiera había visto: adentro venían leche, medicamentos debidamente rotulados, mamaderas, pañales y una serie de artículos para el aseo de la pequeña.

En su pueblo natal, Emilia, con solo quince años recién cumplidos, fue madrina del primer hijo de los vecinos. Eso le dio propiedad para cuidarlo cuando sus padres se ausentaban: le cambiaba los pañales y le daba la comida si ellos se demoraban mucho. Desde esa edad conoció las vicisitudes de la misión que tienen las madres ante un recién nacido. Y esta era la ocasión para demostrar que nunca se había olvidado de aquellas tareas.

Los días posteriores Emilia se dedicó a ver cómo daba las últimas pinceladas a este cuadro de nuevos compromisos para enmarcarlo como parte de su rutina, obviando que por el hecho de no generar leche materna, suplir esa alimentación tendría un costo asociado. El problema era lo que diría en su entorno y cómo hilvanaría una historia lógica para explicar la presencia de esa niña en casa. La primera opción, revelar el insólito proceso que la convirtió en madre, no solo era inviable, sino que abría un flanco en su condición de abortera y echaba por tierra todo lo logrado hasta ahí. Además, le cabían serias dudas de si Edison podría aceptar a una hija cuyos padres en rigor eran un verdadero misterio.

La única posibilidad era adjudicarle una falsa paternidad a Edison. Eso de algún modo blindaría la continuidad de la clínica clandestina, y para ello era necesario hacer coincidir una serie de fechas para que tuvieran cierta lógica.

Sacando cuentas, esta mujer encontró prudente decir que quedó embarazada pocos días antes de que él entrara a prisión y que, en la primera visita que le hizo, aún no se había percatado de que tenía en ciernes la gestación de un hijo. Ese relato le permitía explicar su supuesto embarazo y, por ende, significaba que en la última visita a la cárcel Esperanza ya había nacido. Allí debería reconocer que le faltó valor para decírselo, por temor a angustiarlo más, ya que la noticia de su inesperada condena lo tenía demasiado atormentado. Pero Emilia no tardó en comprender que, conociendo a Edison, la venida de un hijo jamás habría sido un problema para él. Por más que buscó que todas sus piezas encajaran, aquel no era un argumento sólido. Entonces imaginó a su novio molesto por haberle ocultado algo tan importante como su paternidad.

Confusa y presionada por esta sinfonía de acontecimientos que la inmovilizaban, decidió prestar oídos a los acordes de la realidad. Para empezar comenzó a llamar

Esperanza a esta niña y asumió su condición de madre a plenitud y con manifiesto orgullo. El papel que firmó cuando se la entregaron en el hospital afirmaba que ella era la madre y eso, desde luego, era suficiente para inscribirla en el registro civil. Pero decidió postergar ese trámite hasta tener todo claro.

Una semana después, cuando debió estar hasta tarde con Esperanza intentando hacerla dormir, una lluvia con viento desatado le recordó aquel día en que la sintió llorar y la rescató desde el interior del tambor de la basura. El afecto que ya había generado la niña en su corazón era total, y sintió la necesidad de agradecerle a la vida su presencia y compañía. Con ese recuerdo aún fresco en su memoria, Emilia se levantó al día siguiente y mientras tostaba un pan y se preparaba un té en la cocina, se hizo la promesa de limpiar a fondo el jardín interior de su casa —que a decir verdad, hacía rato había sucumbido en la guerra contra la maleza—, donde ahora, a modo de homenaje a Esperanza, quería plantar una flor por cada aborto que superara los tres meses de gestación, tiempo que ella estimaba como prudente para la interrupción del embarazo y sin peligros ni para el feto ni para la madre.

Las primeras flores que en forma simbólica representarían el espíritu de Esperanza serían lavandas. El resto del jardín lo conformarían geranios, clavelinas, crisantemos y begonias; no casualmente todas ellas caracterizadas por florecer durante las cuatro estaciones.

Capítulo once

SALIDA DOMINICAL

Esa noche Claudia estaba en el departamento de Facundo preparando una cena para los dos. Es el espacio afectivo que ambos practican para que el trabajo no les impida verse.

—¿Por qué te demoraste tanto? —preguntó Claudia, sin quitarle la vista al horno para no excederse en la cocción de la carne. A Facundo le gustaba jugosa y a punto.

—Ya me venía cuando llegó Boris, mi jefe —esbozó una sonrisa mientras se sacaba la chaqueta—, y me encomendó un nuevo caso.

—¿Por qué te ríes?

—Es que me cuesta decirle jefe.

—¿Y quién trata de jefe al jefe?

—En mi trabajo muchos, por no decir la mayoría de los subalternos.

—¿Y eso por qué?, ¿no es un buen jefe?

—Bueno, el requisito para ser jefe es no ser bueno ni el mejor en nada —afirmó el detective con abierta ironía.

—¿Lo conoces lo suficiente como para ser tan categórico?

—Es broma —aclaró él con una sonrisa—. Fuimos compañeros cuando ingresamos a la Escuela de Investigaciones.

—O sea que no te gustó que te asignara un segundo caso.

—Pensé que me retiraría del primero, pero no fue así.

—¿Y cómo te fue en la cárcel?

—Creo que bien, aunque no pude avanzar mucho. Quería saber quiénes lo iban a visitar, pero creerás que durante todo este tiempo ha ido una sola persona a verlo.

—¿Solo una? Será porque es de provincia, ¿no?

—Puede ser, pero igual es raro, ¿no te parece?

—¿Y pudiste saber quién era esa única persona?

—Una mujer, pero no logré ubicarla.

—¿Y no averiguaste nada cuando fuiste a su pensión?

—Creo que mintió y con el tiempo he llegado a pensar que todo eso fue un montaje.

—¿Qué te hace pensar así? —preguntó ella verificando que el horno había hecho lo suyo—. ¡Está lista la carne!

—La verdad, no tengo razones, solo lo intuyo.

Siempre era un acontecimiento cuando Claudia se daba tiempo para cocinar. «Carne al horno con verduras cocidas, parece simple, pero a mí nunca me queda

igual», la elogia Facundo cuando habla con sus amigos, en tono figurado, de su «chef personal». Esta vez descorchó un cabernet para brindar.

—¡Salud por estar aquí cuando te necesito!

—¿Lo dices porque me voy a quedar contigo?

—Sí, desde luego, pero también porque me interesa conocer tu mirada.

—O sea, vamos a trabajar —exclamó ella para molestarlo.

—¿Estoy siendo muy desubicado? —preguntó Facundo con un rictus casi infantil.

—Es una broma —sonrió Claudia, aprovechando para darle un beso antes de sentarse frente a él.

—En serio, ¿qué piensas?

—¿Por qué no vas a verlo a la cárcel?

—¿Y qué podría obtener yéndolo a visitar, según tú?

—Obviamente se sorprendería con tu visita, y si es tan listo como supones, además se pondría nervioso. Y si eso ocurre, quiere decir que tus motivos para sospechar que esconde algo son acertados.

—Tendría que ir bien preparado, no me gusta improvisar —dijo Facundo aceptando que la idea era tentadora.

—¿Por qué no te gusta improvisar? Me hiciste recordar a un profesor de teatro que conocí cuando hice el máster en California.

—¿Estudiaste teatro?

—No estudié teatro, solo participé en unos seminarios de teatro, que me servían para mi carrera.

—¿Y te sirvieron?

—Mucho, por eso me acordé de ese profesor. Nos decía que improvisar de ningún modo es sinónimo de ignorancia, más bien el resultado del conocimiento.

—¿Cómo así?

—Un conductor, por mucha pericia que tenga al volante, no puede improvisar una salida rápida de un taco automovilístico si no conoce bien la ciudad, porque lo más probable es que se pierda. Cuando uno improvisa algo y resulta exitoso, si lo analiza retrospectivamente, se dará cuenta de que solo aplicó sus conocimientos adquiridos. Y ante una emergencia la capacidad de aplicarlos surge en forma instintiva.

—¿Y qué tiene que ver eso con el teatro?

—Recuerdo que nos obligó a elegir un personaje y nos hizo improvisar una actuación en el escenario. El ejercicio era en parejas y yo elegí ser una mujer adicta al alcohol. Lo elegí pensando que me resultaría fácil, teniendo como experiencia las veces que me he tomado más de dos copas.

—Que han sido muchas —completó Facundo con ánimo de embromarla—. Seguro que fuiste la mejor.

—Todo lo contrario, fui un desastre. El profesor me dijo que si bien es importantísimo conocer la vivencia del personaje, mientras ignoremos la técnica de la actuación —que era mi caso y el de la mayoría de los que tomaban ese curso— es

muy difícil improvisar. Solo improvisa el que sabe, decía. Ese era su axioma. Solo un actor tiene las herramientas para eso.

Facundo alabó con un silencio solemne lo que le aportaba Claudia. En definitiva, su amada lo instaba a creer en su intuición policial —que sin duda se había transformado en su atributo más distintivo— pero, sobre todo, a aprender a reconocer con mediana exactitud las ocasiones en que esa capacidad se presenta como indudablemente veraz.

Al día siguiente el inspector Pineda decidió desplazarse en metro, ya que la oficina del juez Belisario Arenas —el encargado del dictamen en el caso de Edison— se ubicaba en pleno centro de Santiago y estacionar allí a esa hora le quitaría un tiempo del que no disponía.

Lo conoció cuando, a raíz de este mismo caso, debió hacerle llegar información a través del fiscal. Varias charlas e incluso un almuerzo antes de dar a conocer la condena generaron una empatía profesional que animó al detective a pedirle una reunión para hablar del tema.

Se juntaron en el Bar Nacional de la calle Bandera, que el magistrado consideraba el punto perfecto para reuniones informales desde su época estudiantil. Pineda había visto que este hombre era muy riguroso como profesional y odiaba quedarse con la insatisfacción de no haber sido lo suficientemente prolijo a la hora de condenar a una persona. Mientras un garzón, sin preguntarle, acudió presto a la mesa para dejarle una botella de cola de mono, como si fuera un rito, el detective aprovechó para ajustar el discurso que había preparado para plantearle a este hombre su inusual petición.

—Como le decía, este joven, según la condena y por su buena conducta, es probable que postule a la dominical.

—Era estudiante de medicina, según recuerdo, ¿no? —dijo el juez, demostrando que el caso aún no se borraba del todo de su memoria.

—Sí, iba en sexto semestre —puntualizó Facundo, subrayando esa facultad.

—¿Cómo es posible que haya hecho tantas barbaridades sin dimensionar las consecuencias? —comentó Belisario Arenas en tono paternalista—. No creo que después de este numerito lo vuelvan a admitir en la universidad.

—Al menos no en la Universidad de Chile —acotó Pineda con más frialdad.

—Casi con la mitad de los estudios es carrera corrida —pensó en voz alta el magistrado, haciendo un guiño a la hípica, deporte del que era fanático.

—¿Me decía que pueden darle pronto el beneficio dominical?

—Al menos tiene los méritos para postular. ¿Qué quería plantearme sobre él?

—Don Belisario, algo me dice que él esconde algo importante y quisiera averiguarlo.

—¿Piensa que fue mal condenado?

—¡No, no!, de ninguna manera. Es difícil de explicar, pero creo que me sería de gran utilidad conocer su entorno, quiénes son sus amigos, su compañera, si es que la tiene, o qué hacía con ese instrumental médico que robaba.

—Entiendo, pero usted me está hablando de una nueva causa.

—Se podría decir que sí...

—¿Y tiene evidencias?

—Solo mi intuición policial por ahora —dijo Facundo con una sonrisa contagiosa.

—No sabría cómo ayudarlo, inspector. ¿Tiene usted alguna idea?

—Si bien Edison Ruiz tiene méritos para que le den la salida dominical, con suerte se haría efectiva en tres meses más.

—¿Y no será mejor esperar?

—Se podría esperar, pero para que resulte mi plan, debiera salir en los próximos días.

—Déjeme darle una vuelta al caso —contestó el magistrado sin tomar partido a raja tabla con la petición. Y añadió con el fin de cambiar de tema—: Este es uno de los pocos lugares que tienen cola de mono todo el año. ¿Qué le pareció? Hay que tomárselo heladito.

—Está muy bueno, pero es engañoso.

—Por eso tenemos que compartir la botella —señaló el juez con un gesto de evidente complicidad.

En su oficina, zambullido en el cotejo de las declaraciones de los padres de Leticia y otras personas de su entorno, Facundo Pineda trataba de armar el puzle que rodeaba el caso. El paradero de la joven —viva o muerta— era un completo enigma. Nada de lo hecho por sus colegas había derivado en una alternativa viable para enhebrar un comienzo, uno que tuviera algún destino investigativo. Mientras cavilaba en ese mar de incertidumbre, sonó su celular. Era la secretaria del juez Belisario Arenas, quien le hablaría.

—Muy buenos días, inspector.

—Buenos días, magistrado.

—Estuve revisando el caso del estudiante de medicina —anunció el juez en tono afable, como advirtiendo un desenlace positivo.

—¡Ah, qué bien! —respondió Pineda, consecuente con ese sentir—. ¿Y decidió algo?

—Creo que le vamos a hacer el juego a su estudiante de medicina.

—¿Me está diciendo que le otorgará un domingo libre?

—Sí, y espero que le sirva para sus propósitos. Después me cuenta cómo le va.

—Por supuesto que me va a servir.

—Me mantiene informado, ¿sí?

—Por cierto, será el primero en saberlo. Muchas gracias, magistrado.

Pineda cortó y quedó en pausa por varios segundos con los codos apoyados sobre su escritorio, saboreando la decisión del juez. Sabía que esa era una jugada que Edison no esperaría, y para él, la posibilidad de comprobar la fuerza real de su intuición. Recordó que Claudia consideraba su olfato policial como su gran capital.

La altura que había alcanzado como detective lo hacía beneficiario de ciertas prerrogativas, de las cuales a menudo se servía. La mejor de ellas era actuar sin tener que informar a sus superiores de todos sus movimientos.

El detective se preparó para el momento en que Edison sería dejado en libertad. No debía exponerse demasiado ni correr riesgos innecesarios. Por eso, se propuso que aquel día le haría guardia desde temprano en las inmediaciones de la cárcel. No usaría chaqueta ni corbata y, tras contar los días que faltaban para su salida, concluyó que alcanzaba a dejarse barba.

Situado a unos veinticinco metros de la salida del penal, era el único vehículo detenido que había a esa hora en la calle. Facundo se miró en el espejo retrovisor para asegurarse, por enésima vez, de que su incipiente barba era un esfuerzo que le daría ventaja. Al menos —pensó— si necesitaba seguirlo de cerca por algún tiempo. El reloj marcaba las siete con cincuenta y dos minutos. Solo ocho restaban para que se abriera la inmensa puerta de gruesos barrotes, pero le parecía que el minuterio de su reloj, que oteaba cada quince segundos, no avanzaba, al igual como les ocurre a los hinchas de un club que va ganando la final por la cuenta mínima. La cuenta regresiva se tornó angustiante. Los gendarmes que hacían guardia desplazándose en las cercanías de la caseta ubicada en el alto muro que bordeaba la prisión —lo que les permitía tener una visión periférica— desde abajo se advertían inquietos con su presencia. Aunque en el preámbulo del amanecer tras la cordillera el sol se anunciaba con un tímido resplandor anaranjado, las luces de la calle aún encendidas parecían coludirse en su contra. No había pensado en ello cuando planificó esta espera. Pero de un momento a otro lo vería salir.

La estrategia de la repentina salida dominical le fue informada a Edison con solo quince horas de antelación, para que no tuviera ninguna posibilidad de avisarle a nadie que pudiera ir a buscarlo. Para Pineda el valor de su plan radicaba exactamente en eso, en el factor sorpresa.

Eran las ocho con tres minutos de esa fría mañana, cuando la puerta de la penitenciaría por fin se abrió y dejó salir a una decena de reos que con toda seguridad gozaban del mismo beneficio. El policía esperaba ver salir a Edison solo y se inquietó al no poder reconocerlo a la distancia. A pesar de que la fachada del recinto de pronto se inundara de luminosidad, Facundo en su posición a contraluz solo lograba distinguir siluetas. Sintió impotencia al no poder distinguir su rostro y, mientras lo intentaba, se angustió al ver que los presos comenzaban a dispersarse en distintas direcciones. Llegó a pensar que todo podría escapar de control y su plan, tan bien urdido, quizás sufriría un duro revés. Puso su vehículo en marcha y suponiendo que

ahora el reducido grupo de cinco reos que quedaban se dirigían rumbo a la estación del metro Rondizzoni —que según sus cálculos era al que debía acceder Edison para llegar a su domicilio—, fue lentamente tras ellos, para observarlos desde atrás. Decidió correr el riesgo de acelerar y adelantarse unos cien metros. Allí se mantuvo detenido para verlos pasar a escasos metros de su auto. En efecto, a los pocos minutos ocurrió y, desde esa perspectiva, pudo reconocer a Edison, quien también se había dejado crecer barba, que fue una de las razones que lo habían despistado. De los cinco reos que componían el grupo solo dos se dirigieron al metro —uno de ellos su objetivo— y los otros atravesaron la calle hasta un paradero de buses que iban en sentido contrario. Con esta certeza, el plan volvió a recuperar terreno y el inspector, ya más tranquilo, dejó de vigilar a su objetivo en el preciso instante en que ambos hombres ingresaban al metro, sabiendo que con su vehículo llegaría primero a la residencial, tal como ocurrió.

Instalado en su auto a una distancia prudente, no despegaba la vista de la residencial que a esa hora aún no mostraba vida. Quería asegurarse de la llegada de Edison, con la convicción de que a lo más tomaría desayuno y luego saldría lo antes posible a visitar a alguien que estuviera ligado laboral o afectivamente con él. Era obvio que para el recluso ese sería un día agitado: era imposible que llegara a descansar y mucho menos a dormir. Necesitaría inspirar algo de ese limitado aire de libertad que en forma inesperada le habían otorgado. Quizás —pensó el inspector— requiere de manera urgente caminar. Para los reos que abandonan la prisión, es una necesidad del alma deambular a pie por las calles, aunque muchos de pronto se abrumen con la inmensidad de ese eterno horizonte, que les parece tan desconocido e inconmensurable como si se adentraran en la mismísima vía láctea. Quienes nunca han estado tras las rejas difícilmente pueden comprender esa experiencia, y tampoco logran entender lo que existe detrás de esa sensación, y mucho menos tienen conciencia del valor de la libertad. Es uno de los tantos derechos que el ser humano aprecia solo cuando lo pierde.

Con esta estrategia el inspector pretende desentrañar el núcleo social de este hombre, y tratará de investigar con más calma a quienes lo componen cuando Edison Ruiz vuelva a su encierro.

La noche anterior, Donato Burgos fue agasajado por un reducido grupo de amigos en un restorán de la zona centro de la capital. Los discursos por el extenso viaje que tenía planificado hacer por Europa abundaron en loas y frases hechas de buena crianza y, por cierto, también en interminables brindis que terminaron con algunos caídos en esa batalla. Pineda, por su parte, hizo esfuerzos para no desprestigiar su condición de detective moderando al máximo la ingesta alcohólica. A eso de las tres de la mañana, fueron los últimos en abandonar el restorán que ya estaba cerrando. Burgos, atrapado en su condición de festejado, no pudo rehuir la invitación a

culminar la noche en casa de Antonio Parodi, uno de los mejores amigos que había hecho desde su llegada a la capital. Parodi se había separado de su esposa hace unas tres semanas, situación que consideraba ideal para gozar de los placeres de la soledad no deseada. Su departamento de soltero —a menos de tres cuadras del restorán donde se desarrolló ese extenso adiós— es pequeño, pero a él le parece inmenso ya que —argumenta— es primera vez que tiene el espacio infinito para hacer lo que quiera con su vida. Esta suerte de aforismo resulta casi infantil, considerando que él supera los cuarenta años. En el corolario de su estado étlico, Antonio es majadero en su ánimo obcecado de traspasarle a Donato su experiencia para que no se involucre sentimentalmente durante su viaje. Es difícil encontrarle cierta lógica a la sedación alcohólica de la que eran víctimas sus contertulios, que a esa hora difícilmente recordaban su nombre y tampoco el motivo que los había convocado.

Esa madrugada Edison, como un caballo con ojeras, se trasladó hasta la estación del metro Santa Ana, en las cercanías de su hogar. Esperaba sorprender a su amada Emilia, y en esa imagen del futuro cercano concentraba toda su atención. Se diría que era presa de la ansiedad por llegar a su destino. A ratos sus fantasmas adquirían protagonismo y era asaltado por una seguidilla de dudas que empañaban su horizonte. Por lo pronto no lograba explicarse la razón de su inesperada salida. Creía que tal vez había sido beneficiado por un error del departamento de estadísticas de gendarmería, de lo cual él quedaba exonerado de toda responsabilidad y culpa.

Donato Burgos divisó entre las cortinas del departamento de Antonio cómo se colaban fugaces e incipientes los rayos de sol, señal inequívoca de que la acción heroica de compartir con sus amigos llegaba a su fin, por fin. Uno a uno los asistentes a la despedida fueron cayendo y ahora yacían todos, como en un campo de batalla, esparcidos en el suelo del pequeño *living*, tal como los encontró el apagón cerebral. Los eludió con cuidado para no pisarlos y, sin despedirse —no tenía otra alternativa—, buscó la salida. Dejó un papel escrito sobre la mesa con un lacónico «gracias por todo», procurando hacer el menor ruido posible. Cuando fue conminado a aceptar la despedida, les advirtió que agradecía el gesto, pero que se retiraría temprano porque el tiempo le era escaso. Ahora, caminando a tranco brioso rumbo a la estación Santa Ana, se laceraba con el látigo de los arrepentidos por haber llegado a esta instancia tan nefasta para sus planes, pues ya eran las ocho y media de la mañana, y solo restaba un día y medio para su viaje. A menudo le sucedían estos bochornosos acontecimientos que concluían con la promesa —nunca cumplida— de que esa sería la última vez que caería víctima de su permeable personalidad y de su incapacidad de decir que no en momentos tan cruciales para su vida.

Enredado en una maraña de sentimientos de culpa, de pronto se encontró frente a la caja del metro comprando un boleto. Consciente de que los domingos la frecuencia de los trenes era más espaciada, lamentaba que por ese ínfimo trámite no alcanzaría el tren detenido en la estación. Ley de Murphy —se dijo mentalmente—, ya que apenas tuvo el boleto en su poder, el metro emprendió la marcha. Pero Donato estaba a punto

de tener un encuentro fortuito atribuible precisamente a ese infortunio. A un metro de validar su *ticket* e ingresar, divisó entre las personas que caminaban en sentido contrario un rostro que le era conocido. No demoró su memoria en discernir que se trataba de aquel estudiante de medicina de nombre Edison Ruiz, quien según sus cálculos debía estar aún cumpliendo condena. Al instante se activó su curiosidad policial y optó por postergar el viaje y seguir los pasos del joven. Algo le decía que aquella gestión podría convertirse en un gran aporte para la investigación. Caminando a unos treinta metros detrás de él y por la vereda de enfrente, lo siguió sin quitarle la vista de encima. No fueron más de cinco cuadras las que el estudiante recorrió antes de detenerse frente a una casa y tocar el timbre.

Emilia despertó y por hábito —medio dormida, como sonámbula— se dirigió a la ventana para ver quién era. Al abrir la cortina con cuidado para no ser vista, creyó estar soñando al descubrir frente a la puerta la figura de Edison. Se había preguntado antes quién podría estar tocando el timbre un domingo a esa hora. ¿Una clienta de urgencia, un cobrador perdido, un par de mormones queriendo compartir la Biblia? Cualquiera de ellos —a los que habría preferido dar alguna respuesta para no tenerlos colgados al timbre— era factible, pero jamás estuvo entre las posibilidades que se tratara de Edison fuera de la cárcel y sin previo aviso. Aún sorprendida por ese hecho inesperado, acudió rauda al dormitorio para sacar a Esperanza y trasladarla a otra habitación para ocultarla.

A Emilia le agradó la llegada de Edison a casa, pero también la asustó. Existían tantas cosas pendientes entre ellos que se sintió abrumada, y estaba lejos de saber por dónde empezar. Lo cierto es que en esta ocasión no tenía escapatoria, e independiente de cómo sería la reacción de Edison, el final de su drama era inminente. El segundo timbrazo la obligó a improvisar. Mientras se dirigía hacia la puerta, buscaba en su mente qué decirle a su amado cuando se percatara de que había reactivado el oficio de partera y que ahora tenía una hija.

El encuentro no requirió diálogos. Un abrazo largo y afectuoso, y desde luego un beso eterno, fueron suficientes para expresar sus emociones. Emilia se sentía contenta, pero estaba midiendo cada movimiento y cada palabra mientras urdía una salida airosa. Él permanecía literalmente mudo, con un nudo enorme en la garganta que le impedía sacar la voz. Ambos sin poder hablar caminaron abrazados y en silencio al interior de la casa.

Desde la calle, Burgos intuía en su condición de impensado testigo presencial que algo importante tenía entre manos. Entretanto divagaba buscando respuestas respecto de la razón por la que Edison había entrado a esa casa. Según lo conversado con su jefe, el estudiante vivía en otro barrio, de manera que la primera deducción fue que ingresó allí en calidad de visita y por lo tanto era esperable que de un momento a otro saliera. El detective no claudicó en su propósito y se mantuvo con la mirada clavada en aquel inmueble. Por su mente cruzaban todo tipo de ideas y tuvo tiempo para moldearlas en su cabeza y determinar los pasos a seguir. Optó por no llamar a Pineda,

pensando que había descubierto oro. Encontrarse virtualmente de vacaciones y aprovechar su tiempo libre para investigar y dilucidar un caso sería un comentario obligado entre sus pares, y bien valía la pena invertir las últimas horas libres antes del vuelo por ese premio.

Mientras Edison se daba una ducha, la mujer fue al otro dormitorio para cerciorarse de que Esperanza dormía. Rebanó unos panes del día anterior y los humedeció con un poco de agua para calentarlos al horno mientras encendía el hervidor para preparar el desayuno. En su mente discurría sobre cómo resolver su agobio o, más bien, por cuál de las razones que tenía preparadas optar. Por lo pronto una pequeña charla antes de que él entrara al baño le permitió enterarse de que no lo habían dejado en libertad, sino que solo gozaba de un beneficio carcelario. En tanto dejaba sobre la cama la ropa limpia que Edison le pidió, tenía que ver también cómo salvar el otro escollo que la estresaba: la suplantación de su oficio de partero con el mismo instrumental médico que él usaba. Su novio había sido majadero en repetirle que no debía utilizar nada de aquello, ya que tenía serias sospechas de que en cualquier momento la policía podía dejarse caer en la casa, echando por tierra todos sus planes para cuando saliera en libertad. De modo que el reencuentro tuvo para Emilia muy poco de dulce y mucho de agraz.

Descansando su espalda en la pared, con una pierna apoyada en el muro, Donato Burgos intentaba disimular su condición de detective. Además, estaba consciente de que no vestir terno y corbata daría la impresión de mayor cotidianidad a los pocos vecinos y transeúntes que a esa hora se veían por el sector. Emulando el razonamiento de su jefe, se le cruzó por la mente que por las horas transcurridas y la efusividad en el encuentro con esa mujer, ella sería su pareja, hecho que explicaría la excesiva demora. Supuso que ella vivía sola a pesar del tamaño de aquella vieja casona. La última vez que estuvo con el inspector en su oficina, le escuchó decir que nadie visitaba a Edison en prisión y que solo lo hizo en un par de ocasiones una mujer. Y si fuera ella, significaba que su ausencia de las visitas tendría alguna razón de ser, a juzgar por la efusividad con que recibió su llegada. Sus intuiciones no vagaban por un camino ciego, más bien presentaban rasgos de certidumbre que lo alentaban a continuar. Cada cierto rato se paseaba para no sucumbir, ya que las treinta horas sin dormir se habían transformado en una pesada mochila. La demora de Edison en abandonar esa casa lo obligaba a mayores cuestionamientos.

¿Qué hacía en libertad?, eso era un verdadero dilema. El inspector se lo habría contado —se dijo una y otra vez— por las implicancias que ello tendría para el devenir del caso. Lo propio aconteció con el bolso. ¿Se habrá escapado? Un sí como respuesta era demasiado improbable. ¿Le habrán dado la libertad justo hoy? Aquello le calzó hasta el instante en que recordó que los reos no obtienen la libertad los días domingo. No obstante, a los minutos siguientes, apareció en su cabeza otra alternativa: quizás estaba gozando de un beneficio carcelario. ¡Claro!, se dijo en voz alta. ¡Le dieron salida dominical!, casi gritó mientras seguía dando vueltas en círculos

para no quitar la mirada de su objetivo. Ese pensamiento le hizo absoluto sentido: la barba, la hora de salida, la vestimenta, el bolso, la dirección desde la que venía en metro y, por supuesto, el por qué no fue a su verdadero domicilio y prefirió pasar primero donde su amada. Con tantos meses de encierro —concluyó—, resulta de toda lógica que prime la necesidad de romper la abstinencia sexual, se dijo con una satisfacción tan profunda que incluso por un momento lamentó que su vuelo fuera al día siguiente; de ahí la contundencia afectiva del recibimiento por parte de esa mujer, cuyo rostro no alcanzó a ver con claridad.

Edison se notaba placentero en casa; estar junto a su amada era un premio impensado.

—¿Por qué no me avisaste que salías? —preguntó ella mientras llenaba con agua caliente su taza.

—No tenía cómo, me informaron ayer después de la hora de patio... En todo caso igual quería darte una sorpresa.

—Si hubiera sabido que venías te habría preparado algo especial —respondió Emilia sentándose frente a él.

—Lo único especial que quiero es estar acostado contigo todo el día —afirmó Edison.

—¿Todo el día?

—¿Te parece mucho sabiendo de mi abstinencia?

—No, pero creo que tenemos que conversar antes.

—¿Sobre qué? ¿Hay algo que no me hayas contado? —dijo él, poniéndole un poco de amargura a su rostro al imaginar la posibilidad de que ella hubiera conocido a otra persona en su ausencia.

—Hay muchas cosas que no te he contado. No te olvides que me prohibiste ir a visitarte en la cárcel.

—¿Estás saliendo con otro? —lanzó Edison adelantándose a lo que presumía.

—¡No!, no se trata de eso. Sabes bien que te quiero y que te he sido fiel todo este tiempo.

Emilia no alcanza a terminar cuando sintió a Esperanza emitiendo unos dulces quejidos, propios del momento previo a despertar. Edison busca darle lectura a ese sonido. Ella lo mira a los ojos.

—A eso me refería —pronuncia ella en un intento por evitar palabras de más y no dar la sensación de que omite la verdad con otro sentido.

—¿Una guagua? —preguntó Edison, sin sospechar aún el alcance de esa conversación—. ¿De quién es?

—Es mía —responde Emilia poniendo coto de inmediato al tema, antes de que se le venga encima—. Bueno, ¡es mía ahora!, quiero decir.

—No te estoy entendiendo. ¿Quién es el padre? —pregunta él con manifiesta molestia.

La mujer no tuvo mucho tiempo para definir cuál era el camino adecuado en esta conversación. Desde luego, no era su intención mentirle, aunque sus dudas se centraban en qué contar primero: si la suplantación del ejercicio abortivo con la consabida reapertura de la clínica clandestina, o cómo de la noche a la mañana se había convertido en madre.

Atrapada en la disyuntiva de qué asunto abordar primero, le pidió a Edison que se diera el tiempo para aceptar la verdad de los hechos, pero con una condición: que no la interrumpiera. Para su tranquilidad le adelantó que nada de lo que él suponía era como parecía.

Durante el desayuno y en los prolegómenos de la prometida sesión amatoria, Emilia pudo explicar con calma y paso a paso cada episodio.

Cuando Edison tuvo la tácita autorización para emitir su juicio, aseguró que de haberlo sabido se lo habría prohibido; se refería a la puesta en marcha de la clínica, pues no entendía cómo ella pudo dedicarse a eso sin advertírselo. «Me cuesta creerlo», repitió con insistencia. Y en cuanto a su condición de madre, le confesó que tuvo mucho miedo de que en su ausencia le hubiera sido infiel, sabiendo que no tenía argumentos sólidos para prohibírselo. Cuando escuchó la verdadera historia guardó silencio y quiso conocer a Esperanza. Recorrió luego la casa y continuó silencioso y sorprendido. Solo le preguntó qué pasaría si llegara un policía, dando por hecho de que en ese caso no llegaría de uniforme.

—Ya habrían venido —repuso Emilia lacónicamente.

Ante tal respuesta no hubo más preguntas. Edison, quien siempre había minimizado el desarrollo intelectual de su pareja, se sintió impactado por los resultados, no solo por realizar aquel oficio sin percances, sino porque percibía que finalmente lo había convertido en un negocio muy rentable.

Le atormentaba, sin embargo —dijo, cuando comenzaban a desnudarse—, el talón de Aquiles de esa incipiente clínica: la muerte de Leticia. Fue entonces Emilia quien le recordó la promesa que ambos hicieran de no hablar nunca más de ese tema.

El inspector Pineda suponía que le había sacado ventaja a Edison, pero nunca tanta como para que no apareciera durante las dos horas que él estuvo sin retirar la vista de la entrada a la residencial. Se planteó la posibilidad de que el reo hubiese llegado momentos antes que él, alternativa que le aseguraba que saldría a la brevedad, ya que lo lógico era que quisiera aprovechar al máximo sus horas de libertad. Pero en concreto, al cabo de tres horas y media de tenaz espera, Edison Ruiz no llegó ni salió desde la residencial.

En el trayecto de regreso a su departamento debió reconocer que su plan había sido un completo fracaso. Por añadidura, concluyó que había sido objeto de un vil y premeditado engaño. ¡Por qué no lo seguí!, masculló una y otra vez descargando toda su ira contra el volante, dándole una seguidilla de golpes con el canto de su mano

empuñada. El detective debía admitir que había pecado de ingenuidad desde el momento en que Ruiz fue sindicado como culpable de robo y encarcelado. Frente a lo que esperaba sería su maniobra más potente e ingeniosa para desnudar las intenciones de este estudiante aplicado y su probable protagonismo en alguna ramificación del caso de los abortos, se encontraba ahora cruzado de brazos por un error imperdonable. Aunque no podía verbalizarlo, percibía que las acciones del joven requerían de una inteligencia elevada y, sobre todo, obedecían a una intención deliberada en su contra. Esa conclusión instintiva la tuvo desde el momento en que el alumno de medicina fue privado de libertad, solo que en cierto modo traicionó su olfato policial. Fue sin duda un «domingo negro» en su hoja de vida policial, en el que en vez del cúmulo de expectativas que había alimentado solo consiguió el desolador desenlace que lo tenía ahora con las manos vacías, sin nada. Su abuela materna acostumbraba decir que cuando no se tiene nada hay que imitar a Jesucristo: ser capaz de hacer pan de la nada.

Su ayudante Donato Burgos, en tanto, abrumado por los hechos, quiso ser su propio abogado del diablo revisando si existía alguna pieza débil en su análisis. Necesitaba encontrarle una explicación a la ausencia del inspector Pineda en ese lugar y a esa hora, pues él debía estar enterado del beneficio otorgado a Ruiz. Muy pronto recordó, sin embargo, que la decisión de los jueces no necesariamente es comunicada a los abogados o a la policía. Nunca Burgos había sentido con tanta propiedad que su labor profesional le otorgaba el placer de estar en la línea correcta. Como el colofón de un libro, inscribió en su mente ese momento clave como el nacimiento de un instinto policial que antes no había experimentado. La duda sobre si informar o no a su jefe de la diligencia en la que se encontraba era ahora un tema no menor. Si bien en un inicio había predominado en él la necesidad de brillar con colores propios, reconocía que ese deseo también había hecho aflorar una malsana cuota de egoísmo. Más calmo ahora, concluía que ese comportamiento era ajeno a su característica personal y, sobre todo, a su condición de servidor público.

Mientras sopesaba cómo y en qué momento pondría al inspector al tanto de su conquista, la puerta de aquella casa se abrió. Lo que observó a la distancia no afectó sus hipótesis, pero sí le agregó una cuota de perplejidad a la situación.

Primero salió de la casa Edison Ruiz, y detrás apareció Emilia —a quien él no conocía— conduciendo un coche de bebé. El naipe se había revuelto. Aquella escena lo sorprendió, y si bien no echaba por tierra lo logrado, abría un flanco un tanto difícil de hacer encajar en la trama. La pareja con el coche partió en sentido contrario al punto donde se encontraba Donato. Él esperó que se perdieran a la vuelta de la esquina, convencido de que se trataba de una salida recreativa. Donato quiso chequear la validez de sus conclusiones y para ello se desplazó hasta la casa, donde tuvo el atrevimiento de golpear la puerta. Tenía la certeza de que la mujer vivía sola y por lo tanto apostaba a que nadie saldría a abrir. Golpeó dos veces con decisión y su presunción se cumplió como un dogma: nadie abrió.

Eran las ocho de la noche con cinco minutos exactos. La noche ya se había dejado caer y era la mejor aliada para su objetivo. Había averiguado que a las veintidós horas en punto los gendarmes pasaban lista y si algún reo no llegaba a tiempo sin tener una buena razón para su tardanza, se le suspendían sus próximas salidas. El detective no sabía cuándo había empezado el beneficio dominical para Ruiz, detalle que podía explicar con mayor claridad el hecho de que hubiera pasado todo el día con su virtual pareja e hija, cuyo sexo se atrevió a inferir por la delicada manta rosada que colgaba por el costado del coche.

El viaje del agente policial contemplaba la posibilidad de convertirse en permanente, dependiendo de los contactos y las oportunidades que se le presentasen en su destino. Fue reservado con respecto a esta probabilidad con sus colegas, pero sí se la informó a la dirección y a los más cercanos, entre ellos a su jefe Facundo Pineda.

Burgos se hizo detective por convicción y también siguiendo sus sueños de niño, cuando jugaba a ser policía con una pistola hecha del esqueleto de una mandíbula de res. Le gustaba sentirse del lado de los «buenos». Pero sus primeros años en la institución le mostraron un lado desconocido de esta profesión. Al día siguiente de haber egresado, esperaba cargar su arma y salir a la calle en busca de antisociales. Se veía a sí mismo echando abajo puertas y ventanas —a puntapiés si era necesario— para desactivar a los narcotraficantes o boicoteando los planes de bandas que pretendían asaltar bancos. En cambio, a alguien le pareció que lo hacía bien llenando formularios y aceptando denuncias de robos callejeros en la oficina, labor donde renunció a los últimos resabios de ego y sueños de grandeza con una dosis de servilismo y obediencia. Esto último le exigió vestir terno y corbata y lucir su flamante placa sentado tras un escritorio, por casi por dos años. Lo más cercano a la acción que siempre imaginó fue ser ayudante del inspector Pineda. Quizás por eso, a punto de iniciar un periplo que podría darle un vuelco a su vida, se mantiene ahora agazapado buscando desentrañar un caso que podría catapultarlo a un estadio superior de su oficio policial. El tiempo le juega en contra e intuye que no será fácil resolverlo. Sumido en esa vorágine de pensamientos, a las veinte horas con cuarenta y cinco minutos la puerta de aquella casa en calle Santo Domingo se abrió, pero no fue Edison quien salió, sino la mujer que lo recibió con especial cariño a su llegada. Las dudas sobre su análisis previo se tambalearon por unos segundos. Aunque en la mañana a Burgos le pareció que ella lo abrazó e incluso lo besó, en rigor también podría tratarse de una hermana, de una cuñada o hasta de una amiga con ciertas prerrogativas afectivas. Entonces concluiría que esta no es su casa, como creyó antes, y tal vez tampoco sería él el padre de la guagua. Pero Edison no tardó en salir y recompuso —también en segundos— su hipótesis. Lo hizo con otra ropa y afeitado, eso logró discernir el policía a la distancia, con la complicidad del farol de la vía pública que bañaba teatralmente la escena. Ahí mismo ella lo abrazó con la misma efusividad que en la mañana, y la prueba de fuego que disipó las dudas fue el largo

beso de despedida, sin temor a ser vistos y genuino por sobre todo, tras lo cual se soltaron las manos en cámara lenta. Allí había algo más que sexo, y la niña, que no estaba en el cuadro porque debía estar dormida, recobraba en este guion el rol de hija de ambos. Edison volvió a besar a la joven mujer y comenzó, a su pesar, a alejarse de su amada rumbo al metro. Ella se quedó mirándolo como una quinceañera hasta que su figura se perdió en la oscuridad de la noche. Luego entró a su casa con prisa, como si su hija hubiese despertado.

Edison se subió al metro y Burgos lo hizo tras él, ya que por coincidencia ese mismo recorrido lo acercaba también a su departamento. En el trayecto lo mantuvo al alcance de su mirada desde el vagón contiguo, pues quería comprobar si descendía en la estación Rondizzoni, la más cercana al centro penitenciario. Faltaban solo dos paradas para ese destino, la última pieza que completaría el rompecabezas.

Once minutos después Edison Ruiz, el estudiante de medicina acusado de robo, bajaba y se dirigía hacia el destino que su celador suponía, quien ya con el convoy en movimiento esbozó una sonrisa de satisfacción. Los pensamientos durante el resto del viaje buscaban sintonía con los siguientes pasos. Quizás solo le faltaba —pensó— visitar la casa de Santo Domingo para desnudar en persona los secretos que guardaba. Mientras por la ventana las luces de la ciudad se desplazaban como un cardumen de pequeños peces en un acuario gigante, Donato seguía ensimismado en su investigación policial, decidido a entregarle el caso lo más avanzado posible a su superior. Sentía que aún faltaban eslabones para generar un informe concreto y eso para Burgos significaba más tiempo, no sabía con exactitud cuánto, pero sí más tiempo. Le seducía deslizar esa oscura cortina que lo tenía a muy poco de descubrir los secretos de este caso, y presentía que estos se ocultaban adentro de aquella casa.

Capítulo doce

BUEN VIAJE, SEÑOR

Ese lunes la baja temperatura bordeó los índices récord del mes. Fue lo primero que Donato escuchó en las noticias al despertar, pues se había dormido con el televisor encendido. Sin mirar la imagen, se levantó para ir al baño y en ese tramo comprobó que esta vez el tipo del tiempo parecía acertar en el pronóstico. Antes de la fiesta de despedida y suponiendo que esta podía alargarse más de la cuenta —como de hecho sucedió—, tuvo la afortunada idea de dejar hechas sus maletas. Mientras se cepillaba los dientes, pensaba que luego de realizar un par de llamadas —una de ellas a la dueña del departamento para finiquitar los últimos detalles del contrato de arriendo—, tendría tiempo hasta las nueve y media de la noche, hora a la que debería partir al aeropuerto. Ese balance alentó al detective a concretar su visita a la casa de Santo Domingo. Aplicaría su sagacidad como investigador para enfrentar a esa mujer que desconocía y que, sin embargo, intuía que podía ser cómplice de Edison en algo que también ignoraba. Burgos pondría a prueba el intrascendente —hasta ahora— nivel de su olfato policial.

Emilia se levantó esa mañana henchida de entusiasmo. Haberle expuesto a Edison la verdad de la situación en que se encontraba había sido como desprenderse en forma milagrosa de una dolencia incurable. Ahora, con su autorización tácita, sentía que en adelante solo le esperaban momentos dichosos porque todo su temor se había disipado. Las recomendaciones de Edison fueron las mismas: tener cuidado de a quién le abría la puerta, y no darle a nadie señales sobre la conexión entre ambos. Su generosidad frente al tema sin duda se inspiraba en el inesperado momento de libertad que le otorgaron y también en que Esperanza, sin ser su hija, llegaba a su vida anunciando aires primaverales en su futuro cercano. Así se lo mencionó a su amada antes de volver a la cárcel.

Mientras le daba la leche a su guagua, Emilia notó que la pequeña se había quedado dormida con la tetina del biberón entre sus labios, lo que significaba que no despertaría por un largo rato. Era el momento propicio para planificar sus próximos movimientos. Ensimismada en sus pensamientos, se sobresaltó cuando sonó el timbre. Convencida de que la venia de Edison para continuar con su oficio marcaba un antes y un después en sus planes, acudió rumbo a la puerta pensando que la próxima clienta marcaría el inicio de ese proceso virtuoso. Cuando por rutina deslizó el visillo para evaluar el perfil de la visita, la figura de Donato Burgos con vestimenta juvenil, pelo revuelto y unos lentes que le daban una expresión de cierta bobería e ingenuidad no era exactamente lo que imaginó encontrar. Sin embargo, no tuvo razones para objetar su presencia y dio por entendido que se trataría de un hombre

casado que habría dejado embarazada a su amante, y que su presencia allí solo era para averiguar el costo económico de su error.

Abrió la puerta y saludó al detective, quien interpretaba el rol de un hombre presionado por las circunstancias, con características similares a las que Emilia presumió.

—Buenos días, señora, disculpe que la moleste. ¿A lo mejor está muy ocupada...?

—No, no se preocupe. Dígame.

—Mi nombre es José Luis... José Luis Vidal, y quería saber si esta dirección es la correcta —dijo Burgos con un teatral y planificado nerviosismo.

—Pero ¿a quién busca? —preguntó ella en tono afable.

El policía sacó de su bolsillo un papel y se lo pasó, denotando más candidez aún. El papel decía: Santo Domingo 2513.

—Sí, este es el 2513 —confirmó Emilia—. ¿Y quién escribió este papel? O, mejor dicho, ¿quién se lo recomendó?

—Es una amiga de mi pareja y ella me aseguró que la persona que le hizo aquí el trabajo la había atendido muy bien.

Emilia reconoció ese comportamiento como habitual en los primerizos y decidió lanzarle un salvavidas.

—¿Cómo me dijo que se llamaba?

—¿Yo? José Luis, disculpe pero...

—Pase, José Luis —lo interrumpió—. Mi nombre es Emilia, pero es mejor que conversemos adentro.

Ya en terreno propio se sintió más segura, lo hizo pasar al *living* y le ofreció algo de beber. Burgos se quedó dubitativo, ya que el libreto que había esbozado le era útil solo para ingresar a la casa, y esa misión se había cumplido con relativa facilidad. De ahí en adelante tendría que improvisar. Emilia insistió en atenderlo y sin esperar respuesta anunció que le traería un café para capear el frío. No tardó en regresar.

—Muchas gracias —dijo Donato recuperando su conducta de timorato.

—Está helado... —comentó ella, dispuesta a entrar en materia a la brevedad.

—Escuché en la tele que hoy se prevé el día más frío del invierno. Hubo un grado bajo cero a las seis de la mañana.

—¿A qué se dedica usted?

—¿A qué me dedico? —repitió Burgos la pregunta para ganar tiempo, un tanto sorprendido por esa duda temprana—. Yo soy dibujante técnico, trabajo en una oficina de arquitectura.

Emilia quería apurar la charla aprovechando que Esperanza dormía.

—¿Cuántos meses tiene su esposa o su pareja? —le preguntó a quemarropa.

—Mi esposa —aclaró Burgos con presteza—. La pregunta de la mujer fue como un bálsamo ya que jamás esperó que sus dudas se fueran disipando con tanta prontitud.

—Ella va a cumplir tres meses... No es mucho tiempo, ¿verdad?

—Habría que actuar lo antes posible. ¿Y cómo se ha sentido? Digo, ¿ha tenido vómitos, mareos?

—¿Vómitos? No, nada de eso. ¿Cuándo cree que la puedo traer?

—No me ha preguntado de valores. Por eso vino, ¿no?

—En realidad la amiga que nos recomendó algo le mencionó a mi esposa al respecto, y pienso que si no han cambiado los precios, no habría problemas. El asunto era saber si estábamos a tiempo para hacerlo —explicó el visitante.

—Los valores no han cambiado. Respecto a los meses, como le dije, está dentro de lo adecuado, pero no hay que dejarse estar. A mayor crecimiento del feto, más riesgo.

—Entiendo.

—Dígame, ¿cuándo piensa traerla? —insistió Emilia.

—Perdone mi ignorancia, pero... ¿usted hace el trabajo el mismo día que la traiga? Digo... ¿no le hace un chequeo previo?

—Sí, claro, pero todo en el mismo día.

—¿Y cuántas horas demoraría?

—El procedimiento no debiera demorar más de dos horas.

—Pensé que era más. Entonces, ¿la puedo esperar aquí?

—Si así lo desea, por supuesto. Eso sí, deberá contemplar una hora más para que ella se estabilice y se le pase el efecto de la sedación —precisó Emilia con la actitud de una profesional.

—¿Hace cuánto que usted ejerce este trabajo? —consultó Burgos sin mucha cautela.

—¿No le parece que me está haciendo demasiadas preguntas? Si tiene tantas dudas, es libre de buscar otro lugar —cortó Emilia con evidente malestar.

—Disculpe, no fue mi intención ofenderla —refutó él percibiendo su desatino—. Es primera vez que hago una cosa como esta y estoy un poco nervioso.

—Bueno, ya le dije todo lo que usted quería saber, ahora depende de usted —agregó Emilia con cierta parquedad.

—¿Le parece bien mañana?

—Como usted diga. ¡Ah!, me imagino que la persona que me recomendó le habrá dicho que antes de ingresar a la sala, debe pagar el total de la intervención y en efectivo. No recibo cheques ni transferencias.

—Sí, por supuesto, no se preocupe. Le quiero hacer una última pregunta, señora... ¿señora...?

—Emilia.

—¡Eso! Señora Emilia, ¿sería mucha molestia pedirle que me muestre el lugar donde hace el trabajo? Digo, porque conociendo a mi esposa, me va a preguntar eso. Usted sabe cómo son las mujeres.

Emilia accedió con cierto desasosiego, había algo en la actitud del hombre que le merecía dudas. Para empezar, tenía plena conciencia de que había pasado de la

timidez a la asertividad sin mediar una transición lógica. Pero no podía negarle el derecho a saber dónde sería atendida su pareja. Mientras lo acompañaba hacia el fondo de la casa, imaginó que podía tratarse de un inspector municipal, pero ni su vestimenta ni su forma de hablar calzaban con eso. Algo le advertía también que su solicitud de intervención a su esposa podría no ser cierta. Pero ¿por qué habría de mentir? Y más por búsqueda de tranquilidad que con certeza, se respondió que no existían motivos para ello. Por suerte, la sala de trabajo estaba reluciente, pues cada vez que terminaba una intervención se esmeraba en dejar todo como antes y, desde luego, la impresión de quienes acceden a verla es de total aceptación por la pulcritud con que la mantiene.

Donato Burgos tuvo esa impresión también, pero no pudo dejar de reconocer, como si hubiese encontrado oro, que en ese lugar se encontraban algunas de las piezas médicas extraviadas de la Escuela de Medicina. El hallazgo le hizo brillar los ojos. Emilia se percató de eso, pero lo interpretó como un halago.

Ansioso por establecer su impronta en este caso, el detective sentía que todas las presunciones que tantas veces formularon con su jefe ahora comenzaban —como las de un pavo real— a abrir sus alas de colores para revelarse en plenitud.

Ciertamente el encuentro con Edison en el metro había sido accidental, pero todo lo que aconteció después solo fue obra de su incipiente olfato detectivesco, de su agudeza analítica, del seguimiento hecho para demostrar que sus hipótesis estaban orientadas en la dirección correcta, y todo eso él lo autoevaluaba como de excelencia. Sin duda, el hecho de estar en esa casa a solo horas de emprender un viaje que podría transformar su futuro obedecía a la pasión con que admiraba a las grandes figuras de la investigación policial. Era la misma razón que lo inspiró desde pequeño a aferrarse al sueño de ser policía y a aprovechar ahora la única oportunidad que poseía —quizás la última— para demostrar su destreza, tal vez como lo haría un futbolista en una final de campeonato, cuando al recibir un sorpresivo pase logra adelantar a tres defensas para quedar solo frente al arco y marcar el uno a cero en el minuto noventa. Burgos ansiaba salir de ese partido en andas, ya había eludido a los tres defensas y solo faltaba el gol, lo que para él significaba cerrar este caso, aunque ya no tenía tiempo sino solo los minutos adicionales.

Desde su perspectiva, de pie frente a la infraestructura de la sala, Emilia lo vio cavilar, no como un extraño, sino como un hombre decidido a hacer abortar a esa pareja, amiga o hermana, lo mismo daba. Le parecía que este visitante genuinamente necesitaba no cometer errores. Con esa lectura, más acorde al sentido inicial de su llegada, interrumpió su íntimo monólogo.

—¿Le ofrezco otro café?

—Se lo agradecería —aceptó Burgos, pensando que quedarse solo en el lugar le permitiría fisgonear con mayor perspicacia.

La mujer se fue a la cocina y el detective se quedó reflexionando sobre si sería prudente revelar de una vez su verdadera identidad y propósito, o solo emprender

vuelo a Europa y llamar a Facundo Pineda para que él, como un matador, le diera la última estocada al toro cortando rabo y oreja.

Burgos aprovechó de acercarse a la camilla ginecológica cubierta por una impoluta sábana blanca y la descubrió. Se agachó y no tardó en descubrir una placa metálica en la que decía «Propiedad de la Escuela de Medicina», junto con la sigla de inventario «EM-H21». No había dudas: se encontraba frente al cuerpo del delito y ahí estaba la conexión directa —tal como el inspector lo presumía— con el caso de los abortos.

La dueña de casa puso a hervir el agua y, mientras tanto, su intuición de mujer la impulsaba a regresar a la sala. Lo hizo con intencionada cautela para que el hombre no advirtiera su presencia. En el muro frontal de ese cuarto existía una rendija que Edison había hecho estratégicamente para sondear el estado de sus pacientes sin ser visto. Desde allí Emilia observó al supuesto cliente y quedó atónita al verlo hincado tomando registro de la camilla y traspasando esos datos a una libreta. Fue la revelación que le confirmó su condición de impostor. El costo de aquel descubrimiento era muy alto. Pensó que lo más probable era que fuera un policía, y que tras dar con su paradero no tendría otro propósito que ponerle fin a su labor de partera y enviarla tras las rejas. Su mente giraba a mil por segundo. No sabía cómo reaccionar tras haberlo descubierto, cómo volver a enfrentarlo cara a cara sabiendo que había llegado a su casa con el ánimo deliberado de engañarla. Más grave todavía era dimensionar las calamidades que se avecinaban si ese hombre la obligaba a reconocer su ilícito. Toda la felicidad que iluminó su gran amanecer se teñía ahora de un color turbio que parecía nublar su vista y le impedía pensar con claridad. Atrapada en las consecuencias de su actividad delictual, regresó a la cocina para urdir una salida. Pero simplemente no la tenía porque su destino —se repetía sin dejar de dar vueltas en el reducido espacio— no sería otro que el infierno. Sintió gemir a Esperanza, ¿qué sería de ella?, se preguntó, y tampoco tenía respuesta. Hubiese querido tomarla en brazos y arrancar, ese era el momento, no tendría otro. Pero dejarlo todo también sería una suerte de infierno. La única luz que se aparecía intermitente al final del camino era la opción de regresar a su pueblo natal. Pero ¿cómo explicaría que era madre de una niña sin padre ni madre? La confusión la hacía temblar.

A la distancia vio salir de la sala al agente encubierto. Pensaba en cuál sería su destino si no le hubiese abierto. Nunca como ahora le hizo tanto sentido la recomendación majadera de Edison de tener mucho cuidado con los extraños. «Las vueltas de la vida...», se repetía. Veinticuatro horas antes disfrutaba del regreso de su amado a casa, se había despojado de sus pesadillas y obtuvo un gran descanso tras confesarle la verdad. También la alegría de saber que cada domingo lo tendría de nuevo a su lado. Ahora comprendía que la felicidad es a veces tan efímera como traicionera. Su gozo anterior se le escurría entre los dedos y se difuminaba sin que ella nada pudiera hacer para evitarlo.

Administrando su nerviosismo, Emilia apareció en la sala con el café para el hombre que, ahora sabía, no era ningún cliente.

—Ya está listo el café —le dijo ella, asomándose e invitándolo a pasar a la cocina—. ¿Y qué ha pensado, entonces?

—Me parece bien, creo que haremos un trato —respondió el detective sin abandonar su personaje.

La cocina era amplia y en ella había una mesa de madera para cuatro personas. Emilia le acercó la taza con ambas manos para no derramar ni una gota y se la dejó enfrente. Luego tomó el calentador y lo colocó a su lado, también para evitar ser ella quien vertiera el agua caliente en la taza, para no delatar su desasosiego. El llanto de Esperanza, desde el dormitorio, le ofreció una inesperada tregua para evaluar mejor el momento.

—Es mi hija, acaba de despertar, deme unos minutos por favor, debe tener hambre.

—Vaya nomás, yo la espero —dijo Burgos.

—Permiso —esbozó Emilia, sumisa, y salió rauda.

En el dormitorio, casi por rutina le puso la mamadera en la boca a la niña mientras ella trataba de mantener la calma y hacía reposar sus pensamientos. La bebé cooperó y sin más volvió a quedarse dormida. Parecía haber intuido que su madre postiza estaba en aprietos.

La paz mental de Emilia se fraguó en la certeza de que ese hombre ahora parecía tomarse las cosas con calma, y daba la impresión de que no tenía prisa. Ella había perdido en ese lapso su actitud incisiva y segura y el visitante parecía haberse percatado de ello. Ese análisis al paso le confirmaba que, en efecto, se encontraba frente a un policía.

Darse a la fuga era factible, pero a la vez una decisión de poco alcance. Volver al sur junto a su madre seguía siendo una alternativa. El caos se producía en relación con Edison, a quien por añadidura —pensó— le suspenderían de inmediato su beneficio. Quedaban otras opciones, pero ninguna ofrecía una salida definitiva. Recostada sobre la cama rodeando con su brazo derecho a la pequeña Esperanza en un gesto de protección infinita, vagaba con su mirada por los rincones de aquel dormitorio vetusto y de altura desmesurada. Sabía que permanecer más tiempo lejos de la cocina podría levantar sospechas, de modo que su regreso a escena para vivir el inexorable final era inminente. En ese soliloquio desesperanzador su vista se detuvo por unos instantes en la puerta del dormitorio. Esta tenía dos hojas, cada una de ellas con vidrios que nacían a la altura de la chapa y que poseían unas tapas de madera a modo de protección. Como la llave de la puerta no existía, para la seguridad e intimidad de aquel lugar Edison había conseguido poner un fierro que casaba ambas puertas emulando la función que cumplen las trancas. Su diámetro era similar al de un palo de escoba y el largo no excedía los cincuenta centímetros, pero cumplía cabalmente con su objetivo de impedir que alguien pretendiera ingresar sin aviso.

Emilia se quedó con la vista fija en aquel accesorio hechizo y permaneció así durante algunos segundos. Descansó la mirada en su hija que dormía con placidez. Recorrió su rostro inmaculado, quizás como una manera de grabar sus facciones en su mente ante una eventual separación. Pero esta mujer estaba viendo aquel fierro como un instrumento posible para eludir la imagen de la cárcel que la agobiaba. Se levantó de la cama evitando hacer ruido, tomó el fierro con ambas manos y lo sopesó. Se aferró a él y dio una mirada a Esperanza, como si la pequeña tuviera el don de bendecir su plan. Emilia desplazó con prudencia la puerta y tras salir la dejó entreabierta para no hacer ruido ni anunciar su regreso a la cocina. Se desprendió de su calzado y a pies desnudos, en la punta de los dedos como una bailarina de *ballet*, enfiló hacia la cocina.

Una repentina lluvia, compañera habitual de los momentos de terror, se dejó caer esa mañana, solo que en esta ocasión la mujer la agradeció, ya que su estruendo parecía ser cómplice de sus planes. Sin dilatar el momento, Emilia blandió el fierro que aseguraba su dormitorio como a una celda y volvió a tantearlo entre sus manos para cerciorarse de que era maniobrable. No había conciencia ni maldad en estas acciones, solo miedo. Era ese miedo liberador que se cobija en la equívoca sensación de estar actuando en defensa propia. No lo verbalizó, pero lo pensó. «¡O él o nosotros!», se dijo. Recorrió esas pocas baldosas como si estuviera suspendida a unos centímetros del piso.

A Burgos le quedaba todavía la mitad de su café, que a esa altura debía estar frío, y anotaba algo en su diminuta libreta que tenía planeado ocultar al primer ruido de acercamiento de la dueña de casa. Como seguía sentado de espalda a la puerta, no se dio cuenta de que Emilia se encontraba detrás de él, midiendo mentalmente su estructura física. Al evaluar la acción que estaba a punto de realizar, la circunscribió al terreno de la acérrima defensa de su derecho a seguir con vida. Con vida en libertad, claro.

El detective, complacido de sus logros e imaginando cómo sería el momento de su coronación, pensaba que con este caso hecho público, subrayado con letras doradas en su currículum y probablemente también con connotación en la prensa, sus vacaciones serían acotadas y su vuelta, radiante de gloria y majestad. A su regreso —presumía—, sería merecedor de un ascenso y su nombre estaría inscrito entre los mejores. Así habría sido, a no ser por el embobamiento con su futuro que lo abstraía tanto de la realidad que no percibió la llegada de esta mujer ni menos imaginó que llevaba varios segundos acechándolo por detrás.

Emilia alejó el fierro unos cincuenta centímetros hacia atrás y adoptó la posición de un golfista para darle potencia a su ataque. De inmediato deslizó con velocidad su brazo, tanto que la resistencia de su arma mortal contra el aire le dio un leve sonido a su maniobra. Burgos captó aquello milésimas de segundos antes, pero no alcanzó a reaccionar cuando recibió el golpe. El fierro dio de lleno en su cabeza y, salpicando con gotas de sangre la cocina y a la mujer, el cuerpo del policía cayó inerte y sin

oposición alguna contra el piso. Allí se esfumaron las evidencias de su investigación y se diluyeron para siempre sus sueños de ser el mejor.

Emilia quedó impasible por varios segundos ante el cadáver de ese hombre, cuyo nombre verdadero desconocía. Tras permanecer inmóvil por un buen rato, se agachó para sacarle la billetera desde el bolsillo trasero del pantalón. Al abrirla comprobó que guardaba allí su «tifa» de funcionario de la Policía de Investigaciones. Sus aprensiones ahora cobraban mayor sentido y daban albergue en su mente a la plena justificación del acto criminal. Emilia se escudaba en que no podía permitir que prosperara el plan de su víctima —un agente policial— de devastar su prominente negocio, con las consabidas consecuencias judiciales.

Aún no se disipaban del todo las oscuras nubes cargadas de agua en aquel lunes negro, y a ratos el cielo crujía por la presencia de intermitentes truenos. La joven, a pesar de seguir en estado de conmoción ante el cruento espectáculo que ella misma había creado, tuvo atisbos de cordura al hacer sintonía con su pasado reciente. Le constaba que había despertado luminosa aquella mañana, pero desde que sonó el timbre, una sinergia lúgubre fue llenando la atmósfera del día. Llegó a pensar que hasta el clima se había transformado en consonancia con los descarnados acontecimientos. Ahora le quedaba la incertidumbre de si el detective había actuado por un impulso personal o se trataba de una investigación mancomunada. Era probable que este hombre —Emilia se ilusionó con esa posibilidad— hubiese golpeado su puerta al azar, pero se retractó al recordar que traía un papel con la dirección exacta de su casa. Desde luego, se dijo, también pudo ser una estrategia policial y que él hubiera escrito ese dato momentos antes de golpear. De cualquier manera, esos análisis podían esperar, lo inmediato era ocultar el cadáver.

¿Enterrarlo? ¿Quemarlo? ¿Cercenarlo...? Todas eran alternativas macabras que, con el paso de los minutos y lejos de la adrenalina que la llevó a cometer el crimen, resultaban tanto o más difíciles de llevar a cabo que el propio asesinato. Mientras tanto, limpiaba las manchas de sangre que impregnaron los muros y múltiples rincones de la cocina.

Siempre que se decide dar muerte a una persona se genera la sensación de que con eso será suficiente para que todo el problema se resuelva. Pero, por lo general, ese es solo el comienzo de una dificultad mayor: hacer desaparecer el cuerpo de la víctima, que en un irónico y silente socorro pareciera oponer intencionada resistencia con el fin de denunciar a su agresor.

Este era el dilema que enfrentaba Emilia pensando con nerviosismo qué hacer con el cadáver. Cuando terminó de limpiar la cocina, una ola de paz interior se apoderó de ella y, sin resabios de su angustia, tomó la decisión de cavar una fosa en el patio y sumergir el cuerpo del detective en las entrañas de ese terreno baldío.

Ahora ya estaba convencida de que todo aquello se produjo como una manera de privilegiar bienes mayores, como eran su libertad, la maternidad y el sentido de familia con Edison, para cuando este abandonara la prisión. Así las cosas, la

presencia de un hombre muerto y sepultado al interior de su casa no representaría para ella ningún contrasentido moral, religioso ni espiritual.

En cierto modo, Emilia había compartido con Edison la responsabilidad en la muerte de Leticia y en ese entendido cobraba significado la máxima de los estudiosos en criminología, que aseguran que el primer acto criminal cometido por un ser humano representa una complicación muy fuerte en lo valórico, pero no ocurre lo mismo con los siguientes crímenes, que se van asumiendo con una turbadora naturalidad.

Atenta y preocupada de velar por el cuidado de Esperanza, y a la vez concentrada en cavar esa tumba ilícita, su ritmo cardíaco se alteró. Tras herir la tierra sin descanso por casi dos horas, se encontró con el atardecer en ciernes cuando tuvo que arrastrar el pesado cadáver de Donato Burgos hasta el patio. No tuvo delicadeza ni fuerzas para depositarlo con mayor decoro al interior de su imprevista última morada. Ni siquiera en la palada final de tierra húmeda con la que hizo desaparecer de este mundo en forma definitiva el rostro de aquel hombre, tuvo Emilia atisbos de arrepentimiento.

Como si estuviera a los pies de unas cataratas, la mujer dejó escurrir el agua por su cuerpo y permaneció inerte por largos minutos bajo la ducha, tratando de borrar todo vestigio de sangre que pudiera mantenerse aún adherido a su cuerpo. Necesitaba desperdiciarse al final del día de todo ese vendaval de sucesos que la tuvieron al borde del abismo. Desde luego, en forma majadera, decretó en sus pensamientos que había hecho lo mejor.

La noche —que se anunciaba inquietante ya que es el momento cuando los fantasmas acechan sin previo aviso— fue tranquila y benevolente. Antes de dormirse, Emilia dedujo que si nadie más golpeó la puerta durante el resto del día, tal vez era un indicio de que su víctima actuó por iniciativa propia. Esa sola conclusión aceleró los efectos de su cansancio y los ojos cedieron al peso de los párpados.

Capítulo trece

¿VIVO O MUERTO?

El inspector Pineda había citado para ese martes a los padres de Leticia y dedicaba los últimos minutos antes de su llegada a pensar en la partida de Donato a Europa, quien a esa hora debería estar llegando a destino. Lamentó que no se hubiese concretado el compromiso de tomarse juntos un último café antes de que Burgos partiera de vacaciones. El día posterior al fiasco de la salida dominical de Edison fue para Facundo de reflexión, para decirlo de modo eufemístico, porque la verdad es que el detective quedó tan dolido con el resultado de aquellos sucesos que pidió la tarde del lunes libre con el pretexto de atender asuntos personales. Le habría hecho muy bien compartir esa experiencia con alguien como su ayudante, el único que podía asumir lo ocurrido el domingo como un hecho de la causa, sin críticas ni culpabilidades. Además, era la oportunidad propicia para decirle que apoyaba su intención de conquistar nuevos horizontes profesionales y que si bien su ausencia dificultaría su trabajo, respetaba su decisión. Donato Burgos, en concordancia con su amistad y en total reserva, le pidió que si era posible lo esperara un mes sin tomar un reemplazante para su cargo. En ese lapso él lo llamaría para darle el balance de su estadía en Europa. Para el inspector, esa solicitud estaba acorde con la conducta meritoria de Burgos, por lo cual le aseguró que lo esperaría.

Momentos antes de su inminente vuelo tuvo la intención de llamarlo para recordarle el café pendiente e incluso pensó en que lo compartieran en el aeropuerto, pero desistió. Conocía muy bien lo responsable y serio que era su ayudante y por lo mismo no le extrañó que no se hubiera dado ni siquiera unos segundos para hablar por teléfono antes de abordar. El solo hecho de viajar por primera vez al extranjero puede conmocionar mucho a una persona, tanto como para cometer olvidos involuntarios, se dijo y lo excusó.

La secretaria golpeó suavemente la puerta e hizo pasar a su oficina a los padres de Leticia. La impresión del inspector al saludarlos fue que sus rostros reflejaban el comprensible dolor que produce desconocer el paradero de una hija o un hijo. Lo pensó con el simple espíritu de buscar empatía con su drama.

Los escuchó sin interrupción mientras bebía su café y los dejó explayarse sabiendo lo mucho que significa en esos casos la posibilidad de hablar, como parte del proceso catártico. Mientras el relato deambulaba por la senda del dolor y la impotencia, se sintió a sí mismo usurpando el oficio de los psicólogos, al tiempo que concluía sobre lo positivo que sería para ellos visitar a algún profesional de esa área.

Lidiaban con la imagen esperanzada de abrir la puerta de su casa y encontrarse con ella para abrazarla, sin rencores ni reproches, solo para decirle que la amaban. Al

final, con una dignidad que enalteció su relato, esbozaron incluso resignación total ante la posibilidad de encontrarla sin vida. En esos momentos su entereza mostró fisuras. Pineda sintió el golpe de emoción que emanó de su testimonio, al punto que prefirió concentrarse en beber el último sorbo de su café para encubrir su sensibilidad. Ese lapso de quietud permitió a la vez que estos padres pudieran enjugar sus lágrimas.

Esa mañana, luego que la reunión concluyera, el inspector se tomó otro café, esta vez un expreso, cuya textura se deslizó por su garganta sin que él pudiera apreciarla. De inmediato tomó el teléfono y se contactó con uno de los personajes relevantes en esta historia, Joel Carrasco. Sin preámbulos, lo citó para una entrevista al día siguiente. Necesitaba recuperar de alguna manera el tiempo perdido. Aunque en este caso no relumbraran las luces ni se obtuvieran frutos acorde a su voluntad, recordaba una frase recurrente de su padre: «Más allá del talento este solo engendra cuando se trabaja».

Para Joel todo fue rápido e inesperado. En forma instintiva recibió el llamado con una actitud de calma. Solo cuando cortó el celular, le tomó el peso al acuerdo que acababa de adquirir con el inspector Pineda. Tenía compromisos laborales previos, pero aceptó la propuesta de día y hora como una orden. El tema de Leticia seguía en suspenso, y eso en cierto modo había morigerado la ansiedad de este joven, que almacenaba en su cerebro una llave importante para este caso policial. Sus pensamientos nocturnos continuaban teniéndola a ella como la última imagen antes de sumergirse en el sueño. Por eso, durante el resto del día no pudo evitar la angustia que le provocaba asistir a la inesperada cita. Tanto que, a modo de ejercicio, se hizo a sí mismo decenas de preguntas imaginarias que se respondió una a una para no entrar en contradicciones frente a ese interrogador al que no conocía.

El miedo de ser sindicado como cómplice por Edison y la posibilidad de quedar privado de libertad en tal circunstancia le penaban en las noches de vigilia, convirtiéndose en la razón de su silencio por tanto tiempo.

El inspector estaba por terminar una reunión con el alto mando de Investigaciones, de modo que Joel, quien llegó quince minutos antes a la cita, debió esperar.

El encuentro comenzó a la hora señalada. Facundo Pineda pidió dos vasos de soda sin siquiera preguntarle a su visitante si deseaba; era un mecanismo estratégico que le permitía evaluar la personalidad y postura de su entrevistado. Si aceptaba, en cierto modo mostraría sumisión, y en ese caso sería más dócil. En caso contrario, la experiencia le indicaba que el joven se comportaría de manera más reacia... El policía aplicó el método alternativo en vista de que apenas Joel entró a la oficina el detective lo percibió tenso, estado que podía deberse a dos rasgos diferentes: respeto y temor a la autoridad, por un lado, o atisbos de culpabilidad, por el otro.

La secretaria entró con dos vasos chispeantes de soda y los puso sobre el escritorio. Pineda levantó el suyo y esperó que Joel hiciera lo propio. Pero no fue así.

—¿Prefieres un café tal vez? —le ofreció.

—Ah. No, gracias. Está bien así —respondió Joel en un tono poco audible; y superado aún por la timidez, rescató el vaso y bebió un poco.

—¿Quieres que abra la ventana? —añadió Pineda sin fundamento alguno, solo para lograr confianza.

—¡No!, está bien, no se preocupe.

—Entiendo que ya fuiste interrogado por un colega —afirmó sin determinar por ahora la génesis de su evidente nerviosismo.

—Sí, y le conté todo lo que sabía —apuntó el muchacho con la velada intención de evitar repetir la experiencia.

—Leí el contenido de tu declaración y creo, Joel, que no lo dijiste todo, por eso te llamé y espero que me cooperes.

—Bueno... Para eso vine —pronunció el joven, sintiendo que la boca se le secaba.

—¿Hace cuánto tiempo que salías con Leticia?

—Dos años más o menos.

—¿Y era una relación seria, digo, con futuro, o solo eran amigos con ventaja? —dijo el inspector buscando lograr empatía.

—Pensábamos casarnos algún día... cuando me titulara.

—¿Por qué dices «pensábamos»? ¿Acaso si Leticia vuelve a casa ya no te casarías?

—¡No! Sí, por supuesto. No sé por qué lo dije así.

—Es obvio entonces que ustedes tenían relaciones sexuales, ¿no?

—Sí... —Joel bajó la mirada, con vergüenza.

—¿Y se cuidaban?

—Bueno, ella... ella tomaba pastillas.

—Tú sabes que a veces las pastillas fallan. —Joel asintió—. ¿Te llevabas bien con ella, la querías?

—¡Por supuesto! —contestó con énfasis.

—¿Y qué obstáculo tenían para no haberlo hecho antes?

—¿No hacer qué?

—Casarse.

—Yo... yo estoy estudiando y mis padres...

—¿Tus padres no la aceptan? Eso es común —dijo Pineda adelantándose a su respuesta.

—No, no es eso. Ellos quieren que yo me titule primero antes de contraer matrimonio —explicó Joel con cierta ingenuidad.

Aquel diálogo introductorio le indicó al policía que el terreno estaba apto para entrar en materia.

—O sea, si en forma hipotética ella hubiese quedado embarazada, tus padres se habrían molestado.

—Yo creo que sí.

—¿Y qué habrías hecho tú en ese caso? —continuó Pineda sabiendo que la interrogación ingresaba en terrenos pantanosos—. ¿Habrías evitado que tus padres se enteraran?

—Yo creo... que sí.

—¿Y qué habrían hecho como pareja en ese caso?

—¿En qué sentido?

—¿Cómo habrían solucionado el problema, según tú?

Recién en ese momento Joel creyó captar la intención del policía. Inspiró profundo hasta llenar sus pulmones de aire y ganar tiempo. Pineda, como un abogado que tiene las riendas del caso, no esperó su respuesta y dio paso a la segunda estocada.

—Sabes, Joel, ayer estudiando este caso se me ocurrió pensar que la génesis de todo pudo ser un embarazo, un embarazo no deseado.

—No sé a qué se refiere.

—Es que ahora, escuchando tus respuestas, siento que todo calza un poco... ¿No crees? —presionó Facundo haciendo un silencio teatral—. Parece que estoy en lo cierto, ¿verdad? —embistió.

Joel bebió un largo sorbo de agua para aplacar el nerviosismo, mostrando con ello gestos que desnudaban su conducta falible. Así lo interpretó el detective, y fue aún más incisivo.

—Entiendo tu silencio como un sí.

Joel acusó el golpe y como un boxeador de mentón blando cayó, en sentido figurado, a la lona. No sabía qué responder. En estado de nocaut tuvo la sensación de descender a un abismo sin retorno.

—¿Nadie más supo? —prosiguió Facundo.

La situación era dramática para este joven que demoraba un siglo en responder.

—No... —dijo por fin, no sin antes carraspear para lubricar su garganta.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que ella te dijo que estaba embarazada?

—¿Pasó qué?

—Desapareció —apuntó Pineda en la certeza de que el embarazo de Leticia era incuestionable y que su investigación rasguñaba el caparazón del misterio.

—Al día siguiente no la volví a ver.

—¿Te dijo lo que pensaba hacer?

Joel no quería mentir y prefirió omitir. Movi6 su cabeza en forma negativa, pero no emiti6 palabra alguna.

—¿Y por qué ella habría tomado la decisión de abandonar su casa y desaparecer si el problema no lo tenían sus padres, sino los tuyos? Es raro, ¿no?

—Sí, pero no sabría responderle.

—¿No te mencionó nada sobre querer hacerse un aborto o algo parecido?

—Creo que dijo algo como eso, pero pensé que estaba bromeando —admitió Joel avalando la teoría del embarazo y cuidándose para no inculparse si decía la verdad.

—¿En qué quedaron?

—Yo me quedé callado, ella se dio media vuelta y se fue. Y no la vi más.

—Te estoy poniendo mucha atención, pero hay cosas que dices que no me hacen sentido.

—¿Cómo qué?

—Si pensaste que ella estaba bromeando cuando mencionó que quería hacerse un aborto, ¿quiere decir que tú aceptabas que su embarazo fuera interrumpido?

Joel pareció dejar de respirar. Fijó la vista en los ojos del inspector y se mantuvo así más de la cuenta. Pineda no soltaba a su presa y lo maceraba entre dientes y colmillos.

—No me has respondido, ¿querías o no que naciera ese hijo?

—Los dos queríamos, pero no podía fallarles a mis padres —dijo Joel y soltó un llanto incontenible.

Ciertamente, para Facundo Pineda aquello era la demostración absoluta de haber dado en el blanco.

Un inesperado llamado del director de la Escuela de Medicina lo obligó a detener el interrogatorio, postergando el clímax para una segunda ocasión. El inspector ya había superado sus propias expectativas y era conveniente dejar respirar al estudiante. Por respeto, salió de la oficina y dejó a Joel ahogando sus penas en soledad. De paso, le dijo a su secretaria que le llevara otro vaso de agua y que luego lo dejara solo algunos minutos.

Capítulo catorce

LA ESPERA DESESPERA

Claudia y Facundo caminaban frente a las vitrinas dispensadoras entre ensaladas, mariscos, carnes y platos calientes, armando su menú. Una fallida reunión le abrió a ella ese espacio, que aprovechó para invitarlo a almorzar y conversar sobre el cúmulo de incidentes que había llevado la investigación —denominada por ellos, sin ningún atisbo de creatividad, como «caso abortos»— a niveles inverosímiles. Él se expresó con la libertad que acostumbraba con su novia y no dejó nada a la imaginación. Hizo un relato impregnado de encuentros y desencuentros, de aciertos y errores que conducían —o mejor dicho que zamarreaban— la línea investigativa, al igual que si estuvieran en una montaña rusa, con resultados cada vez más desastrosos.

—¿Por qué no me llamaste? —preguntó Claudia intuyendo que ese fatal domingo Facundo necesitaba sus brazos acogedores.

—Te habría fastidiado el día —aseguró Facundo—. Puteaba al que se me pusiera enfrente.

—¿Y Donato?

—Tampoco lo quise molestar. Quedamos de tomar el último café juntos el lunes, antes de que emprendiera vuelo, pero debe haber estado muy atareado, porque no dio señales de vida.

—¿Es verdad que tiene intenciones de quedarse por allá?

—Yo creo que quiere probar suerte. Se fue tan entusiasmado, aunque aquí ya estaba listo para asumir nuevas tareas y hasta escuché de la posibilidad de un ascenso para él —dijo Pineda mientras desmenuzaba una pata de jaiba—. Nunca había venido a este lugar, no es malo.

—Hay días mejores que otros —precisó la joven psicóloga, dando cuenta de que a menudo almorzaba allí—, pero me estabas contando que el panorama mejoró con la entrevista al compañero de la niña desaparecida.

—Creo que eso me alivianó la carga y he recuperado terreno y ánimo, por eso te acepté la invitación. Joel, así se llama, reconoció que entre ellos contemplaron la posibilidad de que ella se hiciera un aborto.

—¿Verdad? Eso sí que es un buen avance. ¿Y todavía crees que hay una conexión entre esa pareja y Edison?

—No lo sé, pero teniendo este caso agarrado podemos dar con algo grande. Es lo que intuyo —afirmó Facundo con una sonrisa burlona, sabiendo que Claudia lo alentaba a valorar esa capacidad de él.

El café decidió tomarlo en la reunión con el doctor Juan Carlos Molina, que al parecer necesitaba urgente su presencia. Ojalá —pensaba— fueran novedades sobre

su exalumno. No alcanzó a sentarse cuando la secretaria le comunicó al director su presencia y este lo hizo pasar de inmediato.

Por teléfono no le dio ninguna pista sobre la razón para convocarlo, insinuando que se trataba de un tema reservado y que tal como en el caso que condujo a Edison a la cárcel, no era prudente hacer comentarios que excedieran el radio de su oficina. A Facundo esto despertó su curiosidad y se acomodó para escuchar.

—No sé qué puede estar pasando, pero últimamente hemos sido objeto como entidad estudiantil de hechos inéditos. He llegado a pensar que alguien desea desprestigiarnos o algo parecido. No se olvide de que las universidades particulares tienen una competencia silenciosa con las estatales respecto a captar la mayor cantidad de alumnos.

—¿Me está queriendo decir que algún espía, por decirlo de algún modo, se ha enquistado para deteriorar la imagen de la universidad?

—No estoy asegurando nada, dije eso solo para magnificar el daño del cual podríamos ser objeto. No tenemos que olvidar que el sistema en línea para generar las matrículas ha sido tan eficiente que en menos de una hora hemos fichado a mil nuevos alumnos, todo un récord. Y ese éxito podría verse empañado con lo que nos sucedió.

—¿Tan grave es?

—Hace unos días conversé con el director económico y administrativo, don Jaime Prado, y me puso al tanto de una situación que no pudieron manejar en su momento y por eso se reunió conmigo.

—Debo reconocer que me tiene intrigado —comentó Facundo como una manera elegante de apurar el relato.

—Esto se destapó recién ahora —continuó el director evidenciando su agobio—. Me refiero a un robo.

—¿Otro más?

—Pero esta vez se trata de dinero. Sustrajeron casi un cuarto de millón de dólares.

—¿En eso evalúan la pérdida?

—¡No!, se robaron literalmente esa cantidad. Son dineros con los cuales pagamos compromisos en el extranjero. Según Jaime Prado estaban listos para ser depositados en el banco. Alguien se habría enterado de su existencia y violentó el escritorio donde estaban guardados... Más no sé, pero esto excede todos los límites. Cosas así nunca habían ocurrido en nuestra facultad.

—¿Existe algún sospechoso?

—Ya le dije, señor Pineda, que es lo único que sé por ahora. Seguramente el director del área le puede dar más información.

Deseando estar sola, Emilia vivió una semana de mutismo en la cual se negó a abrir la puerta de su casa a quien fuera que llegara. Ni siquiera se dio la molestia de espiar

por la ventana a quienes osaban interrumpir su aislamiento. Aún no lograba recuperar la tranquilidad total y abandonar ese sinsentido.

La idea de huir hacia la nada para eludir la justicia se le aparecía una y otra vez, lacerante. Ese domingo —el siguiente después de su crimen— era crucial y se le manifestaba como el puente que le permitiría cruzar hacia la salvación. Se levantó muy temprano para esperar a Edison, quien debía llegar a casa haciendo uso de su beneficio carcelario. En cierto modo su llegada despejaría las dudas respecto de la posible conexión entre su encarcelamiento y lo que le había acontecido a ella una semana antes, y también operaría como catalizador de lo que suponía que estaba ocurriendo. Si regresaba, significaría que no había ningún nexo entre la situación procesal de su amado y la venida del hombre que ella sepultó en su jardín. Sería también el indicio esperado de que aquel policía había actuado en solitario. Su presencia en casa, en fin, erradicaría sus cadenas y aprensiones.

Preparó el desayuno con esa incertidumbre, pero a la vez muy convencida de que por ahora no saldría ni una palabra de su boca sobre la muerte del infortunado detective. Se lo propuso, para que ese episodio funesto no anidara en su mente ni menos germinara en sus sueños como una pesadilla, objetivo que consiguió con éxito y en muy poco tiempo.

Puso sobre la mesa el queso, la mantequilla y el jamón. Pan amasado hecho por ella misma, una muestra inequívoca del afecto que prodigaba hacia Edison en su regreso a casa. Y en el dormitorio, sobre el respaldo de una silla, había dejado con la prolijidad de una *geisha* ropa limpia para él. El reloj mural indicaba las ocho con treinta y cinco minutos. El timbre sonaría de un momento a otro y, por añadidura, su existencia podría retomar el camino extraviado. Aprovechó la espera para pasearse entre los pasillos y por el patio con Esperanza en brazos, en un intento por hacerla dormir, de modo que no fuera un impedimento para que ellos tuvieran sexo. Aunque su libido bordeaba el cero, tuvo la delicadeza de ponerse una atractiva ropa interior de color negro para seducirlo como a él le agradaba.

El paseo de Esperanza no fue suficiente incentivo para que se durmiera. Emilia tuvo que recostarse junto a ella y, mientras la mecía, también sin pretenderlo se quedó dormida.

Despertó sobresaltada sin saber cuánto tiempo había pasado y se levantó de prisa para mirar la hora en la cocina. Se sorprendió al ver que el reloj acusaba las nueve con once minutos; había cerrado los ojos por más tiempo del que pensaba. Pero lo peor fue darse cuenta de que Edison ya no había llegado ese domingo. Las conexiones cerebrales de la mujer se cruzaron en todos los sentidos, y por lo pronto no lograba formular respuestas coherentes para explicar la ausencia. Por inercia calentó agua y se sirvió un café, y lo tomó paseándose de un lado al otro de la cocina. No tenía claridad, solo angustia. Masticaba en silencio su rabia sin poder resolver ninguna de sus dudas. Su intranquilidad parecía ir en aumento.

Para su consuelo, cuando también por inercia iba a tomarse otro café, el timbre de la casa sonó. No podía creerlo; tuvo que esperar el segundo llamado para convencerse de que no estaba soñando. Pletórica, Emilia se acomodó la bata y se dispuso al esperado encuentro mientras enfilaba sus pasos rumbo a la puerta de calle. En el trayecto no alcanzó a encontrar una explicación comprensible a su demora, pero ese cuestionamiento ahora era intrascendente. El reencuentro con Edison debía ser virtuoso. En esa atmósfera y con su rostro radiante abrió la puerta. Su impacto fue mayor cuando en lugar de su amado, se encontró con el rostro de Joel Carrasco, quien ante el evidente gesto agrio de la mujer solo atinó a excusarse por su inoportuna visita, aduciendo que su único día libre era ese domingo. Emilia permaneció muda por varios segundos, dudando si hacerlo pasar, pero era peor tenerlo allí afuera que permitirle el ingreso. Lo condujo al *living* y allí lo dejó esperando en compañía de un café.

Esperanza, aún bajo los efectos de una doble ración de leche, se mantenía ajena a las vicisitudes que tenían a Emilia al borde de un acantilado. Más por obligación que por deseo se veía frente a esa inesperada visita del joven, dispuesta a consumir otra vez sus agotadoras monsergas en torno a las dudas sobre la desaparición de su novia. Cuando volvió al *living* se percató de que él ya había terminado su café, detalle que subrayaba la angustia que necesitaba compartir.

—Edison está fuera de Chile —dijo Emilia antes de sentarse frente a él e intentando ponerle límites a su intención de compartir sus penas con ella.

—¿Y cuándo vuelve?

—Está haciendo un curso en Estados Unidos y con suerte vendrá un par de semanas para las vacaciones.

—Bueno, para el caso da lo mismo —suspiró él.

—¿Qué te trae por acá?

—Me llamaron para interrogarme.

—¿Quiénes? —se sobresaltó Emilia.

—La Policía de Investigaciones.

—¿Y qué dijiste? —preguntó, ávida.

—No se asuste, no los he delatado —aclaró Joel.

—Ya sabes lo que sucedería si lo haces.

—Lo sé, pero tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—No pensaba hacerlo, pero me acorraló tanto el detective con sus preguntas que sin darme cuenta le confesé que Leticia estaba embarazada.

—¡No te puedo creer! ¡Pero cómo pudiste decirle eso! —exclamó Emilia asumiendo que el próximo paso sería delatarlos—. ¿Te das cuenta de que eso sería el final para ti y para nosotros?

—Sí, lo sé, pero eso no depende de mí —afirmó Joel resignado.

—¡Cómo que no depende de ti! Tienes que quedarte callado, ¡cuántas veces te lo dijo Edison!

—Con ese inspector es imposible.

—Mira, si llegas a comprometernos, te puedo asegurar que Edison es capaz de matarte... ¡¿Entiendes lo que te estoy diciendo?! —subrayó enérgica y amenazante Emilia.

—Sí, si entiendo, pero tenía que decirles en lo que estoy, porque me van a volver a interrogar.

—¿Qué quieres decir con eso?, ¿que ahí sí vas a hablar?

—Es que me presionan mucho.

—Lo imagino, pero debes mantenerte firme... Diles que tú no estabas de acuerdo con que se hiciera un aborto y que después de esa conversación nunca más la viste. De ahí no te muevas. ¿Entendiste?

El joven asintió con timidez, pero no tuvo la convicción para responder. Emilia entendió que más que una orden, su opinión debía tener el carácter de una persuasión que le infundiera temor.

—Mira, Joel... Piensa en tu futuro, eres muy joven como para vivir la mejor parte de tu vida en prisión. Y lamentablemente nosotros, que solo les colaboramos, también sufriríamos el mismo castigo.

En la despedida no hubo mucho diálogo. Joel se retiró más conforme y Emilia quedó convencida de que aquel estudiante no dejaría salir de su boca ningún hecho comprometedor.

Cerró la puerta de calle y aprovechó para recoger algunos avisos de cuentas que dormían allí desde que decidió no abrirle a nadie. Al llegar a la soledad de su cocina tomó conciencia de que en el lapso que duró la visita de Joel se había distanciado de su drama personal.

Cayó en la cuenta de que el panorama no era tan auspicioso como si Edison estuviera en casa. De haber sido así, todos sus temores se habrían disipado. Ahora no tenía la tranquilidad mental para interpretar la razón de por qué no había llegado esa mañana. ¿Cuánto de esa hipotética decisión tenía que ver con la visita del policía a su casa? No tenía respuestas, pero solo pensar en eso la atormentaba. Mientras se sentaba frente a la mesa, puso atención a los sobres de cuentas domésticas que había dejado minutos antes junto a la panera, y descubrió que entre ellos asomaba uno escrito a mano, claramente de otra índole. Era una misiva que no había dejado allí un cartero, sino más bien algún particular, ya que el sobre no tenía sellos.

Al abrirlo expectante reconoció la letra de Edison. Aguzó la vista y se concentró para entender mejor. Su enamorado le explicaba que, en una de las visitas, le había pedido a la mamá de un compañero que dejara este sobre debajo de la puerta. En lo medular su carta aclaraba que no contaba con el beneficio dominical, y que su salida anterior se debió a un error del departamento de estadísticas. Decía también que de hecho había intuido eso mismo, ya que —aseguraba— ni siquiera había postulado a

obtenerlo. Por último, era vehemente al explicarle que en los próximos meses sí le correspondía hacer la postulación y que, dado el poco tiempo que faltaba para recibir el beneficio en mérito, prefería que ella no acudiera a visitarlo en la cárcel a objeto de no poner en riesgo sus «labores» en la casa.

Si bien en apariencia no eran buenas noticias, fue tranquilizador para Emilia conocer el motivo de su ausencia. Gracias a eso se produjo en ella la magia expresada en el refrán popular que le escuchó decir tantas veces a su madre: «Me volvió el alma al cuerpo».

La reunión de Facundo con Jaime Prado, el encargado económico de la Escuela de Medicina, se llevó a efecto fuera del recinto universitario. Esa sola petición hizo que el inspector tragara saliva y tras reflexionar concluyera que el robo no se circunscribía solamente a los márgenes mencionados por el director de la facultad. Antes de sentarse en un banquillo del Parque Araucano, el sitio elegido, Prado le pidió extrema reserva de lo que en ese encuentro le confiaría.

Con sus años de oficio, el detective accedió al requerimiento con sabio silencio y un imperceptible y solemne movimiento de cabeza. En estos casos confesionales, prefería tomar palco y escuchar.

Prado no se dio muchas vueltas para entrar en materia. La tarde era luminosa, no había mucha gente en el entorno y la posibilidad de tener una conversación que se advertía clarificadora confirmaba que la elección del lugar era propicia. Prado era un hombre adulto, de contextura gruesa, que poseía méritos para calificar como gordo o, a lo menos, como una persona excedida en su peso y que cubría pretenciosamente sus canas con algo de tintura en las sienes. Comenzó diciendo que llevaba varios años de servicio, que su hoja de vida laboral era ejemplar y que eso le había dado la autoridad para tomar muchas veces decisiones sin previa consulta. Facundo en calidad de oyente hacía volar su imaginación y en ese codo del relato alimentaba, ya, ideas prejuiciosas.

Pero el funcionario de la universidad, conservando una inexplicable calma, como si hubiese leído su mente, dio un rápido giro a la narración para agregar que ese robo no era reciente. Que intentó —como muchas veces en su cargo— bajarle el perfil al caso, indagando por su cuenta para no generar el caos. Algo le permitió suponer que el individuo que sustrajo el dinero no era un visitante, sino un compañero de labores. Y que en ese entendido era solo cuestión de tiempo desenmascararlo. Confesó que había recurrido a una argucia, dejando una falsa remesa de cien mil dólares en el mismo lugar desde donde desapareció el monto anterior, y que además había instalado una diminuta cámara para grabar al interesado en apropiarse de lo ajeno.

En una de las reuniones de los jueves, frente a la totalidad de los integrantes de su departamento, le mencionó a su secretaria por interno que no se olvidara el lunes de hacer el depósito a Estados Unidos, para dejar entrever que ese dinero en efectivo

permanecía en un sobre en uno de los cajones de su escritorio. La idea era que sus palabras fueran escuchadas por toda la concurrencia. Convencido de que la treta tendría réditos, apenas llegó a su oficina tras el fin de semana lo primero que hizo fue revisar el mencionado cajón. En su interior se encontraba intacto el cebo. Se dirigió a continuación con avidez hacia las cámaras, cuyas imágenes mostraron a funcionarios y personal del aseo transitando, pero ninguno de ellos ni siquiera hizo el ademán de interesarse en los cajones del escritorio.

Prado le contó a Pineda que mantuvo durante dos meses su estrategia y la cámara activada, pero sin obtener —declaró— ningún resultado. Producto de ello, debió pedir una prórroga para cubrir el mes de retraso en ese flujo de pagos a Estados Unidos.

—Así, durante tres meses pagué las cuotas comprometidas en forma religiosa sin alertar a nadie del robo —precisó el encargado de finanzas—. Pero, como es lógico, no lo podía seguir dilatando, ya que no tenía más dinero para el último pago. Entonces —confesó abatido—, no tuve otra salida que exteriorizar la situación a mis superiores y decirles que el hecho había acontecido en fecha reciente, para evitar malinterpretaciones a mi demora en denunciarlo. Reconozco, inspector, que cometí un error por omisión —dijo— y lamento que en un arrebatado de voluntarismo puse en riesgo mi honorabilidad. Fue la decisión más estúpida que he tomado en mi intento fallido de no dañar la imagen de la facultad —concluyó.

La explicación de Jaime Prado estaba bien planteada, pero Pineda no quiso preguntar nada ni expresar sus dudas, únicamente se limitó a digerir el relato.

¿Cuánto de veracidad o falsedad se podía adjudicar a la historia que acababa de escuchar? ¿Cuánto de responsabilidad en los hechos le cabían a Jaime Prado? En estas aguas turbias navegaban las conjeturas del agente mientras el ascensor lo trasladaba de regreso al piso menos tres del estacionamiento público para recoger su vehículo. Luego, en la calle, desplazándose en medio de un tráfico excesivo, aún no se abstraía de la repercusión causada por el testimonio de Prado. Más allá de los análisis y de la supuesta y acérrima defensa a la Escuela de Medicina que manifestaba el encargado económico de la facultad, tras asimilar toda esa información, el inspector no podía evitar que afloraran sus deducciones. Rumbo a la oficina en su vehículo, pensaba que ese dinero también pudo tener otro destino, por ejemplo, puesto a dormir una larga siesta en algún paraíso fiscal. Sus delirantes hipótesis no prosperaron, pues la pantalla de su celular anunció una llamada de Prado.

—¿Facundo Pineda?

—Sí, con él.

—Jaime habla.

—Dígame, Jaime.

—Es que quedé un poco preocupado, inspector.

—¿Preocupado?

—Pensé que después de lo que le conté, recibiría a lo menos una opinión de su parte. No sé si me entiende...

—No mucho, pero no está de más decirle que no acostumbro a dar mi opinión en estos casos. Sería irresponsable hacerlo porque de seguro actuaría validando mis prejuicios.

—A decir verdad, Facundo, no está en mi ánimo ser majadero, pero usted sabe a lo que me expongo si la Dirección de la Facultad se entera de lo que hice.

—Mire, señor Prado, me ha pedido reserva con su confesión y quiero ser muy honesto. Mientras eso no condicione ni desvíe mi línea de investigación, usted podrá contar con mi silencio. Pero no se olvide, por favor, que me han llamado para solucionar un caso, no para ser cómplice de él.

—Sí, desde luego... gracias.

El inspector pensó una vez más que esa actitud —tan propia de personas que quieren ocultar sus culpas— solamente atizaba las brasas para que el fuego terminase quemándolos a ellos mismos. Aun cuando no la esperaba, esa llamada lo puso, en cierto modo, ante las puertas de la solución. En pocas palabras, su experiencia le decía que basta una modesta brisa otoñal para que el árbol comience a desprenderse de sus hojas secas. No son pocos los casos en que los culpables suben, sin ayuda de nadie, los escalones que los conducen al patíbulo.

Llamó a la secretaria para que le pidiera a Jaime Prado los videos que dijo haber grabado en su oficina. Había decidido hacer una elemental prueba de la blancura, con la idea de poner a prueba la versión del administrativo universitario.

Capítulo quince

SÍNDROME DE MONDOR

Recostada bajo el cielo de aquella habitación que parecía oprimirla con riesgo de asfixia, Andrea, muy lejos de lo que le dijeron sobre aquel trance, debía admitir que lo suyo estaba en las antípodas de ser un mero trámite. Llevaba ya más de una hora expuesta a una manipulación incesante, imaginando que los monstruos que la acechaban saldrían de una vez por todas desde aquella caverna infinita. En busca de una posición más confortable para su cabeza, bajó la mirada y la aterrizó en el único objeto en medio de esa habitación: una silla de madera donde permanecían su mochila y su uniforme de colegio: en aquel momento, la representación precisa de sus tribulaciones.

Esa mañana, junto a su amiga Maca, se pusieron como de costumbre sus uniformes escolares, pero ambas faltaron a clases. En una mochila cargaba su botín, reunido de pequeños ahorros, de préstamos que difícilmente podría pagar y de la venta de su mayor tesoro: el equipo de música.

Eran inseparables. La Maca había logrado interpretar un mapa dibujado en una hoja de cuaderno, que otra amiga le había entregado, para dar con el paradero de aquella casa.

Segundos después de que sonara el timbre, Emilia se asomó a la ventana —su mirador— y no tuvo dudas sobre la razón de la visita de estas adolescentes de uniforme. Por lo tanto, concluyó que no había nada que temer. Las hizo pasar al *living* y no alcanzó a abrir la boca cuando Maca, la vocera, abrió los fuegos. Tras asegurarle a la mujer que tenían enfrente que Andrea era su mejor amiga, le explicó que esta se dejó encantar por su pololo sin tomar recaudos.

—Él se sintió engañado y la dejó sola en esto —se refería a que luego de haberse hecho un examen, Andrea había descubierto que estaba embarazada.

—¿Y cómo supiste que estás embarazada? —Emilia fijó los ojos en Andrea—. ¿Fuiste al ginecólogo?

—No, me hice un examen en la casa —aclaró la muchacha.

—¿Qué examen?

—Bueno, yo siempre escuché a mi abuela decir que el test del vinagre era muy efectivo, y eso hice —dijo Andrea, evidenciando que no consideró la alta ineficacia de ese tipo de exámenes caseros.

—O sea, ¿no viste nunca un médico?

—No.

—¿Y en qué consiste ese procedimiento? El test del vinagre, me dijiste, ¿no?

—¡Sí! En un vaso limpio deposité mi orina en ayuna. Después le puse una cucharada grande de vinagre y lo dejé reposar como veinte minutos más o menos.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Y cómo se sabe el resultado?

—Si el líquido se mantiene igual, es negativo, y si se forma una espuma o la mezcla cambia de color, positivo. Y eso me pasó a mí, la mezcla cambió de color —detalló la escolar, cuya candidez llegaba a ser enternecedora.

—¿Qué edad tienes?

—Cumplí quince el mes pasado.

—¿Y cuántos meses de embarazo tienes? —preguntó Emilia, que a esa altura no dejaba de sorprenderse con las respuestas de la adolescente.

—Uno y medio o dos, creo yo.

—¿Y quieres hacerte un aborto?

Andrea solo asintió con su cabeza y fue su amiga Maca la que adquirió protagonismo.

—Si en su casa saben que está embarazada, la matan.

—¿Cómo sabes eso?

—Los conozco, son buenas personas, pero... Bueno, no sé si le quiten la vida, es una manera de decir. Pero sí la castigarían.

—¿Y cuándo piensan hacerlo?

Andrea y Maca se miraron haciéndose gestos con sus ojos, que de seguro buscaban consenso en la respuesta que darían.

—En realidad, estábamos preparadas para que fuera hoy —dijo Maca.

—¿Hoy...? Tienen claro que este procedimiento tiene un costo, ¿sí?

—¿Cuánto vale? —interrumpió Andrea.

—Nos conseguimos ciento cincuenta mil pesos —apuntó Maca—. En realidad, ciento cuarenta, porque supongo que después tendremos que volver en taxi.

—Los tenemos en la mochila —agregó Andrea como si con eso cautivara a su interlocutora.

—El trabajo cuesta mucho más que eso —aseveró Emilia, provocando un largo silencio en las jóvenes visitantes.

—Pasó un angelito —comentó Andrea, sin pensarlo—. Mi abuela decía eso —sonrió ingenua buscando apoyo.

—¿No tienen nada más? —insistió Emilia sopesando si le convenía, dada su aletargada conciencia social.

—Es lo que pudimos conseguir —dijo Maca con tono de súplica.

—¡A todo esto! ¿Cómo fue que llegaron aquí?

—¡En metro! —contestó Andrea, dando una muestra más de su candidez.

—Me refiero a quién les contó que yo me dedico a trabajar en esto.

—¡Ah...! Yo supe por una amiga, la que me hizo el mapa —intervino Maca—. Me habló muy bien de usted.

La adulación fue el acicate perfecto para que Emilia tuviera una mirada más empática.

Cuarenta y cinco minutos después, Andrea yacía sobre la camilla ginecológica, cubierta con una bata blanca y las piernas abiertas. En los vericuetos de esa digresión mental no existía espacio para una consideración moral, ni tampoco merodeaba arraigo alguno al concepto de maternidad. Esta chica ignoraba las posibles consecuencias del procedimiento al que se iba a someter, y sentía rabia y resentimiento tras haber sido abandonada por su primer amor. También tenía mucho miedo por haber transgredido los valores de sus padres —fervientes cristianos— de que debía llegar virgen al matrimonio. Intuía que, por su edad y la prematura huida del eventual padre, de diecisiete años, con un hijo su futuro se habría opacado sin remedio. Tampoco quería herir a sus progenitores, a los que amaba, ni que se supiera que había desdeñado el ejemplo de sus hermanas, que habían volado de casa para casarse impolutas.

Sus cavilaciones se esfumaron con la rapidez de un rayo. Una maniobra inadecuada de Emilia, que seguía escarbando sus entrañas sin piedad, la hizo chillar de dolor. La promesa compensatoria de la partera fue decir que estaba pronta a terminar. Pero aquellos quince minutos restantes fueron para la adolescente lo más cercano al tormento. Al concluir, Emilia dijo al aire —mientras se secaba el sudor con la manga del delantal— que todo había salido bien. Minutos más tarde, Andrea escuchó conversar a Emilia y su amiga en las inmediaciones del pabellón hechizo.

—¿Cómo salió todo? —preguntó Maca.

—Bien.

—Demoró más de lo que nos dijo.

—Se complicó un poco, pero ya está.

—¿Qué pasa ahora?

—La dejaré que descanse una media hora y te la puedes llevar.

—¿Podrá caminar?

—Yo creo que va a sentir algo de dolor, pero podrá hacerlo. Puede tomar paracetamol, y si le duele mucho, tramadol cada seis horas.

El taxi no demoró en llegar, aunque debieron tomarlo en la esquina más alejada de la casa por expresa exigencia de Emilia. Les fue difícil llegar hasta allí y ya en el interior del vehículo, Andrea no lograba encontrar una postura que le aliviara ese malestar interno durante el viaje. Fueron cautas de no conversar mucho en el trayecto, con el acuerdo tácito de no alertar al conductor sobre la odisea que estaban viviendo. Confabulaba a su favor que sus padres regresaban de sus respectivos trabajos siempre en horas de la tarde.

Bajaron del auto a media cuadra de la casa —no era prudente que algún vecino interpretara a su manera aquel catastrófico estado de Andrea— y prefirieron caminar.

Pese a las molestias, ella hizo todo lo posible para desplazarse con firmeza. Maca, como un fiel lazarillo, guio sus pasos con delicadeza hasta dejarla en su dormitorio.

—Esta «galla» dijo que te haría bien descansar lo más posible —le recordó Maca.

—Sí, me voy a acostar mejor.

—¿Tienes pensado lo que les vas a decir a tus viejos? Digo, para que tengamos el mismo discurso.

—Siempre que estudio me quedo dormida. No me van a preguntar nada, tranquila.

—Mañana tienes que estar bien, no puedes faltar al colegio.

—Eso espero. Ella me dijo que podría hacer una vida normal.

—¿Qué vas a hacer con los remedios?

—Creo que mi vieja tiene uno de esos en el botiquín.

—Yo me voy a desaparecer. No es bueno que nos vean juntas.

—Sí, es lo mejor. Tampoco me llames. Nos vemos mañana.

Andrea abrazó a Macarena con toda la fuerza que le permitió su débil estado físico, y se mantuvo aferrada a ella hasta que pudo controlar su emoción. No tenía otra forma más pura de agradecer su compañía en el momento más borrascoso de su corta existencia.

La carta enviada por Edison desde su cautiverio fue para Emilia la llave que le dio luz verde a la práctica de su oficio en plenitud. En los últimos días ya había realizado tres intervenciones y sus arcas comenzaban a experimentar un notorio repunte, pero en relación con aquella estudiante, reconoció que su desempeño tuvo desatinos. Un tenaz sangramiento puso en jaque sus conocimientos y debió improvisar.

Nada de esto se lo dijo a la paciente, que para su fortuna había estado dispuesta a soportar los horrores del infierno en su calidad de primeriza. Ahora, sumergida en la literatura médica que heredó de Edison, pretendía subsanar esa ignorancia tratando de interpretar el conocimiento allí descrito para salir airoso ante ocasiones similares. Repasaba una y otra vez cada concepto, ya que su falta de instrucción no le permitía comprender ni avanzar en la esencia de ese contenido. No bastaba su perspicacia; requería de estudios superiores. Ese conocimiento para Emilia era tan misterioso como lo es para un infante entender que el pan sale de la tierra.

Los padres de Andrea se paseaban por la casa tratando de interpretar el silencio de su hija, que les impedía conocer el origen del malestar que la agobiaba. Había asistido a clases esa mañana solo por compromiso, sin sentirse físicamente bien. No mencionó nada a sus padres, pero a pesar de haber tomado paracetamol los dolores persistían. A clases solo asistió su envoltura corporal, mientras la esencia, el espíritu de Andrea vagaban en otro estadio de su naturaleza. Maca, atrapada en su impotencia, se

limitaba a escuchar a su amiga, no poseía herramientas para prestarle más ayuda que esa. Aun así, al término de la jornada escolar tuvo la voluntad de acompañarla hasta su casa y le recomendó que les contara a sus padres el percance, confiada en que ellos sabrían entenderla. Pero esa posibilidad era para Andrea un tanto apresurada. Prefirió darse un tiempo esperando que un reposo absoluto fuera santo remedio.

A las tres de la madrugada —vale decir, treinta y cinco horas después del evento abortivo—, sus padres, ante la imposibilidad de prestarle ayuda y luego de un cabildo familiar, optaron por llevarla a un centro médico de urgencia. La decisión mantuvo intacto el secreto que mantenían Maca y Andrea sobre el verdadero origen del malestar.

Los primeros análisis de los médicos que la recibieron y el insoportable dolor, que a esa altura la tenía casi ajena a la realidad, hicieron que Andrea fuera conducida raudamente al quirófano.

Para sus padres, lo que estaba sucediendo era inexplicable. Sus presunciones, a lo más, apuntaban a un cuadro de intoxicación. Desconocían la esencia de su mal, su ausencia del colegio, la relación amorosa, la razón de ese malestar que cundía devastando su cuerpo y conciencia. No tenían antecedentes que pudieran hacerles sospechar las consecuencias de un amor no sopesado y que quiso recobrar su estado previo sumergida en los rincones de una clínica clandestina.

Cuando el amanecer se imponía, se unieron a la espera las hermanas de Andrea y sus respectivos maridos. Allí se enteraron de lo poco y nada de información que habían recibido sus progenitores. Solo la frase «delicada de salud» las hizo permanecer a su lado para acompañarlos.

Los padres pensaban que el silencio del equipo médico en torno a su hija era porque estaban concentrados en hacer todo lo posible por superar la situación. Para las hermanas, por el contrario, aquello podía ser sinónimo de que estaba ocurriendo algo grave. Tales especulaciones eran solo eso, pensamientos surgidos ante la falta de información y también estimulados por las más de cinco horas que toda la familia se mantuvo a la deriva.

En la sala de espera ya no había extraños, solo quedaba la familia de la joven. Con la autoridad que le confería ser médico y parte del equipo que acogió a Andrea, el especialista en infectología Héctor Alfaro salió para conversar con ellos. Con una calma inquietante, el doctor detalló que la paciente fue tratada por dos colegas internistas apenas llegó al servicio de urgencia, tras lo cual lo convocaron a él para analizar los exámenes que se le hicieron posteriormente. Aclaró que la adolescente llegó con una infección generalizada producida por contaminación ovular.

La familia escuchaba en estado de perplejidad la información, pero su asombro fue tanto mayor cuando Alfaro mencionó que el estado de Andrea era resultado de unas deplorables maniobras abortivas. Expuso estos argumentos en el entendido de que sus padres sabían que ella se había sometido a ese procedimiento. Las noticias

del doctor generaron un evidente revuelo y el facultativo debió intervenir para ayudarles a mantener la calma.

—¿Está seguro, doctor, que mi hija hizo eso?

—Absolutamente.

—¿O sea que la Andrea estaba embarazada? —agregó la hermana mayor como para reconfirmar lo obvio.

—Debe haber ido a una clínica clandestina —aventuró el doctor.

Ninguno de los presentes daba espacio para que esa información se asentara de modo razonable en sus mentes.

—¿Cómo está...? —preguntó la madre haciendo esfuerzos para aminorar la vergüenza y el dolor por aquel procedimiento.

—¿Podemos verla? —interrumpió el padre.

—El estado actual de Andrea es crítico. Ella ha desarrollado, producto del aborto séptico, un cuadro que se denomina «síndrome de Mondor».

—¿Qué es eso? —preguntaron las hermanas a coro.

—El síndrome de Mondor aparece dentro de las veinticuatro a cuarenta y ocho horas después del aborto y es bastante grave. Estamos haciendo todo lo que está a nuestro alcance para impedir un *shock* séptico y revertir sus consecuencias...

La desazón se apoderó de los parientes de la chica, quienes, impactados, no se atrevían a hacer más preguntas. En aquel instante un colega del doctor Alfaro se asomó a la sala de espera desde la puerta que daba al sector del quirófano, le hizo un gesto para que se acercara y le dijo algo al oído. Tras el breve diálogo con su colega, el doctor Alfaro se devolvió hacia el grupo familiar y, con el rostro desencajado, anunció el resultado más temido: Andrea no había logrado sobrevivir.

Los gritos de desesperación, el llanto, la pesadumbre inundaron todos los rincones del hospital. Impotentes ante una verdad tan devastadora, no podían resignarse, necesitaban revertir esa pesadilla. Pero era imposible. Deploraban no poder retroceder el tiempo y haber estado presentes cuando ella probablemente más los necesitaba.

Al regresar a su hogar ese día, la calma tardó en llegar y se produjo más por cansancio que por racionalidad. Cada cual intentaba asumir una dosis de responsabilidad en la abrupta e inesperada partida de Andrea. El estado de sopor parecía mantenerlos en suspensión y tampoco se disipó en la iglesia, cuando comenzó a llegar gente al velatorio.

Las verdaderas razones de la muerte de la escolar fueron deliberadamente ocultadas, y se tomaron recaudos para que el sepelio de Andrea se interpretara como una acción íntima, porque el deseo de los familiares era evitar la vergüenza social ni hacer frente a la responsabilidad que supuestamente les cabía en lo sucedido. Aun así, sus intenciones de intimidad fueron frustradas por las compañeras de curso de la adolescente, que por la tarde irrumpieron en masa a la iglesia con la sana intención de no estar ausentes en el último adiós a su querida amiga. Así lo proclamaban en los

carteles que habían hecho con sus propias manos. Entre las presentes deambulaba en segundo plano Macarena, quien debido al secretismo que rodeó el fallecimiento de su mejor amiga y respetando la soterrada decisión de la familia de no referirse al tema, por una lealtad mal entendida guardó la verdad sobre los acontecimientos como un secreto de Estado. En definitiva, nadie hizo nada para esclarecer los pormenores de aquel acto realizado al amparo de la ignorancia.

Durante la misa el sacerdote buscó fórmulas para personalizar el adiós a Andrea, como si en verdad la hubiese conocido en vida. Sus esfuerzos fueron vanos y los epítetos se perdieron en la infecundidad de los lugares comunes. Luego en la ceremonia se produjo un punto aparte más prolongado que de costumbre. El religioso pareció concederlo tácitamente para la reflexión. Su acólito limpiaba el cáliz mientras él gastaba segundos buscando con la mano derecha la página de la Biblia que había extraviado y con la izquierda, a la vez, mantenía en suspensión y con dificultad una pesada cruz dorada. Ese bache dio espacio a un murmullo entre el medio centenar de niñas de jumper azul sentadas en las últimas filas. Una a una se fueron poniendo de pie sin que la exigua concurrencia lo percibiera, hasta formar siete filas que se transformaron en un coro improvisado. Lo habían ensayado, y entonaron al unísono la canción favorita de Andrea.

*Creo ver la lluvia caer, en mi ventana te veo
Pero no está lloviendo
No es más que un reflejo de mi pensamiento
Hoy te echo de menos
Yo solo quiero saber
Amiga, estés donde estés
Que si te falta el aliento, yo te lo daré
Y si te sientes sola, háblame
Que te estaré escuchando, aunque no te
pueda ver
Aunque no te pueda ver...*

Quizás la canción popular no brillaba necesariamente por su estructura poética, pero sí por la intensidad emocional que transmitía, cosa que el sacerdote no había conseguido provocar en los presentes durante su alocución. Era la canción que ella tarareaba en los recreos, la que más le gustaba y que se atrevía a cantar a pesar de sus pocas condiciones vocales, pues era la que mejor reflejaba su cristalina alma de adolescente. La fuerza de esas voces se escuchó como un coro de ángeles pidiendo compasión por Andrea. Macarena enjugó sus lágrimas y se retiró hacia la tercera nave para ver desde allí, sin protagonismo, cuando el féretro cargado por su padre y sus cuñados era llevado desde el altar hacia el vehículo funerario. Quiso imaginar que su amiga abandonaba por un instante el ataúd para despedirse de cada una de sus compañeras y decirles al oído que existe otra manera de superar las penas de amor. La Maca recordó que guardaba en un bolsillo el papel que Andrea le introdujo allí el último día que pudo asistir a clases, y que ella había olvidado leer.

Amiga, no sé si hice lo correcto, pero no tenía otra salida... tengo miedo.

EL JARDÍN DE EMILIA

Con Esperanza en brazos, Emilia salió de su hogar rumbo a una sucursal telefónica. Su objetivo era comprar un cargador para activar el celular de Donato Burgos, que con mucho riesgo ha mantenido guardado en casa durante las últimas tres semanas. La reapertura auspiciosa de lo que ella denominaba con insana pretensión «sala de procedimientos» se encontraba hipotecada hasta que ella recuperara su seguridad para descartar o aceptar a posibles pacientes que golpeaban su puerta, cosa que hasta entonces hacía en forma arbitraria por la confianza o desconfianza que le inspirasen al verlos antes de abrir. En las noches de insomnio, más que el peso psicológico de cohabitar con una víctima enterrada en su jardín, le abrumaba la posibilidad de recibir una visita sorpresiva de la policía.

Una de esas noches pensó que quizás en el celular del detective encontraría alguna respuesta a su obsesiva duda acerca de si la investigación de Burgos era una pesquisa de carácter personal o algo más institucionalizado. Necesitaba disipar esos temores para continuar.

Emilia guardaba los celulares de Leticia y de Donato en una bolsa plástica oculta bajo una tabla del piso del dormitorio, la que a su vez soportaba el peso de una de las patas de su cama. Sacó del escondite el teléfono del policía y se dispuso a cargar su batería en el convencimiento de que así obtendría más de alguna información. Dos horas después encendió el aparato y aparecieron enunciados en la pantalla cinco mensajes incompletos, que ella no podía leer en forma íntegra por desconocer la clave de ingreso al celular. Un par de ellos habían sido enviados desde el teléfono del inspector Pineda, y allí esperó encontrar la ventana que le era urgente abrir. Uno fechado el mismo día que ella hizo desaparecer a Donato Burgos; el otro, cinco días después.

El primero decía: «Sé que debes estar atareado antes del viaje. ¿Qué tal si nos tomamos el último café en el aeropuerto?, yo puedo...». Y el segundo: «Espero que disfrutes Europa como buen soltero... ja, ja, ja... Si decides volver tu cargo te estará esperando, me...».

Estos dos fragmentos de mensaje concordaban, en principio, con las expectativas de Emilia de que la visita de Burgos a su hogar solo se debiese a una iniciativa personal. Había otro que decía algo sobre una despedida y de los restantes, uno era de familiares cercanos que le deseaban parabienes en su travesía y el último al parecer procedía de compañeros de su colegio de la ciudad de Concepción.

Esta mujer no necesitó contar con niveles de inteligencia superiores para sacar las conclusiones —para ella obvias— que saltaban a la vista. Al caer como su víctima, aquel hombre estaba por emprender un viaje, era un hombre soltero y pretendía quedarse en Europa. Y además era de provincia.

Emilia se sintió jubilosa por aquellas indudables conclusiones, tanto así que se aferró a la idea de que nadie vendría por ella, que la gestión del detective estaba en pañales y que no alcanzó a comunicar sus avances a nadie de su entorno profesional, puesto que ella le arrebató la vida antes. A su juicio, esto explicaba la ausencia de la policía y de indagaciones posteriores. De otra manera, se dijo, ya habrían invadido su casa. Determinó entonces que el camino estaba despejado para dedicarse con mayor amplitud a su generoso oficio. Guardó el celular en el mismo sitio donde estaba, interpretando que a partir de allí los astros expiaban sus culpas y el universo la cobijaba ofreciéndole una merecida recompensa.

Su jardín irradiaba vida y fue llenando de colores ese espacio que por años permaneció como un solar inhóspito e infértil. Las pacientes, que continuaron golpeando su puerta en busca de auxilio para sus tribulaciones, quedaban encantadas al descubrir en el interior de aquella casa esa alfombra florida que les daba una suerte de bienvenida para sortear con éxito el atolladero en el que se encontraban. Desde luego, todas ignoraban que en las entrañas de ese jardín, entre sus raíces, yacían los restos de un ser humano.

Emilia contaba con medios económicos como para conseguir ayuda externa para la crianza de su hija, pero como intuía que ni el mejor sueldo que ella pudiese pagar le aseguraba lealtad y reserva sobre su oficio, decidió no correr ese riesgo y matriculó a Esperanza en una sala cuna cercana a la casa. Esto le permitía trabajar con tranquilidad en lo que ella autodenominaba como «su clínica». Por las tardes la iba a buscar y regresaba con ella al hogar, para prodigarle todo su afecto y atención en forma exclusiva.

La pequeña se dormía temprano y Emilia, como un ritual extraído de su época campesina, se sentaba por las noches de luna llena en una mecedora que había pertenecido a su padre —uno de los pocos objetos que se trajo desde su tierra natal— y se preparaba un mate que bebía con parsimonia mientras apreciaba bajo la luz que caía desde lo alto quizás su mayor legado: la belleza de aquel jardín.

Esa noche, ya en su dormitorio y a punto de acostarse, creyó oír algo atípico en el exterior. Al mirar por la ventana, comprobó que un par de gatos pretendían usar de *ring* su preciado jardín, y harían estragos si no los detenía a tiempo. Tomó la escoba y salió veloz de la habitación para ahuyentarlos. Al acercarse logró avistar que ambos felinos escarbaban la tierra en disputa por un desconocido botín. Pero apenas sintieron su presencia se dieron a la fuga. Emilia no les quitó la vista hasta que se perdieron entre los techos aledaños.

Llegó a pensar que se trataba de un roedor, pero cuando volvió la mirada hacia la tierra y acostumbró la vista a la oscuridad, le atrajo el resplandor de dos luces que

parecían emerger desde las profundidades. Se agachó para palpar con sus dedos esos atractivos luceros y su reacción fue de espanto, mientras emitía un grito incontrolable, al percatarse de que esa claridad provenía de un par de ojos humanos que por efecto espejo parecieron adquirir vida al reflejarse con la luna llena. Pertenecían al rostro de Donato Burgos, algo arañado por las garras felinas, pero que, debido a su reciente data de muerte y las características del terreno, aún se conservaba intacto. Alguna vez en el campo había escuchado decir que para distraer la atención de los animales capaces de oler los entierros de difuntos de cualquier especie, era necesario colocar una cama de ajos sobre ellos antes de taparlos con tierra. Y es lo que Emilia tuvo la precaución de hacer. Esa misma noche, temiendo la visita de alguien y no sin nerviosismo, tuvo las agallas para volver a enterrar ese cadáver —sin olvidar el truco de los ajos— y reubicar las flores que los gatos habían desprendido de raíz.

Esa mañana, Joel se dirigió a la oficina de Pineda sin decirle a nadie de su entorno familiar cuál era su destino. Sabía que si el primer interrogatorio del inspector había sido incisivo y mordaz, este lo sería más aún. La posibilidad de responder con evasivas tenía un límite, pero más que esa inquietud, le intrigaba que el policía hubiese demorado tanto en llamarlo de nuevo.

Junto a un vaso de agua gasificada que le dejó la secretaria, Joel esperó al inspector, que según ella se encontraba en una reunión. En rigor no existía ninguna reunión, solo era una estrategia de Pineda para socavar en cierta medida la tranquilidad del interrogado. Cada vez que el joven tomaba el vaso se percataba de que su mano tiritaba, por lo que la ejercitó apretando una y otra vez el vaso con mayor fuerza buscando disimular ese temblor. Ante la imposibilidad de controlar ese movimiento involuntario, prefirió beberse toda el agua para mantener sus manos fuera de la mirada inquisidora de su interrogador, quien hizo su entrada al despacho en aquel preciso instante.

Pineda, como sabía que tenía la situación bajo su control, fue más conciliador e indulgente con Joel, quien terminó comentando sus planes a futuro con Leticia con una soltura que a él mismo le sorprendió. Llevaban media hora de comentarios amigables, casi banales, cuando Pineda dejó caer como una filuda lanza la pregunta:

—¿Y dónde fueron para realizar el aborto?

—¿A qué lugar fuimos? —preguntó a su vez Joel, dejando en el aire la duda respecto a su participación en ese hecho.

—En esos casos el hombre siempre acompaña a su pareja. Me imagino que tú no fuiste la excepción...

—Ya le dije que después de esa conversación no la volví a ver.

—Mira, Joel, tú y yo sabemos que eso es imposible.

—¿Por qué?

—Simplemente porque tú y Leticia están enamorados, y un hombre en esas circunstancias nunca deja sola a su compañera, así no esté de acuerdo con lo que piensa hacer.

En realidad, el detective sabía que en estos casos solo la mitad de los hombres acompaña a su pareja y se hace cargo de la parte económica que involucra un procedimiento de esa naturaleza. El otro cincuenta por ciento lisa y llanamente desaparece y deja a la mujer en total indefensión. Pero como por intuición apostaba a que Joel pertenecía al primer grupo, se atrevió a minimizar esto último.

—Ella tomó sola esa decisión —afirmó el joven, insistiendo en la idea de no haber sido partícipe.

—¿De abortar?

—Sí... —respondió en tono casi inaudible.

—Ella tomó la decisión, pero tú la acompañaste —porfió el inspector—. Mira, sé que es difícil responder así de buenas a primeras a esta pregunta, pero como se trata de ayudar a encontrar a Leticia, tienes que cooperar.

Joel ignoraba que su silencio se transformaba en el percutor de las sospechas del inspector. Pero este evitó traicionar la confianza conquistada y detuvo la presión.

—¡Mira, Joel! No te preocupes, dejémoslo hasta aquí por ahora, quiero darte tiempo para que pienses muy bien en tus respuestas. La próxima semana hablaremos como amigos, ya que estamos en la misma causa.

El muchacho respiró con más fluidez y sin expresarlo bendijo la tregua. En el regreso a casa creció su duda sobre si contar la verdad o mantener el silencio.

Claudia se restregó en la cama esa noche y deslizó sus uñas por la espalda de Facundo sin compasión, en señal de total plenitud. Habían sido casi cuatro semanas en que sus respectivos trabajos se coludieron para impedir su reencuentro. Él se quedó por un tiempo dentro de su cuerpo mientras veía que Claudia secaba unas lágrimas que dejaba brotar como la cumbre de ese instante memorable.

Previo a la película que acostumbraban disfrutar después de hacer el amor, se dieron tiempo para comentar la encrucijada en la que Facundo había puesto al joven Joel y la hebra que se abría prodigiosa para acercarse al final de su investigación.

—¿Tú de verdad crees que él la acompañó? —dijo Claudia mientras ponía sobre la cama una bandeja con quesos y dos copas de vino tinto.

—Es lo que hace un hombre enamorado, ¿no?

—Yo creo que pudo haber conseguido el dinero, pero que no necesariamente la acompañó. Los hombres son bien cobardes en esas situaciones.

—Él insiste en que ignora lo que ella hizo, y además no da por hecho el aborto ni menos la existencia de dinero para pagarlo.

—¿Y qué dice de su desaparición?

—Nada. Hasta ahora se refugia en que aquel día discutieron sobre el tema y como no hubo acuerdo, él se fue y no la volvió a ver.

Claudia volvió a zambullirse entre la ropa de cama mientras hacía el ejercicio de indagar cómo pudo haber actuado la mente de Joel, a quien no conocía más allá de los datos expuestos por su novio.

—La lógica me hace pensar que pudo existir el aborto —pronunció por fin con agudeza profesional—, y eso lo hace sentirse cómplice de su desaparición.

—Yo pienso lo mismo. La duda es si él se involucró en eso o no.

—Lo tienes entre la espada y la pared, y él lo sabe.

—Creo que el único que podía verse favorecido con un posible aborto es él —agregó Facundo mostrando el peso de sus conclusiones.

—Si en la última entrevista fue más locuaz, seguro que obtendrás la respuesta cuando lo vuelvas a interrogar.

—¿Qué vamos a ver? —consultó él dando por cerrada la charla.

—Cualquier cosa menos un drama policial —propuso Claudia, dando a entender que con la conversación sobre el caso tenían suficiente.

Joel no pudo estar tranquilo en las horas posteriores a la entrevista con el inspector. Por las noches le costaba conciliar el sueño y fue durante esos insomnios que dispuso sus dudas, tomando la única decisión que tenía por delante: visitar a Emilia.

A diferencia de las ocasiones anteriores, esta vez estaba dispuesto a salvar su pellejo a como diera lugar.

Al verlo por la ventana, Emilia salió a su encuentro y, como siempre, lo trató como si fuera un púber al cual debía darle cada cierto tiempo algunos calmantes para que pudiera apaciguar sus aprensiones y ansiedad.

—¿De qué se trata esta vez? —lo recibió Emilia con un tono más irónico que conciliador.

—Bueno, usted sabe. Todavía no aparece Leticia.

—¿Y cómo lo voy a saber si no has venido a contarme? ¿O es que el caso aparece en la televisión?

Joel esta vez logró percibir que ella se sentía incómoda con su presencia, y fue el impulso para no perder tiempo en diálogos estériles.

—Me siguen haciendo preguntas.

—¿El detective otra vez? —cambió ella de plano su actitud—. Supongo que me hiciste caso y no le dijiste nada indebido.

—No, pero así como van las cosas no tendré otra salida.

—¿De qué estás hablando?

—Ellos ya saben que Leticia estaba embarazada y suponen que yo sé dónde le habrían hecho el aborto.

—¡Pero qué tienes en la cabeza! ¿¡Tengo que repetirte que si abres la boca nos vamos todos presos!?

—¿Yo por qué?

—Ya te lo dijo Edison, eres cómplice.

—Estuve averiguando y no estoy tan seguro de eso. Y ustedes tampoco saldrían perjudicados porque ella se fue de aquí por sus propios medios.

—¿No te das cuenta de que nuestro trabajo es clandestino?

—En relación con eso yo podría dar esta dirección y...

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Emilia casi sin control.

—Pero déjeme terminar... Yo doy esta dirección, digo que no los conozco, que la dejé a ella en la esquina.

—Claro, nosotros nos vamos presos y tú te quedas campante...

—¡Escúcheme, por favor! Se supone que cuando vengan, usted ya habrá desarmado la clínica. No son tantas cosas y yo incluso le puedo ayudar.

—¡Te volviste loco!

—Solo les debe decir que hubo un error, que ella vino y como ustedes no hacen esos trabajos, Leticia se fue.

—¡Sabía que esto nos iba a traer problemas! —espetó Emilia maldiciendo al aire.

—Yo lo único que quiero es saber qué pasó con ella. No sé por qué usted se complica tanto...

—Así será, pero por qué mierda nos tienes que involucrar a nosotros... ¡Cómo te lo explico! ¿Por qué tienes que mandarlos a mi casa? Que averigüen en otro lado... Mira, Juan...

—Joel —la corrigió por acto reflejo.

—Joel, lo que me estás contando es solo una estrategia policial. Si hablas, todos nos vamos presos.

—Pero qué quiere que haga... No tengo otra salida.

—Y si lo tienes tan claro, ¿para qué vienes a mi casa? ¿Para decirme que nos vas a denunciar?

—No es que quiera denunciarlos, solo quiero que me ayuden a encontrarla.

Para Emilia estaba siendo difícil desenredar esta verdadera maraña, y algo en su interior le decía que debía usar todos los argumentos posibles para disuadirlo antes de que abandonara su casa.

—Está bien, veamos juntos cómo lo hacemos.

—¿Tiene alguna idea?

—Bueno... es que estoy pensando en lo que me dijiste... en tu plan —titubeó la mujer solo para ganar tiempo.

—¿De verdad le parece?

—Sí, me parece, pero tenemos que afinarlo. Tomemos un cafecito mientras nos ponemos de acuerdo.

Emilia lidiaba con su ansiedad, aunque ante la postura más condescendiente de Joel pudo calmarse un poco y aparentar más empatía con su posición. Le sirvió un humeante café con leche y un apetitoso sándwich con jamón y queso derretido. Luego se excusó para ir a su habitación en busca de papel y lápiz.

Minutos después, con el alma en un hilo, se refugió en su dormitorio para aplacar la ira que le provocaba estar otra vez ante un panorama tan oscuro, que amenazaba con despojarla de todos sus logros. Paseándose alrededor de la cama, evaluaba la coyuntura, y en su imaginación, la sola idea de verse presa, sin dinero y lejos de sus seres queridos le aterraba. Desde luego necesitaba pensar con premura y hasta ese momento lo único que tenía claro era que debía mantener a Joel como fuera en su casa. No podía dejarlo partir sin estar segura de que mantendría su silencio ante la policía. Con la espalda apoyada en la puerta de su dormitorio, agobiada por un vendaval de dudas, respiró hondo y elaboró en su mente una idea, una que requería de ciertas certezas para ser puesta en acción. Emilia fijó la vista en el reloj que estaba sobre el velador y recordó que tenía a Esperanza en la sala cuna; por lo tanto, según la hora, le restaban sesenta y cinco minutos para ir a recogerla, o sea que debía actuar rápido. Con un cuaderno y un lápiz de mina en sus manos se dispuso a regresar a la cocina.

Joel engullía con parsimonia el resto del sándwich con la vista fija en la pantalla de su celular.

—¿Qué haces?

—Estaba revisando mi horario de clases.

—¿Qué tal estaba el sándwich?

—Muy bueno... gracias.

—Esto es lo único que encontré —dijo Emilia dejando los objetos sobre la mesa.

—No sé si usted sabe, pero yo estudio en la noche —señaló Joel con medido respeto anticipándole que tenía los minutos contados.

Emilia se mordió la lengua para no responder y se sentó frente al estudiante para hacerle unas preguntas. Aparentaba estar más calmada, pero en su interior bullían pensamientos contradictorios. De adrede, no le quitó la vista de encima para estudiar sus gestos mientras oía sus respuestas. Esa indagación podría avalar sus próximos pasos y necesitaba no equivocarse. Joel percibió la dureza en su rostro.

—¿Quién sabe de esto? —preguntó Emilia en forma repentina.

—¿A qué se refiere?

—¿Quién sabe que ibas a venir a mi casa?

—¿A hablar con usted? Nadie, nadie sabe.

—Quiero que me respondas con toda honestidad. ¿Le diste nuestros nombres a la policía?

—Ni siquiera en mi casa saben en qué ando.

—¿Algún amigo...?

—¿Qué está pensando? Ya le dije: nunca le he contado de esto a nadie.

—¡Está bien, está bien! Me queda claro. Si vamos a llegar a un acuerdo, tengo que estar segura de que no me engañas...

—Si la hubiese querido engañar no habría venido.

—Disculpa, no fue mi intención ofenderte, es que estoy muy angustiada con todo esto. —Emilia pasó a asumir el rol de víctima.

—Imagínese cómo estoy yo.

—Dame unos segundos, regreso enseguida —aseguró ella mientras salía de la cocina con la certeza de haber disipado sus dudas, por lo que el terreno estaba llano para actuar.

La idea emergió con fuerza y se consolidó en su mente como la única salida para su futura tranquilidad. De hecho, ya se le había cruzado en varios pasajes de la conversación con Joel, por eso mismo requería estar segura de que nadie sabía de su presencia en casa.

Esta mujer, quien minimizaba de modo exponencial su acción criminal aduciendo que actuaba en defensa propia, ahora tenía en sus manos el mismo fierro con el que le había quitado la vida a Donato Burgos.

Esa tarde el sol comenzaba a descender en el horizonte con la misma prisa que ella tenía para cerrar este episodio. Volvió a la cocina con total sigilo hasta quedar en la posición óptima para el embate. La puerta estaba abierta de par en par, con Joel ignorante de que no por azar estaba sentado en aquella ubicación. En ese instante redactaba un mensaje para sus padres, advirtiéndoles que se había retrasado y por lo tanto se iría directo a clases. Desconocía que en aquel momento se había convertido en la inminente víctima de un infame propósito. Emilia detrás de él, en posición de ataque, invirtió unas milésimas de segundo para medir con la vista el punto preciso en que su arma haría contacto con su blanco. Otra vez emulando el *swing* de un golfista, y con toda la fuerza que otorga la maldad, asestó el fierro que dio de lleno entre la oreja y el cuello de su víctima.

El golpe fue certero y brutal. Joel exhaló un grueso estertor y alcanzó a percibir cómo de pronto las conexiones nerviosas de su conciencia se apagaron hasta caer en el abismo de una oscuridad total. Su cuerpo cayó al suelo y desde su cabeza emanó una vertiente de sangre que comenzó a escurrir con lentitud por el piso.

Instantes después Emilia, como dueña de casa, pensó en la ardua tarea que tenía por delante: volver a limpiar la cocina. Pero antes debía ir a buscar a Esperanza, pues tenía el tiempo justo para no tener que dar explicaciones por su retraso.

El llamado de Pineda a Joel para coordinar el día y la hora de su próxima charla no tuvo respuesta. El inspector repitió la operación en tres ocasiones. Era inusual que no contestara, así que para no alimentar conjeturas se propuso esperar unos minutos antes de insistir.

A la misma hora Emilia arrastraba con dificultad el cadáver del joven por el piso de su casa. El insistente llamado al celular la hizo sobresaltarse tanto que dejó caer las piernas inertes del muchacho al piso. Lo interpretó como una tardía llamada de

auxilio a su víctima para evitar el inminente destino que le esperaba. Esta vez ella no tuvo paciencia para dejar que ese sonido la siguiera asediando y se acercó a la mesa de la cocina para interrumpir la llamada. Al otro lado de la línea, Facundo lo interpretó como una negativa de Joel a someterse a una nueva entrevista.

A pocos centímetros de la tumba del detective, esta mujer había cavado la fosa para sepultar al joven y convertirlo en uno más de los residentes de aquel lugar. El amanecer del día siguiente dejó ver nuevas y radiantes lavandas, que cumplieron la misión casi angelical de camuflar la presencia del nuevo inquilino en esta suerte de cementerio.

A las veintidós horas el inspector Pineda esperaba la salida de Joel desde el instituto vespertino. Media hora más tarde, convencido de su inasistencia a clases, concluía que su testigo había optado por escabullirse. Aquello solo confirmaba sus presunciones acerca de la responsabilidad de Joel en los hechos. Antes de emprender la retirada el inspector esbozó una mueca de sarcasmo y le envió un mensaje de WhatsApp imponiéndole un día y hora para presentarse en su oficina.

Un mensaje de Boris Sanfuentes, su jefe, quien le ponía presión con el robo de dólares en la Escuela de Medicina, lo sacó del caso y le hizo recordar que había sido un tanto displicente con aquella otra investigación. Fue decisión suya hacerse cargo de dos indagaciones a la vez y tenía claro que si no avanzaba en ambas no solo ponía en riesgo su credibilidad, sino también el beneficio de actuar con total libertad sin rendirle cuentas a nadie. Temía que el director lo sacara en forma arbitraria de uno de ellos por exceso de trabajo, lo que sería un contrasentido considerando que ya se encontraba en la antesala de la luz definitiva en el caso abortos.

Decidió pasar donde Antoine, su peluquero, cuyo local estaba encajado al final de una galería antigua, a un costado de la Catedral.

Como la espera se advertía larga y no deseaba conversar con nadie, gastó su tiempo en ojear diarios añejos que reposaban en la mesa de centro. Al cabo de unos quince minutos, justo antes de caer en la modorra, el inspector se espabiló con el titular de una noticia que aparecía en un recuadro de un periódico de hace algunos meses: «Perro vagabundo se da festín con hueso humano en el cementerio». De inmediato se contactó con el Servicio Médico Legal y convenció a un amigo forense —precisamente quien había recibido aquella pierna para su análisis— de que le entregara más antecedentes sobre el caso.

Tras cortarse el pelo, se reunió con su amigo en un boliche de medio pelo en las inmediaciones del cementerio. El forense le adelantó que era muy probable que esa extremidad perteneciera a una mujer, así lo determinaba su tamaño —aclaró—, ya que el fémur de las mujeres siempre es más pequeño que el de los hombres. También expresó que todo hacía suponer que se trataba de una persona joven, debido al desarrollo de los cartílagos y el incipiente desgaste de la rótula.

Impedido de dar muchas certezas —ya que para un analista de huesos una pierna es insuficiente para un diagnóstico más preciso—, el forense señaló además que era

muy probable que el mismo perro hubiese dejado la pierna en ese pésimo estado. Lamentó que en las horas inmediatas al hallazgo no se hubiese rastreado al animal para analizar sus fecas, lo que habría permitido un diagnóstico más certero.

En otro aspecto, dijo que existía la presunción de un reciente descuartizamiento, pero a la fecha no se habían producido hallazgos de similares características en otros sectores, como se suponía. El facultativo adquirió el compromiso de advertirle a su amigo si aquello ocurría. En tanto, el inspector incluyó la noticia del perro en su *dossier* del caso, pues su fecha coincidía con el momento en que él inició sus investigaciones.

—El señor Jaime Prado se encuentra haciendo uso de unos días libres —dijo la secretaria que recibió el llamado de Pineda en la Escuela de Medicina.

—¿Él acostumbra salir en estas fechas de vacaciones? —preguntó capciosamente el inspector.

—No, pidió diez días administrativos, sin goce de sueldo.

—¿O sea que estará de vuelta la próxima semana?

—¡No! Don Jaime estará un mes afuera porque también tuvo que hacer uso de unas vacaciones atrasadas porque de lo contrario, las perdía —aclaró ella sin que él le pusiera presión.

La información hizo que el detective recordara una máxima policial, según la cual todo el entorno humano de un delito posee la categoría de sospechoso. En este caso, sin evidencias, más bien por olfato policial únicamente, ahora apostaba por la tesis del autorrobo.

Su intención era entrar de lleno en esta línea investigativa, pero en ausencia del encargado de finanzas de la Facultad de Medicina no era mucho lo que podía hacer. Pensó, incluso, que no sería raro que Jaime Prado tomara la decisión de no regresar de su viaje.

La reunión con su jefe y excompañero de la Escuela de Investigaciones tuvo ribetes de abuso de poder. Sanfuentes decidió ponerse su jineta de director y olvidar de plano ese pasado estudiantil común para exigirle a Pineda cuentas de lo que había hecho y lo que estaba haciendo. Desde luego no solo insinuó la idea de desligarlo de uno de los casos, sino incluso de ambos. Llegó a proponerle que adelantara sus vacaciones, dejando entrever que desde que trabajaba en solitario, sin la asistencia de Burgos, su desempeño había estado lejos de lo esperado. Pineda tuvo que dejar que los minutos pasaran y las tazas de cafés se vaciaran para calmar los ánimos e invocar la cordura. Sanfuentes estaba molesto porque el detective Burgos le aseguró que lo llamaría desde Europa para definir su continuidad en la institución, y no lo había hecho. Dijo que trató de ubicarlo, pero su celular permanecía apagado. «En tales circunstancias, me veo en la obligación de prescindir de sus servicios si no da señales de vida antes de fin de mes», sentenció. Pineda percibió como genuina la amenaza, que entre otras cosas implicaba la necesidad de contratarle un ayudante. No era lo que

él hubiese deseado, pero fue el acuerdo al que tuvo que llegar para continuar a cargo de las dos investigaciones.

Apenas regresó a su oficina le recalcó a la secretaria que no deseaba interrupciones. Necesitaba hacer algo para subrayar su lealtad hacia Donato, anticipándole el lapidario escenario que le esperaba. Tenía la íntima esperanza de que si lo llamaba él, seguramente Burgos respondería. Pero con desazón comprobó que el celular de su ayudante y amigo no emitía sonido alguno. No alcanzó a navegar mucho en el mar de sus divagaciones cuando le avisaron que afuera lo esperaba su hijo Juan José. El alumno de leyes no acostumbraba visitarlo sin previo aviso y por ende su visita —pensó— no era simplemente pasar a saludar.

Para Facundo siempre era grato estar con sus hijos, tenía el hábito de reunirse con ellos a almorzar a lo menos una vez cada quince días, aunque últimamente estos encuentros se habían visto espaciados por efecto o defecto de su ocupada agenda. Les hizo saber con tiempo que enfrentaba un periodo de sobrecarga laboral, para que tanto Juan José como su hermana Florencia no entendieran ese bache como un olvido.

El inspector quiso revertir el clima anímico de aquel día y decidió que la conversación tuviera como marco otro escenario.

Con dos lomitos palta tomate mayo adquiridos en la Fuente Alemana y dos jugos de naranjas exprimidas en un carro callejero, cruzaron el Mapocho y se internaron en la plaza de las Esculturas para engullirlos durante la charla que se anunciaba como profunda.

Una vez saciada la gula momentánea, Juan José tomó la decisión de entrar en materia. Comenzó asegurando que quería demasiado a Florencia, y no solo por su condición de mellizos, sino porque comparte a menudo con ella. Facundo nunca había puesto en duda esos sentimientos entre sus hijos, de modo que aquellos enunciados fuera de contexto eran el preludio de un trasfondo inquietante.

—¿Qué me quieres decir?

—Entiendo que la Flo te contó que estaba pololeando... ¿no?

—Sí, claro.

—Y te habrás dado cuenta de que estaba muy enganchada con él.

—Me lo dijo también. ¡No me digas que quiere casarse!

—No sé si es para mejor o peor, pero pelearon.

—A simple vista para mí eso no reviste mayor trascendencia, pero si a ti te preocupa, es porque el asunto no termina ahí. ¿O me equivoco?

—No te equivocas. No he querido preguntarle qué fue exactamente lo que provocó su ruptura, pero lo cierto es que la Flo no está bien.

—Puedo imaginarlo, pero ¿no te parece que eso es un hecho de la causa? Digo, como para darle la categoría de drama...

—Soy su hermano mellizo y de alguna manera percibo con más facilidad que el resto de los mortales que está en problemas. Por favor, papá, no me preguntes qué es

exactamente, porque no lo sé, pero creo que deberías ir a verla.

Facundo no quiso sentirse como frente a uno de sus interrogados y respetó la intención de su hijo asfixiando el cúmulo de preguntas que debió masticar contra su voluntad para volver a tragárselas. Obviamente, quedó muy preocupado, pero a la vez experimentó una sensación de orgullo por el gesto de Juan José hacia su hermana.

Si bien las alternativas eran variadas frente a la determinación de Joel de faltar a la entrevista —ya que el mensaje aparecía como leído—, era una osadía difícil de justificar. El inspector dejó pasar unos minutos y decidió llamarlo, pero su celular se mantenía desconectado. El acto de rebeldía no le dejó otra opción que realizar una intempestiva visita a su domicilio.

Esa misma tarde lo hizo. Sabía que el estudiante vivía con sus padres e intuía que esa circunstancia le podría resultar aún más beneficiosa para que hablara.

Lo recibió la madre del joven, quien al distinguir su rol de policía creyó que su presencia obedecía a la desaparición de su hijo y lo hizo pasar de inmediato. La angustia se sentía en el ambiente y Pineda rápidamente cayó en la cuenta de que el asunto era todavía más complejo de lo que había vislumbrado. No le pareció prudente revelar su intención original, pero se quedó conversando con los padres para intentar dilucidar las supuestas razones que Joel habría tenido para escapar de su hogar. Según el conmovedor relato de estos, tampoco estaba yendo a clases. Algo se deslizó durante la charla respecto a que Joel estaba enamorado de Leticia y que tras resignarse a su prolongada ausencia, jamás volvió a ser el mismo.

Esos detalles le hicieron abandonar la sospecha de que fuera el autor intelectual o cómplice de su presunta muerte. Y entonces surgía la nueva hipótesis de que ella nunca hubiese dejado de contactarlo y que actualmente estuvieran reunidos en algún lugar alejado de la capital o incluso en el extranjero. Esta hipótesis supone a Leticia viva y en tal caso se derrumba la tesis del aborto. Al margen de las diversas especulaciones que asediaban al inspector, el panorama se ofrecía más complejo aún.

De regreso a su departamento se dijo que un descanso le vendría bien, pero recordó que antes tenía una cita con Florencia en un café del barrio Lastarria. Sacó cuentas y alcanzaba a darse una ducha, que más que refrescarlo le permitiría desperdiciarse de tanta colisión energética en un solo día. Claudia, quien durante algún tiempo hizo yoga y clases de meditación, le había comentado en una oportunidad que un baño con sales y aromas florales cumplían ese objetivo. Considerando que en su reducto hogareño las únicas flores que poseía eran plásticas, se hizo a la idea de poner la cabeza bajo el agua helada y dejar que esa cascada casera escurriera por dos minutos, ya que su hija no le perdonaría un retraso.

Florencia arrastraba su angustia como un pesado saco sobre sus espaldas, pero al ver que su padre hacía notorios esfuerzos por aliviar su carga, una sonrisa se dibujó en su rostro en el preámbulo de su confesión.

Facundo no tuvo que aplicar ni la más básica estrategia para que ella expresara el origen de su desventura. Su relato emergía abundante como el cráter de un volcán en erupción y, del mismo modo, arrasaba con los sentimientos de quien la escuchara.

Jimmy —así se llamaba su compañero afectivo— se había retirado de escena sin aviso cuando la relación terminó. Despecho, pensó en un principio, pero no alcanzó a verbalizar esa causa cuando su hija se echó a llorar.

—¡Pero, mi amor!, ¿será necesario sufrir por alguien que actúa de esa manera?

—Lo sé —dijo ella controlando la emoción.

—¿Entonces? Hay que mirar para adelante, tu vida recién comienza, apenas tienes veinte años.

—Por lo mismo.

—¿Qué me quieres decir?

—Yo le dije que no lo quería y que lo mejor era que no siguiéramos viéndonos.

—¿Tú terminaste la relación? —se sorprendió Facundo, y su hipótesis del despecho se hizo trizas.

Ella espaciaba las frases para contener la emoción.

—Entonces, después que Jimmy regresó a Australia, ¿sentiste que te habías equivocado? —insistió Facundo como si estuviera frente a un inculpado.

—No, no estoy arrepentida.

—¿Y entonces por qué tanta nostalgia, Flo?

—No es nostalgia, papá, ni nada que comprometa mis sentimientos. Fui al médico y... estoy embarazada —dijo como sacando una espina atascada en su garganta.

El silencio se apoderó del instante y detuvo el diálogo por varios segundos. Para Facundo la revelación tuvo el carácter de una bofetada y a renglón seguido captó que ese hecho explicaba a cabalidad el desastre en el que sentía estar su hija. La reconocía madura, de principios claros, dueña de su vida y, por lo tanto, de sus decisiones.

—Lo nuestro nunca se consolidó como un amor profundo —dijo— y tener un hijo ahora acaba con mis sueños y probablemente con los de él —agregó—. Ambos nos cuidamos para que esto no sucediera, pero pasó. Por eso, papá —continuó—, no estoy dispuesta a manipular con esta noticia llamándolo a Australia. Sé perfectamente lo que me respondería y prefiero marginarlo de esta responsabilidad, no es mi intención convertirlo en padre a la fuerza.

La convicción de la joven era avasalladora, pero no por eso menos discutible.

—¿Y que estás pensando? —preguntó Facundo.

Florencia valoraba el apoyo que su padre siempre le había otorgado, y si bien ella y su hermano heredaron con mucho orgullo su mirada filosófica, era primera vez que se veía enfrentada a la necesidad de aplicar el derecho de decidir libremente sobre su vida y su cuerpo. La respuesta fue lacónica, directa y consciente.

—No quiero tenerlo, papá.

Facundo ya intuía en Florencia una opción acorde a su manera de entender la vida y demoró en expresar su respuesta, sabiendo que por lo pronto su única opción era

respaldarla.

—¿Tienes conciencia de lo que significa eso?

—Lo he pensado mucho, papá.

—¿Hablaste con tu mamá?

—Pensaba decírselo mañana, pero como tú viniste a verme te lo dije a ti primero... ¿Te desilusioné? —preguntó Florencia aún con rastros de adolescencia.

—Te respeto como hija y como mujer, de manera que mientras te hagas cargo de tus decisiones, solo me cabe apoyarte y nunca estaré desencantado de ti —subrayó él mientras la abrazaba con todas sus fuerzas.

Desde luego, no se esperaba una noticia como esta, ni menos que fuera tan colindante con el tema de su investigación policial. Temía navegar en aguas turbias, pero si debía zambullirse en ellas para ayudarla, correría todos los riesgos necesarios sin ningún atisbo de duda.

Facundo tenía razones poderosas para sentirse abrumado: su hija embarazada, Joel y el doctor Prado aparentemente fugados, Edison tramitando su beneficio carcelario tras las rejas, Leticia desaparecida y Donato Burgos perdido en Europa, y además su jefe exigiendo resultados.

Estas presiones eran suficientes para generar una crisis de estrés en cualquier persona, pero en Facundo los problemas en apariencia insolubles se transformaban en un verdadero reto que lo motivaba en su afán por resolverlos.

Desde que escuchó su voz por teléfono, Claudia se dio cuenta de que algo le preocupaba más de lo habitual. Su trabajo quedaba en las cercanías del Parque Forestal, de modo que no tardó en postergar sus labores para encontrarse en un café ubicado a metros del palacio de Bellas Artes. El lugar estaba lleno a esa hora y ella se mantuvo en la entrada por algunos segundos rastreándolo para cerciorarse de su presencia antes de ingresar. Tras dos barridas del lugar con su mirada, recién cuando el mozo que lo cubría de espaldas se desplazó con la bandeja hacia la cocina, lo divisó en una mesa del fondo sumido en sus pensamientos frente a su segundo expreso doble.

La noticia del embarazo también alarmó a esta mujer, y prefirió escucharlo hasta el final antes de emitir algún juicio que pudiera complicar más la situación. Solo a ella pudo confiarle que no sabía cómo actuar considerando que su hija tenía muy pocas alternativas.

—¿Y sabes cuántos meses tiene?

—No tuve la valentía de preguntarle, pero presumo que no más de dos.

—¿Qué piensa su mamá?

—Me dijo que le contaría mañana.

—¿Estará de acuerdo...? Digo, con que interrumpa la gestación —aclaró Claudia interesada en la respuesta.

—Piensa parecido a mí, pero se va a complicar, como lo hice yo —aseguró Facundo.

—¿Lo podrá resolver sola?

—¿La Flo, dices tú? Es posible, pero debido a los riesgos no la puedo dejar sola.

—Yo creo, amor, que estás entrampado... Se me ocurre que para sus planes hay que mirar más allá de las fronteras.

—¿Qué me quieres decir? —preguntó Facundo.

—Estoy hablando desde mi experiencia profesional —dijo Claudia abstrayéndose del ruido ambiente del café—. No son pocas las jóvenes que muestran firmeza en su decisión de abortar y llegan a la consulta queriendo reafirmar sus juicios valóricos, pero terminan dudando.

—No es ironía, pero debo hacerte de nuevo la misma pregunta: ¿Qué me quieres decir?

—Te quiero decir que para una mujer no es fácil desprenderse de la posibilidad de tener un hijo. Son los momentos en que necesitan más apoyo, más contención, así su decisión de abortar parezca irreversible.

—¿Cuál es tu mirada?

—¿En cuanto a tu hija o al aborto?

—Al aborto.

—Yo hago una diferencia entre los derechos de la mujer y el acto de abortar. Son dos cosas muy distintas. Para mí lo más importante es que la mujer, como protagonista de esa experiencia, sea quien tome responsablemente la decisión final de lo que hará ante esa situación. No puede ser que el Estado, una religión o un tercero impregnado de sentimientos liberales o, por el contrario, entidades o personas provida lo determinen por ella.

—O sea, ¿no cuestionas la decisión de la Flo?

—Al contrario, la cuestiono mucho. Tal como te aseguro que me haría un aborto a todo evento si quedara embarazada producto de una violación, del mismo modo lucharía por tener a ese hijo si lo concibiera con el ser que amo, aunque no lo hayamos planificado, e incluso sin estar casada —explicó Claudia, convencida de los millones de laberintos que ha de recorrer el pensamiento de una eventual madre ante una decisión de esta envergadura.

—Pero me acabas de decir que si fueras violada te harías un aborto.

—Sí, claro, en ese escenario esa sería mi decisión, pero no lo haría porque las leyes me lo permitan o no, sino porque creo que el derecho que más engrandece y dignifica a la mujer es el de tomar sus propias decisiones.

—No puedo negar que me hace sentido lo que dices. Es lamentable, pero yo creo que la opinión de la mujer continúa siendo no considerada en esta materia.

—Qué bueno que te hayas dado cuenta. Mira, después de escuchar a tantas mujeres acongojadas, creo que todos los problemas que las afectan los deben solucionar ellas mismas con absoluta libertad, conciencia y responsabilidad. A través

de mis pacientes, he descubierto que ninguna mujer que no crea en el aborto como una solución se va a exponer a una intervención por el solo hecho de que exista una ley que lo permita. Como también pienso que las que se realizan un aborto no lo hacen simplemente porque son liberales y porque miran con desdén el embarazo.

—¿Y por qué entonces, según tú?

—Por diferentes motivos. Muchas lo hacen porque están conscientes de que no pueden darle una buena vida; otras porque se ven presionadas por la exigencia de sus padres; otras tantas, porque no tomaron precauciones antes de la relación sexual. La verdad —agregó Claudia— es que pienso que la mayoría lo hace porque no tiene otra opción. Las que deciden abortar en Chile se ven obligadas a ponerse en manos de verdaderos carniceros, y eso tú lo sabes mejor que yo. O, en caso contrario, se convierten en madres de hijos que muchas veces no tendrán las mejores condiciones para desarrollarse, digo, en lo afectivo y en lo económico. En el caso de Florencia —continuó—, creo que hay que acompañarla para que, mediante el diálogo, ella obtenga la certeza de su decisión. Cuando existe la convicción de haber tomado responsablemente la decisión correcta, se evitan los traumas y también los sentimientos de culpa.

Capítulo diecisiete

¿QUIÉN ES EL PADRE?

En el espacio donde mejor se sentía Florencia, donde a veces padecía sus insomnios que llegaban hasta veces merodeaban la crueldad y donde sus sueños buscaban la debida inspiración para volar, era su dormitorio en la casa materna. Fue el lugar que elegido por Florencia como el sitio que mejor la cobijaba para confiarle a su madre el quebranto que ahora dominaba su incipiente vida. Mariela, mientras se dirigía al dormitorio de su hija, tuvo la corazonada de que un dolor de esta naturaleza la podía estar hiriendo. El relato de Florencia no tuvo laberintos intrincados ni tampoco desbordes de emoción, pero no por ello fue una confesión fría. Escuchar de los propios labios de su adorada hija que se encontraba embarazada, llegó a emocionar a Mariela y, sin requerir más información, logró captar la sensatez detrás de sus palabras cuando expresó además que deseaba interrumpir aquella gestación. La joven escuchó los contraargumentos de su madre proponiéndole que madurara la idea antes de tomar ninguna determinación. Sin embargo, pese a que la joven los escuchó con atención, no generaron eco en ella. Mariela se puso al corriente de los pormenores que avalaban la postura de Flo y, más allá de estar o no de acuerdo, respetó el derecho a su libre determinación y se ofreció para ayudarla a encauzar esos propósitos, ya que existía consenso en que había que ser en extremo diligentes.

El escritorio de Pineda se mantenía atiborrado de documentos, muchos de los cuales ni siquiera habían sido leídos por él y estaban condenados al olvido. La secretaria no hacía intentos de eliminarlos, la orden de su jefe era dejarlos tal cual hasta que él se diera el tiempo de ordenarlos. De vez en cuando, el inspector tenía arrebatos de curiosidad y destinaba alguna mañana a revisar esos papeles y deshacerse de los más insignificantes. Precisamente, en el más reciente de estos procesos de limpieza, Facundo se encontró con un sobre escrito a mano —hoy para muchos una pieza de museo—, cuyo remitente no pudo dejar de llamarle la atención. Se trataba de Cristina Correa, la madre de Donato Burgos, que al no tener noticias de su hijo había optado por dirigirse a su jefe para preguntarle acerca de Donato en Europa, en la suposición de que habría mantenido correspondencia con la institución. Su vocabulario era exiguo, pero sus palabras denotaban una genuina preocupación por la extraña conducta de Donato. Comentaba que la comunicación entre ellos siempre había sido fluida y que él la llamaba al menos una vez a la semana mientras estaba en la capital, pero desde que se había ido a Europa su comportamiento mostraba un cambio radical.

También decía intuir que eso no podía deberse a una simple apatía de su hijo, y que su instinto de madre le hacía pensar que algo habría sucedido.

La carta de la señora Cristina le llamó la atención a Facundo, puesto que las dos veces que él trató de comunicarse con su ayudante tampoco obtuvo respuesta. Tomó su celular para comprobarlo y ahí se percató de que sus mensajes a Donato ni siquiera habían sido leídos. Obviamente, las madres tienden a ser exageradas cuando se trata de sus hijos —pensó—, pero jamás se debe desoír sus presentimientos, pues a menudo resultan estar en lo cierto. Llamó a su secretaria para que le consiguiera el teléfono de la madre de Burgos. Pretendía, además, ponerse en contacto con la agencia de viajes donde Donato compró sus boletos de avión, en busca de algún indicio sobre su actual paradero.

Sin duda eran muchas las tareas en la mente del inspector Pineda que habían adquirido el carácter de prioritarias. Con los datos recabados por su secretaria deambuló por las calles vecinas al centro de Santiago hasta dar con la agencia de viajes Globo. Ya en su interior, mientras esperaba ser atendido, recordó que, según su experiencia, las empresas grandes son más reacias a entregar información de sus clientes. Sus conjeturas no estaban tan erradas pues cuando estuvo frente al escritorio de la directora —una rubia plástica un poco excedida en todo—, esta se excedió también en explicaciones baladíes al pedirle sus credenciales.

—No es que desconfíe de usted, pero por regla de la empresa tenemos prohibido hacer públicos los antecedentes de nuestros clientes.

—No deseo ningún antecedente, solo quiero que me corroboren si una persona compró aquí su pasaje a Europa. ¿O eso también está prohibido? —dijo el inspector sin ocultar su ironía.

—Yo no diría que está prohibido, pero al menos debemos saber qué uso se le dará a esa información, señor Pineda —repuso ella, y cambió de actitud en cuanto tuvo su identificación policial enfrente—. Pero esta regla, obviamente, no corre para usted.

A la misma secretaria que ingresó a la oficina con dos vasos de agua mineral, le encomendó la misión de verificar si Donato Burgos era cliente de ellos. Se desvivió en exigencias como si trabajara en un servicio secreto. Pineda prefirió no ser testigo de esa estupidez y centró su foco en el muro tras la espalda de la rubia, donde colgaban enmarcados una decena de certificados de asistencia a cursos de turismo, como si de títulos universitarios se tratara.

No más de un minuto demoró la secretaria en confirmar que, en efecto, Burgos era cliente de esta agencia. «Le bastó poner el nombre en el computador para responder mi inquietud. Cosa que perfectamente pudo haber hecho la rubia plástica, y se habría ahorrado toda esa estúpida perorata», pensó Pineda. Según los antecedentes que entregó la secretaria, Burgos sí había comprado con ellos tanto el pasaje como la reserva de hotel.

Continuó las indagaciones ya en su oficina. No debió esforzarse demasiado para dar con la recepción de uno de los hoteles de la cadena NH en España.

—Muy buenos días. ¿Sería tan amable de comunicarme con el pasajero Donato Burgos?

—Un momento, señor. ¿En qué habitación se encuentra?

—Lo ignoro.

—Deme un momento, por favor. No corte.

En el intertanto el inspector pensó en sorprender con una broma a Burgos cuando respondiera.

—El señor Burgos no se encuentra hospedado en este hotel, señor.

—¿Se retiró?

—No, nunca estuvo.

—No puede ser, él tenía reservada una habitación allí.

—Sí, claro, pero nunca hizo efectiva su reserva.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—Está bien, muchas gracias.

Esta vez su olfato policial se activó como el de un perro que huele a la distancia a una hembra en celo. Esta información, unida a la inquietud de la madre, con la que nunca se contactó, y al hecho de que Donato jamás leyó los mensajes que él le enviara, no podían ser simples coincidencias; esa comunión de datos era suficiente para construir una sospecha seria de que los pasos de su asistente debieron verse desviados.

Con los antecedentes obtenidos en la agencia de viajes, llamó a la compañía aérea para corroborar la presencia de su ayudante en el vuelo que lo llevaría a Europa. Este trámite fue un poco más engorroso, pero al cabo de una hora tenía al otro lado de la línea a una persona que le podía aclarar la inquietud.

—Buenos días, señor. Me gustaría tener una información acerca del vuelo 5041 con destino a Madrid.

—¿Usted necesita saber sobre un pasajero en especial? —preguntó el funcionario para agilizar la consulta.

—Sí, de Donato Burgos. Viajó a España el 15 de marzo.

—¿En clase turista?

—Creo que sí —confirmó el inspector con la certeza de que su colega jamás gastaría dinero en lujos. Sobre todo si iba a tener que economizar hasta encontrar un trabajo en Europa.

—Deme unos segundos, por favor —pidió su interlocutor—. No me corte. El 15 de marzo me dijo, ¿sí?

—Sí, el 15 de marzo.

—Sí, aquí encontré su nombre, Donato Burgos Correa.

—Exacto.

—Sabe, él sí se encontraba entre los pasajeros con destino a Madrid, pero ese día el vuelo no estaba sobrevendido.

—¿Qué me quiere decir?

—Que el señor Burgos simplemente no llegó a tomar el avión.

—¿Está seguro?

—Así es. Tampoco me aparece que lo haya hecho en los días posteriores ni que haya postergado el viaje.

Pineda presintió un escenario más complicado aún. De acuerdo con su experiencia, haber abortado el viaje no fue una decisión de Burgos. Y por lo tanto, era viable pensar en una situación preocupante.

Flavia llevaba algún tiempo discurriendo sobre su triste situación. Una faja que le prestó una compañera de colegio le permitió ocultar por varias semanas su panza con cierto decoro. Pero cuando iba saliendo del baño, Soledad, su madre, entró sorpresivamente a su habitación y descubrió la evidencia. En vano la adolescente intentó cubrirse con la toalla, que en nada ayudó a negar lo innegable. No hubo preguntas, interrogantes ni afirmaciones. Solo el grito de «¡No lo puedo creer!», salido del alma de su progenitora, fue suficiente para otorgarle al estado de su hija la categoría de pecado mortal.

Flavia ya tenía dieciocho años, pero su mayoría de edad no le concedía ninguna atribución ante sus padres. En la previa de su último cumpleaños, ambos le anunciaron sin pudor que, mientras viviese bajo el alero familiar, las condiciones las seguían imponiendo ellos. El silencio de la muchacha en aquella oportunidad no hizo más que visar esa conducta arbitraria que hipotecaba su independencia.

Simón, su padre, un hombre de negocios internacionales, pasaba la mayor parte de su tiempo en el extranjero y en esta ocasión había anunciado su regreso para dentro de los próximos quince días. Conociendo a su marido, para Soledad era evidente que sobre ella recaería, sin derecho a réplica, toda la culpa por el embarazo de Flavia. Esta mujer no tenía profesión ni ejercía una labor remunerada, solo se dedicaba a administrar la abultada remesa que cada fin de mes recibía de Simón. Por lo tanto, aquel incumplimiento en la sencilla, única e ineludible misión que le cabía como madre pondría en tela de juicio el poder y la libertad económica de la que siempre se jactó.

Mientras Flavia se vestía en el dormitorio, con el llanto ahogado y atemorizada por las consecuencias de haber sido descubierta con un embarazo en desarrollo, Soledad se dirigió al pequeño bar que tenía la inmensa casa y se tomó un *whisky*, el que le produjo tal escozor que se le llegó a cortar la respiración. No bebía alcohol, pero por alguna razón esta vez sintió que lo necesitaba.

La salida del hogar de los hermanos de Flavia —ambos casados— la convirtió en una suerte de hija única, lo que le trajo muchos beneficios, pero también obligaciones arcaicas e inquebrantables, que bordeaban la indignidad. Entre ellas, la obediencia debida. De manera que el pecado de quedar embarazada siendo aún soltera no solo

hacía temblar el núcleo familiar, sino además convertía a la hija en candidata a las penas del infierno. Desde esa perspectiva, ni siquiera pedir perdón de rodillas ante su padre disminuiría en lo más mínimo el agravio.

Flavia no le ocultó nada a su madre cuando esta la encaró. Soledad supo que el posible responsable de aquel bebé en camino se llamaba Gonzalo y era alumno de quinto semestre en la carrera de diseño industrial, y que al parecer desconocía su condición de futuro papá. Según Flavia, su embarazo no fue producto de un arrebato, sino de amor. Fue una relación seria y que se preveía duradera, aseguró. Dicho en ese tiempo verbal, dejaba traslucir que ya no estaban juntos.

Pero lo que impedía determinar al verdadero responsable del embarazo era que desde hace más de un mes la joven tenía otro enamorado. No fue un exabrupto, lo comentó de manera intencional para sacarse de una vez por todas los demonios que pululaban sin descanso por su mente. Con ese vómito cerraba su voluntad de información y de ahí en adelante, si la justicia familiar la inducía a la hoguera o la ponía enfrente de un pelotón de fusilamiento, aceptaría el veredicto con estoicismo.

—Pero ¿me estás diciendo que no sabes con certeza quién es el padre? —preguntó Soledad, asombrada.

Flavia no contestó, solo esperó unos segundos y asintió, esta vez sin victimizarse.

—¿Pero te das cuenta en lo que te has metido? ¿Por qué, si eres tan promiscua, no te cuidas? —exclamó la madre sin medir la brutalidad de sus palabras.

—¡No soy promiscua, mamá! —replicó Flavia, alterada y herida en lo más profundo de su ser.

—Ah, ¿no? Entonces explícame cómo es que ni siquiera sabes quién te hizo esto.

—Nadie me hizo nada que yo no quisiera. Lo que me pasó no es producto de una violación ni nada parecido, fue una relación consentida.

—¿Consentida? —repitió su madre sin ocultar su tono irónico—. Ni siquiera te das cuenta de que con tu libertinaje has causado una verdadera tragedia familiar.

—¿Por qué tragedia?

—Crees que hacerse un aborto a los dieciocho años es un simple juego.

—¿Y quién te dijo que yo quiero hacerme un aborto? —arremetió la joven con una vehemencia y seguridad que dejaron en vilo a su madre. Pertenecía a aquella clase de mujeres que se casan con un hombre con poder económico, y cuya única misión en la vida es salvaguardar, desde su condición de privilegio, los pilares de esa inquebrantable posición social.

Por lo pronto las balas eran dirigidas a su hija, pero Soledad sabía que Simón consideraría a Flavia una víctima, pues de acuerdo a la tácita responsabilidad que ella debía asumir como madre, la culpabilidad recaería tarde o temprano, y en forma inexcusable, solamente sobre sus hombros.

De igual modo evaluó la responsabilidad que le cabía por lo acontecido a su hija y cayó en la cuenta de que esperó quizás demasiado tiempo para abordar con ella los temas de mujeres. Desconocía que para Flavia su rol como madre era casi inexistente.

Una de sus compañeras de colegio y hasta hoy su amiga era Mariela, la exesposa de Facundo. Junto a ella y un par de excompañeras más formaron un grupo con el que se reunían una vez por semana a comentar la vida, más al amparo de la trivialidad que desde la trinchera de una reflexión aguda. La menos frívola del grupo era Mariela y es por eso que en esta ocasión Soledad la invitó a juntarse solo las dos. Necesitaba desahogarse y confiaba en que ella sabría guardar debida reserva ante la revelación que le haría.

Soledad no contaba con herramientas para enfrentar la engorrosa trama que se había tejido en torno a ella y que ponía en riesgo su largo reinado como madre ejemplar. Su única reacción respecto de este tema fue la opción de guardar silencio ante sus familiares directos, incluyendo a su esposo. Frente al escenario en que se encontraba, decidió abrirse por completo ante su amiga.

La cita con Mariela era a las once de la mañana en el café de siempre. Consciente de que ambas tenían hijas casi de la misma edad, su relato tendría la empatía asegurada si le exponía a su amiga todos sus temores sin reserva. El lugar tenía bastante gente a esa hora, lo que generaba un ruido ambiente similar al de una pajarera, propicio para que nadie alrededor se enterara de la íntima conversación. Soledad llegó con unos minutos de antelación y se sentó en la mesa habitual reservada el día anterior. Su conducta dispersa muchas veces le jugaba en contra y esta vez no quería cometer el mismo error de siempre: comenzar por el final de su historia.

Mariela desconocía el motivo de aquella invitación, pero advertía que la ausencia de las demás integrantes del grupo era una señal de que se trataría de algo delicado. No quiso inundar su mente con especulaciones y llegó al café dispuesta a ser un aporte, ya se tratase de una brisa o de un ciclón.

Luego que el garzón puso enfrente de ambas un par de cafés grandes con leche y espuma —el de Mariela, con una porción de crema aparte—, la conversación fluyó sin impedimentos. Soledad no quiso teatralizar, y fue su postura de madre —muy genuina— la que dominó el relato, que si bien a ratos cayó en el desorden narrativo, cumplió a cabalidad el objetivo de compartir sus pesares con su amiga.

—¿Y en ningún momento te diste cuenta de que estaba embarazada? —preguntó Mariela, sin salir de su desconcierto.

—No. Y si tiene un hijo ahora, bien sabes que hipotecaría su futuro.

—Se hace más difícil, es cierto, pero no creo que por convertirse en madre su vida se trunque.

—¿Y yo...?

—¿Tú, qué?

—¿Tienes alguna duda de a quién hará responsable Simón por esto?

—Creo que no te estoy entendiendo. ¿Por qué tiene que haber responsables? Estar embarazada es una circunstancia natural. ¿Por qué buscar culpables?

—Como te dije, ella ni siquiera sabe quién es el padre —insistió Soledad como un acto de defensa.

—Estoy segura de que saber el nombre del padre no es tu problema. ¿O sí? Porque eso no demora nada en averiguarse.

—¡No!, no lo es.

—¿Entonces?

—Hablas como si no conocieras a Simón. Te puedo asegurar que si sabe que Flavia está embarazada, nuestro matrimonio quedaría en peligro.

—¿Pero qué tiene que ver tu matrimonio con todo esto? ¿Qué pasaría si ella estuviera casada?

—Es que ese es el tema: no está casada. Mi único mandato era velar por la crianza de mis hijos y con ella fallé. Nunca le hablé de sexo, nunca le expliqué cómo cuidarse. Cuando me buscaba para conversar, no le prestaba atención. Es mi culpa, Mariela —se lamentó Soledad.

—Aunque así haya sido, no puedes hacerte responsable de una decisión que compete única y exclusivamente a tu hija.

—¡Flavia es una niña!

—¡Es una mujer, Sole! ¡Tiene dieciocho años!, y a esa edad simplemente ya tiene derecho a hacer su propia vida. Eso no tiene nada de malo. ¿Te parece justo que para tener sexo tenga que consultarles a ustedes antes?

—Tú no lo sabes, pero en nuestra casa, tenga o no la razón, Simón siempre es el dueño de la última palabra.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Él esperaba que Flavia, igual que su hermana, llegara virgen al matrimonio.

—¿Tú crees que él piensa eso?

—Él me lo dijo y me insistió que yo se lo comunicara a Flavia.

—Y con eso te hizo responsable a ti —comentó Mariela con un dejo de ironía.

—¿Me entiendes ahora por qué nuestra relación estaría en riesgo? Como sea, Mariela, tengo que evitar que Simón se entere.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Dime.

—Todo esto que te preocupa tanto, ¿es por tu hija o por ti?

Soledad no esperaba sentirse acorralada por su amiga, pero conociéndola, sabía que era la única de sus amistades a la que le podía permitir hablarle con tanta crudeza. Se tomó su tiempo y respiró profundo antes de responder.

—A ti no te puedo mentir —confesó Soledad pavimentando el camino para su respuesta—. No sería capaz de estar sola y dejar de lado la vida que tengo.

—Entiendo —asintió Mariela.

—Y te puedo jurar —agregó Soledad— que nuestra relación está en riesgo, por eso, Mariela, como sea tengo que evitar que Simón se entere.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

—Creo que no lo resistiría.

—Pero me dijiste que llega en dos semanas más... se va a enterar igual.

—No si actuamos a tiempo.

—¿No me digas que estás pensando en...?

—Esto me supera, Mariela, prefiero que Flavia se haga un aborto —confirmó Soledad dejando claro que era una decisión tomada.

—¿Y Flavia está de acuerdo?

—Ella no quiere, pero si insiste tendría que irse de la casa. Mientras esté bajo nuestro techo, las reglas las ponemos nosotros. Se lo dijimos cuando cumplió su mayoría de edad.

—¿Y tú crees que ella querría irse de la casa?

—No creo, por eso no le queda más que acatar.

—¿Por qué querías reunirte conmigo si lo tienes todo tan claro? —inquirió Mariela.

—Necesito que me ayudes, no quiero estar sola en todo esto.

Capítulo dieciocho

ÉL ME LLAMABA DOS VECES POR SEMANA

La señora Cristina llenó de regalos traídos desde su tierra natal el escritorio del inspector, quien según su secretaria luego que terminara su reunión, podría estar con ella. Una bandeja con huevos de campo, pan amasado hecho con sus propias manos y dos frascos de mermeladas, también de su cosecha, eran la dádiva que esta madre sacó de su bolso y literalmente esparció sobre la mesa como una expresión genuina de agradecimiento hacia el hombre que su hijo consideraba un ejemplo de profesional.

Facundo no dejó de sorprenderse al entrar a su oficina y ver su escritorio repleto de obsequios. Mientras abrazaba a esta mujer, pensaba que el frustrado viaje de su ayudante a Europa dejaba una estela de dudas que, a juzgar por los pocos antecedentes que había, desde el punto de vista policial tenían un mal presagio. Desde luego, no expresó este temor delante de ella. Tampoco le confidenció que su colega jamás abordó el avión que lo trasladaría a Europa. La mujer, ignorante de esos antecedentes, se explayó diciendo que desde que él se vino a estudiar a la capital, jamás dejó pasar más de tres días sin llamarla. Añadió que su hijo se comunicó con ella un día antes de su viaje y aprovechó ese instante para despedirse, prometiendo contactarse de nuevo apenas pusiera un pie en el Viejo Mundo. Durante la charla Pineda intuyó que la madre de Burgos también advertía que algo no andaba bien con su hijo, sin duda invocando —pensó— el inequívoco instinto de madre. El inspector no necesitó hacer más preguntas para constatar el cariño que existía entre ellos dos y, consciente de esa simbiosis, deducía que la sostenida incomunicación entre ambos solo corroboraba sus presunciones fatalistas.

La señora Cristina abandonó su oficina con la garganta apretada, aferrada solo con la punta de sus dedos a la remota esperanza que el detective le brindó al abrazarla en la despedida: hacer todo lo que estuviera a su alcance para aclarar el paradero de su hijo.

Minutos después, el inspector vio por la ventana cómo la madre de Burgos se alejaba, con una postura corporal que era como la imagen perfecta del abatimiento. Hasta antes de la conversación con ella, le cabía la posibilidad de que Burgos hubiese inventado el viaje con fines no muy santos. Haber dejado embarazada a su novia, por ejemplo —ignoraba si la tenía—, e irse a vivir con ella hasta que diera a luz para evitar ser objeto del comentario público. Pero era evidente que esta hipótesis carecía de sustento. Gastar dinero en pasajes y hoteles para darle credibilidad a esa argucia no resistía el más básico análisis policial. La incontrarrestable voz de la experiencia le indicaba que el caso navegaba en terrenos pantanosos, y que a medida que pasaban

los días, las esperanzas de encontrar pistas concretas de Donato Burgos se hundían cada vez más.

Fue una noche de insomnio como pocas. La encrucijada que le impedía a Mariela sumergirse en un sueño reparador era el segundo encuentro que sostendría al día siguiente con Soledad, quien cifró en ella la posibilidad de una colaboración en cuerpo y alma en relación con su «tragedia» familiar.

En los momentos en que el sueño parecía vencerla, los frecuentes mensajes de Florencia se lo impedían. Compartió con su hija la desdicha de Flavia y sabía que la había dejado preocupada, cosa que le agradecía. Desde que Florencia decidió arrendar un pequeño departamento a pocas cuadras del suyo, nunca dejaron de contactarse. Mariela prefería esa conducta —que rayaba en el exceso— antes que ofender su genuina muestra de afecto expresada en sus periódicos mensajes.

En su aflicción, Mariela lograba separar —aun a costo de ser mal interpretada— sus profundas convicciones del sentido de la amistad. El solo hecho de pensar que su posición, mal entendida, pudiera socavar los cimientos de esa perdurable amistad, la desvelaba. Cuando la noche ya había llegado al final de su oscuridad, esas dudas se habían disipado con la máxima de siempre: no transar en lo esencial. La interpretación, el prejuicio o la incomprensión que pudiera provocar su convicción no estaban en sus manos, se dijo.

Pudo dormir pocas horas pero, inspirada en la certeza de su decir, le pareció que fue un lapso aceptable para enfrentar la cita con Soledad.

Como no deseaban exponerse a la sorpresiva aparición de una de las integrantes de su grupo en el café de siempre, el lugar elegido esta vez fue otro.

Ambas tuvieron la precaución de reunirse enfrente del lugar elegido para ingresar al café juntas. El lugar tenía mucha concurrencia a esa hora, pero cuando la espera se vislumbraba tediosa un garzón las condujo a una mesa. En beneficio del tiempo y de tácito acuerdo pidieron dos desayunos básicos.

Luego del primer sorbo de jugo de naranja Soledad abrió los fuegos.

—¿Y qué decidiste?

—Mira, Sole, quiero que sepas que mi única preocupación es que nuestra amistad no se deteriore por todo esto.

—¿Por qué lo dices? Nuestra amistad nunca ha estado en juego.

—Me alegra oírte decir eso —dijo Mariela mirándola a los ojos para sellar la seriedad de sus palabras.

—Por lo que me dices, intuyo que estás preparando el terreno para una respuesta no muy grata, ¿o me equivoco? —dijo Soledad jactándose de su sospecha.

Mariela sintió que su interlocutora le estaba leyendo el pensamiento. No podía ser de otro modo, su amiga era una persona capaz de percibir lo que ella trataba de

dosificar con tanta delicadeza para no ofenderla. Su silencio bastó para que Soledad corroborara su intuición.

—Si es así, me sorprendería, ya que siempre pensé que eras proaborto —comentó.

—Te seré muy honesta. No estoy ni a favor ni en contra del aborto...

—Disculpa, Mariela, pero no te entiendo.

—He decidido no acompañarte.

—No quieres acompañarme... ¿Por qué? Me vas a dejar sola en esto —dijo Soledad con el rostro desencajado.

—Espero que me entiendas. Simplemente lo que piensas hacer entra en conflicto con mis principios.

—¿Tus principios? Sigo sin entenderte. Me acabas de decir que no estás ni a favor ni en contra del aborto.

—Así es. Creo que esa decisión siempre la debiera tomar la mujer que se encuentra en esa disyuntiva, en este caso Flavia. Lo que ella decida lo comparto —explicó Mariela con particular firmeza.

—O sea, el problema soy yo, y no el aborto.

—En parte —confirmó Mariela con el alivio de haber dicho lo que deseaba—. Yo creo que nosotras, las mujeres, tenemos derecho a decidir qué hacer con nuestro cuerpo, y sea cual sea la decisión que tomemos debemos hacernos responsables de sus consecuencias.

Soledad, quien tenía una batería de argumentos para contrarrestar cualquier traba que pudiese impedir la asistencia de Mariela, de pronto, como si hubiese sido impactada por un rayo, vio diluida su energía, absorbida por un sepulcral silencio.

El café y las tostadas se enfriaron sin ser consumidos. Soledad no tuvo una reacción que pudiera interpretarse con claridad. Cuando el mesero le devolvió su tarjeta *black* y abandonó la mesa con un sonoro «gracias» por la abultada propina, ella puso la palma de su mano sobre la de Mariela y la mantuvo allí por unos segundos. Su amiga no supo discernir el significado de ese gesto.

El Mercedes Benz plateado se detuvo frente a la fachada de lo que suponía podía ser el lugar que buscaba. Soledad chequeó una y otra vez la dirección antes de descender. Una cuota de nerviosismo que lograba disimular con dificultad la acompañó desde que se propuso acceder a este lugar.

Emilia acababa de desayunar y mudar a Esperanza cuando sintió el timbre. Por rutina ojeó el reloj de lomo polvoriento que colgaba en el muro confirmando lo temprano de la hora.

Tras las cortinas de la ventana, la imagen de un vehículo excepcionalmente lujoso estacionado frente a su casa y su conductora, muy bien vestida, esperando que le abrieran la puerta, confirmaron la súbita hipótesis de una mujer en apuros.

No era prudente que algún vecino se percatara de que el destino de esa visita fuera su casa, de modo que Emilia procuró que el preámbulo en la puerta de calle fuera conciso, y a los pocos segundos Soledad esperaba sentada en el *living*. Emilia, en tanto, se dirigía al interior de la casa en busca del consabido café que ofrecía a sus eventuales clientes. Soledad aprovechó la quietud para escudriñar con su mirada — hasta donde su limitado horizonte se lo permitía— cada rincón de aquella casa que había imaginado más pobre y sórdida.

Minutos después, frente a Emilia, hurgaba en su mente en busca de la frase exacta que debía decir para iniciar esta negociación. Desde que tocó el timbre el diálogo había sido demasiado breve y de tácita comprensión. No cruzaron palabras en torno al tema. Ella podía estar allí buscando a algún maestro mueblista, como también una habitación para arrendar, y ambos propósitos —según ella— justificaban el estar sentada con propiedad en el *living* frente a esta mujer que recién conocía.

—Yo no soy la embarazada —aclaró Soledad—, vine para conocer el lugar y saber qué significa económicamente su trabajo.

La dueña de casa encontró bizarra y hasta violenta su intervención, pero decidió tragársela. Entretanto la cuchara con la que Soledad revolvía el café luego de endulzarlo continuaba girando en forma mecánica dentro de la taza.

—¿Quién es la que se va a intervenir?

—Mi hija —contestó Soledad, sacando abruptamente la cuchara del café como si la hubiesen sorprendido en un acto malicioso.

—¿Cuántos meses tiene?

—No lo sé, supongo que pocos.

—¿Por qué no vino ella?

—Por miedo, pienso yo —dijo sin convencimiento alguno Soledad, quien sentía la interrogación como una balacera.

—¿Miedo? ¿Acaso tiene dudas?

—Es que es su primera vez —acotó Soledad temiendo que la respuesta fuese considerada una evasiva.

—¿Cuándo quiere traerla?

—No es que dude de su trabajo. Pero antes, ¿no se requiere algún examen? —consultó Soledad cuidando su tono para no ofenderla.

—No es necesario —afirmó Emilia con una seguridad arrolladora.

—¿Y cuánto tiempo de reposo requiere después de...?

—Se puede ir caminando —interrumpió Emilia con la clara intención de darle confianza a esta mujer—. Se le va a enfriar el café.

Los nervios se esfumaron a medida que avanzaba la conversación. Soledad se dio cuenta de que no estaba frente a una profesional de la medicina pero, como contrapartida, advertía que esta mujer poseía suficiente oficio como para lograr desdramatizar el proceso abortivo y hacerlo parecer un acto tan cotidiano como ir a la peluquería.

De regreso a casa en su Mercedes, ya más tranquila evaluó como provechosa su visita. Emilia le dio confianza y luego que le mostró el lugar limpio y aséptico donde Flavia sería intervenida, tuvo la oportunidad de tentarla con un suplemento económico si el día de la intervención lo destinaba exclusivamente para ellas, sin la presencia de otras personas.

Las indagaciones de Facundo, tal como pensaba, deambularon en la dirección de sus presunciones. Todo el entorno de Donato el policía que logró individualizar a través de un intenso rastreo en Facebook, como era obvio, lo situaba en Europa. Si bien circunscribieron el área de búsqueda a los últimos días antes de que Burgos emprendiera su supuesto viaje, esta información era baladí, ya que el abanico de posibilidades para determinar lo que pudo haberle sucedido para que desistiera de volar —existiendo un pago económico previo— era demasiado amplio.

«Es como si se lo hubiese tragado la tierra», con este pensamiento verbalizado Pineda le presentó la situación a su jefe, al informarle que Donato Burgos no tomó el vuelo y que desde aquel día nadie conocía su paradero.

La llamada de la secretaria del doctor Jaime Prado avisándole que su jefe se encontraba de regreso de sus vacaciones lo puso en aprietos. Este estado se debía al caudal de acontecimientos que en un abrir y cerrar de ojos habían adquirido prioridad en su agenda, hasta el punto de que lo mantenían irresoluto.

La desaparición de Leticia, la declaración y posible responsabilidad de Joel en todo ello, además de su desaparición, la situación judicial de Edison, la trama oculta de la clínica clandestina, la desaparición de Donato Burgos y el dinero sustraído en la Escuela de Medicina, todos estos hechos se encontraban candentes y, por lo mismo, altamente combustibles para su alma y ego.

En su vehículo camino a encontrarse con Jaime Prado, recordó su fugaz época como profesor en la Escuela de Investigaciones. Acostumbraba decir como una máxima a sus alumnos que cada vez que alguien denunciaba una muerte o un hurto, esa persona poseía méritos para ser considerada virtualmente sospechosa. En tales casos —les decía— lo recomendable era que ese sujeto nunca advirtiera que estaba siendo investigado, al menos no hasta que su inocencia o culpabilidad fueran incuestionables.

En la tranquilidad de la misma oficina donde se produjo el robo, Jaime Prado al otro lado del escritorio comentaba entusiasmado su extenso viaje, con innegable sentido turístico, que tuvo por añadidura un efecto psicológico. «Necesitaba descansar y pensar un poco en mí», dijo sin temor a pecar de presuntuoso. Era innegable que aquellos días junto a su esposa y lejos de las responsabilidades laborales habían iluminado su rostro.

—Me di cuenta —continuó Prado— de que por el trabajo he postergado cosas que me importan: mi esposa y viajar. —Mientras escuchaba sus correrías por la costa

amalfitana, en Italia, Pineda pensaba en el origen del dinero que les había permitido darse ese lujo—. Fue como una segunda luna de miel —declaró el doctor Prado en el corolario de su monólogo convencido de que tras esta exposición el detective le entregaría en sus manos al culpable del robo.

El inspector había alimentado la hipótesis del autorrobo. No obstante, los movimientos de Jaime Prado en nada lo convertían en sospechoso, pero subyacía la idea de que, por lo mismo, su aparente probidad fuera una simple estrategia distractora. Había constatado que su sueldo no era bajo, pero lejos de permitirle ciertos ahorros, le parecía insuficiente como para convertirlo en trotamundos. Sus más de veinte años como funcionario de la Facultad de Medicina lo tenían ya pensando en su jubilación, hecho que —según él mismo— ya había dejado traslucir a sus colegas en conversaciones de pasillo.

Prado mostró inquietud al saber que la investigación no mostraba avances reales, no al menos para que la sombra del posible ladrón fuera digna de alcance.

—El tema, señor Prado, es que usted no hizo la denuncia oportunamente, más bien cometió un grave error al dejar pasar el tiempo y tratar de solucionar usted mismo el caso.

—Bueno... yo le expliqué las razones que tuve para hacer eso, inspector —dijo Prado en tono lastimero.

—Sí, pero tiene que hacerse responsable de esa conducta.

—¿Qué me quiere decir?

—Las pistas que usted me ha dado no me han aportado nada y por más que yo quiera ayudarlo, no puedo hacer mucho.

—Le he contado todo lo que sé, le mostré los videos... ¿qué más puedo hacer?

—Para serle honesto, vi ese material y tal como usted dice no se aprecia nada extraño en esas imágenes.

—Se da cuenta de que no le he mentado —interrumpió Prado.

—No hay que ser muy ingenioso para comprender que ese trabajo es ineficaz después del robo. A los ojos de cualquier investigador, lo que usted hizo puede ser también una burda estrategia.

—¿Me está inculcando?

—No he dicho eso, solo quiero dejarle claro que esos videos grabados después de cometido el delito están lejos de ser una evidencia. Más bien, si no encontramos una pista más contundente, aquellas grabaciones lo complican más que lo ayudan, señor Prado.

Mientras presionaba al facultativo, Facundo no le sacaba la vista de encima intentando leer e interpretar cada uno de sus gestos. Era evidente que sus balas lo herían, pero la natural incomodidad que mostraba este hombre ante su ataque no era suficiente para alentar la idea de que toda su argucia correspondía a un plan bien urdido. La casuística le indicaba al detective que su reacción frente a aquel robo

obedecía más a una conducta infantil de querer jugar al policía que a una estrategia para ocultar su posible autoría o complicidad.

En sus tiempos de docente, el inspector también les reiteraba a sus estudiantes que no había nada peor para un investigador que «casarse» con su olfato policial, por muy aguda que pareciese ser esa capacidad. Los obtusos que ignoran los avances concretos de una investigación pueden terminar empujando a un inocente al abismo. Ante un acto de infidelidad —solía decir también—, por muy enamorado que se esté, lo mejor es dar media vuelta y salir del escenario, pues lo contrario es letal. Por doloroso que sea, lo más sano es rendirse ante el peso de las evidencias.

Pineda concluyó que durante la conversación con Jaime Prado no había dado ningún paso atrás, pero tampoco hacia adelante, y ese cálculo lo situaba en el punto cero. Sentarlo en el banquillo de los acusados por una porfía voluntarista era —además de una pérdida de tiempo— una torpeza inadmisibles para un investigador.

Flavia no tuvo más alternativa que vivir la ignominia de ser paciente en aquel improvisado pabellón. Tampoco consiguió hacerse oír ante la actitud inflexible de la mujer que la intervenía y la anuencia de su madre ante aquel trato. Emilia atisbó desde el inicio que la situación no sería fácil. Le bastó apreciar la incomunicación entre madre e hija para concluir que se encontraban en veredas contrarias. Al principio interpretó la conducta lacónica de la muchacha como inherente a su juventud y a una timidez comprensible en su condición de primeriza. En los preparativos del procedimiento de pronto vislumbró que quizás su paciente no quería interrumpir su embarazo. Pero el acuerdo económico era muy lucrativo y no estaba dispuesta a ponerlo en riesgo por algún capricho de última hora. De modo que pasó por alto su propia intuición y omitió su parecer. Un sollozo casi inaudible pero lastimero de la joven acompañó parte de la intervención. Efectivamente, tenía dos meses de embarazo a juzgar por el tamaño del feto que logró extraer de ese vientre. Flavia, sumida en la impotencia de su llanto silencioso, ni siquiera se percató cuando Emilia envolvió en una menuda sábana blanca el embrión en desarrollo que había osado poner en riesgo la aparente armonía de su familia.

Su madre, parapetada en el *living* de la casa con un termo de agua caliente, galletas, café y agua mineral, se había hecho el ánimo de soportar una larga espera. Llevó una novela inconclusa con la idea de proseguir su lectura para hacer menos tedioso el paso de los minutos. Tenía la advertencia de Emilia de no abrir por ningún motivo la puerta si el timbre sonaba. Aquello ocurrió en una oportunidad y ella se inquietó por la insistencia de la persona que seguramente requería con urgencia los servicios de Emilia, pero logró mantenerse indolente.

Una y otra vez abrió el libro en la misma página, pero fueron vanos sus esfuerzos por avanzar en la historia. Sin duda, el drama real que estaba viviendo —con su hija de protagonista— la tenía más atrapada que la ficción. De pronto, antes de lo

esperado, apareció Emilia en la entrada del *living* para anunciar que el proceso había culminado con éxito. Media hora más tarde, madre e hija, sin cruzar palabras, emprendían el regreso a casa. La pesadilla había terminado para esta madre; su esposo Simón podía llegar a casa sin tener que enterarse de la odisea que ambas padecieron. Una, para su satisfacción y la otra, desde la degradación. El Mercedes Benz enfiló raudo en dirección hacia el centro de la ciudad hasta perderse en la lejanía.

Capítulo diecinueve

EL GRAN DILEMA

Pasaron algunos días desde aquel triste episodio. El padre de Flavia regresó de su viaje y encontró su hogar tal cual lo dejó, ignorando que en su ausencia una suerte de tornado había arrancado la casa de cuajo, la había volcado repetidas veces en el aire y removido sin descanso, para solo cuando faltaban dos días para su retorno una mano invisible la devolviera sin daño aparente al mismo lugar.

La fisura que el incidente produjo entre madre e hija aún seguía al vivo. Quizás cuando el tiempo hiciera lo suyo y cada una de las protagonistas tuviese la oportunidad de restregar las heridas de su devastación emocional en el rostro de la otra, la verdad sería sublimada por otra nueva. Como sea, el *statu quo* perduró en el hogar y Soledad conservó su reinado, mantuvo a sus amigas, así como las prerrogativas inherentes al trono. Esto, a pesar de las heridas que dejó el episodio en su hija, desde las cuales todavía emanaban lagrimones de sangre cada cierto tiempo.

Agobiada por la desesperanza y su propia confusión, Florencia pudo contactarse con su amiga Flavia, después de varios intentos y muchos mensajes. Tras ponerse de acuerdo, la terraza del café literario de Providencia fue el sitio elegido para su reunión. Desde que eran niñas, las constantes visitas de ida y vuelta de sus respectivas madres les dejó como herencia esta entrañable amistad. Ahora esa lealtad dependía exclusivamente de ellas y es la razón por la cual se recriminaron no haber podido conversar en medio de la crisis que llevó a Flavia a ceder ante las exigencias de su madre. Pero el siguiente tema de la conversación coincidía demasiado con el primero.

—¡Estoy embarazada! —anunció Florencia sin preámbulos para avanzar en la razón de este encuentro.

—No te puedo creer —exclamó Flavia con una expresión de manifiesta alegría—. ¿Desde cuándo?

—Hace nada. No creo tener más de dos meses.

—Te felicito. ¿Y el papá es el australiano?

—Sí.

—Debe estar feliz.

—Se devolvió a Australia.

—¿No me digas que te dejó sola?

—Simplemente se fue, terminamos de común acuerdo.

—¿Pero cómo tomó tu...?

—Ese es el tema. Ni siquiera sabe en lo que estoy.

—Broma... ¿Y qué vas a hacer?

—No tiene caso que le cuente. No quiero tenerlo, Flavia, algo nos falló, ninguno de los dos buscaba esto.

—¿Quieres hacerte un aborto? —preguntó Flavia dubitativa.

—Tú quedaste bien, ¿verdad? Digo, de lo que te hicieron.

—Se podría decir que sí... —relativizó Flavia su respuesta.

—Quiero que me des la dirección.

—Pero, amiga... ¿lo pensaste bien?

—Sí, por supuesto. No tengo dudas.

—¿Y tus viejos qué dicen? ¿Saben, me imagino?

—Ellos respetan mi decisión.

Flavia no pudo evitar recordar la situación tan diferente que ella vivió ante la misma circunstancia. Conocía muy bien a su amiga como para cuestionar su decisión, aunque fuera diametralmente opuesta a la suya.

El resto de la conversación fluyó como parte de la cotidianidad entre amigas, lo que convirtió el momento en una circunstancia de total lealtad y comprensión mutua, sin lamentaciones ni culpas. «Qué distinto hubiese sido tener a Florencia al lado cuando viví aquello», pensó Flavia. Allí mismo le dijo que ella estaba dispuesta a acompañarla.

Era primera vez que Claudia cruzaba los muros del cuartel de Investigaciones. Había sido reticente a presentarse en el espacio laboral de su pareja, pero no pudo negarse ante lo que escuchó por el celular como una imposición. La secretaria estaba advertida de su llegada, de modo que la hizo pasar a la oficina de Facundo sin mediar ni un segundo de espera.

La encrucijada del inspector bien valía la compañía de la única persona en la que de verdad confiaba. Sumaba horas de insomnio reflexionando sobre su rol ante el embarazo de su hija. Frente a su intransable decisión de hacerse un aborto, una contradicción vital le dificultaba el descanso. No tenía reparos con la determinación de Florencia, pero se cuestionaba que ese procedimiento se hiciera en forma clandestina; no solo por lo ilegal del proceso —que de hecho ponía en tela de juicio su probidad—, sino por tener que dejar a su hija presa de la inseguridad. Claudia sabía de su parecer, de manera que no se sorprendió que tras el beso de bienvenida y antes de tomar asiento, su amado retomara presto el tema.

—Creo que Estados Unidos es el lugar —dijo Facundo.

—Te lo dije, es el lugar más próximo y confiable —lo apoyó Claudia.

—Según leí, los límites de tiempo que ponen varían de un estado a otro.

—¿Te refieres a los meses de embarazo?

—Sí... después de veinte semanas es improbable que intervengan.

—¿Crees que ella lo acepte?

—La Flo no me ha pedido nada, pero si se lo ofrezco, sabrá que es por su bien.

—¿Quieres que yo hable con ella?

—Quiero que me acompañes.

Tal vez la mente de Flavia aún mantenía resabios de su experiencia —cercana a lo traumático— en ese lugar, pero estaba decidida a ayudar a Florencia, por lo que no dudó a la hora de tocar el timbre de aquella casa.

La conversación con Emilia fue muy escueta, ella se disponía a iniciar una intervención, de modo que la charla fue casi de pasillo para no hacer esperar a su paciente. Rápidamente le aseguró a Flavia que, solo por ser ella, podía hacerse un espacio para atender a su amiga muy temprano al día siguiente. Florencia recibió en la tranquilidad de su pequeño departamento la llamada de su amiga, quien le reafirmó que lo mejor era salir de eso lo antes posible.

Claudia había llamado numerosas veces a Florencia desde su consulta, pero no tuvo éxito. El celular de la joven daba señales de estar encendido pero las llamadas parecían ser ignoradas. Así se lo transmitió a Facundo antes de disponerse a dormir, y le propuso que ambos fueran a su departamento muy temprano al día siguiente.

Aunque su decisión era inamovible, no fue fácil para Florencia conciliar el sueño y durmió a intervalos. Se metió bajo la ducha antes que despertara el alba. Un chorro de agua que salió helada antes de entibiarse un poco fue más efectivo que el despertador. Florencia no tenía contradicciones y luego de hacerles saber a sus padres lo que había decidido, se inclinó por no advertirles del momento preciso en que lo llevaría a cabo, sino que contarles cuando ya el proceso se hubiese consumado. A eso de las siete y media, cuando terminaba de beber un vaso de leche caliente y lo dejaba en el lavaplatos, escuchó el bocinazo del auto de Flavia y le hizo una seña por la ventana de que bajaba de inmediato. Media hora después el vehículo se estacionaba frente a la casa de Emilia. Flavia tenía clases en la universidad, pero había hecho los arreglos para ausentarse y poder acompañar a su amiga.

—No es necesario que me esperes tanto rato, ¡qué lata...! Me sentiría más tranquila sabiendo que no pierdes clases y yo te llamo cuando todo esto termine.

—Flo, de verdad no tengo ningún problema en acompañarte.

—De verdad que es innecesario, amiga, ya hiciste mucho por mí. Anda a la universidad y después hablamos.

—¿Te paso a buscar?

—Depende cómo me sienta. Si tú saliste caminando, ¿por qué yo no?

—En todo caso te dejé muy recomendada y seguramente no te va a dejar salir hasta que estés bien —dijo Flavia en un tono casi maternal.

—¿No le dijiste nada a la tía Sole?

—Con mi mamá hablamos lo justo y necesario... tú sabes. ¿Estás bien?

—Siempre es bueno sentir un poco de nervios —respondió Florencia con una sonrisa dura. ¿Cómo es que se llama esta señora?

—Emilia.

Se dieron un incómodo abrazo al interior del pequeño vehículo.

Emilia le abrió la puerta y sin preámbulos la hizo pasar de inmediato a la sala donde le haría la intervención. El lugar le pareció exactamente como se lo había descrito Flavia, y en cuanto al jardín —que ella calificó como hermoso— consideró el adjetivo como insuficiente, pues quedó cautivada cuando estuvo frente a ese espacio florido.

—¿Usted lo mantiene?

—¿Quién si no? —contestó Emilia con evidente orgullo.

—Es maravilloso, parece una paleta gigante de pintor. Me fascina la variedad de colores y flores.

Ese único comentario de Florencia le dio más tranquilidad a Emilia, que pensaba que ella sería tan distante y lacónica como lo fue en su momento su amiga. Esta conexión hizo que la muchacha se preparara a asumir con mayor estoicismo el proceso que le esperaba.

Claudia y Facundo estaban desconcertados al no lograr comunicarse con Florencia en circunstancias de que su celular se encontraba activo. Partieron a su departamento muy temprano, y se preocuparon aún más cuando luego de insistir frente a su puerta, escucharon el *ring* de su celular en su interior. El momento de desesperación hizo que Facundo recordara que en su llavero tenía una copia de la llave, que su hija le entregó por cualquier emergencia, y esta lo era.

Dadas las circunstancias, el peor escenario se les cruzó por la mente. Cuando entraron, Facundo desenfundó su arma y registró el lugar con el protocolo policial. No observaron allí nada extraño, salvo el desorden propio de quien sale con prisa y deja la cama y el aseo de la cocina para su regreso. A ambos les pareció un tanto extraño que ella dejara el celular en la casa, al parecer a propósito ya que el aparato descansaba notoriamente sobre el velador.

El inspector volvió a inquietarse al ver el vehículo de su hija en el estacionamiento subterráneo del edificio, pero el conserje les aclaró que la había visto salir temprano y subirse a un auto pequeño, al parecer de una amiga. Este dato tranquilizó a Facundo y lo hizo suponer que quizás regresaba pronto, por lo que compró un par de cafés en el almacén de la esquina y junto a Claudia se sentaron a esperar en un banco de la plaza cercana. No era fácil para él explicitar la idea que rondaba en su mente policial.

—¿En qué piensas? —le preguntó Claudia en la convicción de que algo le inquietaba.

—Ayer, cuando me dijiste que la Flo no respondía el teléfono, llamé a Mariela para saber si estaba con ella.

—¿Y...?

—No la había visto. Yo quería asegurarme si ya habían conversado del tema. Me dijo que sí y que, por cierto, estaba preocupada pensando cómo ayudarla.

—¿Está de acuerdo en que se haga un aborto?

—No necesariamente, pero Mariela es respetuosa de sus decisiones. Y en ese sentido me dijo que había pensado llamarme para asegurarse de que no hiciera una locura.

—¿Una locura?

—Es lo mismo que hablábamos nosotros: que se lo hiciera en un lugar seguro. Le conté lo de Estados Unidos y me lo agradeció. Incluso se ofreció para acompañarla.

—¿Tú crees que Florencia podría ponerse en manos de cualquier inescrupuloso?

—Lo que me asusta de ella es su independencia.

—¿Qué quieres decir?

—Que es capaz de hacer todo sola, con tal de no traspasarnos sus problemas —explicó Facundo y en ese mismo momento cayó en la cuenta de lo que había dicho.

—No estarás pensando que puede andar en eso ahora, ¿verdad?

—Vamos a ver si ha llegado —propuso Facundo apoyando esa hipótesis—. ¡Cómo no lo pensé antes!

Al enterarse en conserjería de que su hija aún no regresaba, su presunción adquirió más fuerza. Pineda comenzó a pasearse en círculos como un león enjaulado, en la impotencia de no saber qué hacer ni dónde buscarla. Masculló entre dientes:

—¡No respondía los llamados!, dejó el celular en el departamento, salió temprano y sin su auto, alguien vino a buscarla. ¡Te das cuenta, todo calza! —concluyó, abatido.

Una maniobra desacertada le produjo a Florencia un sangrado que Emilia tardó en manejar. La situación por un momento se salió de control y lo que en un inicio parecía un simple trámite, dejó por enésima vez de manifiesto sus precarios conocimientos en la materia. Después de más de dos horas de intervención e incertidumbre, la muchacha quedó extenuada. Debió tomar un cóctel de medicamentos que Emilia le preparó, con relajantes musculares y analgésicos para aminorar el dolor que la hicieron dormir durante otras dos horas antes de regresar a la vida. Eran las dos de la tarde cuando salió de aquella casa y, muy resentida, logró conseguir un taxi que la llevara a la suya.

El conductor, un señor mayor que manejaba lento, con sus dos manos aferradas al volante como si temiera caerse en las curvas, escuchó el destino de la pasajera sin despegar la vista del camino, dejándola con la incómoda sensación de que se desplazaba por las calles con total desconocimiento. Resignada a tales circunstancias, durante el trayecto Florencia no pudo dejar de recordar el rostro de Emilia en diversos momentos de la intervención. Lo volvía a ver cubierto por una delgada capa de sudor que ella se limpiaba cada tanto con el antebrazo. En el intertanto, le hablaba

en forma mecánica de cosas triviales para no traspasarle su agobio, pero desconocía que con ello solo conseguía el efecto contrario. Imaginó por un instante que pudo no haber salido con vida de aquel lugar. Ese pensamiento hizo que sus ojos se pusieran acuosos y tuvo que esforzarse para no llorar ante un extraño que, para su fortuna, era de esos conductores que no fomentan el diálogo con sus pasajeros.

El conserje de la mañana ya había terminado su turno y el que lo reemplazaba le entregó a la joven un mensaje de su padre: «Flo, te estuvimos esperando muy preocupados y no llegaste. Llámame, necesito saber si te encuentras bien. Te quiero».

Solo entonces Florencia dimensionó que había dejado su celular en casa y que durante el día anterior había sido muy requerida por ellos dos y también por Claudia. En la soledad de su departamento logró relajarse, pensando en lo mucho que amaba a sus padres y en que, por cierto, no merecían haber sido víctimas de su absurda indolencia. Recordó también que la imagen de ambos había estado presente en los instantes más dolorosos. Florencia acudió a aquel lugar con la seguridad que le otorgaban sus convicciones, y horas más tarde salió sintiendo que la indignidad del procedimiento había sido como un ultraje.

Su sana intención de no ser una molestia para sus padres y la inspiración en sus derechos como mujer la hicieron vivir el momento más infausto de su vida. Mientras permanecía en aquella habitación solitaria, tuvo que reconocer incluso que su decisión había sido demasiado cándida e impetuosa.

Necesitaba ahora desahogar su desazón y lo hizo a través de un prolongado llanto que perduró hasta que la venció el sueño y se quedó dormida.

Esa noche Facundo esperó en vano la llamada de su hija, y conforme a la buena relación que siempre mantuvo con su exesposa, la puso al tanto de su frustrada visita al departamento de Florencia y, sobre todo, del epílogo de la gestión. No fue extraño entonces que en la mañana del día siguiente, cumpliendo la misión del despertador que él había olvidado poner, una temprana llamada de Mariela le confirmó que sus suposiciones del día anterior sobre Florencia habían sido acertadas. Era la primera vez que Facundo no sentía regocijo por su aguda intuición, más bien deseaba como nunca haberse equivocado.

Admitir que su hija se había expuesto al peligro de una casa de aborto clandestina, para el policía fue como tragar una dosis de veneno que no alcanza a provocar la muerte, pero en cambio hace padecer todos sus síntomas. Sentía malestar por no haber intuido a tiempo que Florencia haría cualquier cosa para no incomodarlos, fiel a sus principios de independencia y conociendo los de sus padres. En todo caso, de acuerdo con el reporte que le entregó Mariela después de visitar a la joven a primera hora del día en su departamento, ella daba muestras de recuperación física y psicológica, a pesar de las vicisitudes propias de una situación tan apremiante como esa.

La invitación extendida por Facundo a almorzar en un restorán de Vitacura fue acogida por los cuatro integrantes de su dispersa familia. Florencia dejó traslucir, sin decirlo abiertamente, que el episodio había marcado un antes y un después en su existencia. Les pidió excusas a sus padres y hermano por haber actuado tan lejos de su afecto, en circunstancias de haberlo necesitado más que nunca. Evitó ser muy explícita en detalles por considerar que en nada aportarían al espíritu de la reunión. Sin embargo les confesó, con una emoción contenida, que jamás pensó que un acto de esta naturaleza pudiera evidenciar tanto la mezquindad a la que se ve expuesta la mujer cuando toma una decisión como esta. A raíz de su reflexión, Mariela le contó con tristeza que su afán por encontrarla el día anterior tenía como fin darle la noticia que estaba todo listo para que dicha intervención se llevara a cabo en un centro médico de Estados Unidos. Flo quedó pensativa unos segundos y luego se levantó de la mesa para abrazar a Juan José y a sus padres sin emitir palabras. Fue un almuerzo necesario y memorable. El inspector Pineda consideró que remover la herida de esa experiencia preguntándole a la muchacha por la dirección del lugar donde se realizó el aborto era un despropósito. Lo más recomendable en aquellos momentos era agradecer que, pese a todo, tenían a Florencia con ellos y que la lección de vida había sido aprendida por todos.

Capítulo veinte

ATENCIÓN DE URGENCIA

Una masa de nubes negras amenazó con cerrar el cielo y trajo una brisa helada que se coló entre las piernas de quienes formaban esa inmensa fila, en su mayoría mujeres y niños que esperaban impacientes la apertura de las puertas para el ingreso de las visitas a la Penitenciaría de Santiago. Llevaban horas de pie cargando o arrastrando sus paquetes a medida que la fila avanzaba, en su afán de acceder al recinto carcelario y aprovechar al máximo el tiempo de reencuentro con los suyos. Emilia, con su hija en brazos, estaba inquieta porque, confiando en el buen clima de los días anteriores, había rechazado la idea de traer ropa más abrigada para la pequeña. Sin embargo y para su sorpresa, Esperanza no lloraba ni daba muestras de incomodidad. Habituada al silencio de su casa, mantenía su mirada vivaz en un grupo de niños que jugaban, corrían y gritaban al margen de la cola. El trámite de espera, siempre tedioso, adquirió dinamismo cuando por fin abrieron las rejas para comenzar con la revisión de los paquetes que ingresan las visitas.

Edison, ya más curtido y con la perspicacia que se requiere para no reñir con los códigos carcelarios y a la vez ser respetado por sus pares, luego de siete meses de encierro decidió que era hora de ir dejando atrás el fantasma de sus supuestos perseguidores.

El reencuentro tuvo la emoción prevista: un abrazo estrecho, largo y ausente de palabras, un beso más largo aún con Esperanza y su llanto incontenible cuando la crecida barba de Edison rozó su delicado rostro.

Un bolso con ropa y otro con cigarrillos y mercadería fue el aporte de Emilia. Muchos de los productos, con sus envases violados, recurso necesario ya que la creatividad de los familiares de los reos es prodigiosa cuando de ingresar al penal drogas, celulares y otros objetos ilegales se trata.

Edison le confió a Emilia que su condena aún no salía, pero que el tiempo que llevaba privado de libertad lo hacía candidato al menos a algún beneficio. En medio de ese hervidero de voces, donde los esfuerzos para hablar y ser escuchados eran extremos, las palabras de Edison derramaron confianza sobre Emilia. Abrió el termo con café y le sirvió a ella primero. En ese instante accedió a tomar en brazos a Esperanza, quien más tranquila y haciendo caso omiso de los altos decibeles reinantes, lo miraba con inesperada placidez.

Emilia tuvo que soplar por largo rato el vaso plástico para bajar la temperatura del café antes de beberlo. Para aprovechar el momento, le comentó a su novio que el negocio estaba funcionando y las consultas aumentaban. Le propuso que, cuando saliera en libertad, mejoraran la infraestructura del lugar con los ahorros que ella ha

ido juntando. Como Edison siempre le recalcó que su presencia en la cárcel implicaba el riesgo de que alguien la siguiera, la mujer enfatizó que nadie extraño ha golpeado la puerta ni ingresado a la casa con otros fines que los consabidos. La respuesta de Edison no se dejó esperar. La miró a los ojos y le dijo que ya no había nada que temer, que su estrategia por la cual debía estar preso se había cumplido según sus planes, y que estaba dispuesto a empezar de nuevo. Lo dijo a modo de confesión, esperando quizás lo mismo de ella. Emilia le aseguró que compartía sus proyectos, pero omitió con intencionado celo las muertes del detective y de Joel.

De regreso en casa, la mujer lamentó haber sido tan expresiva con la bonanza de su trabajo, temiendo haber provocado en Edison una sensación errónea de opulencia.

La ausencia de comunicación entre Flavia y su madre se mantenía como una conducta admitida y validada por ambas partes. «Hablamos lo justo y necesario», le había confesado Flavia a su amiga Florencia al darle las coordenadas para que se atendiera con la misma mujer que suspendió la gestación del que habría sido su primer hijo. En aquella oportunidad le remarcó a Florencia que la ayudaría con el dato de la partera, con la promesa de que su madre no supiera jamás que fue ella quien hizo esa gestión. Sentía que esa información podía ser interpretada como un refuerzo de la decisión de Soledad, invalidando la auténtica desazón que le produjo ser obligada a abortar. Florencia, a pesar de lo disgustada que se sintió con esa intervención, no transgredió ese acuerdo.

No habían pasado más de setenta y dos horas desde la interrupción de su embarazo, cuando Florencia se vio afectada por una alta fiebre, seguida de una abundante hemorragia. Al poco rato la joven percibió que el sangrado estaba acompañado por un olor nauseabundo, y entonces llamó a Flavia, quien se fue directo a su departamento apenas salió de clases.

La situación fue empeorando debido a un dolor interno agudo, que les hizo pensar a ambas amigas que la Flo estaba frente a un cuadro infeccioso. Flavia aún tenía antibióticos de los que le habían dado a ella por sus molestias cuando ella fue atendida, y fue hasta su casa a buscarlos. Florencia, se armó de coraje para soportar el dolor y no recurrir a sus padres, confiando en que podrían manejar la instancia con Flavia.

Dos horas después, Flavia sacaba desde el interior de una caja de lata, unos antibióticos y también unos analgésicos, e instó a Florencia a ingerirlos como si fueran milagrosos. Luego se marchó a su casa con la promesa de faltar a clases al día siguiente y acompañarla desde temprano.

Los antibióticos a destiempo y en dosis insuficientes no pudieron hacer mucho. Lo que fuera que estaba sucediendo en su cuerpo tampoco lograron aliviarlo los analgésicos. La fiebre y el sangramiento putrefacto seguían allí como si estuvieran dando el último aviso.

El día siguiente amaneció con las calles mojadas por una llovizna espesa que no aportaba al ánimo. Cuando Flavia salió de su casa ya sabía que su amiga había tenido que soportar una noche fatal. Aceleró su vehículo dominada por un torrente de angustia. En la esquina de una calle con adoquines, frenó sin control y solo la ausencia de tránsito en sentido contrario evitó lo que podría haber sido un accidente de consecuencias fatales. Se detuvo a un costado de la calle para dimensionar lo sucedido y hacer una llamada. Se había acordado de Joaquín Serrano, recién titulado de médico y que hacía su práctica en la urgencia de la Posta Central, con quien tuvo un breve idilio algún tiempo atrás.

Minutos después de aquel llamado, Flavia recogía a Florencia en su departamento y partía rauda hacia el centro asistencial. El novato doctor Serrano ya le había comentado a su superior sobre el caso, de modo que en la puerta del centro asistencial, el joven las esperaba junto a un auxiliar con una silla de ruedas. La primera impresión de Serrano, mientras conducían a la paciente al box para ser atendida, no era alentadora. Desconociendo la génesis de los acontecimientos, el joven médico le manifestó a Flavia que era prudente contactarse con los padres de la muchacha, pues su avanzada septicemia, y por lo tanto el alto nivel de riesgo, ameritaba la pronta presencia de ellos.

En un torbellino de dudas, Flavia no fue capaz de lidiar con su impaciencia en la sala de espera y, confiando en que Joaquín la contactaría para informarle sobre su amiga, prefirió salir a caminar por los alrededores mientras se comunicaba finalmente con los padres de Florencia.

El enorme pizarrón de corcho que el inspector Pineda tenía enfrente de su escritorio sostenía un mosaico de datos, fechas y fotografías adheridas con alfileres de cabezas coloridas. En todo el contorno, la imagen de cada una de las personas involucradas en sus casos y a un costado, sus datos más relevantes. En el centro aparecían detalles que pudieran relacionarlos entre sí.

A simple vista el gráfico no mostraba particularidad alguna. Pero si se revisaba con minuciosidad, allí estaba todo lo que hasta el momento Pineda había podido recabar de cada supuesta víctima y victimario, y existía también una larga lista de datos inciertos, de apariencia fantasiosa, que se entrelazaban con los antecedentes reales. Parecía un juego, pero era la esencia de su método. Ante la falta de evidencias, el policía atribuía a cada uno de ellos características imaginarias que nacieran de una suposición lógica.

Respecto de Donato Burgos, por ejemplo, concluyó que un hombre que se traslada a la capital desde provincia, lo hace con la intención de lograr cosas mayores y, para convertir ese sueño en realidad, debe contar también con convicción y una buena cuota de valentía. Con esa lógica, Pineda adjudicaba a su perfil rasgos como soñador, apasionado, valiente. Además, tras haber conocido a la madre de Burgos y

enterarse de la frecuente comunicación entre ellos, agregó los valores de buen hijo, amante de la familia, afectuoso. Recordando que durante las charlas y discusiones que tenían en los ratos de espera, su ayudante se había declarado como un hombre provida, escribió además al costado de su fotografía, subrayado: «Antiaborto».

La ficha de Edison Ruiz se nutría de calificativos obtenidos de la misma manera: manipulador, inteligente, sagaz, ladrón, osado, entre otros.

Facundo había aprendido esta técnica cuando estudiaba leyes y tuvo la oportunidad de tomar unas clases optativas de teatro sobre estudio de personajes. Mediante una lectura acuciosa de los diálogos entre personajes, debían desprender sus cualidades, intenciones, pensamientos, sensaciones, valores, creencias, etcétera. El actor debía optar por la característica que considerara más relevante y luego ir eligiendo otras, hasta construir un perfil de lógica absoluta sobre la supuesta vida del personaje. Era lo más cercano a armar un puzle con piezas imaginarias que buscaban establecer el tramo más directo entre dos puntos, puntos que debían coincidir por la vía de la lógica. «Este método es como dibujar un árbol», les explicaba en la ocasión el profesor de actuación. Una vez dibujado el tronco, este determina la forma de las ramas y sus frutos, que por lógica deben ser armónicos en tamaño y forma. Seguramente por eso —pensaba en ese entonces Pineda—, no existe un árbol que dé sandías, porque por principios de la física se encontrarían destruidas en el piso antes de alcanzar su desarrollo.

Mediante este método adaptado a su trabajo, Facundo concluyó que si el día que Edison Ruiz salió con beneficio dominical no llegó a la pensión, era porque debía tener una pareja. Esta suposición base le permitió presumir que en casa de esa persona —pareja, amiga, compañera o amante— debió haber dejado el material que sustrajo de la Escuela de Medicina.

Si bien el caso de Leticia se desplazaba por otro carril, la confesión de Joel de que ella habría esbozado la intención de realizarse un aborto hacía que no fuera tan absurdo para el inspector suponer que ambos casos podían vincularse.

Por lógica, ningún hospital ni clínica compra instrumentos u objetos médicos robados, de modo que el confesado robo de una camilla ginecológica por parte de Edison —dedujo el inspector— debía tener como destino un lugar donde se hicieran esos procedimientos en forma clandestina. Bastaba entonces que con el correr de la investigación una o más de estas conjeturas adquirieran visos de realidad, o bien se transformaran en evidencias, para ir conformando una gama mayor de interacciones entre víctimas y victimarios que arrojaran algo de luz a los casos. El método para llegar a la verdad policial a través de la creación de un perfil de los supuestos involucrados, mezclando lo real con lo factible e incluso con lo ilusorio, le indicaron al investigador que debía aguzar la mirada hacia Edison Ruiz.

Durante un largo almuerzo con el director Boris Sanfuentes, Facundo recibió la orden diplomática, pero a la vez perentoria, de evacuar alguna solución a lo que él denominó «casos preocupantes». Su oficio también le advertía que esas

desapariciones eran demasiado prolongadas como para presumir que alguno de ellos de pronto apareciera con vida. En su análisis, el jefe incluía a Donato Burgos. Bajo tales circunstancias, sin quitarle presión y evaluando el difícil escenario que enfrentarían si la prensa intervenía antes de que existieran resultados policiales, el director le asignó poder magnánimo para investigar. Ello significaba disponibilidad económica para movilizarse, apoyo logístico, humano y profesional, autorizaciones especiales, gastos por rendir y plena libertad para llevar a cabo sus estrategias.

El llamado inesperado de Mariela lo sacó de la concentración y lo puso de bruces en otra realidad, la realidad familiar. Fue tan impactante la noticia de su exesposa sobre Florencia que dejó todo de lado para partir veloz a la Asistencia Pública.

Mariela ya se dirigía rumbo a la Posta cuando le transmitió a Facundo parte del relato de Flavia. Mientras le hablaba no pudo contener sus constantes sollozos, que adquirirían mayor dramatismo a través del celular. Ambos ignoraban en qué circunstancia Florencia había llegado a ese lugar.

Los padres de Florencia se juntaron en la recepción del centro asistencial, donde los esperaba Flavia. Apenas los divisó, corrió a su encuentro y en segundos les traspasó la inquietante información acerca de la salud de su hija.

Si el primer diagnóstico que le entregó Joaquín a Flavia fue desalentador, el segundo lo fue más aún. Mariela y Facundo sostuvieron la conversación con Joaquín Serrano en una sala de médicos que se encontraba desocupada a esa hora, y allí comprendieron los riesgos a los que estaba expuesta su hija. A partir de ese momento el reducido espacio se inundó de silencio y tristeza. Las intermitentes salidas y entradas del alumno en práctica, quien tenía acceso a la sala donde Florencia era evaluada por un grupo de doctores que definían los siguientes pasos, le agregaban al ambiente más incertidumbre aún. Cada cierto rato Mariela limpiaba disimuladamente sus lágrimas con pañuelos desechables, impidiendo que afloraran como una señal de debilidad. Facundo se paseaba con la monótona mecánica de un reo en los patios de una cárcel, y en ese ir y venir se dio cuenta de que no estaba preparado para la partida de su hija. Admitir que ese final era probable había abierto un forado en su alma, y lamentaba no haber podido socorrerla con más presteza por estar sumido en su vorágine laboral.

La sala poseía una pequeña ventana con visillo que daba hacia el patio de cemento donde llegan las ambulancias. Desde allí vio Facundo cómo los auxiliares sacaban a los pacientes que llegaban, en lo que primaba la prisa antes que la delicadeza. Los paramédicos entraron raudos en el recuadro de la ventana y se apostaron junto a la puerta trasera de la ambulancia, como una rutina que de tanto hacerse pierde en el camino su sentido. Desde el interior emergió una camilla que traía a una joven visiblemente malherida. El comentario de un accidente automovilístico quedó flotando en el aire, así como el del estado agónico de la paciente. El detective había visto morir a muchos, pero ahora su entereza flaqueaba y

no pudo imaginar cuál sería la reacción de los padres de esa joven cuando les dieran la funesta noticia.

Un leve golpeteo a la puerta lo sacó de su enajenación y entró Joaquín, esta vez acompañado por el doctor Domínguez, el médico tratante. La realidad debía enfrentarse sin anestesia. Pineda necesitaba con urgencia recobrar la cordura para no ser víctima de los vaivenes de su dolor, pero en lo íntimo se sentía a punto de sucumbir. Luego de saludar al facultativo quiso interpretar sus gestos para anticiparse, aunque fuera unos segundos, a la cruda verdad. Eso le ayudaría —pensaba— a administrar de mejor manera su emoción. Pero la nula expresión de Domínguez, más cercana a la de un jugador de póker que de un médico, le impidió ganar ese tiempo. Prefirió desplomarse en el sillón y esperar sentado la hecatombe, presumiendo que levantarse de allí sería un desafío. Evitó mirar a Mariela por temor a que su angustia la contagiara. Tenía toda la confianza puesta en ella para recibir con más valor el aciago diagnóstico que se avecinaba. Pensó que su condición de agnóstico era un obstáculo para encomendarse a un santo y que era improbable también que este le concediera un milagro sin previa inscripción.

—La situación es grave —anunció el doctor Domínguez para establecer un punto de partida—. Todo lo que ha sucedido es producto de la intervención que se hizo Florencia, y además, por razones que desconozco, ella se demoró demasiado en pedir asistencia médica.

—No sabíamos que se encontraba en ese estado —dijo Mariela, con evidente sentimiento de culpa.

—O sea, ¿ustedes no sabían que ella...?

—Sí, supimos, pero según nos contó había quedado bien —aclaró la madre.

—Bueno, ella desarrolló un cuadro infeccioso con todas las señales propias de una septicemia, que al parecer tampoco nadie percibió —agregó el médico sin eufemismos.

—Ella vive sola —intervino Flavia para explicar lo ocurrido y contextualizar los hechos—. Yo la fui a ver, la encontré mal y la traje hasta acá.

—Desde que ingresó Florencia —continuó el doctor ignorando el comentario—, nos dimos cuenta de que las posibilidades de revertir la septicemia se nos escapaban de las manos.

—Fue lo que les transmití —confirmó Joaquín Serrano.

Facundo enmudeció. Lo único que necesitaba era saber cómo estaba su hija. Si la volvería a ver o no. Pero esa incógnita se fue despejando de manera gradual a través de las palabras del médico, y el policía de pronto sintió como un escáner de hielo que barrió su cuerpo, al pensar en el tipo de sentencia que implicaba tal conclusión.

—Todo lo que le sucede a Florencia es lo que acontece por los abortos clandestinos realizados por personas no preparadas, que usan instrumentos no estériles... —afirmó el médico con un claro barniz de moraleja—. Ella llegó aquí con un *shock* séptico —agregó, como el primer indicio de un avance en el diagnóstico.

—¿Qué es eso? —preguntó Mariela desconcertada, sintiendo que todo se ponía cada vez peor.

—Un *shock* séptico es cuando la septicemia se complica y la presión baja a niveles de riesgo mayor.

El doctor Domínguez había logrado allanar el camino que valoraba y justificaba los esfuerzos más allá de los resultados.

—La situación de Florencia no es la mejor, pero debo contarles que logramos estabilizarla y si bien todavía no podemos cantar victoria, está respondiendo satisfactoriamente a la terapia intensiva a la que está siendo sometida —recitó el médico de corrido, como si interpretara un monólogo sobre el escenario.

—¿Se va a recuperar, doctor? —preguntó Facundo como para asegurarse de que lo último que había escuchado no era producto de su imaginación.

—Debo reconocer que en un momento temimos lo peor, pero ahora lo que resta es dejar que el tratamiento haga lo suyo y esperar que siga evolucionando positivamente, como lo está haciendo.

—¿O sea... está bien? —interrumpió Mariela, algo incrédula también.

—Está evolucionando.

—¿La podemos ver? —pidió ella con una expresión de velado agradecimiento.

—Florencia presentó una dificultad respiratoria producto de la septicemia. Ella está en la uci, asistida por un respirador artificial. Allí no se permiten visitas —contestó el médico en tono más conciliador—. Además, no es lo más recomendable que la vean en ese estado.

—Sí, claro, entendemos, doctor. Muchas gracias —dijo Facundo levantándose del sillón para estrecharle la mano tras la buena noticia.

—Quizás sea mejor que descansen y mañana les permito que la vean, aunque sea desde lejos.

Luego que el facultativo abandonó la sala, quedó en el aire la sensación benévola con que a menudo se describen los momentos felices. La llegada de Juan José, angustiado ante la sola posibilidad de no haber llegado a tiempo, pero con el alivio de encontrarse con las buenas noticias, puso punto final a ese día eterno.

Facundo sostenía con ambas manos la copa de Rémy Martin para lograr una mejor temperatura del trago mientras esperaba que su novia volviera desde la cocina. La idea era tener una pequeña celebración por la recuperación de su hija tras aquel episodio. Claudia, depositaria de los más íntimos sentimientos de su amado, captó con el rigor de una profesional de la psicología el traumático proceso mental que Facundo había experimentado durante la crisis de Florencia. Más tarde, la charla a solas con Claudia fue el remedo de una terapia que lo catapultó a las recónditas esferas de su vida personal. Había asumido con total convencimiento el adiós definitivo de su hija, e incluso hecho un duelo silente, cuando vio aquella escena por

la ventana que daba al patio donde llegaban las ambulancias. Entonces el posterior diagnóstico del doctor Domínguez, quien les notificó que su recuperación sería total, fue la experiencia más cercana a una resurrección, con todo lo que ello puede significar para un ser humano. Tanto, que Claudia le aseguró que ese instante lo acompañaría por el resto de su vida.

Las dos copas de champaña que bebió ella y las tres de coñac de él actuaron como estimulante para adentrarse con mayores bríos en busca de la hebra policial que le había sido esquiva. Esa noche le confesó a su compañera sobre cómo su intuición no cesaba de golpear su mente. Tras oír el plan que tenía entre manos, y que con más oficio que razón se negaba a desechar, Claudia esbozó un comentario que casi sonó a una orden: «¡Y qué estás esperando para comenzar!».

Las decenas de mujeres que optaron por interrumpir su embarazo recurriendo a Emilia, y que compartían su dirección a modo de tácita recomendación a quien lo necesitara, se referían al lugar como la «casa del jardín». El colorido, la variedad y la cantidad de flores, que aumentaba semana a semana, demostraban que Emilia le prodigaba especial cuidado. Ese espacio era como un antídoto, una suerte de compensación espiritual a su trabajo ilícito. No existía clienta que no se detuviera frente al jardín haciendo un comentario feliz antes de entrar con incertidumbre a la «sala de partos». La idea inicial de plantar en aquel terreno cinco variedades de flores que sortearan con garbo todas las estaciones del año y que recibieran con sutil esplendor a las visitantes cumplía a cabalidad ese afán.

El jardín era extenso y se extendía en medio del patio como una alfombra multicolor que operaba en el inconsciente de sus eventuales clientas como un efecto calmante ante la imagen lúgubre que por prejuicio todas imaginaban en un lugar como ese. Medía unos once metros de largo por siete de ancho y estaba dividido en dos por un pasillo central circular que —como único acceso— conducía a la sala de procedimientos. Solo al mirarlo desde arriba se apreciaba la figura de dos manos que parecían sostener la cabeza de un bebé. Era clara la intención de Emilia —un tanto patética— de representar en ese arabesco la culminación de su trabajo. De cualquier forma, para las visitantes ese inocente jardín era una sorpresa bienvenida, pero ignoraban que también era un perfecto camuflaje, ya que entre sus raíces yacían los cuerpos de Joel Carrasco y Donato Burgos.

La pequeña Esperanza, ya cerca de los cinco meses, después de recibir su alimentación acostumbra descansar en su coche, mirando ese horizonte de flores hasta quedarse dormida. Apenas el sol emprende la retirada, la rutina indica que debe ser trasladada a su cuna ubicada a un costado de la cama de Emilia. Esperanza es una niña tranquila y en exceso contemplativa. Solo ocasionalmente deja escuchar su llanto, y es capaz de quedarse quieta sin requerir atención por largos periodos. Cada vez que ejerce su oficio, su madre tiene la precaución de hacerlo coincidir con las

horas de sueño de la pequeña o con su estadía en la sala cuna. El cuidado que esta mujer le dispensa es total y su sentimiento de madre tan genuino y afectivo como si la hubiese parido. Junto a ella expresa sus gestos más tiernos y nobles. Esperanza se transformó en su tiempo de soledad en la razón de su vida.

VÍCTIMAS Y VICTIMARIOS

El Bar Nacional, atiborrado de comensales al pasar el mediodía, era el eco de muchos lamentos y también de festejos de los abogados por sus recientes logros judiciales. Facundo llegó veinte minutos antes y se encargó de pedir que el garzón trajera el cola de mono que el juez Belisario Arenas acostumbraba beber.

Unos minutos más tarde lo divisó en el momento en que entraba por la puerta de calle Bandera. Traía una animada conversación con dos colegas, a los que luego de asegurarse de que el inspector Pineda lo aguardaba en la mesa de siempre, dejó en una reunión de colegas que festejaban un cumpleaños.

El magistrado saludó al inspector con particular deferencia y alabó con un gesto su delicadeza de haber pedido oportunamente su infaltable brebaje. El tiempo de colación era breve y Arenas anticipó que no podía atrasarse, de modo que el detective lanzó sus dardos entre el primer salud y el pedido a la carta.

Según el juez, el caso que comprometía el proceso de Edison Ruiz estaba virtualmente cerrado y, dada la escasa condena que recibiría y descontándole los meses que ha permanecido preso, le restaría muy poco tiempo para quedar en libertad.

Aprovechando que el magistrado degustaba animado un jugoso lomo con puré picante, Pineda le expresó que sus análisis lo sindicaban como un tipo que, para ser primerizo, había logrado adaptarse con demasiada rapidez y autoridad en la cárcel. Bien es sabido en el medio —dijo— que personas de su nivel intelectual, y en este caso con estudios de medicina, no socializan con el resto de la población penal y guardan calculada distancia del resto de los reos.

—¿Qué me quiere decir con eso, Pineda? —esbozó el juez haciendo esfuerzos para tragarse rápido la comida que aún no terminaba de triturar en la boca.

—Los estudiosos en la materia dicen que hay dos grandes vertientes de comportamiento cuando una persona ingresa a un recinto carcelario —prosiguió Pineda como si diera una conferencia—. Una, los que se mantienen refractarios al medio, no comulgan con la mayoría y, por lo tanto, por decisión propia prefieren mantenerse al margen de cualquier actividad que los vincule con quienes mantienen el dominio y poder al interior de los recintos penitenciarios. Para entenderlo en forma más sencilla, digamos que estos son los introvertidos. Y dos, los que socializan aceptando y mimetizándose con el resto de la población como uno más. Se adaptan con notable rapidez a sus conductas, códigos, modismos y costumbres. A este proceso se denomina «prisionización». A este grupo pertenecen los más extrovertidos.

—Y debo entender que Ruiz corresponde a estos últimos —acotó Arenas.

—En efecto, pero es un tanto extraño, ya que su estadía en prisión no le produjo ningún inconveniente que lamentar.

—Entonces, ¿cuál sería su mirada al respecto?

—Que Edison actúa en beneficio de sus planes.

—No le entiendo, inspector.

—Todo indica que su estadía en la cárcel le ha sido muy beneficiosa.

—¿Beneficiosa? Debo confesar que es primera vez que escucho que a alguien le puede resultar beneficioso estar en la cárcel.

—Bueno, no sé si es el término más adecuado, pero creo, don Belisario, que Edison ha superado los rigores de estar privado de libertad con especial comodidad, y pienso que para él, más que un castigo es una forma de eludir responsabilidades delictivas de mayor envergadura.

—¿Se da cuenta de lo que me está diciendo?

—Esa es más o menos mi hipótesis.

—Solo por curiosidad: ¿por qué bien mayor él haría eso?

—Reconozco que no tengo evidencias, pero la casuística me hace pensar eso —afirmó Pineda con intencionada seriedad—. Para ser más preciso, debo decir la casuística y la intuición.

—No voy a poner en duda su experiencia policial, pero ¿qué desea de mí con esas febles premisas? ¿Quiere que lo deje más tiempo preso para que usted pueda conseguir evidencias irrefutables en su contra? —preguntó el juez limpiándose la boca con la servilleta tras engullir el último trozo de carne.

—Por el contrario, me gustaría que lo dejara en libertad antes, ya que algo me dice que él mismo me guiará hacia esas evidencias —dijo el inspector sin que se le moviera ni un músculo de la cara.

—Ignoro cómo piensa hacerlo, pero de verdad, estimado amigo, es mucho dilema para mí a esta hora —pronunció el juez con una sonrisa diplomática mientras vertía más cola de mono en su vaso—. ¡Échese usted también, no querrá que me lo tome solo!

Sentada en su vehículo, Florencia esperó en las afueras de la universidad a Flavia. Luego del cúmulo de acontecimientos que rodearon sus respectivos embarazos, se debían una conversación más distendida. Había un bache en sus clases y el casino —a esa hora con muy poca concurrencia— resultó ser el sitio perfecto para esa charla.

Flavia le contó que el estado crítico que vivió producto de la septicemia no alcanzó a llegar a oídos de su madre.

—La verdad, después de lo que viví no me importa que alguien fuera de mi entorno se entere —dijo Florencia con una madurez que se reflejaba en su rostro.

—¿Tuviste conciencia de que te podías morir?

—Sí, y lamenté mucho haberme expuesto a manos de esa señora. Yo no sé cómo es que a ti no te pasó nada.

—Lo mismo pensé yo. Fue suerte nomás.

—Te juro que me dan ganas de hacer algo contra ella.

—¿Cómo qué?

—¡Ay, no sé!, pero que más encima haya tenido que pagarle por lo que me hizo...

—Yo creo que ella ni siquiera supo que te dejó la cagada.

—¡Yo creo que sí, fíjate! Hubo un momento en que transpiraba como si hubiese corrido una maratón. Parece que la estoy viendo. Yo le preguntaba algo y me contestaba incoherencias, como no cachando nada. ¡Huevona chanta!

—De la que me salvé —comentó Flavia tomando conciencia de que ella pudo correr la misma suerte, o peor.

—¿Cuánto duró lo tuyo?

—No sé, como cuarenta y cinco minutos... creo yo.

—Ahí tienes, a mí me tuvo casi dos horas metida en ese sucucho.

—¿Tanto?

—Y se pone delantal blanco más encima para parecer doctora... Tengo ganas de que me devuelva la plata.

—¿Y crees que te la va a devolver?

—Le pasé todos mis ahorros.

—Ay, no sé si valga la pena. Esa tipa me da miedo.

La vuelta a clases de Flavia dejó la conversación a medias, pero acordaron volver a reunirse a la brevedad.

Ese domingo una llovizna tupida caía sobre la ciudad desde antes de la madrugada y se posaba en el suelo como un manto invisible que le daba un lustre vidrioso a las calles. Facundo lamentó no haberla percibido desde su dormitorio por estar sumergido en la prensa matutina, una ceremonia que solo interrumpía para prepararse un café y volver a la cama cuando no tenía de compañera a Claudia, quien esta vez se encontraba fuera de la capital en un seminario.

Mientras endulzaba el café y untaba sus tostadas con mantequilla pensando en regresar al lecho, dio una mirada furtiva a la terraza de su departamento y se percató de la catástrofe. Unos elegantes cojines traídos de Italia, el regalo que ella le hizo para su cumpleaños, se estaban mojando sin remedio. La única exigencia para ponerlos en la terraza era tomar la precaución de guardarlos en las noches de invierno. Facundo los entró con premura temiendo que el daño ya estaría hecho. Apenas los tomó para llevarlos al baño estilaron dejando una huella de goterones en el suelo. El inspector se sintió culpable y asumió que se había levantado con el pie izquierdo.

El aviso de un mensaje en su celular que escuchó mientras estrujaba los cojines desmintió su decreto. En pocas palabras, el juez Arenas le informaba que Edison Ruiz saldría en libertad el próximo jueves a las ocho de la mañana. Se le había otorgado el beneficio de salir con tres meses de antelación por buen comportamiento.

La noticia hizo que el inconveniente de los cojines italianos pasara a segundo plano y que sus planes comenzaran su cuenta regresiva sin haberlo previsto.

Esperanza salió en brazos de Emilia rumbo a la sala cuna bajo un clima frío y amenazante que la impulsó a abrirla más de la cuenta por temor a que se resfriara. No tenía compromisos para ese lunes, y el asueto obligado tras una semana agitada, en la que llegó incluso a realizar dos intervenciones en un día, le resultó demasiado prodigioso. Cuando volvió a su casa, se encontró con un sobre que alguien había dejado en su ausencia. Fue luego de prepararse el desayuno, su rutina ineludible, que se atrevió a abrirlo: «Emilia, no vengas a la visita del miércoles. No me vas a creer, pero el jueves regreso a la casa, me adelantaron la salida por buena conducta en tres meses... Te quiero, Edison».

Había esperado con ansias ese momento, pero ante su inminente llegada debía poner en orden muchas cosas que quedaron inconclusas durante su encarcelamiento. En cierto modo se había acostumbrado a la soledad. Poseía algo de ahorros y sabía que con la presencia de su pareja en la casa su rol volvería a ser secundario. Edison siempre fue impetuoso y ella presintió que luego de tantos meses de privación de libertad, esa conducta pudiera verse potenciada y, por lo tanto, intentaría agilizar los proyectos surgidos durante su encierro. No era que ella los rechazara, pero preveía que de alguna manera su ritmo se vería alterado. En definitiva, ignoraba qué tan ventajoso sería compartir el pequeño imperio que ella había erigido con su clínica. Estaba consciente de que todo el conocimiento lo había aprendido gracias a Edison, y que con esas herramientas se había profesionalizado hasta conseguir independencia en todo sentido. También admitía que junto a él habría evitado muchos traspies que por ignorancia la hicieron tropezar en su oficio. Pero sin duda lo que inclinó la balanza a su favor era que Esperanza requería con urgencia de un referente paterno.

Después de su fugaz análisis, la pronta salida de Edison le dejó un sabor agradable. Aun así, debió resignarse a que el té y las tostadas se enfriaran y que por primera vez ciertas prioridades se ubicaran por encima del desayuno. Se levantó de la mesa, dubitativa, y tomó la manguera en una acción de trivialidad absoluta para regar su jardín. Su mirada se concentró en el agua que salía de la manguera y desaparecía en la tierra, como si sus huéspedes sedientos pidieran auxilio. Se despabiló de esa suerte de pesadilla y soltó la manguera, la que como un reptil también parecía querer huir del lugar. Cuando cortó el paso del agua, recordó que aquellos inquilinos subterráneos eran desconocidos para Edison. Ahí mismo, frente al paisaje de su

jardín, les pidió en su mente a las flores —como si pudieran escucharla— que fueran cómplices de su secreto.

El sorpresivo sonido del timbre taladró sus oídos y esta vez sin pensarlo, liberada de sus fantasmas, Emilia no encontró necesario asomarse a la ventana para ver quién requería de sus servicios.

—Soy Florencia, ¿se acuerda de mí? —dijo la joven con una mirada endurecida.

—Sí, sí, pasa —contestó Emilia, intuyendo que esa visita estaba lejos de ser cordial, por lo que era mejor no exponerse a una posible discusión a la vista de los vecinos.

Florencia rechazó la atención con bebida, café o galletas, corroborando en cierto modo que su presencia allí obedecía a un motivo más crítico que amigable.

—Dime, ¿en qué te puedo ayudar? —preguntó Emilia con una medida cautela.

—Lo que sucede es que por su trabajo casi me muero —dijo Florencia sin disimular su malestar.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A que me provocó una infección y llegué de urgencia a un hospital.

—Pero ¿por qué no viniste a verme?, te habría dado antibióticos.

—Ya era tarde, tuve una septicemia y debí ser atendida de urgencia... ¿Se da cuenta de lo que es eso?

—No sabes cuánto lo siento, estas cosas pasan.

—¿Cómo que estas cosas pasan? ¿Dónde pasan?

—Estas intervenciones tienen esos riesgos, y eso puede suceder incluso en las mejores clínicas.

—¡Discúlpeme, pero los médicos me dijeron que esto solo pasa en lugares donde no se toman las medidas asépticas necesarias!

—¿Les dijiste que habías estado aquí? —se espantó Emilia sin poder evitar que su rostro fuera la imagen viva del pánico.

—Quiero que sepa que para no perjudicarla preferí ocultar esa información, pero sí supieron que me sometí a un aborto.

—Pero no dijiste nada de mí ni de este lugar, ¿verdad? —insistió la mujer, dejando en evidencia que esa era su mayor preocupación.

—Ya le dije que no.

—¿Quieres un café?, creo que yo necesito uno —Emilia se levantó del sofá—. Me disculpas, regreso en cinco minutos.

Florencia se percató de que su interlocutora estaba abrumada y que su visita había conseguido su primer objetivo. Emilia tenía agua caliente en el termo y no demoró demasiado en prepararse un café, pero ocupó unos minutos más para sopesar el trance en el que se encontraba. Tenía la extraña sensación de que la impetuosidad de su interlocutora debía ser confrontada. No quiso mostrar debilidad y reabrió la herida con especial cuidado cuando regresó al *living*.

—De verdad te agradezco que no me hayas mencionado, sabes que esta labor es delicada. Además, aunque no lo creas, es una forma de ayudar a las mujeres también —declaró imperturbable.

—Para serle honesta, por eso estoy aquí, porque en mi caso me vi perjudicada más que ayudada.

—Te dije que eso ocurre en casos aislados y de verdad lo siento, si eso alivia en parte tu problema.

—Ese es el tema, yo no vine a buscar disculpas.

—No sé, ¿qué más puedo hacer por ti?

—Quiero que me compense.

—¿Que te compense? ¿Cómo?

—Devolviéndome lo que me cobró.

—¿Quieres que te devuelva la plata?, ¿estás hablando en serio?

—Muy en serio. No es justo que yo pague por un servicio que puso en riesgo mi vida. Todo el martirio que viví por su negligencia no merece que usted me cobre.

—Yo hice mi trabajo lo mejor que pude.

—Así será, pero en mi caso su trabajo, como usted lo llama, fue desastroso.

—Yo te veo muy bien, ¿cómo sé que no me estás engañando?

—Mire, puede pensar lo que quiera, pero yo no estoy jugando con mi salud, ni vine aquí a negociar.

—A ver... —dijo Emilia más conciliadora—. Entiendo que no lo hayas pasado bien con lo que te ocurrió, pero no es necesario que te alteres.

—Y cómo quiere que le responda si primero insinúa que estoy mintiendo y ahora me dice que me comprende.

—Perdón... ¿Cómo dijiste que te llamas?

—Florencia.

—¡Florencia...! Tienes razón de estar molesta conmigo, pero el asunto no es tan fácil como tú crees.

—No me diga que se gastó la plata, porque no le creo.

—No me refiero a eso. Estoy hablando de las responsabilidades de ambas.

—No le entiendo —dijo Florencia sin bajar la intensidad de su ira.

—Si por casualidad se te pasa por la cabeza la idea de hacer público este problema...

—No he dicho nada de eso —interrumpió la joven, cortante.

—Bueno, mejor todavía... pero es bueno que sepas que ambas estamos metidas en esto y si hicieras algo parecido, nos iríamos presas las dos —dijo Emilia en lo que ya era su rutina amenazante.

—Lo sé, pero yo no vine a amenazarla. Solo quiero que se haga justicia y me devuelva lo que me cobró, ni un peso más.

—Está bien, conversémoslo, pero te pido calma porque si no, no vamos a llegar a ninguna parte.

—Dígame... La escucho.

—Necesito algunas garantías.

—¿Garantías? ¿Como cuáles?

—Que me des seguridad de que no le has contado a nadie de esto, por ejemplo.

—¡No le he contado a nadie! Ni siquiera mi amiga, la que me recomendó este lugar, sabe que estoy aquí —aseguró Florencia un poco más calmada.

—Te creo —respondió Emilia, tomando las riendas de la conversación.

—Tiene que creerme, le consta que cuando me hizo lo que... lo que me hizo, vine sola.

—Sí, tienes razón... Mira, ya que nos estamos entendiendo, ¿qué tal si conversamos más tranquilas en la cocina?, así yo aprovecho de prepararle la comida a mi hija que sale en dos horas más del jardín, ¿te parece?

Florencia, más serena, sintió que su objetivo se estaba cumpliendo, si bien le molestaba que la situación se dilatará, no le pareció prudente ponerle más piedras en el camino al asunto, pues tenía la mediana certeza de que la intención de esta señora se encaminaba a aceptar su petición.

—Bueno, la acompaño —accedió la joven—. Pero le aviso que no tengo mucho tiempo porque debo regresar a la universidad.

Emilia se encontraba en medio de un atolladero y necesitaba resolver rápido este asunto, que por un lado hacía peligrar su ansiado descanso y, por otro, ponía en riesgo la paz que merecía la llegada de Edison al hogar. Mientras tanto, le ofreció que se sentara de espaldas a la salida del pasillo, a fin de despejar el camino ante una eventual decisión más drástica.

—Entiendo que está de acuerdo con mi petición, ¿verdad? —quiso confirmar Florencia para relajarse y asegurarse de que la aparente conciliación entre ambas era real.

—Sí, por supuesto —respondió Emilia—, solo quiero que me des unos minutitos para ver si tengo suficiente dinero en efectivo.

—Pero no hay problema. Me puede dar un cheque o me hace una transferencia —propuso Florencia ignorante de la idea macabra que latía en la mente de Emilia.

—Mira, Florencia, creo que te quedó claro el resguardo que tenemos que tomar ambas con esto, ¿sí?

—Sí, claro.

—Entonces estarás de acuerdo conmigo que para beneficio mutuo no es bueno dejar como evidencia un cheque, ni menos una transferencia que después pueda ser utilizada en nuestra contra por un tercero. No sé si me entiendes...

—Entiendo —dijo Florencia inconsciente del riesgo al que estaba expuesta mientras se mantuviera a merced de los caprichos de esta mujer.

—Déjame ver en mi dormitorio si tengo esa cantidad, espérame aquí tranquila, no demoro más de cinco minutos —señaló enfática Emilia haciendo el ademán de marcharse.

—Espere, espere —exclamó de pronto la muchacha poniéndose de pie.

—¿Qué pasa? —se inquietó Emilia por la repentina reacción de su visita.

—Sabe, por la hora, me voy a tener que ir directo a la universidad y no me atrevo a andar con tanto dinero en el metro.

—Pensé que andabas en auto.

—Ando a pie, el auto lo tengo en el mecánico desde hace unos días... Dígame, ¿cuándo le conviene que vuelva sin que le cause mucho problema?

Emilia quedó un tanto anonadada ante la reacción sorpresiva de la joven y no pudo evitar un gesto de frustración que Florencia interpretó como genuina pesadumbre por su súbita partida. La decisión de dejar este embrollo para otra oportunidad abría flancos que perturbaban a la «partera». Por lo pronto, no tenía más salida que frustrar su velada intención y, ante este nuevo escenario, tener cautela para que Edison se mantuviera al margen de lo que ella hacía a sus espaldas. Fue entonces que Emilia, más fría y calculadora, enmascaró su actitud dubitativa y la presentó como un acto de gentileza hacia Florencia.

—Mira no quiero demorarte más de la cuenta. Ven pasado mañana y me organizo para recibirte temprano. Tipo nueve, ¿te parece?

—Le agradezco, a esa hora me acomoda más.

—Eso sí, y sin el ánimo de incomodarte, solo te quiero pedir nuevamente que todo esto quede entre nosotras... ¿Me lo prometes?

—Se lo prometo —aseguró Florencia dirigiendo el movimiento de su cuerpo hacia la salida.

—Te acompaño.

A Edison le bastó escuchar el término pronunciado por el gendarme que le avisó de su pronta libertad, «beneficiado por buena conducta», para sentir que tenía bien ganado ese derecho. Sin duda, su rápida adaptación al régimen carcelario fue evaluada positivamente y resultó ser beneficiosa para sus planes. Nunca presentó problemas de comportamiento ante sus celadores y logró en tiempo récord la admiración y el respeto de sus pares. En el ambiente carcelario, con el fin de obtener ventajas, hizo correr el rumor de que había alcanzado a terminar sus estudios de medicina antes de ingresar a prisión. En definitiva, quedó la idea de que solo tenía pendiente la obtención del título para convertirse en médico. A partir de esa soterrada manipulación, la mayoría de los reos comenzó a llamarlo el doctor Ruiz.

Durante los meses de encierro, decenas de internos y se beneficiaron de sus diagnósticos exprés, y fueron todos esos «pacientes», junto al resto de la población penal de su calle, quienes se organizaron para prepararle un sentido adiós.

El responsable intelectual de su salida adelantada en tres meses, Facundo Pineda, permaneció horas frente a su gráfico, reordenando las piezas que según sus lineamientos podrían visibilizarse con Edison libre. La fallida experiencia anterior le

hizo tomar recaudos y se preparó para no perderlo de vista desde el mismísimo momento en que saliera de la cárcel hasta que llegara a su destino.

Aún tenía un par de días para afinar detalles. Presentía que su objetivo, de cumplirse, no daría resultados inmediatos y que su éxito dependía de mucha disciplina y acuciosidad. Consideró la posibilidad de trabajar con un ayudante, pero luego de revisar una y otra vez su esquema, se percató de que las primeras acciones requerían de una sola persona y, por lo tanto —pensó—, contar con alguien más solo podría entorpecer la operación. El registro de las visitas que recibió Edison durante su estadía en prisión no dejaba de producirle curiosidad. De vez en cuando lo visitó una mujer, pero no lo hizo en más de dos o tres ocasiones, una frecuencia ínfima —se decía el inspector— que no calificaba como para validar un análisis serio. La apuesta de Pineda era que los movimientos de Ruiz en libertad revelaran lo que este exestudiante de medicina ocultaba con paciencia oriental. El policía estaba consciente de que si Edison estuviera frente a una ruleta, apostaría sus fichas a un pleno. Con esa analogía se refería a que el sospechoso parecía jugársela por depositar todo su capital a un solo número, vale decir, que su aparente indiferencia al estar privado de libertad no se debía a las comodidades que ofrecía el recinto carcelario sino, por el contrario, a que era capaz de soportar esa situación porque tras ello debía existir un beneficio mayor para él.

El detective recordó haber participado, en sus inicios profesionales, en una visita a la cárcel donde compartió una tarde con un reo que durante la conversación relató una historia que él jamás olvidó. Un ladrón de banco —contó— recibió cinco años de cárcel y nunca confesó su responsabilidad en los hechos. Aseguraba ser inocente cada vez que fue conminado a declarar. Aceptó con estoicismo el encierro hasta que fue dejado en libertad por buena conducta dos años antes de cumplir su condena. En el aire quedó la sensación de que la justicia lo había castigado sin razón. Una vez libre, fue vigilado durante tres meses a diario y en forma permanente, esperando que en su necesidad de dinero acudiera al lugar donde tenía escondido su botín, pues siempre se mantuvo en duda su virtual inocencia. Nunca se le vio en maniobras extrañas, y para ganarse el sustento se convirtió en obrero textil. Años más tarde, fue visto en otra ciudad gozando de privilegios económicos que no se podría haber permitido ni ahorrando su sueldo completo por cincuenta años. El relato salió de boca de un cómplice de menor envergadura, quien lo habría acompañado en el robo como «sapo» (persona que avisa si se acerca un extraño) y que aseguró que cuando ese hombre, de paciencia oriental, tuvo la certeza de que ya nadie lo seguía, recién ahí echó mano del cuantioso botín que había dejado descansar por años, y gozó tranquilamente de aquel dinero, pese a su ilegalidad.

Florencia compartía con sus padres su horario de clases, de modo que ese martes, cuando salía de la facultad, no se sorprendió al ver estacionado el vehículo de

Facundo en el mismo lugar de siempre, de espaldas a la salida de la universidad. Era una rutina que había quedado en pausa debido al demandante trabajo de Pineda en los últimos meses y que no habían alcanzado a reactivar. Sin duda, esta vez él quería sorprenderla, pero ocurrió lo contrario. La joven, al ver su llamada perdida, marcó su número telefónico y —sin que él la hubiera visto— se detuvo detrás de su auto esperando que respondiera. Facundo le dijo que la estaba esperando para retomar la costumbre de almorzar juntos y preguntó, dubitativo:

—¿Crees que a la salida de clases puedas aceptar mi invitación?

—Si me das un segundo para ver mis compromisos te respondo —dijo ella y, siempre sin ser descubierta, se acercó hasta la ventanilla del vehículo para gritarle casi al oído—: ¡Sí, puedo!

Facundo llegó a soltar el celular con su inesperada aparición. Tras las risas, partieron juntos hacia un restorán de Vitacura que solía tener mucha concurrencia a esa hora, por lo que, confiando en que su hija no rechazaría la invitación, había reservado con antelación una mesa. Padre e hija abrieron la charla profunda en el mismo instante en que el garzón les llevó su pedido.

—Me dijiste que quedaban congeladas estas juntas hasta que terminaras tu trabajo.

—Así es.

—O sea, ¿ya terminaste?

—Estoy en eso.

—¿Cómo así?

—Vine por trabajo.

—Ah, entiendo... ¿Y en qué le puedo ser útil, señor inspector? —preguntó ella en tono actoral.

—No me atreví a preguntarte antes por todo lo que te sucedió. Pero ahora que vuelve todo a la normalidad necesito que me ayudes.

—Dime.

—Sabes bien que por ética nunca acostumbro a inmiscuir a mi familia en mi trabajo. Lo que quiero preguntarte en alguna medida transgrede ese límite, pero ahora debo seguir una máxima de mi oficio, que es «No hay peor diligencia que la que no se hace» y que creo que me induce a hacer el intento.

—Intuyo para dónde vas, pero dale.

—Quiero saber quién te hizo la intervención.

—Sabía que tu obligación profesional era preguntármelo y, a la vez, conociéndote, sabía que tendrías cautela al hacerlo. Por eso te quiero y respeto, papá.

—¿Y bien...?

—Mira, seguramente al igual que a ti, me molesta demasiado que exista gente que se mete a hacer algo que no sabe y que más encima cobra por ello. Cuando me conseguí esa dirección me imaginé que era una profesional, poco menos que una doctora.

—Ah, era una mujer —dijo Facundo, sorprendido.

—Sí, una mujer —confirmó Florencia desconociendo el motivo de su asombro.

—Lo más probable es que lo que pasó contigo le debe haber pasado a muchas.

—Mira... cuando me empecé a recuperar y a evaluar la situación en la que estuve, me surgió la idea de que me devolviera la plata que me cobró.

—No lo hagas, no vale la pena arriesgarse con esa gente. Además, no creo que te la vaya a devolver. Seguramente te dirá que ella hizo lo que tenía que hacer y que lo tuyo ocurre una vez entre mil.

—Veo que te las sabes por libro, eso más o menos me dijo.

—¡Fuiste a verla! —se alarmó Facundo.

—Sí... y le dije todo lo que pensaba. Al principio se empezó a justificar, pero al final aceptó devolverme el dinero. No quiso hacerme un cheque ni una transferencia porque dijo que eso dejaría una evidencia que la podría comprometer... y la entiendo. Pero eso está okey. Me tendrá el dinero en efectivo a partir de hoy, aunque no sé si vaya porque justo me pusieron una prueba.

—Yo estoy con varias cosas pendientes y tener ese dato —señaló Facundo— me puede ser muy útil, nunca está de más, aunque no para ahora necesariamente.

—Pero no me gustaría que te dejaras caer tan pronto después de que me devuelva la plata. Como en un momento se sintió amenazada, seguro sospecharía que yo la denuncié.

—¡Sí! Tienes razón. Hay que esperar por lo menos un mes.

Capítulo veintidós

ESTA VEZ NO SE ESCAPA

Prescindiendo de esa suerte de disfraz que usó en la ocasión anterior, Facundo no tenía inconvenientes esta vez en otear desde el interior de su auto el frontis de la cárcel, ya que había tomado la precaución de polarizar transitoriamente los vidrios.

Se encontraba parapetado allí desde un cuarto para las ocho de la mañana, esperando la salida de Edison en libertad. Suponía que en esta oportunidad le sería más fácil reconocerlo ya que su salida no sería en grupo. Lo haría solo.

La media hora de retraso puso algo de dramatismo a su espera. Para su fortuna, a esa hora era más la gente que entraba por la puerta principal como para pensar que Ruiz pudo habersele pasado. No terminó de pensar en ello cuando lo divisó salir cargando un abultado bolso y emprender el mismo rumbo de la otra vez, es decir, por la calle Pedro Montt hacia la estación de metro Rondizzoni. Le fue más fácil reconocerlo pues se había afeitado la barba. Consciente de sus pasos, Facundo Pineda se adelantó y dejó su auto estacionado en las proximidades de una gasolinera a metros de la entrada al metro. Lo tenía muy planificado e incluso había hecho previamente el ejercicio de contabilizar el tiempo. Ocuparía tres minutos en llegar, de modo que lo haría antes que Edison. En efecto, cuando él ya se encontraba en el interior de la estación, el joven se acercó a la ventanilla y sacó su boleto. El inspector, cerciorándose de esa maniobra, se dirigió al andén en la seguridad de que en segundos el exestudiante de medicina haría lo propio. Constató que no sospechaba ser objeto de seguimiento; su actitud era muy distendida y su actitud corporal estaba lejos de ser la de una persona que se siente vigilada.

El inspector esperó que Edison Ruiz subiera primero al vagón, y la gran cantidad de pasajeros que a esa hora ocupaban el metro fue clave para pasar inadvertido. No le despegaba la mirada. Se ubicó a menos de dos metros detrás de él, de manera que solo los separaba un grupo de estudiantes que parecían tener la intención de bajar en la estación Los Héroes, donde —estimaba el policía— bajaría más de la mitad de los pasajeros para hacer trasbordo. Así ocurrió, y Facundo debió alejarse de su presa hacia el interior del carro para evitar ser visto. Desde allí debía tener la precaución de poder verlo. De cualquier modo, se sorprendió al ver que se bajaba en Santa Ana, la siguiente estación. No pensaba que su destino estuviera tan cerca. Consideró que en esos barrios sería más fácil seguirlo y que su presencia sería menos visible por la cantidad no despreciable de estudiantes, trabajadores de tiendas y personas que acudían al Registro Civil que pululaban por el sector. Preocupado de no perderlo de vista al adentrarse en las calles interiores, un tanto más calmas, de pronto cayó en la cuenta de que se encontraba en la calle Santo Domingo, muy cerca del café que fuera

la guarida y el punto de reunión con Donato Burgos, en los inicios del caso. Esta circunstancia le pareció —sin razón aparente— una señal halagüeña a Facundo, quien se mantenía en la persecución de Edison. Esto, a pesar de que su objetivo le llevaba una media cuadra de ventaja, le permitía tener una visión general del entorno y un total control ante un movimiento sorpresivo de su parte.

De pronto Edison disminuyó la velocidad de su caminar y pareció reconocer el ambiente. Sin duda —pensó el detective—, su destino estaba próximo.

En efecto, en la cuadra siguiente el joven se detuvo ante una puerta y tocó el timbre. El inspector, quien caminaba por la vereda de enfrente, se atrevió a acelerar un poco más el tranco para no perderse el momento en que le abrieran la puerta. Emilia, por su parte, quien tenía todo preparado, lo hizo pasar de inmediato sin olvidar mirar a ambos lados antes de cerrar la puerta de calle.

Desde afuera Facundo logró corroborar que se trataba de una mujer. En el interior de la casa, el abrazo fue extenso y las caricias también.

El inspector se llenó de satisfacción al haber descubierto, al parecer, su nuevo domicilio. De ahí en adelante —pensaba— sería cosa de no dejarse abatir por la impaciencia. Merodeó por los alrededores de la casa, imaginando los distintos escenarios que podrían suceder. Si Edison no salía en la próxima hora, era señal inequívoca de que allí era donde vivía. La probabilidad de que, como pareja, arrendaran un cuarto en esa casona era alta, pero si se trataba de un hostel clandestino o un conventillo, el tránsito de personas sería más abundante. No despegó la mirada de la casa por el lapso de una hora, durante la cual nadie entró ni salió desde el interior. Ello conformaba un escenario más propicio para su plan. Tras considerar que había cumplido con éxito su primera etapa, Facundo regresó a buscar su vehículo dejado en las cercanías del centro penitenciario.

Los meses de separación no fueron pocos y el deseo mutuo los hizo posponer el generoso desayuno que esperaba sobre la mesa de la cocina, para dejarse llevar por la necesidad de reconocer sus cuerpos. Emilia y Edison decidieron ignorar a cualquier visitante que osara importunarlos a esa hora. Si hubiera aparecido alguna clienta tocando el timbre en esos instantes, la súplica no tendría respuesta, porque los amantes son sordos y desinteresados mientras rasguñan las estrellas.

Al día siguiente, muy temprano, Pineda consiguió palco para lo que se avecinaba. Estacionó a unos veinticinco metros de la casa, asegurándose de que nada ni nadie le obstaculizaran la visión. Confiado como un pescador que lanza el anzuelo con su mejor carnada, estaba preparado para hacer guardia frente a la casa, en la certeza de que más de algo pescaría. Para su fortuna, no pasó mucho rato hasta que esa puerta se abrió. De allí salió una mujer con una guagua en brazos —sin duda, su hija, pensó él— y partió hacia la esquina, donde dobló en dirección al sur. El policía no pudo inferir con certeza si era la misma mujer que lo había recibido el día anterior. Si así fuera, significaría que ese bebé podría ser de Edison y con ese dato el panorama se enmarañaba. Unos veinticinco minutos después, la mujer regresó por donde se fue,

pero sin el bebé. Era obvio que había ido a dejarla a una sala cuna. No obstante, esa pieza del puzle no cuadraba con su perseguido. La mujer no tocó el timbre, entró a la casa con una llave que sacó de su bolso. Si esta casa se arrienda a inquilinos —pensó el inspector—, por la hora ya debiera haber salido más de alguno a su trabajo u otras actividades. Cobraba entonces fuerza la hipótesis de que ella vivía allí sola con su hija.

De pronto una señora con una adolescente vestida de uniforme escolar y una holgada parka —al parecer, su hija— aparecieron frente a la puerta de la casa, en el momento justo en que él distrajo la vista para comer una mitad de sándwich que había llevado, presumiendo que la jornada sería larga. Tocaron el timbre dos veces, pero nadie salió. Todo era muy curioso y difícil de interpretar. Tampoco se entendía por qué su llamado a la puerta no había tenido resultado.

En el interior, Emilia corrió un poco el velo de la ventana para observar a las inesperadas clientas. Confiada en que volverían, decidió no abrir la puerta, ya que estaba sosteniendo con su enamorado una conversación sobre su futuro.

—¿Quién era? —preguntó Edison.

—Una mamá con su hija. No les abrí... Volverán.

—Si vienen recomendadas volverán —ratificó Edison con cierta displicencia, ya que su mente estaba en otra cosa.

—Tú sabes mejor que yo cómo es esto.

—¿A qué te refieres?

—Yo creo que sería bueno implementar mejor este lugar, para eso me alcanza, pero sé que tú estás muy entusiasmado con la idea de vender esta casa y comprar otra...

—¿No te gusta la idea?

—Sí, claro, pero no tengo tanto dinero ahorrado.

Edison dejó la taza con café en el platillo y por primera vez durante la charla la miró a los ojos, regalándole una sonrisa.

—¿De qué te ríes? —preguntó Emilia temiendo haber dicho algo impropio.

—Tenemos muchas cosas pendientes que conversar. Esperaba que el momento se fuera dando de a poco, pero ya que me apuras quiero empezar por el principio.

—Simplemente te pregunté de qué te ríes...

—Me río porque estoy feliz de volver a verte y sé que has sido muy leal conmigo. De verdad te eché mucho de menos en la cárcel.

—Tú no quisiste que fuera a verte.

—Sí, pero era parte de mi plan.

—¿De tu plan?

—Este encierro era necesario y el hecho de que fueras a verme podría haber echado todo por tierra.

—Disculpa, Edison, pero no te olvides que yo no soy tan rápida como tú y las cosas las entiendo cuando me las explican con calma, y ojalá con los deditos.

—¡Cómo quieres que no me ría! A ver, ¿por dónde empiezo?

—Me dijiste que ibas a empezar por el principio.

—Emilia... —dijo Edison dándole un aire ceremonial al instante—, quiero pedirte la mano.

—Por favor, Edison, hablemos en serio.

—Estoy hablando muy en serio, mi amor. Te estoy pidiendo que te cases conmigo. Este es el principio.

Emilia quedó perpleja y guardó un profundo silencio.

—Sé que no te lo esperabas, pero tenía que decírtelo —agregó Edison, conservando la sonrisa en su semblante.

Ella, aún impactada por lo que estaba sucediendo, no era capaz de emitir palabras. Edison le tomó las manos y sin dejar de mirarla a los ojos volvió a la carga.

—Emilia, eres la mujer de mi vida... ¿Te quieres casar conmigo?

—Sí... —respondió la mujer en tono casi inaudible.

—No te escucho —insistió Edison mientras ella tragaba saliva para aclarar su garganta.

—¡Sí! ¡Sí quiero! —repitió Emilia y se levantó para abrazarlo y darle un largo beso—. Se desprendió de su cuerpo algunos instantes después y se limpió los ojos llorosos con una servilleta.

—¿Te sirvo otro café? —le ofreció a su enamorado, para volver a la normalidad.

—Bueno... Con algo tenemos que brindar —aceptó Edison, también motivado por la necesidad de otorgarle cotidianidad al momento.

Emilia se enamoró de Edison desde el día que lo conoció, pero por un sentido de autodefensa nunca albergó la esperanza de llegar a tener una relación estable con él. Lo encontraba demasiado inteligente y sabía que se convertiría en un gran médico, por lo que su permanencia como pareja estaría condenada a expirar cuando sus logros se consolidaran. En definitiva, tenía conciencia de que él literalmente la usaba para cumplir sus metas. Por eso, su afecto genuino estaba cubierto por una racionalidad que le impedía entregarse por completo. Siempre imaginó su vida futura en soledad. No creía poder relacionarse afectivamente con otra persona que no fuera Edison pero, a la vez, lo mantenía a distancia para no sufrir demasiado cuando el adiós se materializara. A manera de compensación le bastaba saber que ella habría sido un eslabón para que él alcanzara sus propósitos.

Por eso esta mujer se aferró a Esperanza, pues con ella no quedaría sola cuando Edison partiera. Con esta convicción, una propuesta matrimonial parecía un despropósito. No la esperaba, no estaba en sus planes ni alcanzó a desearla.

Ahora buscaba afanosamente las razones que habrían producido en él ese cambio, ya que el haber aceptado la propuesta de matrimonio también le daba otro sentido a

su vida. Pero no las encontró. Más allá de las conjeturas, lo cierto es que por primera vez ella sentía que dejaba de ser un objeto en la mente de su amado.

Edison y Emilia se sentaron frente al jardín para comenzar a ordenar sus planes para la nueva etapa que iniciaban.

—Lo que hiciste con este lugar es maravilloso —dijo Edison elogiando el jardín.

—Todas estas flores duran todo el año. Las elegí por eso —señaló Emilia, sorprendida por el comentario de Edison, que jamás se fijaba en esas cosas.

—Cruzar por el medio de este jardín puede ser hasta energético para las mujeres que vienen, ¿no? Y me gusta esa forma que le diste... ¿Qué representa?

—Tonteras mías, hasta ahora nadie ha logrado descifrarlo... es lo que quería también. Lo importante es que al menos no pasa inadvertido. Bueno, ¿qué me ibas a decir después de lo primero?

—Que tenemos que dejar esta casa.

—De acuerdo —dijo ella—, creo que sería bueno para nosotros comenzar de nuevo, juntos y en otro lugar, pero para eso debíamos trabajar el doble.

—Emilia, quiero que a partir de ahora no existan secretos entre nosotros.

—¿Por qué dices eso? ¿Estás pensando que te oculto algo?

—No... por el contrario, hablo por mí.

—¿Me has ocultado algo?

—Sí... Cuando te dije hace un rato que estar en la cárcel fue en cierto modo mi plan, es porque estaba pensando en nuestro futuro. Sabes que la base de nuestra infraestructura la saqué de la escuela, y declaré ante el director que yo había sustraído la camilla ginecológica, asumiendo toda la responsabilidad.

—A decir verdad, siempre me pareció un poco apresurada esa confesión.

—Lo fue, pero sentía que si me declaraba culpable, me dejarían tranquilo y no seguirían investigando. Así mantendría a la policía alejada de este lugar y no nos acusarían, además, de dedicarnos a esto.

—¿Por eso no querías que te fuera a ver a la cárcel?

—Claro, si te relacionaban conmigo, te habrían seguido y hasta ahí habrían llegado nuestros planes.

—O sea, ¿no saben que ahora vives aquí?

—Siempre di la dirección de la residencial y hablé con la dueña para que dijera que vivo allá; incluso dejé algunas cosas en la bodega. Por ella supe que el «tira» a cargo del caso me fue a ver a la pensión y no me encontró. ¿Me entiendes ahora?

La conversación tomó ribetes desconocidos por Emilia, que obviamente le hicieron sentido, pero por alguna razón intuía que tras esa confesión existía algo más.

—Antes de morir, mi padre me llamó un día y me entregó dinero para que yo terminara mi carrera sin problemas económicos.

—¿Me estás diciendo que siempre tuviste dinero?

—Era para pagar mis estudios y le prometí a mi padre que solo lo gastaría en eso.

—¿Y dónde tienes ese dinero?

—Lo fui ahorrando en dólares para que no se desvalorizara y temí dejarlo aquí suponiendo que revisarían toda la casa si se dejaban caer.

—¿Dónde está?

—En el cementerio.

—¿En el cementerio?

—Cuando se nos murió la novia de este pendejo que viene siempre a preguntar si sabemos algo de ella, no me acuerdo cómo se llama...

—¡Joel!

—Ese, Joel. Junto con las partes de su cuerpo que trasladé al cementerio, aproveché de llevar la caja metálica con ese dinero.

—¿Y lo pusiste en la misma tumba que su cuerpo?

—Si nunca han encontrado los restos de ella, nunca encontrarán esa caja tampoco.

—¿Y cuánto es?

—Hay que calcularlo al valor del día, pero es suficiente para que empecemos una nueva vida.

—¿Y no era mejor ponerlo en el banco?, te habrían dado intereses más encima.

—Se supone que yo no trabajo y no tendría cómo justificarlo... y si declaraba que mi padre me lo donó, tendría que haber pagado impuestos.

—¿Y cuándo piensas sacarlo?

—Las cosas han cambiado, ya nadie nos molesta y necesitamos irnos de aquí pronto. Quiero ir a sacarlos ahora.

—¿Ahora? Pero en el día anda gente en el cementerio.

—¡No! Ese lugar es como un cementerio dentro del cementerio. Se llama Patio de los Disidentes, y no va nadie. Todas las sepulturas tienen cerca de un siglo. No existen familiares vivos de los que están enterrados ahí.

Un mar de dudas y una serie de preguntas quedaban en la mente de Emilia, pero al menos veía en la actitud de Edison una postura más acorde con su condición de futuro marido. Es decir, era manifiesta su intención de asumir en consecuencia.

Mientras se arreglaba para acompañarlo al cementerio, su contradicción vital era el sentimiento genuino que tenía hacia la víctima enterrada en aquel lugar. La imagen de Leticia la asaltaba en algunas noches de insomnio y se atrapaba con ella hasta el amanecer. Desde hacía algún tiempo esas apariciones eran frecuentes y en esos pasajes oníricos la joven le imploraba misericordia. A la luz del día el raciocinio le indicaba que eran solo pesadillas, pero cuando la oscuridad empezaba a caer, sufría en carne propia el dolor de Leticia, a tal punto sentía reales aquellos sueños.

Por eso esta vez, con el convencimiento de que se encontraría más cerca de ella, decidió aprovechar la ocasión y en la responsabilidad que le cabía por su inesperada muerte, a su manera le pediría perdón. Fue al jardín y cortó las flores más bonitas que encontró para hacer un ramillete y llevarlo a su morada, en un gesto inexplicable de

compasión hacia la joven. Edison, en tanto, llenó su mochila con una serie de herramientas y avisó a viva voz que estaba listo.

Facundo, en el interior de su vehículo, consumió antes de lo previsto todo el café que contenía el termo. Llevaba un par de horas sin que nadie inquietara su visión hasta que la puerta de calle se abrió. Vio salir a Edison y luego a la madre del bebé, que a juzgar por las apariencias era para Ruiz más que una amiga. El detective no alcanzó a sopesar el mérito de esa probabilidad cuando vio que ella sacaba una llave de su bolso y le daba dos vueltas a la cerradura de la puerta. «Definitivamente en esta casa no vive nadie más», se dijo el policía con satisfacción.

Edison y Emilia emprendieron rumbo al cementerio sin darse cuenta de que sus pasos eran rigurosamente vigilados. El día se confabuló a favor de esta pareja, ya que una tupida garúa que desocupó las calles de gente hacía prever que en el camposanto la concurrencia sería aún menor.

Pineda, al ver que se dirigían abrazados rumbo al metro, optó por dejar su vehículo a una cuadra de la estación Santa Ana. Esta vez demoró en estacionarlo y debió acelerar sus pasos ya que la pareja le sacó ventaja. Facundo advirtió que debían tener una razón poderosa para salir de la casa con amenaza de lluvia. El inspector recuperó la visión de la pareja y, distante unos cien metros de ellos, los divisó en el instante justo en que entraban al metro. A esa hora el panorama en la calle estaba despejado y el policía aprovechó de correr para que no se le escaparan. Una vez dentro de la estación, los observó cruzar el pórtico validador con mucha premura para alcanzar el tren que recién comenzaba a detenerse. Se desplazó también lo más rápido que pudo para tratar de alcanzarlos. A la distancia logró ver que Edison y su compañera entraban a uno de los primeros vagones del tren y comprendió que, si él no accedía al más cercano, los perdería. Aplicó el último envión antes de que se cerraran las puertas. Ya en su interior respiró hondo y, gracias a que no era un horario de alta congestión, pudo desplazarse con algún grado de facilidad. Debía, no obstante, tener cautela y hacer un acabado registro visual antes de moverse por los vagones. Si Edison lo reconocía, su estrategia simplemente se haría añicos.

En medio de sus cálculos, recordó que la pareja de Edison llevaba consigo un ramo de flores. Ello le hizo deducir que muy probablemente su destino era el cementerio. Por los parlantes interiores se advirtió a los pasajeros que la siguiente detención sería Cal y Canto y, en tal caso —si su conclusión de que iban al cementerio era acertada—, debería descender en la subsiguiente. También concluyó que no tenía tiempo para alcanzarlos, por lo tanto, su única alternativa era correr el riesgo y apostar a que se bajarían en la estación Cementerios.

Así lo hizo y desde que pisó ese andén no despegó la vista de los primeros carros, pero no lograba divisarlos. Si ellos continuaban su viaje, estaba preparado para subirse de nuevo al vagón. Pero eso no fue necesario, ya que Ruiz y su pareja fueron

los últimos en salir del tren, seguramente —pensó Facundo— para evitar la aglomeración que se genera en las puertas y que el ramillete de flores se dañara.

Los siguientes pasos del trámite fueron menos complicados. El policía se limitó a seguirlos muy de lejos, seguro de haber acertado a su destino. Tuvo incluso la precaución de comprar su propio ramo de flores, para no dejar dudas de que su objetivo en aquel momento era visitar a un ser querido. La lluvia aún no se largaba y se podía caminar por las calles del camposanto sin paraguas y sin levantar sospechas de un objetivo subrepticio, como lo era el suyo en realidad.

Con el ramillete de flores en ristre y avanzando por un pasillo interior de sepulturas que le permitían pasar inadvertido, Facundo seguía en paralelo a Edison y su pareja, que se desplazaban por otra de las calles del cementerio. Desde luego, los veinte metros de ventaja que les había dado le permitían un plano amplio y seguro desde atrás.

Los observó detenerse frente a la entrada del Patio de los Disidentes. Lo propio hizo Pineda, agazapándose detrás de un panteón para registrar cada uno de sus movimientos. A la distancia los vio hablar un momento y después Edison dejó a Emilia afuera, quizás con la misión de hacer guardia, seguramente —pensó— para que le advirtiera si aparecía algún extraño.

Desde su posición y gracias al silencio reinante, esa mañana Facundo Pineda logró percibir ruidos de cincel y martillo desde el interior de aquel lugar, que más bien podían deberse al trabajo de un artesano en piedras, algo muy propio del lugar. El sonido se escuchó en forma continua por un largo rato. La pareja de Edison, que se mantenía de pie con su mano erguida sosteniendo el ramillete, cambió de actitud al ver a un tipo con un balde aproximándose. El detective la vio ingresar rauda y de inmediato se apagó el ruido de las herramientas. El sujeto del balde se detuvo unos metros antes del Patio de los Disidentes, frente a un surtidor de agua, abrió la llave, llenó su recipiente y emprendió la retirada por donde mismo llegó.

Veinticinco minutos más tarde el exestudiante apareció en escena, cargando sobre su espalda la mochila y, en la mano, algo que desde lejos parecía una caja metálica. Nuevamente, los dos conversaron unos minutos y le tocó a ella el turno de ingresar. Ahora Edison cumplía la misión de eventual guardia, y Facundo no dejaba de impresionarse por el sigilo de sus movimientos, que según él eran más propios de una operación encubierta que de una visita a un familiar fallecido.

Entretanto, este hombre abrió en dos oportunidades la caja de metal y, embelesado, como si se tratara de un bebé en una cuna, miró su interior. Pasaron trece minutos exactos hasta que ella volvió para reunirse con él. Obviamente, ya no traía consigo el colorido ramillete. Esta vez no se les vio emitir palabras y juntos caminaron hacia la salida con una mueca de satisfacción. Por unos segundos dudó entre continuar siguiéndolos, o bien, revisar las huellas de su presencia en el Patio de los Disidentes. Optó por lo segundo.

El inspector no conocía aquel sector que, en efecto, era como un minicementerio dentro del gran Cementerio General. No había nadie en su interior y Pineda, con una curiosidad casi infantil, comenzó a deambular por sus pasillos tratando de descubrir qué podrían haber ocultado Edison y Emilia con tanta discreción en aquel lugar, o qué razón poderosa los llevó a tomar tantas providencias para mantenerse en opaca sinuosidad. En la somera ronda que hizo por entre las menudas criptas de este patio que alberga algo más de dos mil quinientos muertos, no detectó nada extraño a simple vista. Fue durante el segundo recorrido que su mirada se enfocó en las únicas flores frescas que yacían sobre una lápida. Parado junto a ella, revisó la data de muerte que tenía inscrita: «Octubre 6 de 1875. Rev. J. Manuel Ibáñez Garmendia».

¿Cómo es posible —pensó— que alguien visite a un familiar fallecido hace casi un siglo y medio? A menos que fuera su tatarabuelo, pero aun así las cuentas no le cuadraban. El hallazgo lo hizo mirar las sepulturas vecinas y así se percató de que algunas pertenecían al siglo XIX, y la mayoría no pasaba de mediados del XX. Sin duda este era un dato curioso.

La lluvia prometida comenzó por fin con unos goterones gruesos que crecieron con inusitada rapidez, al punto que Facundo debió olvidar su análisis y literalmente correr en busca de un sitio para protegerse del aguacero. Junto a una media docena de visitantes del cementerio y transeúntes de avenida la Paz, quienes vivieron la misma experiencia, se cobijó en la entrada principal esperando que la lluvia amainara. Pero tras un cuarto de hora en que el cielo se negó a modificar su estado, decidió llamar un taxi y regresar a su departamento para cambiarse de ropa.

El chocolate estaba demasiado caliente, Claudia se lo advirtió cuando llegó con la bandeja. Los dos soplidos que echó Facundo a la superficie del líquido no fueron suficientes, cuando ya se había llevado la taza a la boca, tan confiado. Luego del grito espontáneo que emitió con su labio superior adherido al borde del tazón, vino el consabido «¡Te lo dije!» pronunciado por Claudia. Ella trató de enmendar el accidente y dudando de las bondades sanadoras del único ungüento que poseía a mano, engrasó la parte quemada con mantequilla de cacao.

La lluvia, que a ratos parecía bramar, hizo que ella saliera más temprano de su trabajo y que Facundo no volviera al suyo. Los pormenores que rodearon el regreso de Edison a la vida libre, de los cuales ya estaba enterada, le otorgaron méritos a esta junta circunstancial.

Claudia no tuvo opinión respecto de la conexión de Ruiz con esa compañera que llevó al cementerio. Tampoco le encontró sentido a su misteriosa permanencia en el interior de aquella aislada zona del cementerio. No esperaba tanto misterio, pero fue la palabra que utilizó para definir lo que pudieron estar haciendo ambos en ese lugar.

Facundo elucubraba sobre la caja metálica que cargaba Edison, admitiendo como factible que se la haya encontrado. Alguien pudo dejarla olvidada —dijo— y de ahí

su curiosidad por mirar dentro de ella. Pero a Claudia le parecía más lógico —si hubo ruidos de trabajo durante su permanencia en ese sitio— que la haya tenido guardada ahí. Su posible contenido era lo que más intrigaba al policía y su novia, cuya hipótesis sobre la caja respaldó Pineda, por la discreción que ambos tuvieron durante la presunta misión de rescatarla.

De todos modos, el detective sentía que si bien las evidencias que esperaba aún no emergían, ahora estaba más cerca de aquello que pretendía encontrar.

Un sorpresivo llamado de su amigo forense del Servicio Médico Legal le informó que acababa de enviarle por correo el resultado del estudio que se le había practicado a la extremidad superior encontrada en las fauces de un perro en el cementerio.

Claudia desconocía este episodio un tanto macabro, y luego que Facundo le hizo la reseña, ella lo consignó como algo más bien anecdótico, sin incidencia gravitante para la investigación. Pero al leer el correo que recibió su enamorado, su parecer cambió en forma radical. El mensaje decía: «El brazo en cuestión, en un porcentaje del 99% pertenece a una persona del género femenino, y en un porcentaje superior al 65% se puede afirmar que el desmembramiento de esta extremidad del tronco, debido a las características del corte, habría sido realizado por alguien que sabe manejar instrumental médico. Respecto a la edad de esa persona, oscila entre los 20 y los 25 años».

El inspector tenía integrada de alguna manera en su análisis la información recibida, pero no lograba conectarla con el resto de su gráfico. Fue Claudia, con la inquietud que le causaron esos datos, quien le hizo ver la necesidad de considerar esa arista.

—¿Tú dices que ese perro fue encontrado en el cementerio...? Sería bueno saber exactamente en qué parte.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Facundo genuinamente interesado.

—Puede haber sacado el brazo de alguna sepultura. Entonces habría que revisar cuáles se encuentran abiertas en el entorno.

—Es probable... eso me hacía más sentido cuando primaba la idea de que el mismo perro pudo haber desgarrado el cuerpo de esa persona. Pero ahora está claro que la extremidad fue cercenada exprofeso. Todo esto me distancia más todavía de mi investigación.

—¿Cuándo piensas ir a visitar a Ruiz?

—Por mí lo haría ahora, pero necesito enfrentarlo con algunas pruebas. Él es muy inteligente y siempre tiene respuestas para todo. Además, no tengo cargos en su contra.

—Está bien, pero la idea de acelerar su libertad era una forma de pillarlo con las manos en la masa.

—Sí, claro, y en eso estoy. Si no encuentro nada, se escapará.

—¿Y qué tal si esas pruebas están donde vive ahora?

—Lo he pensado, pero esa puerta es la última que debo abrir.

La gotera, al principio incipiente, no logró importunar a la hora de almuerzo, pero aun así Edison dijo que subiría al techo para ver cómo podía repararlo. El cuasi temporal que se desató durante la tarde impidió que lo hiciera y debió poner un balde metálico para contener el agua que caía e impedir que escurriera por el piso de la cocina, el espacio que ellos más ocupaban. Al caer la noche ya no llovía, pero los residuos de agua que permanecían acumulados en las canaletas aún requerían la presencia del balde en el piso, y Edison debió vaciarlo en dos oportunidades en el patio. Era habitual que mientras Emilia cocinaba tuviera a Esperanza a su lado, y todo el esfuerzo por evitar la humedad en su comedor de diario se debía a velar por la salud de su hija. Cuando todo parecía bajo control, un viento helado comenzó a colarse por debajo de la puerta que daba al pasillo. Desde luego eso también podía atentar contra la salud de la pequeña y requirió del ingenio de Edison para subsanarlo a la brevedad. No era el momento para grandes reparaciones, de modo que puso una toalla en el piso y la mordió con la puerta para mantenerla sujeta.

—No la puedo llevar al dormitorio despierta —dijo Emilia instando a Edison a que la tomara en brazos mientras ella preparaba la comida.

—Déjame ver si la puedo hacer dormir.

—Yo creo que donde nos escucha conversar, se entretiene. Desde que llegaste le está sucediendo esto.

—Lo que me encanta de ella es que no llora casi nunca —comentó él mientras la cobijaba con su manta y la paseaba.

—En la sala cuna tampoco llora —dijo Emilia acercándose a Esperanza para darle un beso—. ¿No es cierto que usted es una señorita que sabe comportarse? —agregó en tono infantil hasta conseguir una aparente sonrisa de la guagua.

—¿Y has pensado cuándo la vamos a bautizar? —consultó Edison.

—Estaba esperando que salieras...

—Creo que después de que nos cambiemos sería mejor.

—Tenemos que vender la casa primero.

—Pero eso es rápido, mañana mismo voy a poner un aviso en el diario, ¿te parece?

—Sí... pero hay muchas cosas pendientes entre nosotros.

—¿Con la casa?

—Con todo... Nos hacen falta más conversaciones.

—Entiendo —dijo Edison—, tienes razón. Tengo que acostumbrarme a estar en libertad. Quiero hacerlo de una sola vez.

—Edison, sé que nunca hablamos de esto, pero tengo una curiosidad.

—Dime.

—¿La caja con tus ahorros estaba junto a... ella? —preguntó Emilia con cierto recelo. Me refiero, ¿en la misma sepultura?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—¿Y estaba tal cual la dejaste?

—¿Te refieres al dinero que había en la caja?

—No —aclaró Emilia, compungida—. ¡Ay! No sé cómo decirlo... Me refiero a la joven.

—¿Tal cual cómo?

—Digo... de carne y hueso...

—Es extraño, pero tuve la misma curiosidad —contestó Edison, pensativo—. Cuando abrí la lápida para sacar la caja y vi los bultos, no pude resistir la tentación de tocarlos.

—¿Y cómo estaban?

—Se encontraban bien conservados, muy rígidos, sentí su carnosidad como palo, pero mantenían su estructura.

—¿Viste su rostro?

—Su cara también —confirmó Edison con evidente frialdad—. El proceso de descomposición es relativo y depende de las condiciones de salinidad del lugar. En el peor de los casos, sucede alrededor de los ocho o diez meses, pero hay veces en que los cuerpos se mantienen por más tiempo.

—No necesito saber más, solo quería salir de mi empacho. ¡Los tocaste...!

—Sí... A todo esto, ¿por qué llevaste flores al cementerio? —preguntó observando furtivamente a Esperanza—. ¡Oh!, se quedó dormida.

—Debe estar incómoda con su cabecita así. Llévala a la pieza por favor y ponla en su cuna. Tápale bien su carita con el pañal, que corre aire en el pasillo... Y te apuras, que la cena está lista —añadió mientras forcejeaba para cerrar la puerta atascada con la toalla.

MI ESPOSO ES MÉDICO

Las maquetas eran lo suyo, tenía especial habilidad y motricidad fina para desarrollarlas. Ese conocimiento, aplicado luego a las maquetas virtuales en el computador, estas le resultaban todavía más expresivas y creativas que las que realizaba manualmente. De ese talento se percató su jefe cuando la joven hacía su práctica en una oficina de arquitectura. La detuvo unos segundos antes de que terminara su jornada diaria para comentárselo, seduciéndola para que continuara trabajando con ellos cuando se titulara. Florencia, con su ego controlado, agradeció los comentarios y la oferta laboral, arregló sus cosas y se despidió con prisa para no llegar tarde a clases. El ascensor no demoró en llegar y fue el instante en que su celular anunció un llamado de su padre.

—¡Hola, papá! Voy entrando al ascensor por si se me corta... ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Todo bien.

—¿Te devolvieron la plata?

—¿Creerás que no pude ir? Pero hablé con ella y me dijo que me espera la próxima semana.

—Ah, ¡qué bueno!

—¿Me llamabas por la dirección?

—No... solo quería saber de ti. Eso puede esperar. Cuando me invites a cenar a un buen restorán me la puedes dar —se rio Facundo.

—Trato hecho... ¡Aló! ¿Me escuchas bien? Se me va a cortar... ¡Aló, aló! Puta la huevada, se cortó —exclamó Florencia.

Emilia abrió la puerta de su casa exactamente a las ocho quince de la mañana, tal como ya lo tenía registrado Facundo, quien la vio salir con su bebé en brazos en dirección a la sala cuna. También ya tenía debidamente identificado ese jardín infantil, que según investigó era el único en cinco cuadras a la redonda, por lo que calculó que la mujer regresaría a casa en unos cuarenta minutos más. Como estaba cerca del café donde se iniciaron con Donato Burgos en el caso de las clínicas clandestinas de aborto, decidió sortear ese tiempo muerto allí.

En la puerta del local, las melodías arrabaleras le resonaron familiares. Había más gente que de costumbre y, antes de sentarse, el policía reconoció al gordo mórbido de siempre sentado en la mesa de siempre, leyendo el diario mientras engullía una hamburguesa.

Esta vez el garzón le trajo al inspector su acostumbrado café sin que se lo pidiera.

—¿Algo más? ¿Unas tostadas con palta? —le preguntó poniendo la taza frente a él, ansioso por justificar su propina.

—¿No me diga que me reconoció?

—¡Por favor! Está hablando con profesionales —bromeó el mesero.

—Está bien con eso por ahora.

—¿Y su amigo...?

—¿Donato? Él está... Es una historia larga, ya tendremos tiempo de hablar de eso... No quiero retrasarlo.

La actitud del garzón fue tan singular que lo sorprendió. Que se acordara de él y de lo que solía pedir, lo entendió como un recurso ingenioso para ganarse una mejor propina, pero que se haya dignado a preguntar por Donato, le pareció un humilde gesto de nobleza.

Esta vez los tangos le resultaron aún más encantadores y volvieron a avivar sus recuerdos. No pudo evitar retroceder a su infancia, y afloró la imagen de sus padres cuando bailaban juntos. Sintió que era un momento catártico, tan necesario para lo que estaba viviendo que se felicitó por haber tomado la decisión de hacer allí esa tregua. Por instantes creyó ver entrar a Donato Burgos por la puerta del café y sentarse frente a él. Discutir sobre las clínicas clandestinas, expresar apasionado su punto de vista sobre el aborto, apreciarlo sin tapujos, verter ideas a riesgo de pasar por insolente y atrevido.

Facundo no era un hombre de medias tintas; se definía como liberal y hedonista, pero a la vez poseedor de un profundo sentido social. Era un librepensador, de mirada agnóstica, que no daba vuelo a teorías conspirativas y se distanciaba sin dudar de los extremos fundamentalistas. Por eso en aquel momento le pareció extraño sentir tan cerca la presencia de su ayudante, como si lo tuviera sentado enfrente. Se contuvo para no darle otro valor a esa peculiar sensación.

Mientras duró su trance, Pineda no se percató de que se había sentado —también en la misma mesa de antes— aquel flaco con pinta de bailarín que movía sus pies al ritmo de la música. Los demás parroquianos no le resultaban familiares, pero sin duda —pensó— eran todos clientes habituales.

Bebió con premura su café, dejó una abultada propina y abandonó el lugar con la promesa de volver.

De regreso en el puesto de vigilancia dentro de su vehículo, se lamentó ya que por la hora lo más probable era que la compañera de Edison ya hubiese vuelto. Constatar ese hecho no era en sí relevante, pero podía serlo para interpretar cuál sería la razón si llegaba una nueva visita y nuevamente no le abrían la puerta.

Emilia, en efecto, había vuelto solo unos minutos antes y al entrar a la cocina se encontró con una nota de Edison: «Mi amor, fui a poner el aviso al diario, regreso al mediodía. Un beso, te quiero».

En sus conversaciones, acordaron trabajar juntos y hacer las intervenciones exclusivamente los días martes y viernes, para poder destinar tiempo a sus cosas personales, como la preparación del matrimonio, la venta de la casa y, por supuesto, el bautizo de Esperanza.

Parapetado en su auto, el inspector Pineda vio cómo a la casa de Edison llegaba una joven mujer, de unos treinta años, y tocaba el timbre. El detective pensó que quizás no la atenderían, pero no alcanzó a urdir bien la idea cuando la pareja de Edison abrió la puerta. A la distancia, percibió una actitud de reconocimiento y amabilidad entre ambas. Emilia la hizo pasar de inmediato y, antes de cerrar la puerta, tuvo la infaltable precaución de mirar a ambos lados de la calle con gesto de disimulo.

Paula había sido una de sus primeras clientas cuando Edison estaba en prisión, y ahora ambas mujeres dialogaban sentadas en el *living*. Para su buena ventura, cuando ella fue intervenida todo había salido sin inconvenientes, y debido a esa experiencia le había recomendado los servicios de Emilia a una amiga íntima, complicada con el reciente embarazo de su hija de dieciséis años.

—La semana pasada vino con su hija después de clases y tocó varias veces, pero como nadie le abrió se fueron —dijo Paula distendida y sin darle mayor importancia al hecho—. Y por eso estoy aquí, porque sé que usted no le abre a nadie que no conozca.

—Le agradezco que lo entienda —dijo Emilia, recordando que en efecto ella no quiso abrirle a la mujer con la niña porque recién había llegado Edison—. Por eso hemos decidido con mi marido atender solo algunos días...

—No sabía que era casada —se sorprendió Paula.

—Nunca me lo preguntó —dijo Emilia—. Él estaba en un seminario en Europa y ya regresó.

—¿Es médico?

—Este año saca su título —aseguró ella, y cambiando de tema—: ¿Su amiga sabe el precio de mi trabajo?

—Lo sabe. Y le recalqué clarito que ni antes ni después puede comentar lo que aquí se hace —dijo Paula para congraciarse con Emilia.

—Bien sabe que todas las mujeres que han venido, incluso usted —recitó Emilia como una monserga—, nos veríamos acusadas por la justicia si esto se llega a descubrir.

—Tranquila... Sabemos que su ánimo es ayudar. ¿Qué día puede venir mi amiga?

—Ahora solo atendemos los martes y viernes, ¿qué día cree que le acomoda más?

—Ella está muy complicada con todo esto, para mí que cuanto antes, mejor.

—Entonces la espero temprano el próximo martes.

—¿Temprano a qué hora?

—En punto aquí un cuarto para los ocho de la mañana.

—Perfecto, yo le digo. Muchas gracias, señora Emilia.

Paula salió de esa casa veinticinco minutos después de haber ingresado y se encaminó en la misma dirección en que se encontraba Facundo. Este aprovechó el beneficio de contar con vidrios polarizados para sacarle una fotografía con su celular cuando ella pasó enfrente de su automóvil. Quiso tener ese registro para reconocerla si volvía al lugar.

Emilia tuvo tiempo para prepararle un almuerzo especial a Edison, y cuando miró la hora en el reloj de la cocina vio que marcaba las doce y cinco minutos. Dedujo que llegaría de un momento a otro. Sintió la vibración de su celular, que acostumbraba mantener sin sonido, y vio su imagen de la pantalla. Recordó que cada vez que la llamaba a una hora en que ya debía estar en casa, era para advertirle que se demoraría más aún. Pero esta vez se trataba de un mensaje taxativo: «¿Puedes salir?».

Afuera la situación para Facundo era confusa; su poder de deducción parecía estar en modo reposo. De pronto la mujer de Edison abrió la puerta de calle y barrió con su mirada de este a oeste buscando algo que al parecer le costaba localizar. Un bocinazo proveniente de una camioneta van, con tres corridas de asientos, estacionada justo enfrente de la casa, llamó la atención de Facundo. No se dio cuenta de su llegada ya que entre este vehículo y el suyo se había detenido un camión, el que para su fortuna —como si se hubiese coludido con el policía— se retiró en los segundos siguientes dejándolo como espectador de primera fila. Desde allí Pineda contempló cómo ella miró por inercia hacia el interior de la van, al parecer sin lograr identificar a su conductor. Este le hizo un ademán con la mano para que se acercara. El inspector, expectante de ese diálogo silente, aguzó su mirada para captar e interpretar lo que sucedía. De pronto la mujer pareció reconocerlo, se acercó al automóvil con actitud serena y dubitativa y se subió en su interior. Como el detective tenía a ambos personajes de espaldas, solo podía ver que algo hablaban. Segundos después, se fundieron en un abrazo cálido y acogedor, el que culminó con un intenso beso. Juntos, tomados de la mano, se dirigieron rumbo al interior de su morada, no sin antes dar una última mirada a la flamante van. Ella volvió a besarlo y entraron.

De regreso en su departamento, con media copa de coñac en el cuerpo, se catapultó temprano a la cama. Dejó correr la *Sinfonía n°3* de Brahms como música de fondo en su intención de leer, ya que Claudia —quien se encontraba por trabajo fuera de la capital— le había dejado de regalo sobre el velador *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño. Los efectos de un día agotador y del Rémy Martin se coludieron para que su conciencia flaqueara y su pretensión de lectura sucumbiera ante la necesidad de descansar. Ocho horas después, al despertar, debió esperar varios segundos para reconocer que era de día y que estaba sobre su cama, solo.

Una cucharada de café, agua hervida, una porción de leche caliente, tres gotas de endulzante: la dosis básica para el desayuno, que no requería de un esfuerzo mayor para su preparación. En el ínterin trataba de recordar algún pasaje de las imágenes oníricas que habían adquirido particular presencia durante la noche, pero a pesar de su lucha por retenerlas se esfumaron sin dejar huellas.

Esa mañana se permitió una tregua y suspendió la vigilia frente al hogar de Edison. Sabía que ya contaba con importante material que debía registrar en su gráfico, con la mediana certeza de que más de alguna hebra debería asomar.

A las diez y cuarto de esa misma mañana un taxi se detuvo en el frontis de la casa de Emilia. Un hombre vestido de manera modesta se bajó presuroso y tocó el timbre. Su espera era ansiosa, se paseaba de lado a lado ante la puerta. Al abrir, Emilia no pudo evitar su asombro ante la presencia de este hombre que hablaba con acento peruano y se acompañaba con gestos de enorme aflicción.

—Disculpe, señora... Soy taxista, mi nombre es Amaru Huamán. Yo en una oportunidad traje hasta aquí una paciente suya —dijo el visitante sin liberarse de su angustia.

—Dígame, ¿qué desea?

—Es que mi esposa está embarazada...

—Pase por favor —ofreció ella de inmediato sabiendo que no era prudente discutir ese tema en la puerta.

—Felisa tiene nueve meses —mencionó él mientras era guiado por el pasillo.

—¿Nueve meses? ¿Y qué espera que haga? —preguntó con extrañeza Emilia, deteniéndolo en la puerta del *living*.

—Que la haga dar a luz.

Emilia llamó a Edison, quien en ese momento tomaba desayuno, ya que la situación no solo era inédita para ella, sino que en términos prácticos la superaba.

El ciudadano peruano les explicó que venían del interior de Tingo María, una ciudad en el centro-norte del Perú y habían llegado juntos a Chile hacía poco más de cinco meses. Ella venía embarazada, y como sus papeles aún no estaban en regla —confesó el singular cliente—, nunca la llevó a un control médico por temor a que los deportaran.

—¿Cuántos meses de embarazo dice que tiene ahora? —preguntó Edison ignorando lo que deseaba ese hombre.

—Dice que tiene nueve meses y quiere que le hagamos un parto —respondió Emilia por él.

—Parece que ya está lista —añadió Amaru con una pena que inspiraba ayuda—. Felisa tiene nueve meses y está botando un líquido con restos de sangre. No sé qué hacer, doctor —dijo como si estuviera ante una eminencia.

—Se le rompió el saco amniótico —comentó en forma espontánea Edison y miró a Emilia, quien por su tono entendió que el asunto era serio.

—¿Ella está en su casa? —le preguntó Edison al esposo.

—La tengo en el taxi.

—¿En el taxi? ¿En esas condiciones?! ¿Alguien sabe que la trajo para acá? —disparó Edison, intuyendo que estaban frente a una emergencia.

—¡No, nadie!

—¡Apúrese, tráigala de inmediato! —gritó el joven como si fuera el jefe de una maternidad—. ¡Ayúdala tú! —le vociferó a Emilia—, yo voy a preparar la sala.

Amaru partió en busca de su mujer y debió entrarla casi en brazos, porque ella sentía que estaba a nada de expulsar a su bebé de forma natural. Edison hizo que la recostaran de inmediato en la camilla ginecológica y sin preámbulos le exigió a Emilia que trajera toallas y un recipiente con agua hervida. Amaru había rehuido sentarse y se paseaba solo en el *living*, tratando de ignorar los gritos que Felisa profería a la distancia. Emilia asistió a la futura madre para ayudarla a pujar. El inesperado procedimiento puso al exestudiante de medicina a prueba. «Todos estos meses alejado de las camillas pudieron afectar mi motricidad fina —se dijo—, pero no mis conocimientos». El diagnóstico daba cuenta de una RPMP: ruptura prematura de membranas pretérmino.

Edison le explicó a Emilia que la ruptura del saco amniótico no era algo tan habitual, pero que cuando se produce, el retraso en el parto es proporcional al daño que se le puede causar tanto el bebé como a la madre, de ahí su urgencia por apresurar el nacimiento. Felisa intentaba sin éxito ahogar la expresión de su dolor y, a pesar de su tormento, sentía temor al percatarse de que su primogénito no estaba naciendo precisamente en una clínica. Su marido —que seguía caminando de lado a lado como una bestia enjaulada— sí sabía con exactitud dónde se encontraban, y le parecía que la acogida de este matrimonio había sido una bendición.

Aunque el líquido que emanaba del útero de la mujer era escaso —porque la mayor parte la evacuó en el taxi—, Edison había dispuesto muchas toallas en torno al área de trabajo. Volver a la actividad médica le producía un gozo inmenso, que parecía sacarle brillo a su ego opacado por los meses de encierro. En el mismo instante en que ordenaba el instrumental médico en la bandeja, Felisa comenzó a expulsar a su hijo de forma natural. Edison no tuvo otra opción que guiarlo y procurar que descendiera al mundo entre las palmas de sus manos. Cuando el partero tocó tierra firme, le cortó el cordón umbilical y lo limpió con suavidad. Fue aquí cuando un sonoro llanto avisó su llegada.

—Es un varón, señora Felisa —anunció Edison envolviendo al recién nacido en una sábana blanca.

—¿Esperaba un hombrecito? —preguntó Emilia un tanto emocionada.

Felisa no pudo sacar el habla, solo hizo esfuerzos por esbozar una sonrisa de desconcierto, ya que aún se encontraba en estado de *shock*.

—Muéstraselo —dijo Edison pasándole el bebé a Emilia.

—¡Ahora vas a conocer a tu mamá! —comentó ella mientras lo aterrizaba con delicadeza sobre el pecho de la parturienta—. ¡Mire!, apenas la vio dejó de llorar.

La madre tomó al pequeño y lo cobijó con sus brazos, posó en él una mirada entre asustada y tierna y dejó salir unas lágrimas silenciosas que, cuando Emilia se

distanció para no interrumpir la magia del momento, se convirtieron en un ahogado sollozo.

El padre había escuchado el llanto del bebé desde el *living* y anhelante esperaba que alguien lo autorizara a volar a su encuentro.

—Lo felicito —le dijo Edison apenas entró al *living*—, ya es papá. ¿Qué deseaba que fuera? —agregó para condimentar la noticia.

—Lo que mi diosito mande —afirmó Amaru y levantó su mirada a lo alto.

—Bueno... acaba de ser padre de un robusto varón.

Amaru no cabía en sí con la noticia y solo atinó a abrazarlo.

—Gracias, doctor —pronunció—. ¡Muchas gracias! ¡Que Dios lo bendiga! ¿Puedo verlo...? —pidió nervioso.

—¡Vaya, vaya...! Lo están esperando. Por el pasillo del jardín, al fondo —le indicó Edison a la vez que sumergía sus manos en los bolsillos del delantal blanco, con el rictus de un profesional de la medicina.

Un tiempo después, el matrimonio peruano con su bebé en brazos enfrentó a los dueños de casa antes de partir. Necesitaban saber cuál era el costo de la atención. Edison y Emilia pidieron un momento para conversar sobre el tema. El conciliábulo duró cinco minutos.

—Lo hemos pensado seriamente —dijo Edison mirando a la pareja—, y concluimos que este no es nuestro trabajo.

Felisa y Amaru se miraron mutuamente sin entender. Si bien el flamante padre había ahorrado dinero para esta ocasión, temía que el costo excediera su capital. Recordó que dadas las circunstancias que rodearon el parto, las posibilidades de ir a un servicio de urgencia en aquellos momentos de consternación eran casi nulas. Cuando vio que su esposa expulsaba líquido desde su interior, temió por la vida de ella y del pequeño que estaba por nacer. Tomó conciencia de que, al ser sus padres, ellos serían los responsables por su desidia al no someterse a controles médicos durante su gestación. Ahí mismo, detuvo el taxi —que manejaba en turnos compartidos con otros dos chóferes— y se encomendó a Santa Rosa de Lima, implorando que le alumbrara el camino de la salvación. En ese instante se dio cuenta de que estaba a cincuenta metros de aquella casa, donde un par de meses antes había dejado a una clienta a la que debió esperar varias horas a la vuelta de la esquina mientras la intervenían. Acérrimo creyente, Amaru asumía que había sido objeto de un milagro y nada, ni menos el dinero, cambiaría el agradecimiento infinito que a partir de esa gestión le inspiró este matrimonio que se le cruzó providencialmente en el camino.

—Doctor, como se habrá dado cuenta nosotros no somos muy letrados —dijo—. No sabemos qué nos quiso decir, pero si nos falta dinero para pagarle, le juro que vendré todos los meses a abonarle hasta saldar esa deuda. Estamos muy agradecidos por haber salvado a nuestro hijo. Lo que han hecho nos compromete a guardar eterna gratitud con ustedes. Por eso le pondremos a nuestro hijo su nombre.

—Señora Felisa, don Amaru, pueden irse tranquilos, lo que ha sucedido hoy no tendrá ningún costo para ustedes...

La pareja de peruanos no podía dar crédito a lo que estaba escuchando, abrazaron a sus dos salvadores y les agradecieron emocionados su gesto humanitario.

—Solo les pido una cosa —les planteó Edison con particular seriedad—, que vayan ahora a un centro asistencial de urgencia, digan que el pequeño nació en el taxi y que recibieron la ayuda de un transeúnte que no quiso identificarse. Lo más probable es que por la demora que tuvo al nacer, Felisa haya generado un cuadro infeccioso y si no se trata puede correr mucho peligro. Prométanme que lo harán, pero ahora mismo.

—Cuenta con eso, doctor.

—Ah... y no está de más recordarles que nosotros no existimos.

Felisa y Amaru se acomodaron en el taxi con el bebé y no limpiaron los restos del líquido amniótico que inundó el piso, para avalar con aquella evidencia la historia de cómo había nacido su hijo.

Capítulo veinticuatro

HERMANOS

Avanzada la tarde, Facundo seguía cruzando información en su gráfico. Respecto a la compra de la camioneta nueva, tuvo que devanarse los sesos para especular una hipótesis sustentable.

Durante largo rato, pensó que la que tenía dinero era ella y, por lo tanto, pudo haber encargado la compra. Pero de haber sido así no era lógico que se sorprendiera al ver la van frente a su casa. Es cierto —saco cuentas el detective— que Edison robó varias especies de valor desde la Escuela de Medicina, pero en modo alguno su venta alcanzaba para comprarse una camioneta posiblemente al contado. Y de ser en cuotas, debía tener un muy buen trabajo para no retrasarse en los pagos. Al abandonar su oficina, creía haber agarrado una hebra imprevista, que le sería de vital importancia si lograba seguirla.

Tuvo la precaución de tomarle varias fotografías a la camioneta mientras estuvo detenida enfrente de aquella casa. Una calcomanía adosada al vidrio trasero del vehículo señalaba el lugar donde había sido adquirida.

Al día siguiente, Pineda se fue directo a la automotora e hizo las consultas pertinentes al vendedor. Requería saber si el cliente había comprado el vehículo en cuotas o al contado. La gestión tuvo que llegar hasta el gerente, ya que se trataba de una información confidencial. Su condición de detective fue la llave que colocó la carpeta de esa transacción ante sus ojos. Revisó con minuciosidad el documento ante el propio gerente de ventas y confirmó que el automóvil, en efecto, había sido pagado al contado. Pero además había un detalle que nunca imaginó: en el acta de venta decía claramente que ese vehículo fue cancelado en dólares, motivo por el cual incluso obtuvo un descuento.

Durante el trayecto a la oficina, trataba de asimilar aquella información que abría un flanco que él intuía como potente. Le dejó dinero a su secretaria para que le comprara almuerzo y se lo llevara en una hora más, instruyendo de pasada que no estaba para nadie.

Sentado con las piernas sobre su escritorio, entrelazó los dedos y formó un nido con las palmas de sus manos, para cobijar allí su cabeza y tener en aquella posición un panorama macro de su particular esquema. Buscando en estas relaciones y cruces que pudieran ampliar el universo investigativo, no se percató de que sus pensamientos deductivos en efecto *zoom in* lo conducían a un recuerdo reciente: el momento en que seguía a Edison y a su pareja en el cementerio. Se acordó de que su compañera vigilaba que ningún extraño merodeara en el sector. Al cabo de unos minutos, Edison aparecía desde el interior cargando una caja metálica de la que nunca

se desprendió y cuyo contenido observó varias veces. La imagen gatilló la necesidad urgente de contactarse con Jaime Prado. Su secretaria en segundos le traspasó la llamada.

—Jaime, disculpe que lo moleste. Espero no ser inoportuno, pero necesito saber con exactitud algunos detalles del robo.

—Un placer saludarlo, inspector. Dígame, estoy a sus órdenes.

—¿Hace cuántos meses más o menos se produjo...?

—Usted conoce, señor Pineda —dijo Prado, temiendo que dicha información se hiciera pública—, las razones que tuve para no advertir sobre la fecha exacta de ese robo.

—Sí, lo sé, no se preocupe, eso no saldrá de mi boca. Pero necesito urgente ese dato.

—Eso ocurrió hace como siete meses, exactamente... el 19 de enero.

—Usted siempre me habló de la gran cantidad de dólares que robaron, y doscientos veinte mil dólares no es un bulto menor.

—No, desde luego, ¿por qué me pregunta eso?

—Porque supongo que es incómodo llevar esos fajos en la mano o metérselos en los bolsillos. Sería muy evidente, ¿no le parece?

—Ya lo creo, por eso siempre pensé que ese robo lo hizo alguien de aquí y después del horario de oficina.

—¿Me puede explicar un poco más sobre esa conclusión?

—Solo alguien de aquí puede entrar a esa hora con entera libertad y cargar una caja metálica. Digo, sin que nadie lo cuestione —aclaró el funcionario.

—¿Una caja metálica?

—La caja en la que estaban los dólares no era tan chica que digamos, de día más de alguien la habría notado.

—Nunca me habló de esa caja —señaló Pineda en tono inquisitivo.

—Nunca me lo preguntó, inspector. Además, no creí que eso pudiera ser relevante.

—¿Cómo era?, ¿de qué tamaño?

—Era una caja metálica de color gris que cabía justo en el cajón del escritorio; debe haber medido unos veinticinco centímetros de largo por unos dieciocho de largo. Allí cupieron todos los fajos de dólares.

Facundo se acercó al gráfico para observar las fotografías que tomó en el cementerio. La caja metálica no se apreciaba a cabalidad, pero sin duda calzaba con la descripción de Prado. Pero faltaba algo más. De inmediato se fue a su computador para verificar la fecha en que Edison se declaró culpable ante el director de la Escuela de Medicina. Aquello aparecía con fecha 19 de enero, es decir, el mismo día del robo de los dólares, hacía siete meses exactos. Al parecer el investigador había dado con el culpable del robo. Un brote de entusiasmo desbordante inundó a este hombre, cuyo hallazgo ahora requería pruebas y evidencias.

El cartel «Se vende» adquirió notoriedad en la ventana de la casa. Edison lo adhirió con cinta transparente a los vidrios y lo miró por largo rato desde la vereda de enfrente para cerciorarse de que ese era el mejor sitio para el anuncio. Emilia le había puesto precio a la casa, y de acuerdo con un sondeo previo hecho en el mercado inmobiliario de la zona, era muy factible que se acercaran interesados. La tarde, con un pálido sol, invitaba a hacer la sobremesa en el patio. Esperanza en su coche y ellos compartiendo un mate. Era una costumbre que Emilia traía desde su tierra natal y que Edison había adquirido en la cárcel. Fue el corolario del almuerzo y también el momento propicio para que Emilia le confiara a su futuro esposo sobre la inminente visita de una expaciente.

—¿De dónde salió ella? —preguntó Edison para contextualizar el tema.

—Venía recomendada por otra clienta —dijo Emilia buscando validar su gestión—. Bueno, algo te comenté respecto a que me demoré en curar su sangramiento.

—¿No quedó bien?

—Yo entendía que sí, pero unos días después vino para contarme que había hecho una septicemia y me culpaba por eso. Quería que le devolviera la plata porque de lo contrario, tendríamos problemas.

—¡Ah!, te amenazó.

—Indirectamente lo hizo.

—¿Y?

—Le dije que tenía que sacar plata en efectivo y que volviera a buscarla otro día. Solo se lo dije para ganar tiempo —aclaró la mujer, asegurando que nunca pensó en devolverle ese dinero.

—¿Va a venir?

—Me llamó diciéndome que sus obligaciones en la universidad le habían impedido hacerlo, pero que esta semana se dejaría caer por aquí. Yo pienso que se está aprovechando un poco —añadió Emilia, muy incómoda con el tema.

—Por lo que me cuentas, yo pienso lo mismo.

—Me aseguró que nadie de su familia se sabe esta dirección y que solo quiere recuperar su plata y olvidarse de todo.

—Déjame a mí... —sentenció Edison—. Yo hablo con ella cuando venga. Pienso que hay que darle un susto.

El lugar era pequeño, y en su interior había bastante público, como para pensar que a la hora de almuerzo había que esperar para conseguir una mesa. Quedaba a dos cuadras del Servicio Médico Legal y Patricio Smith, cada vez que necesitaba tomar aire y fumarse un cigarrillo, se reunía aquí con sus compañeros. Con la libertad propia de su cargo, era dueño de su tiempo y con esa libertad se juntó con Facundo a las once de la mañana para disipar sus dudas respecto al perro que fue encontrado devorando un brazo humano.

—Yo venía manejando, por eso no te pude responder sobre el lugar exacto en que lo encontraron dándose el festín.

—¿Y tú crees que haya arrastrado el brazo desde otro lugar?

—La verdad es que no, sobre todo considerando que no le debía ser fácil acarrear más de dos kilos en su hocico.

—Eso indica que probablemente, si no lo encontraban, habría dejado los puros huesos.

—Es probable, pero lo habría hecho de a poco.

—No sabía que les gustaba la carne humana.

—No les es muy apetitosa, pero un perro con hambre no discrimina. Creerás que, según la casuística, si unos perros encuentran un cuerpo entero, lo primero que se comen, y al parecer más les agrada, es el rostro.

—Menos mal que no me invitaste a almorzar —dijo Facundo con una sonrisa socarrona por el comentario escabroso.

—Llevo tres años trabajando en la morgue —afirmó Smith para justificar su exabrupto—. Cuando no tengo tiempo para salir, encargo una *pizza* y la devoramos ahí mismo.

—¿Tienes el parte? —preguntó Facundo para volver a su tema.

—Esta es una copia del parte policial. Aquí dice que encontraron al perro en la entrada de un sector que llaman el Patio de los Disidentes.

En el quiosco de la Facultad de Derecho, Juan José compró dos cafés sabor vainilla y con uno en cada mano buscó afanoso a su hermana Florencia, tratando de resistir la temperatura del vaso que le quemaba los dedos. Ella lo esperaba en los jardines interiores de la universidad, como compensación por la imposibilidad de cumplir con la rutina de almorzar juntos por lo menos una vez al mes. Sus respectivas obligaciones en la última etapa universitaria habían hecho peligrar ese acuerdo, y por esa razón se propusieron buscar un momento en que ambos tuvieran libre, para compartir al menos un rato. Sin duda, su condición de mellizos creaba entre ellos esta sinergia que solo los caprichos de la naturaleza podrían explicar. Desde pequeños descubrieron que, aunque pensaran distinto y sus gustos se diferenciaban en algunos aspectos, era sorprendente el lazo tan poderoso que los unía desde su nacimiento y que los convertía, más allá de lo físico, en una suerte de siameses. La situación que tuvo a Florencia en un real peligro significó para ambos un punto de inflexión.

Nada falta ya para que sean una arquitecta y un abogado profesionales, así se lo dicen ellos mismos como una secreta arenga cada vez que se ven. Ambos han comenzado el ejercicio de salir del nido materno y lo han hecho con las herramientas, la pasión y los sueños que la vida exige. En este encuentro, Juan José le comentó a su hermana acerca de la incertidumbre que sintió respecto de sus planes si a ella le hubiese sucedido algo.

—¿De verdad te preocupaste por eso? —preguntó Florencia asumiendo que son dos mitades complementarias.

—No sé si fue preocupación —señaló su hermano tratando de buscar la expresión justa para no sonar melodramático—. Yo creo que, en nuestro caso, o mejor dicho en mi caso, tiene que ver con una sensación de despojo, no sé si me entiendes...

—Te entiendo y me emociona escucharlo —contestó Florencia.

—Sabes que fui el último en enterarme del estado crítico que viviste y que llegué al hospital cuando lo peor ya había pasado. Pero, aun así, esa noche no pude dormir pensando en que todo pudo ser diferente —expresó el muchacho—. Me di cuenta de que a veces la vida es demasiado extrema. De pronto es luminosa, mansa y acogedora, y sin aviso, en solo segundos, puede transformarse en gris, inestable, violenta y hasta voraz. Entendí que la vida es, por sobre todo, impredecible...

—Somos tan jóvenes todavía, Juan José —dijo Florencia tratando de relajar el ambiente.

—Lo sé y por eso lo digo. Sentía que el mundo me esperaba para que yo lo conquistara...

—¿Y acaso no es así?

—Seguramente el mundo continúa esperando, pero aprendí que eso es una ilusión.

—¿Por qué lo dices?

—Porque es una ambición engañosa.

—Explícamelo.

—Por muy preparado que uno se encuentre —continuó Juan José—, esa conquista no depende solo de uno, sus conocimientos o esfuerzo. También depende de cómo dominas tus sentimientos y de tu entorno afectivo. Si te hubiese pasado algo grave, yo habría quedado tan resentido que no habría podido usar ninguna de las herramientas que creo tener para salir adelante. Mis planes se habrían ido a la mierda por un buen rato —dijo como si hubiese descubierto la inmortalidad—. La vida es una incertidumbre constante y quizás esa es la magia que tiene. Pero debo admitir que me sentí muy frágil y vulnerable al ponerme en ese escenario.

—Tal vez tienes razón, pero eso nos lo va dando la experiencia, el paso de los años, creo yo, ¿no? —comentó Florencia, asumiendo cada palabra de su hermano como una revelación—. Habrá un momento en que sí estemos aptos, no sé si para dominar los sentimientos, como tú dices, pero al menos tendremos la fuerza para administrarlos o la madurez para aceptarlos.

—Solo sé decirte, Flo, que tendré que moverme con más cautela hasta que aquello ocurra. Por lo pronto, te confieso que no estoy preparado para perderte.

—Te entiendo, hermanito querido —aseguró Florencia y se acercó para darle un abrazo y decirle al oído—: Creo que me habría sentido igual si algo te hubiese pasado a ti.

Capítulo veinticinco

FLORES SECAS

No llovía ni tampoco había bruma, sin embargo, el cielo se mantenía nublado y sin atisbos de cambiar. En cierto modo ese panorama, además de hacer sintonía con sus propósitos laborales un tanto espeluznantes, aseguraba una escasa concurrencia en el cementerio y por añadidura conservaba el sepulcral silencio en aquel solitario sector del camposanto. Facundo recorrió el lugar con especial agudeza. No hubo ningún indicio en la entrada del Patio de los Disidentes que alentara su curiosidad. Mientras se desplazaba entre las sepulturas —unas modestas, otras no tanto e incluso algunas que bordeaban la opulencia—, reconocía en la intimidad de sus pensamientos que ignoraba lo que pretendía encontrar allí. Lo único que sabía es que la búsqueda, por infructuosa que fuera, debía formar parte de su registro. En su época de alumno en la Escuela de Investigaciones, aprendió que un policía debe procurar resolver todas las dudas, aun a riesgo de no encontrar nada. «No permitas que la negligencia se convierta en un fantasma que te impida llegar a la verdad», repetía en forma majadera su profesor Daniel Marín, y culminaba esa idea siempre con un dicho que los estudiantes —en un acto lúdico y rememorando su infancia— repetían a coro junto al maestro al final de su alocución: «No hay peor diligencia que la que no se hace».

Al terminar su periplo Facundo Pineda se detuvo frente a la tumba donde aún había vestigios de las flores dejadas por Emilia sobre la lápida. Estaban dentro de una botella de plástico, algunas volcadas y marchitas, otras moribundas, las demás las había arrastrado el viento.

El inspector permaneció frente a la sepultura de este señor, que según lo inscrito en la lápida había muerto en el siglo XIX, y no lograba otorgarle algún sentido lógico a que alguien, hoy, pudiera poner sobre su tumba flores para honrar su memoria. Con la satisfacción de haber sido exhaustivo en su afán, aunque sin mayores resultados, el policía se retiró del lugar muy intrigado, con destino a su oficina.

Hacía mucho tiempo que los vidrios no brillaban en casa de Emilia, mucho tiempo que no se veía el diseño en el papel mural, oculto bajo una capa de polvo, mucho tiempo que no llegaba el orden a los distintos rincones del inmueble.

Empecinado en la venta de la casa, Edison se había propuesto, además, pintar la fachada. Emilia era muy hacendosa, pero estaba sola con su hija y, además de su trabajo, nunca tuvo tiempo ni ánimo para preocuparse de que las siete habitaciones —cuatro de ellas vacías— se mantuvieran impolutas. Había consentido la venta y su monto, pero en realidad no quería abandonar la casona. Atrapada por la vehemencia

de Edison, todavía no encontraba el momento ni la manera de explicarle que venderla sería como ponerse la soga al cuello. Desde la cocina lo sintió acercarse y vocear su nombre con dureza tras cerrar la puerta de calle. Desde que salió en su camioneta a comprar pintura, intuyó que él se daba cuenta del poco compromiso que ella ponía en la venta.

—Estoy en la cocina —dijo Emilia en voz alta.

—¿Me puedes decir de qué se trata todo esto? —espetó Edison malhumorado mientras entraba a la cocina.

—¿De qué hablas? —respondió Emilia intuyendo cómo venía la mano.

—¿No viste que ayer trabajé todo el día limpiando la casa para esperar a los posibles compradores?

—Dime de una vez por todas qué sucede —exigió la mujer.

—Recién vi que cerraste las tapas de la ventana donde está el cartel de venta. Es imposible no darse cuenta de que lo hiciste adrede. ¿Qué pasa contigo?

—Está bien, sí, lo hice a propósito —aceptó Emilia, limpiándose los ojos llorosos con la punta del delantal y poniendo en reposo el cuchillo con el que cortaba la cebolla en plumas—. No es tan fácil deshacernos de esta casa, Edison.

—Sé que esta casa tiene un valor sentimental para ti, pero...

—No me refiero a eso. Es todo lo contrario.

—Discúlpame, pero no te entiendo.

—Algo sucede en este lugar que no me permite tener paz. Me gusta lo que hago, pero no me siento plena, y cuando creo que todo va bien, siempre sucede algo que lo echa a perder —dijo Emilia con la vista fija en el patio—. Yo también quiero irme de aquí.

—¿Y en qué topamos? Para eso he trabajado, para que le saques mejor precio y la vendas más rápido...

—Lo sé, pero antes hay cosas que poner en orden. Desde que llegaste, te dije que teníamos que conversar.

—¿Estás hablando del incidente con la niña que se nos murió? —Edison trataba de entender el destino de esa charla.

—Sí, Leticia —contestó Emilia con el fin de recordarle su nombre—, y no se nos murió a los dos —recalcó sin dejar de clavar la mirada en un punto fijo—, se te murió a ti.

—Ah, de eso se trata —cayó en cuenta Edison cambiando su semblante—. Ahora entiendo por qué llevaste flores al cementerio. Eran para ella, ¿no?

—Sí, para ella —reconoció Emilia con entereza.

—Si me quieres cargar la culpa, la asumo, pero bien sabes que eso fue un accidente y que todo lo que sucedió después tuve que hacerlo, no tenía otra salida, lo hice por nosotros. Ahora es fácil criticar.

—No te estoy criticando.

—Eso estás haciendo, Emilia. Desde que te conocí te he estado protegiendo, tratando de que nada malo te suceda y que de alguna manera salgamos adelante juntos —insistió Edison elevando la voz—, incluso desde la cárcel te cuidé.

—Yo también te he cuidado.

—Por favor, no me hagas reír. ¿En qué me has cuidado? —respondió Edison con un tono entre irónico y amenazante.

—Te cuidé para que no pasaras la vida en prisión, ¿te parece poco?

—¿Te volviste loca! ¿De qué hablas?

—Ni siquiera me dejaste ir a verte para contarte.

—Cuéntame. ¿A ver?

—Reconozco que eres muy inteligente... me refiero a que tienes una inteligencia superior a la mayoría de la gente. Me enseñaste todo lo que sé y mi forma de agradecerte ha sido mi lealtad hacia ti. Tanto así que sin darme cuenta terminé actuando como quizás no lo habrías hecho tú...

—¿Qué intentas decirme?

—Un día vino un hombre que quería traer a su pareja para que la interviniera. Acordamos el precio, me pidió ver el lugar y coordinamos para que la trajera al día siguiente. Mientras le preparaba un café descubrí, sin que me viera, que revisaba y anotaba unos números que vio en la camilla. Estaba investigando.

—¿Era un policía!, te lo dije —exclamó Edison—, estos huevones me andan buscando. De un momento a otro se van a dejar caer. —Ahora vociferaba como energúmeno—. Si hubiese estado yo no lo dejo salir de la casa. ¿Y qué dijo cuando se fue?

—Nada.

—¿Se fue así nomás?

—No lo dejé salir... —dijo Emilia y tragó saliva para continuar—. Lo maté...

—¿Lo mataste?!

—Hice lo que hubieras hecho tú, ¿o no?

Edison enmudeció, su ira comenzó a disiparse. Sus planes no se verían obstaculizados, pensó.

—Lo mataste, ¿y qué hiciste con el cuerpo?

—¿Su cuerpo? —repitió Emilia con una frialdad aterradora—. Su cuerpo está debajo del jardín...

Edison necesitó tiempo para digerir lo que acababa de escuchar. Respiró hondo.

—¿Nunca más volvieron a venir? Digo, ¿otros policías?

—Nunca más...

Edison masticó la información y comprendió que en efecto ella había hecho lo correcto. Guardó silencio por unos segundos sin saber si agradecerle, abrazarla, darle un beso. Pero optó por mantener la distancia.

—¿Entonces estamos a salvo? —exclamó en tono de susurro, apropiándose de una sensación de tranquilidad que añoraba.

—El que sí vino después fue Joel, el pololo de la niña que está en el cementerio.

—¿Y a qué vino?

—A decirme que estaba siendo interrogado por Investigaciones y que ellos ya sospechaban que Leticia se había hecho un aborto.

—A ese pelotudo de un momento a otro lo van a hacer hablar.

—Se sentía tan presionado por los interrogatorios que vino a decirme que no le quedaba otra que confesar que ella sí se había hecho un aborto. Aunque me aseguró que no diría nada sobre nosotros.

—No podemos confiarnos de una persona como él. Tenemos que hacer algo.

—Eso mismo pensé yo.

—A lo mejor ya nos denunció o está por hacerlo. Tengo que hablar con él —dijo Edison con férrea decisión.

—No es necesario —acotó Emilia, muy dispuesta a desahogarse.

—¿Hablaste con él?

—No, simplemente cuando vino no lo dejé salir.

—¿No me digas que...? —Edison intuyó lo peor.

—Sí..., está en el jardín.

—¿Lo enterrase en el jardín también?

—¿Qué habrías hecho tú...?

Edison se sintió sobrepasado. La charla se congeló por un par de minutos, lapso que aprovechó para estabilizar su respiración.

—Creo que tengo que sacar el cartel —dijo por fin, sin atisbos de molestia.

—Y dejar la pintura para otro momento —agregó Emilia.

Mariela no era amiga de adulaciones ni de palmadas en la espalda, tampoco muy preocupada de las fechas ni de hacer regalos por compromiso. Verla devorando vitrinas en un centro comercial era una imagen digna de un marco. Pero ahora llevaba en el *mall* más tiempo del que se permitía sin resolver qué regalarle a Florencia el día de su graduación. Faltaban meses para el evento, pero la ocasión —pensaba— no admitía banalidades de última hora ni adornos insulsos para el departamento. Debía tener la impronta de algo memorable, y encontrar aquello podría tomarle varias tardes completas. Un café ubicado en un recodo del amplio pasillo fue el lugar elegido para un descanso. Abrió el díptico del centro comercial con la ubicación de las tiendas sobre la pequeña mesa, pero lo debió cerrar casi de inmediato para recibir el café helado que le traía el garzón junto a una porción de galletas. Mientras introducía la bombilla en el café, una joyería a pocos metros de allí le hizo pensar que una joya con un motivo acorde al futuro oficio de su hija no sería mala idea.

Una mano en el hombro la sacó de su concentración. Sin esperar la invitación, Soledad le dio un beso y se sentó frente a ella. No se habían visto desde el día en que se negó a acompañarla para que Flavia se hiciera el aborto en contra de su voluntad.

—Debo reconocer que te he echado de menos —confesó Soledad a quemarropa.

—¡Sole!, ¿qué haces por aquí? —exclamó Mariela, aún sorprendida.

—Más bien qué haces tú por aquí. Yo vengo dos veces por semana. Esta es mi casa sin marido —dijo Soledad sin borrar el tono amigable.

El mesero que se acercó presto no alcanzó a preguntar nada.

—Quiero lo mismo —ordenó Sole apuntando al café helado de Mariela.

—¿Con galletas?

—Lo mismo, dije —repitió la mujer.

—¿Cómo va todo? —indagó Mariela cuando el joven se retiró.

—¿Por qué no me llamaste más? —disparó a su vez Soledad, como si tuviera una espina atravesada en la garganta.

—Lo mismo podría preguntarte yo a ti.

—Entendí tus razones para no acompañarme ese día, pero necesité tu compañía después.

—Yo respeté tus decisiones. Si querías verme debiste haberme llamado. Bien sabes que lo que sucedió no fue grato para ninguna de las dos.

—No creas que lo que me dijiste me entró por un oído y me salió por el otro —dijo Soledad tratando de darle credibilidad a su discurso.

—Te dije muchas cosas ese día. ¿A qué te refieres exactamente?

—A que ignoré la opinión de Flavia, a que la obligué a no tener ese hijo.

Mariela no verbalizó su entendimiento, solo asintió.

—Pensé que con el tiempo ella me lo agradecería —continuó Sole—, pero desde entonces prácticamente no me dirige la palabra.

—¿Qué te hizo pensar que debía agradecerte si en cierto modo le pusiste el pie encima?

—¿Qué habría hecho ella con un hijo? ¿O te olvidas que está estudiando y no tiene tiempo para trabajar?

—Ese no es el tema.

—¿Cuál es el tema entonces? —pronunció Soledad como si estuviera frente a su terapeuta.

—Que, siendo mayor de edad, la ignoraste.

—Yo espero que con el tiempo se dé cuenta de que lo hice por su bien. Por suerte, Simón no pasa mucho tiempo en la casa.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que se daría cuenta de que algo pasa entre nosotras.

—Sole, yo no soy quién para juzgarte. Pero creo que Simón también merecía saber lo que pasó.

—¿Sabes cómo habría reaccionado si hubiera sabido?

—Supongo que no muy bien, pero debes reconocer que ese tampoco es el tema.

—¿Cómo que no? Todo lo hice para no darle problemas a él.

—Recién dijiste que lo habías hecho por el bien de Flavia.

—Contigo hay que tener cuidado con cada palabra... Está bien, obviamente fue por muchas razones, entre ellas que Flavia se quedara con nosotros hasta que se titulara.

—Sole, eso es lo que *tú* quieres. Esos son *tus* intereses. Digamos la verdad: todo lo hiciste pensando en ti —argumentó Mariela con cautela para que la conversación no se transformara en discusión.

El mesero que llegó con el pedido en aquel instante crucial, sin pretenderlo, le puso paños fríos al diálogo y generó un espacio para la reflexión de ambas amigas.

—Tú pasaste por lo mismo con Florencia y eso no rompió la relación entre ustedes.

—Lo de la Flo fue todo lo contrario.

—¿Cómo que todo lo contrario? También estuviste de acuerdo en que abortara, ¿o no?

—Mira, Sole, yo no soy dueña de la verdad. Pero soy honesta conmigo. Cuando la Flo quedó embarazada solo la escuché, y mucho. Y únicamente le dije que la apoyaría en todo, cualquiera fuera su decisión. Y así lo hice.

—¿Me estás diciendo que no fue una propuesta tuya...?

—Por supuesto que no. Interrumpir el embarazo fue su propia decisión, y tanto su padre como yo nos limitamos a apoyarla.

—¿Y qué habrían hecho si hubiera optado por ser madre?

—De seguro le habríamos dado el mismo apoyo.

—¿No te parece un poco contradictorio que tú, siendo proaborto, le hubieras permitido tener esa guagua?

—Yo creo que tu problema, querida amiga —dijo Mariela con énfasis—, es que escuchas solo lo que quieres escuchar.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque creo haber sido muy clara contigo. Te lo repito, no estoy a favor ni en contra del aborto. Solo postulo que la mujer que está embarazada es quien debe tomar su propia decisión al respecto, y por cierto hacerse responsable de ella.

—¿No crees que despenalizar el aborto crearía un libertinaje sexual entre la juventud?

—Eso es un prejuicio.

—Les daría lo mismo quedar embarazadas. Irían a un centro médico para solucionar el problema y ya —sentenció Soledad.

—Si estuvieras en edad de procrear y quedaras embarazada, ¿tú harías eso?

—Eres muy arpía. No es prudente que me hagas esa pregunta sabiendo los particulares motivos que tuve para lo de mi hija.

—¿Por qué no es prudente?

—¡Ay, Mariela!, no te aproveches de nuestra amistad. No es prudente porque sabes lo que yo pienso.

—Entonces, a juzgar por los hechos recientes, debería entender que sí te harías un aborto —prosiguió Mariela, sabiendo que la ponía en serios aprietos.

—¡Me estás hueveando! ¡Sabes que no lo haría! —Soledad se sentía un poco presionada—. Sé que tampoco lo haría la Vale, ni la Isidora ni la Sofía, ninguna del grupo. Quizás la Pancha, que es como más alternativa.

—Ninguna mujer se hace un aborto porque exista una ley que lo permita, y es una decisión que yo respeto. Pero también respeto a las mujeres que por diversas circunstancias no tienen otra salida que interrumpir su embarazo, con la diferencia de que estas últimas hoy son castigadas porque infringen la ley.

—Pero convengamos que igual pueden hacerlo —porfió Soledad, dando a entender que las hijas de ambas eran la muestra del botón.

—Claro, y como el Estado no puede darles una atención profesional y oportuna, no les queda otra que acudir a lugares clandestinos y exponerse a manos de personas inescrupulosas, sin conocimientos, que ponen en riesgo sus vidas —enfaticó Mariela con algo de molestia.

—Si es como tú dices, entonces las mujeres que no quieren llegar a eso tienen que cuidarse —concluyó Soledad con deseos de ponerle punto final al tema—. En todo caso, creo que nos fuimos para otro lado con la conversación, ¿no crees?

—No, no creo. Tú me preguntaste sobre la actitud de Flavia contigo, y ahí tienes la respuesta.

—¿Adónde quieres llegar? —se incomodó Soledad captando cierto grado de insidia en la pregunta de su amiga.

—¿No te parece un poco contradictorio que no siendo partidaria del aborto hayas presionado a tu hija para que lo hiciera?

—Sabía que me ibas a sacar eso en cara.

—Mira, Sole, ya estamos grandes. No tengo nada que sacarte en cara. Solo estoy repitiendo lo que tú dijiste y verbalizando lo que te resistes a admitir. Flavia se ha distanciado de ti porque te olvidaste de que ya es una mujer y la obligaste a hacer algo en contra de su voluntad... Y lo que es peor, fuiste inconsecuente contigo misma.

No hubo forma de que Soledad pudiera esquivar el alud que le cayó encima.

—Siento que he fracasado con ella. No sé cómo remediarlo.

—Me parece que por ahí nos estamos entendiendo. Si estás esperando que el tiempo demuestre que lo hiciste bien, probablemente es día nunca llegue, Sole.

—Cómo no se va a dar cuenta de que su vida habría sido un desastre criando un bebé. Tendría que haber dejado sus estudios y seguramente nosotros habríamos tenido que hacernos cargo... Además, con un hijo, le costaría más encontrar una pareja para rehacer su vida. ¡Cómo no se va a dar cuenta de que le hice un favor!

—Te voy a ser bien honesta. Es probable que muchas de las cosas que dices efectivamente le habrían pasado...

—Entonces, ¿me encuentras algo de razón?

—No, no te encuentro nada de razón. Pienso que debiste haberle hablado a Flavia de mujer a mujer, no desde el pedestal de una madre autoritaria hacia una hija subordinada. Si estabas tan segura del peso de tus argumentos, debiste haberte acercado a ella con el cariño que dices tenerle y con el respeto que ella merece como mujer. Entonces, de seguro te habría escuchado.

—Ella es llevada a sus ideas, Mariela. Tú la conoces. Se habría mantenido en la misma posición.

—Nunca lo sabrás, porque no lo hiciste así.

—¿Tú crees que si le hablo ahora me podrá perdonar? —preguntó Soledad con genuina preocupación.

—No lo sé, pero si de verdad te importa la relación con ella, a lo menos debes intentarlo.

—¿Y si no me perdona?

—Eso lo decidirá ella. El motivo de la conversación para ti debe ser la paz interior que produce reconocer nuestros errores, más allá del perdón o del castigo que ella te pueda otorgar.

UN TATUAJE EN EL BRAZO

La última versión del gráfico de Facundo —ahora casi incomprensible por la cantidad de marcas y de líneas cruzadas— aún mantenía en suspenso los abortos clandestinos y las extrañas desapariciones de Leticia, Donato y Joel, pero además abría un flanco que en esta etapa de la investigación había avanzado hacia los primeros lugares: ¿Quién era ella?, se preguntaba con insistencia el inspector acerca de la compañera de Edison.

Más allá de las bifurcaciones que había adquirido el devenir de los acontecimientos, el esquema funcionaba. Las frecuentes reuniones y llamadas con los familiares de los desaparecidos eran nulas en aportes a su búsqueda. Solo deseaban saber de los avances en las investigaciones y si existía alguna pista sobre el paradero de sus parientes. Por otra parte, Pineda no quiso comentarle a Jaime Prado de su avance en el caso del robo de dólares, para evitar crear falsas expectativas y echarse encima exigencias adicionales que en nada ayudarían a la tranquilidad que necesitaba para iluminar el tramo final.

Fue una larga conversación con Claudia —quien se había transformado para él en una suerte de ayudante *ad honorem*— lo que motivó a dar una vuelta en el Patio de los Disidentes. Ella no conocía a los protagonistas del caso, pero desde que Facundo inició esta investigación, le intrigaba su comportamiento psicológico. Juntos llegaron al cementerio apenas treinta minutos después de la apertura de sus puertas al público. Era el horario menos concurrido, por lo que no necesitarían camuflar su presencia ante las miradas inquisidoras de algunos extraños.

La psicóloga ya estaba en conocimiento de todas las acciones emprendidas por su novio, y por lo tanto su opinión tendría propiedad. A los pocos minutos llegaron hasta la sepultura en cuestión. Esta vez ya no había flores sobre ella, y dedujeron que algún aseador del lugar las debió eliminar. A juicio de Claudia, era muy improbable que la persona que las puso allí tuviera algún vínculo familiar con el difunto. En cuanto al lugar donde fue localizado el perro devorando el brazo de una persona mutilada, las conclusiones coincidían en que dicha extremidad pudo ser dejada allí a propósito, ya que las características de ese patio eran propicias para el ocultamiento.

Ahora la incógnita era descubrir dónde estaban las otras partes del cadáver. Este era un dilema no menor, pues por la data de muerte era incierto pensar que aquel cuerpo pudiera aparecer tanto tiempo después.

El aviso de venta se eliminó del frontis de la casa, lo prioritario en ese momento era la urgente necesidad de sacar los cuerpos enterrados en el jardín. Pero ese no era el único escollo por salvar; también había que lidiar con la visita de aquella joven que vendría por la devolución de su dinero tras la deplorable intervención de la que fue objeto. Emilia y Edison, tras analizar los alcances de esa operación, concluyeron que era riesgosa para ellos, pues nada les aseguraba que, una vez recuperada la plata, la chica no los denunciaría. En pocas palabras, se sentían atrapados. Ninguno de los dos estaba dispuesto a poner en peligro sus planes de comenzar una vida nueva —como podía ocurrir si eran delatados por Florencia— y con aquella convicción, la joven quedaba virtualmente sentenciada a morir cuando viniera a buscar su dinero.

En las dos hojas del informe escrito por Patricio Smith sobre la extremidad encontrada en el cementerio y que el perro no alcanzó a consumir, se advertía la existencia de una marca en la llamada cintura escapular, la parte del brazo que va unida al tronco. No se definía con exactitud de qué se trataba, podía ser la huella de una herida o quemadura, un tatuaje o incluso una marca de nacimiento. Pero lo que sí constaba en aquel documento es que era una marca consolidada por el tiempo. Facundo la había pasado por alto, pero cuando puso acento en ella, quiso visitar a los padres de Leticia. Su preocupación era no provocar un caos familiar con aquellas indagaciones, ni mucho menos dejar entrever que pudiera encontrarse muerta.

Los padres de la muchacha recibieron muy bien al policía y escucharon con mesura el informe que daba cuenta de su investigación acuciosa, obviando por cierto todo lo relacionado con el escabroso hallazgo del brazo y la conducta del perro callejero.

El detective aprovechó la instancia para pedir a los padres que le mostraran fotografías de Leticia. Mientras le servían un tazón de té con leche y unas sopaipillas que la madre recalentó especialmente para él, se fueron deslizado ante sus ojos una serie de retratos que mostraban a la atractiva joven en diferentes situaciones. Su mamá explicó que la mayoría de las fotos las tenía guardadas la propia Leticia en su celular, el que se extravió junto con ella. Pero había una en la que aparecía con Joel en la playa, y se alcanzaba a ver una marca en el brazo del muchacho.

—¿Es un tatuaje? —preguntó el inspector apuntando al brazo de Joel.

—Sí —aseguró la madre de Leticia.

—Es que no se aprecia bien —señaló Facundo para que no le dieran un doble sentido a su pregunta.

—Es la mitad de un corazón —aclaró ella.

—¿Un corazón partido?

—En realidad, nunca estuve de acuerdo con ese tatuaje —afirmó la señora con visible parquedad en su rostro.

—¿Por qué?

—Seguramente él no es una mala persona, pero no la visitaba a menudo. Ambos —dijo mirando a su marido— pensamos que no era el indicado para ella.

—Entiendo...

—Lo que sucede es que Joel obligó a Leticia a tatuarse la otra mitad de ese corazón en su brazo.

—¿Me está diciendo que ella también tenía un tatuaje?

—Así es. Leticia nunca nos contó que pensaba hacérselo. Simplemente un día apareció con el tatuaje en su brazo.

—¿Y por qué no les gustaba?

—Si ellos hubiesen terminado su relación, ¿cómo explicarían a sus próximas parejas el sentido de ese tatuaje con la inicial del nombre de un antiguo amor?

Por la noche Facundo invitó a Claudia a cenar en un restorán. Necesitaba compartir y analizar esa coincidencia que —de ser verídica— despejaría una incógnita que hasta ahora le había sido muy esquivia.

Mientras trozaban un filete en sus respectivos platos y bebían un merlot de categoría, las divagaciones se nutrían en forma inversamente proporcional al consumo del vino.

Pineda comentó que era una utopía pensar en un supuesto vínculo de ese caso con los robos de Edison, pero también que las investigaciones policiales están atestadas de desenlaces sorprendentes, por lo que no se podía bajar la guardia. Claudia compartió su parecer, aunque no vislumbraba ni la más remota probabilidad de alguna conexión entre ambos casos. Le planteó a su amado que debía ir pensando ya en visitar pronto a Edison Ruiz.

—Creo que una evaluación ocular podría estrechar el espectro —le dijo, al tiempo que se ofrecía para prestarse ella a dicha experiencia.

—¿De verdad lo harías?

—Por supuesto. Eso sí, tendría que tener un buen motivo para mi visita.

—Creo que lo tengo.

—¿Cuál?

—Esa casa está a la venta. Vi un cartel que pusieron.

—¿No es de ellos?

—No sé, pero es un buen pretexto para golpear la puerta.

El sentido de la curiosidad profesional y la idea de conocer en persona a los verdaderos personajes de la investigación policial incidieron para que Claudia aceptara este cometido, que desde luego involucraba riesgos. Su belleza física se reflejaba en su sencillez; era reacia a usar maquillaje o acentuar sus hermosos ojos color miel con delineador. Pero en esta ocasión consideró imprescindible cambiar su apariencia como un modo de proteger su identidad real ante cualquier contingencia. Recordó que tenía una peluca de tono claro, confeccionada con pelo natural, que le

regaló una compañera de universidad cuando ambas compartían departamento. Claudia estimó que esta era la oportunidad adecuada para darle uso.

Su nuevo cabello la transformó y le dio confianza para atreverse a la aventura de ser otra persona. Se maquilló como nunca lo había hecho, agregó un par de lentes oscuros, se pintó los labios y calzó unas botas negras que cubrían sus piernas dejando ver las rodillas y parte de los muslos.

Al día siguiente, hasta Facundo se sintió intimidado con su transformación cuando ella subió al vehículo. Esta vez estacionó un poco más lejos que en ocasiones anteriores, pero conservando una amplia cobertura visual de la casa de Edison. Claudia no daba muestras de nerviosismo, más bien parecía entusiasmada ante la oportunidad de ejercer el temple que decía tener como psicóloga.

El inspector afinó los últimos detalles haciendo con Claudia un ensayo de una posible conversación con sus interlocutores. Le recordó que debía mantener el celular activado y en caso de recibir un llamado de él, mencionarlo con otro nombre.

La mejilla de Facundo quedó marcada con el labial de su pareja cuando se despidieron. En el frontis de la casona Claudia se intranquilizó un poco cuando, luego de tocar el timbre, se retiró unos metros para mirar bien la fachada, en su personaje de eventual compradora, y se percató de que no había ningún cartel que dijera que la propiedad estaba en venta.

Edison se asomó a la ventana antes de abrir y al verla, consideró que cumplía con el perfil de una de sus habituales clientas, por lo que no dudó en salir a su encuentro.

—Buenos días...

—Buenos días... Mi nombre es Marilú, una amiga me dio esta dirección y me dijo que...

—Pase, pase... —respondió Edison, dando por hecho que esta mujer deseaba intervenir.

—Permiso...

El hombre la hizo pasar al *living* y llamó desde el pasillo a Emilia, quien no tardó en incorporarse a la conversación trayendo consigo una bandeja con un termo, tazas y tres sobres individuales de café más una porción de galletas. Esta era una modalidad impuesta por Edison y que comenzaban a poner en práctica en su afán de convertirla en la rutina con las eventuales clientas. Pretendían crear así un ambiente placentero y afable para hacer menos traumático el primer acercamiento.

Claudia aceptó la atención y agradeció la acogida que le brindaron. Al momento de revolver su café ya se había enterado de que la compañera de Edison se llamaba Emilia y que ambos estaban próximos a unirse en matrimonio. La confianza comprometida en los prolegómenos de la conversación —que en rigor aún no despegaba— dejó entrever además que muy pronto se cambiarían a otro sector de la ciudad.

Había transcurrido un cuarto de hora y, acorde a lo establecido, había que entrar en materia de una manera orgánica.

—Marilú, ¿cuántos meses tiene? —preguntó él con estudiada delicadeza.

Claudia se sorprendió con la pregunta, que a todas luces se debía a un error con respecto a su visita.

—¿Cuántos meses...? Yo..., yo vengo por la venta de la casa —aclaró ella un tanto perpleja.

Edison titubeó un instante, pero al ver la mirada desconcertada de Emilia trató de corregir su torpeza al vuelo.

—A eso me refería. ¿Cuántos meses tiene... buscando casa? Nos interesa saber cómo se mueve el mercado, ya que también estamos por comprar una propiedad —dijo Edison dubitativo, y captando a medias que su explicación agravaba la falta.

—Sí, claro... entiendo. Llevo no más de un mes buscando un inmueble —contestó la psicóloga haciendo caso omiso del error y la burda salida.

—Bueno, la casa por lo pronto no está a la venta —intervino Emilia para apoyar a su compañero.

—¡Ah! Por eso no vi el cartel. ¿Desistieron de venderla?

—No... cuando compremos otra, la volveremos a poner en venta.

—¿Y eso cuándo será?

—Puede ser la próxima semana o a fin de mes.

—A nuestra empresa le acomodaría... y ya que estoy aquí, ¿serían tan amables de mostrármela para formarme una idea?

Emilia y Edison sabían que no podían exhibir la casa abiertamente, ya que la sala de intervenciones se encontraba en funcionamiento.

—Para serle franco, todavía no la estamos mostrando. Pero si usted nos deja sus datos, prometemos avisarle apenas reactivemos la venta —afirmó Edison.

—Entiendo... Desde aquí la casa se ve bien, sobre todo con ese hermoso jardín —dijo Claudia pasando por alto la negativa de los dueños a mostrarla—. No ando aquí con tarjetas, pero por mi trabajo paso muy seguido por este sector. Cuando vea el cartel de venta, paso de nuevo, ¿les parece?

—Perfecto —asintió Edison—, es lo mejor.

El detective, quien había previsto una visita más breve, la vio salir de la casa en el preciso momento en que la iba a llamar. Tal como lo planificaron, Claudia se fue caminando en sentido contrario para despistar —en el supuesto de que ellos la vigilaran—, de modo de acceder al auto de su enamorado un par de cuadras más adelante.

Una vez de regreso en el departamento, fue puntillosa en narrarle a Facundo cada detalle de lo acontecido durante su visita y, en especial, del momento en que Edison le hizo esa pregunta que ella interpretó más como un lapsus que como una imprecisión.

—La pesca, sin ser milagrosa —comentó el inspector—, rindió frutos más allá de las expectativas.

La sola idea de estimar que pudieran dedicarse a hacer abortos extendería las redes de conexión de su gráfico en forma exponencial. Quedó claro que la casona era de propiedad de Emilia y que pensaban venderla, pero después de comprar otra vivienda. De hacerlo, lo harían con el dinero supuestamente sustraído de la oficina de Jaime Prado. Si no quisieron mostrar la casa ni un milímetro más allá del *living*, debía ser porque el lugar donde practicaban ese oficio clandestino los delataría de inmediato. Y, como secuela de este somero análisis, el instrumental que él robó de la Escuela de Medicina seguramente nunca lo vendió, sino que lo debía estar usando para llevar a cabo las intervenciones. En el papel, el ejercicio básico de juntar las piezas de este puzle a partir de aquellas especulaciones es prodigioso, por decir lo menos. De acuerdo con el relato de Claudia, es probable que si encuentran un lugar donde instalarse dejarán esa casa a la brevedad. Por lo tanto —siguiendo con sus conjeturas—, hoy el escenario del ilícito está armado y habría que presentarlo tal cual —acotó Facundo— para que las evidencias fueran incuestionables.

Capítulo veintisiete

UNIDOS EN LA MUERTE

Eran horas cruciales para Facundo. Todos los plazos se iban acortando y ya no contaba con más tiempo para rendir cuentas a sus superiores, ni tampoco podía soltar a su presa, a la que tenía agarrada, aunque en forma precaria aún.

Se levantó muy temprano, se preparó un jugo de naranjas y se puso ropa deportiva para salir a correr, confiando en que la decisión crucial afloraría durante esa rutina que realizaba todos los sábados en el cerro San Cristóbal, pero que ahora decidió practicar en un día hábil con estos fines. Después de dos horas de trote, que en ciertos momentos se convirtió en caminata, regresó exhausto a su departamento.

Si aquella casa funcionaba como una clínica abortiva ilegal —se planteó Facundo—, la actividad debía ser constante. Con esta suposición y teniendo presente su gráfico, decidió someter la vivienda a otro día de vigilancia, esperando ser testigo ocular del ingreso de mujeres que desearan interrumpir su embarazo. La conclusión era obvia y la tarea ardua, pero había que llevarla a la práctica.

A media mañana, y acompañado de su cámara fotográfica con un potente *zoom* de acercamiento, con mucha calma y parsimonia se plantó allí a desafiar la suerte. No pasaron más de quince minutos cuando se sorprendió al ver a Emilia y Edison llegando a la casa en su camioneta. Ignoraba su procedencia, pero lo consideró irrelevante, y más bien puso atención a su desembarco y a la actitud de ambos antes de entrar a su hogar. La mujer repitió el barrido visual hacia ambos lados de la calle. Con el historial que ahora poseía el inspector y el manto de dudas que rodeaban el inmueble, los detalles tenían otra lectura. La pareja mostraba esa conducta casi instintiva que se produce cuando las personas tienen algo que ocultar. Recordó que era muy similar a la vigilancia de casas en las que se presumía la existencia de tráfico de estupefacientes.

Exactamente a las once de la mañana una joven acompañada por un hombre unos años mayor que ella llegaron a pie a la casa, miraron la dirección y la chequearon con un papel que él traía anotado. Emilia salió a abrir, y lo hizo con extrema cautela manteniendo la puerta entreabierta. Pineda acercó la imagen con su cámara y los divisó conversar unos segundos, los suficientes para deducir que no eran familiares ni amigos. Los visitantes ingresaron sin que la joven se dejara ver demasiado.

El detective asistía a un momento crucial de la investigación policial, en el que las suposiciones podían convertirse en evidencias. La pareja no estuvo adentro más de media hora, hecho que daba cuenta —según Facundo— de que probablemente esta era su primera visita. A continuación activó el motor de su vehículo y abandonó por un rato el puesto de vigilancia para seguir los pasos de esa pareja. Al doblar en la

esquina, vio que se subían a un automóvil que habían tenido la precaución de no dejar cerca de la casa. Les sacó una fotografía y anotó la patente como resguardo. Debíó dar una vuelta en trescientos sesenta grados por las calles colindantes para volver a su punto de observación. Casi una hora más tarde, a las doce con cinco minutos, dos mujeres se situaron en el frontis de la casa. Con su ojo derecho aferrado al visor de la cámara, el policía descubrió que se trataba de la misma mujer que días antes había llegado al lugar, al parecer con su hija. Esta vez Edison abrió la puerta y las dejó pasar sin preámbulos, como si las estuviera esperando. La obvia conclusión fue que tenían una cita acordada. Tras esperar un cuarto de hora, y convencido de que en este caso la espera sería más prolongada, bajó del auto con la intención de engullir una merienda en el sector.

Colmado de satisfacción por todo lo que estaba descubriendo y felicitándose por no haber abandonado la investigación, caminó a pie hasta el café de siempre. Una ensalada —pensó— bastaría para saciar su apetito.

La surtida verde con salmón ahumado no demoró en llegar a su mesa. El garzón, siempre buscando ganarse una propina acorde a su atención personalizada, le trajo al inspector un regalo.

—Aquí no se vende vino, pero este es un regalo de la casa —le dijo poniendo una copa de tinto junto al plato—. Y le dejo esta botella de Coca-Cola a medio llenar por si viene un inspector —remarcó.

—Muchas gracias —dijo Facundo con una amplia sonrisa, pues era lo único que le faltaba para festejar sus avances a la altura.

Una hora y media más tarde —luchando contra la modorra y los efectos del merlot, ya que no acostumbra beber cuando trabaja—, el detective se encontraba de vuelta haciendo guardia en su vehículo. No transcurrió demasiado tiempo para que la vigilancia rindiera frutos y, tal cual lo dibujó en su mente, de la casa salió la señora con la joven. La adolescente caminaba a paso cansino —muy diferente a cómo llegó—, tomada del brazo de la que sin duda ahora calificaba como su madre. Las vio ir en dirección a la esquina contraria y desistió de seguirlas ya que tomaron un taxi, lo que le negaba toda posibilidad de alcanzarlas.

Necesitaba evacuar toda esta información y confrontarla. Ciertamente la persona indicada era Claudia, quien lo sorprendió con una variedad de *sushi* comprados al paso, para amenizar lo que se preveía como una interesante velada nocturna.

Cautivada por el relato de Facundo mientras devoraba casi por inercia unos *chicken tempura*, veía con marcado frenesí cómo esa enredada madeja, que en sus inicios era solo un bulto sin muchos pies y menos cabeza, se desenmarañaba casi por arte de magia con las variadas conjeturas que bullían en su cerebro. Probablemente por el hecho de haber compartido desde el comienzo esta singular investigación, Claudia tuvo total convergencia con la mirada de Facundo en cuanto a la necesidad de regresar al Patio de los Disidentes.

Algo había en aquel sitio que requería una mirada aún más aguda. Ambos fueron invadidos por una sensación casi paranormal. Sin duda, las dos copas de vino que tomó cada uno incentivaban tal vehemencia.

La psicóloga no lo pensó dos veces y avisó a su trabajo que no asistiría durante la mañana siguiente.

La obstinación de Edison por resolver en forma definitiva lo único que les impedía vender la casa y marcharse cuanto antes de aquel lugar lo inspiró a sacar del jardín el cadáver de Joel. Emilia sabía con exactitud dónde estaba enterrado, así que dirigió las acciones de su compañero para no destruir más allá de lo necesario. Previo a eso desprendió con cuidado las flores con sus respectivas raíces y las dejó a un costado para replantarlas tan pronto Edison culminara el trabajo. La exhumación se realizó después que Emilia fue a recoger a su hija a la sala cuna. Acordaron no abrirle la puerta a nadie y tomaron la precaución de poner música a un volumen graduado para que la labor de Edison pasara inadvertida para los vecinos. En este afán no había nervios ni preocupación; más bien primaba el desafecto. El cuerpo del joven estaba a muy pocos centímetros de la superficie. Emilia había tenido la precaución de cubrirlo con un par de manteles plásticos que junto con la salinidad del suelo permitieron que el deterioro fuera casi insignificante durante los pocos meses que estuvo enterrado allí. Ella rehusó participar en esas tareas y fue a la cocina para preparar algo de comer, conducta que también daba cuenta de la trivialidad con que tomaban aquel suceso. Edison, sin inmutarse, tomó el cadáver y lo trasladó a una de las piezas desocupadas, donde había cubierto el piso con plástico para la siguiente operación. Además, había comprado una sierra eléctrica para facilitarse este siniestro proceso.

Emilia freía un trozo de carne en la sartén, lo que aminoraba el ruido de las acciones que realizaba su amado. El llanto inesperado de Esperanza la obligó a partir rauda al dormitorio para socorrerla. La pequeña estaba acostumbrada a un ambiente silencioso, por lo que los ruidos que ahora llenaban la casa eran brutales para sus oídos. Como si la hubiesen puesto a dormir siesta en medio de un bosque en plena tala, no cesó de llorar ni siquiera cuando su madre la tomó en brazos para llevarla hasta la cocina. La radio encendida, la sierra eléctrica en acción, la carne chillando en la sartén y el llanto inconsolable de la bebé: la imagen perfecta de un verdadero concierto del horror.

Por suerte, Edison demoró muy poco en su faena y se quedó otro lapso en aquel dormitorio forrando las partes del cuerpo con mangas plásticas y cinta adhesiva comprada con ese fin. Esta vez cortó el cuerpo en partes de menor tamaño, para poder trasladarlas al cementerio en bolsas de género con manillas, simulando ser compras domésticas. Confiando en que el tiempo y la baja temperatura espantarían a los eventuales concurrentes al cementerio, su estrategia privilegiaba la audacia de ir a dejar los restos de Joel a plena luz del día.

El cielo tapizado por oscuras nubes que parecieron retrasar la llegada del amanecer hizo que Facundo y Claudia evaluaran la situación esa mañana. Ingresar al cementerio apenas se abrieran las puertas, con un clima amenazador, podía levantar obvias sospechas. «Un detective que se precie —dijo el inspector con atisbos de irónica sabiduría— no se permite un error tan básico».

Una vez en el camposanto, constataron que las únicas personas que rompían la quietud eran unos artesanos que se escuchaban a lo lejos, seguramente tallando lápidas con los nombres de difuntos recientes. El Patio de los Disidentes estaba vacío y con una leve bruma en suspensión, que recordaba las clásicas imágenes de películas de terror. Más allá de la analogía, era la atmósfera ideal para sus planes. Facundo guio a Claudia por entre los vericuetos de ese lugar, y ella no tardó en comprobar la particularidad de sus moradores. Cuando llegaron hasta la tumba donde supuestamente Edison había desenterrado su botín oculto, el detective señaló:

—Esta es la sepultura de la que te hablé.

—¿Tú crees que aquí guardó el dinero? —dijo Claudia evaluando el lugar con su mirada.

—Al menos aquí su compañera dejó las flores.

—Estas personas llevan más de un siglo enterradas y me parece impensable que alguien tenga razones afectivas o familiares como para dejar un ramo de flores.

—Creo lo mismo, pero el otro día me dijiste que ella tenía la actitud de una mujer provinciana o un tanto campestre, para ser más exacto.

—Es lo que me pareció —dijo Claudia—. Pero hay cosas que todavía no entiendo.

—A ver, déjame que te lo explique de otra manera. ¿Tú crees que ella tiene estudios superiores? —preguntó Pineda.

—Si te refieres a Emilia, no creo, pero se veía que es una persona bastante inteligente.

—¿Y cómo definirías su relación con Edison?

—Mi amor, todo lo que te pueda decir no tiene más sustento que una presunción prejuiciosa. Yo estuve solo minutos con ellos, no me pidas que te dé un diagnóstico psicológico, por favor.

—Sí, lo sé —insistió Facundo—, pero quiero saber cuál fue tu sensación, así, a primera vista.

—Se me ocurre que puede ser una mujer sometida...

—¿Te atreverías a pensar igual que yo, que Edison es más citadino que ella?

—Puede ser —dijo Claudia, dubitativa—. ¿Me puedes decir sobre qué planeta estás volando?

—Mi hipótesis es que él dejó la caja con el dinero donde nadie nunca la encontraría. O sea, al interior de una tumba que nadie abre desde hace años y que

probablemente nadie abrirá en muchos años más. El escondite perfecto.

—¿Y en qué parte las flores sobre esta sepultura se unen a tu hipótesis?

—Si ella es medio provinciana, como tú infieres, puede que tenga la creencia popular de que los muertos piensan y sienten, y bajo ese supuesto esta persona que murió hace más de ciento cincuenta años cuidaría como nadie esa caja con dinero...

—¿Y me quieres decir que ella le trajo flores como para agradecerle su rol de custodio? Eso, ¿no? —Claudia tenía una mueca de incredulidad.

—Algo parecido —respondió Facundo acusando el espolonazo.

—Con todo lo que te admiro me parece una hipótesis un tanto rebuscada.

—Lo cierto es que él salió de aquí con una caja metálica con dinero. Debe haberla ocultado en una de estas sepulturas.

—¡Está bien, está bien! No quiero echar abajo tus deducciones, pero ¿ahora qué importa en qué lugar la escondió? Da lo mismo, ya la sacó y la tiene en su poder.

—No te olvides de que él no fue detenido, se entregó por su propia voluntad aplicando una estrategia muy bien urdida.

—¿Una estrategia?

—Esa fue su jugada maestra —aseveró Facundo—. Edison Ruiz se entregó declarándose culpable de robar una camilla ginecológica y algunos utensilios médicos. Él sabía que por eso y además por ser primerizo obtendría una condena menor.

—¿Y qué pasó con el robo del dinero? ¿Por qué no lo devolvió?

—El robo se supo cuando Edison ya estaba preso.

—Entonces, ¿él no se robó ese dinero?

—Él se lo robó, pero el administrador económico de la Facultad de Medicina, Jaime Prado, cometió un error. Supuso que el ladrón era un funcionario de la facultad y se las dio de detective.

—¿Cómo así?

—Quiso encontrar él mismo al ladrón, tendiéndole una trampa, y no avisó oportunamente del robo a las autoridades. Eso permitió que nadie pusiera la mirada en Edison, ya que a esa altura se encontraba en la cárcel.

—Ahora tiene sentido para mí —dijo Claudia—. Si él sabía que al salir en libertad podría rescatar su botín, era como recibir un sueldo millonario por estar preso, sin que nadie sospechara de él.

—Veo que me estás entendiendo.

—Ahora también tiene sentido que ella no fuera a verlo a la cárcel, se exponía a que la siguieran... Aunque no habrían encontrado nada en su casa.

—Nunca se sabe... Y ese es mi tema.

—¿Cuál? —preguntó Claudia con evidente curiosidad.

—Si mis conjeturas tienen algo de cierto, puedo suponer que si él usó este lugar como una inexpugnable bodega para guardar el producto de su robo, es posible que lo

haya usado también para guardar otras cosas, y el ramillete de flores puede ser la señal que ando buscando.

Las nubes y la sensación de lluvia inminente se mantuvieron invariables durante todo ese día, y el cielo cerrado favorecía los planes de Edison y Emilia. Ella partió a buscar a Esperanza a la sala cuna mientras él terminaba de colocar en bolsas de género las partes mutiladas del cuerpo de Joel. Esta vez el plan incluía a la pequeña, ya que Edison consideró que era el subterfugio ideal para no levantar sospechas al llevar a cabo su propósito en el cementerio. Había planificado que llegarían en la camioneta hasta la puerta del Patio de los Disidentes, bajarían con la niña y la llevarían en su coche dando la apariencia de una situación de absoluta armonía familiar. El coche tenía en la parte baja un espacio donde, según sus cálculos, cabían de a uno los paquetes que logró hacer tras la mutilación del cadáver. Una vez que abriera la sepultura —dijo—, iniciaría el traslado de los bultos con Esperanza, y los iría lanzando hacia el interior de aquella tumba con mucha cautela tras comprobar que no hubiese nadie alrededor.

Facundo y Claudia, absortos, comenzaron a revisar en forma más acuciosa la estructura exterior de aquella sepultura y apreciaron que tenía indicios de haber sido vulnerada. Superados por la curiosidad, sin ponerse de acuerdo, intentaron mover la gruesa tapa que la cubría. La estructura de cemento y fierro cedió un par de centímetros y llegó a un punto donde se trabó, y luego cualquier esfuerzo por levantarla o moverla requeriría el uso de herramientas.

Emilia y Edison dieron inicio al tenebroso viaje familiar, con la pequeña Esperanza incluida. La osadía de cargar con un cadáver cercenado en doce partes era un riesgo guiado más por el voluntarismo que por la razón. Emilia sabía que si alguien llegaba a descubrirlos, la relación de pareja, el futuro matrimonio, la venta de la casa, la posterior compra de otra vivienda e incluso la crianza de la niña se verían hipotecados. En esta ocasión, y como un modo de asegurarse el éxito de su plan, trajo consigo un inmenso ramillete de flores, dando por hecho que la «santa Leticia» —en eso se había convertido para esta mujer— los protegería de cualquier circunstancia adversa.

Facundo quedó muy frustrado al no poder escudriñar en las profundidades de esa tumba. Se habría conformado con mover aunque fuera un poco más esa pesada mole, hasta poder indagar al menos con un vistazo hacia el interior. Inspirado por su empecinamiento, pero sin ningún fundamento sólido, sentía que esa suerte de bodega había servido para algo más que solo esconder esos miles de dólares. Las circunstancias lo obligaron a desistir, pero antes de alejarse se prometió regresar otro día, solo y con las herramientas necesarias para destrabar el mecanismo que unía la tapa a su base.

La camioneta de Edison ingresó y avanzó con lentitud entre las estrechas calles del recinto mortuorio. Era menester pasar lo más inadvertido posible, no solo por la poca visibilidad que había esa tarde gris, sino porque bastaba una sola mirada al *pick-up* de su camioneta para notar que su cargamento era de dudosa procedencia.

Apenas quince segundos después de que Claudia y Facundo abandonaron el Patio de los Disidentes y partieron en dirección a la salida, Edison —con Emilia y Esperanza de copilotos— puso el pie en el freno y se posó con cautela justo en el frontis de aquel sector del cementerio, de modo que la conjunción de los astros en ese momento impidió que ese encuentro fortuito se transformase en una fatal casualidad.

Edison, tal como lo hizo la vez anterior cuando desenterró su botín, se dirigió hacia la sepultura y dejó de guardias a sus compañeras dentro de la camioneta. Si Emilia, mientras él trabajaba en destrabar la tapa de la sepultura, veía merodear a un extraño, debía avisar de inmediato a su compañero agitando el cascabel del bebé.

Frente a aquella tumba, soltó con una llave inglesa los pernos que unían la cubierta a la base y, tras un gran esfuerzo que lo dejó exhausto, logró moverla y generar el espacio suficiente para introducir de a una las bolsas con las partes del cuerpo mutilado.

Cuando logró su objetivo, percibió que el cementerio estaba solitario y silencioso, y que el único sonido audible era el del leve resonar de las hojas de los árboles. Ciertamente, esa atmósfera simplificó la tarea de Edison, quien inició sin demora el funesto traslado.

El hombre acomodó a la guagua —que se sentía inquieta en el coche— y puso una de las bolsas en su parte inferior. Emilia se mantenía erguida y atenta a un costado de la camioneta, fiel a su rol de vigilante, en tanto él llevaba de un lado a otro el coche, como un padre ejemplar dando un paseo cotidiano con su hija.

Tal como lo había previsto, nada ni nadie entorpeció el proceso. Tomar esos paquetes, que ocultaban partes de un cuerpo humano, y lanzarlos al interior de la sepultura se transformó después del primer traslado en un acto frío y mecánico, con total indiferencia hacia su víctima. Pero en el tercer viaje Edison regresó a la camioneta y se espantó al ver a Emilia muy confundida conversando con un trabajador del lugar.

—¡Hola! —dijo Edison, sin salir de su asombro al ver a ese hombre a un costado de su vehículo.

—Él trabaja aquí en el cementerio —explicó Emilia apenas lo vio acercarse—, y se extrañó de verme sola. Le conté que andabas buscando la sepultura de tu mamá.

—Lo que pasa es que en días así no viene gente para acá, por eso me acerqué a preguntarle si necesitaba ayuda —añadió el hombre.

—Estamos de paso en Santiago —dijo el exestudiante de medicina para justificar su presencia—, y hoy es el único día que podíamos pasar a ver a mi mamá, y mañana ya volvemos al sur.

—Pero en este Patio es difícil que la encuentre —dijo el trabajador—, aquí ya no entierran a nadie, estos finados son de hace más de un siglo.

—Claro —dijo Edison—, como no somos de acá siempre me pierdo.

—Mire —agregó el hombre mirando hacia la salida principal—, lo mejor y lo más rápido, para que no pierdan tiempo ya que andan con su hijita, es que consulten en informaciones, ahí le van a decir altiro dónde está la tumba de su mamá.

—Muchas gracias, creo que es lo que debimos hacer desde el principio —dijo Emilia con una sonrisa dibujada a la fuerza en su rostro, en un intento por cerrar la conversación.

En ese momento el funcionario del camposanto dio una solapada mirada a la carga que se encontraba en la camioneta.

—Si el tiempo no cambia, hoy tenemos el día perdido, así que si necesita una ayudita, cuente conmigo —ofreció el hombre con la intención de ganarse una propina—. ¿Qué trae aquí?

El ambiente se puso más gélido aún y por un momento Emilia y Edison no supieron qué decir ni quién debía hacerse cargo de la mentira.

—Si de verdad tiene tiempo por supuesto que podría ayudarnos —contestó Edison, al parecer resuelto a contar con el desconocido.

—Pero ¿será necesario? —inquirió Emilia alarmada con la inesperada propuesta—. Yo te puedo ayudar, mi amor.

—¿Qué contienen esas bolsas? —insistió el trabajador, intrigado.

—Son partes de un descuartizado —soltó Edison, sin que se le moviera ni un músculo de la cara—, y ando buscando un lugar para enterrarlo.

Emilia no podía creer lo que estaba escuchando.

El hombre se largó a reír a todo pulmón:

—Veo que le gusta el tandeo, jefe. En todo caso, aproveche de preguntar en informaciones, aunque esos le van a cobrar caro por enterrar a su muerto —dijo el hombre sin dejar de reír—. Por cualquier cosa me encuentran por la entrada de San José —agregó mientras se retiraba del lugar aún con la sonrisa viva.

Emilia hizo esfuerzos por cambiar la expresión en su rostro y cuando el hombre se perdió en medio de la niebla, increpó a Edison por esa broma con visos de canallada.

Minutos después Edison terminó su quehacer y Emilia entró en escena para dejar sobre la lápida la ofrenda de flores para su «santa». El cuadro frente a esa tumba era patético: el día nublado, oscuro y frío; un coche con una bebé en su interior; un hombre atornillando la sepultura, y una mujer orando en silencio tras dejar sobre la cubierta un inmenso ramo de flores frescas... y, por supuesto, en el interior de aquella bóveda dos jóvenes unidos por la muerte: Leticia y Joel, en la candidez de su juventud, mutilados en cuerpo y alma. Dos enamorados que jamás imaginaron que su deseo de permanecer juntos se cumpliría de una manera tan ignominiosa.

Capítulo veintiocho

«SERÁ COMO TÚ DICES, SIN UNA GOTA DE SANGRE»

El Taller de Integración de Variables de Gestión era una de las últimas exigencias académicas que debía cumplir Florencia para obtener su título de arquitecta. Esa tarde salió de la facultad muy satisfecha con su desempeño. Le entregarían las calificaciones en algunos días más, pero la convicción de haber hecho un buen trabajo le daba tranquilidad para esperar con calma. Acudió con prisa al casino de la escuela, e igualmente apurada consumió el menú, ya que había destinado esa tarde para ir a buscar el dinero que le devolvería Emilia. Era una suma importante y necesitaba cerrar ese tema que le significaba recordar el nefasto capítulo del aborto.

Emilia estaba advertida de su visita y no tuvo inconveniente en salir a su encuentro, pero antes le avisó a Edison que cuando estuviera en el *living* con Florencia, se aproximara como lo tenían planeado.

Apenas se acomodaron, Emilia le sirvió sin preguntarle un pequeño café y un platillo de galletas, como parte de la nueva forma de recibir a su clientela.

—Te demoraste en venir... —le dijo con excesiva gentileza.

—Sí —se disculpó Florencia—, es que como estoy terminando la carrera, tengo que ir entregando todos los trabajos pendientes... Pero ya estoy aquí —agregó sonriendo.

—No sé si te conté, pero mi marido, que estaba haciendo un curso en el extranjero y volvió hace unas semanas, quiere conocerte.

—¿Qué hace él?

—Está terminando medicina.

—¡Ah, qué bien! ¿Y dónde está?

—Ahí viene —dijo la mujer al oír sus pasos—. Se llama Edison.

—Edison, ella es Florencia, la joven de la cual te hablé —los presentó Emilia.

—No, no te pares por favor. Un gusto conocerte —Edison se acercó para darle un beso en la mejilla y evitar que ella tuviera que levantarse.

—Bueno, Edison está al tanto de todo, por si acaso.

—Sí, lamentamos mucho lo que sucedió contigo. Lo importante es que saliste de todo.

—Así es —dijo Florencia mirando a Emilia—. No hay problema.

—Mira, Florencia, como yo no estaba presente en esa ocasión, y al margen de la cosa económica... Me refiero a devolverte el dinero y por supuesto pedirte nuevamente disculpas —dijo Edison, y mirando a Emilia—: ¿Podrías ir a buscar el sobre mientras tanto?

Ella se levantó y salió del *living*.

—Como te decía, quedé muy preocupado, ya que esto no nos puede volver a suceder.

—Me parece bien que lo vea así.

—Me imagino que Emilia te habrá dicho que lo delicado de este trabajo son dos cosas. Una, que nos compete a nosotros, es precisamente hacer un buen trabajo. Y la segunda, que corresponde a nuestras pacientes, se refiere al compromiso de mantener absoluta reserva sobre lo que hacemos.

—Sí, lo tengo claro —afirmó la estudiante.

—Entonces, Florencia, antes de cerrar este trato, necesito un par de cosas de tu parte.

—¿Qué cosas?

—La primera, que esa lealtad de la cual te hablo se mantenga —expresó con intencionada tranquilidad Edison—, porque doy por descontado que viniste sola, que nadie te espera y que nadie sabe que estás aquí ahora, con nosotros. ¿Verdad?

—Sí, por supuesto... ya se lo dije a Emilia, así que pueden estar tranquilos en ese sentido —respondió Florencia genuinamente—. ¿Y cuál es la segunda?

—La segunda, y te aclaro que no es condicionante para que te devolvamos el dinero, es solo una preocupación profesional —señaló Edison mostrando plena seriedad—: que ojalá nos permitas examinarte para tener certeza de que ya estás bien y aprovechar de mostrarle a Emilia qué se hace en situaciones como la que ocurrió en tu caso.

La joven se inquietó, no estaba en sus planes una acción semejante. Solo la seriedad de Edison y la forma en que se lo planteó la hizo poner oídos a esa inoportuna petición. En ese instante Emilia regresó con un sobre en la mano.

—Entrégaselo por favor —le indicó Edison.

—Toma, aquí está el dinero —aseguró Emilia—. Puedes contarlo sin problema.

—Está bien —dijo Florencia mientras abría la aleta del sobre para echar una ojeada al interior—. Debe estar bien, gracias.

—¡Bueno...! ¿Y qué nos dices? —insistió él.

—¿Cuánto demoraría ese examen? —preguntó Florencia un tanto confundida y presionada mientras guardaba el sobre en su bolso.

—No más de un cuarto de hora.

El análisis previo de la pareja le hizo concluir que dejar partir a esta joven sería un despropósito, ya que en su comportamiento anterior con Emilia había dejado ver parte de sus colmillos, haciendo una velada amenaza si osaban desconocer su demanda. Nada les aseguraba entonces —pensaron— que ante una necesidad económica no acudiera de nuevo a pedirles más dinero a modo de extorsión. O que lisa y llanamente, aun con el dinero en su poder, quisiera darse el gusto de

denunciarlos. Atrapados en esa lógica, Edison estructuró un plan para erradicar para siempre esas dudas.

Emilia guio a Florencia a la misma sala donde fue intervenida y le pidió que se recostara en la camilla ginecológica. Segundos después, Edison ingresó a aquella habitación con su delantal blanco. La joven debió desprenderse de su ropa interior y, una vez cubierta con una sábana blanca, fue conminada a abrir las piernas como si estuviera ante su ginecólogo. Edison hizo un barrido ocular de la zona y le señaló que la periferia de la vagina presentaba una zona rosácea que él debía examinar más a fondo y, para evitarle posibles molestias, inyectarle una dosis de sedante. No se lo preguntó a la paciente, sino que solo le advirtió del procedimiento cuyo libreto se había aprendido como si fuera una trágica obra de teatro. Emilia permanecía en la cabecera acompañando a la joven, y le había tomado las manos en señal de apoyo. Florencia sintió que pasaba algo extraño, pero no tenía argumentos para negarse a lo que le estaban haciendo ni quería que interpretaran su actitud como un mero capricho.

Lo que desconocía esta joven era que el falso médico no le estaba inyectando un sedante, sino una solución de anestesia general que la dejaría inconsciente por un tiempo largo durante el cual ellos la tendrían a su merced. A los pocos minutos Florencia cayó en un sueño profundo, y entonces Emilia y Edison la ataron a la camilla para impedir que huyera si despertaba en su ausencia.

Fatalmente, la cuasi arquitecta le había dicho a su madre que no fuera a verla porque esa noche se quedaría a dormir en casa de una amiga. Este insignificante detalle haría que nadie de su entorno interpretara su ausencia como una señal de que podía estar en peligro y, por lo tanto, dejaría a su grupo de cercanos al margen de las zozobras que comenzaba a padecer.

Emilia era parte de este complot; lo único que le exigió a su amado fue que la muerte de la chica no fuera tan cruenta ni traumática; ya no quería ver más sangre. Y esa petición tenía ahora a Edison en ascuas, ya que por la hora no había alcanzado a conseguir cianuro en una droguería o en una tienda de productos agrícolas.

A Facundo le costó definir la senda que debía tomar para apurar el desenlace de estos casos, que en el papel ya se esbozaban como resueltos. Sabía que la información recabada tenía peso y que ahora todo dependía de su audacia para abordar a los supuestos involucrados, si optaba por eso. Su idea inicial era volver al Patio de los Disidentes con herramientas para abrir aquella sepultura, pero su trayectoria como detective podría esfumarse en solo segundos si era descubierto en esas maniobras ilícitas. La otra opción era pedirle permiso al juez para esa diligencia. Ello era factible, pero el estatus de museo que poseía dicho lugar convertiría la autorización en un proceso burocrático que podría demorar una semana.

En suma, era la lucha entre la razón y su olfato policial. El inspector expuso a su propio análisis estas dos tendencias para determinar cuál resistía con más vigor el sentido de urgencia. Ya tenía decidido que el método más viable era enfrentar en su propia casa a los virtuales sospechosos.

Florencia comenzó a despertar después de la anestesia. Durante varios minutos permaneció desorientada, tratando de entender qué sucedía ya que no podía fijar la vista porque todo giraba a su alrededor. Era como una pesadilla y al verse maniatada entró en pánico. Quiso gritar, pero su boca estaba sellada por una cinta de embalaje.

Luego de un largo rato, vio ingresar a Edison. Esta vez no vestía delantal blanco y su intención era cerciorarse de que su expaciente —ahora su víctima— no tenía posibilidades de escapar. Fijó con más firmeza las correas que inmovilizaban sus manos y mirándola con desafecto, como si fuera un objeto, se retiró sin emitir ni una palabra.

Mientras Florencia estaba atrapada en la angustia de no saber realmente qué sucedía, ellos evaluaron la situación. Y ante el predominio de la moción de no dejarla libre, Edison se comprometió a comprar cianuro.

—¿Estás pensando en sacar al detective también? —preguntó Emilia, dubitativa.

—Si el tiempo se mantiene así, tenemos que aprovechar.

—¿Y qué hacemos con Esperanza?

—La dejas en el jardín y de ahí nos vamos al cementerio —dictaminó Edison, preocupado por el desdén en su mirada—. ¿En qué piensas que tienes esa cara?

—¿En qué crees tú?

—Si es por ella —dijo Edison en alusión a Florencia—, lo vamos a hacer tal como tú querías, sin una gota de sangre.

—¿Estás seguro de que el cianuro es lo mejor?

—Es letal en cantidades concentradas. No me respondiste qué te parecía que la dejemos en el jardín.

—Necesito poner las flores, se me pueden secar.

—Plántalas al lado mientras tanto.

—Voy a ver qué hago.

Edison partió en su camioneta al barrio Estación, donde había encontrado por internet tres lugares que expenden cianuro. Quinientos gramos fue la dosis que pidió argumentando que una plaga de ratones amenazaba con invadir su hogar. No le importó tener que dejar sus datos y estampar su firma para hacerse responsable por el correcto uso del veneno. El dependiente le hizo ver que el cianuro era el veneno perfecto, que bastaba una pequeña cantidad para que en menos de cinco minutos los roedores dejaran de existir. «Por eso somos muy exigentes —recalcó el vendedor—, ya que existen muchos homicidas y suicidas que vienen y nos damos cuenta de inmediato cuando quieren comprar el producto con fines mortales». Luego le aclaró a

su comprador que esa era la razón por la cual debía dejar su firma en un libro especial que quedaba a disposición de la policía si lo requería.

Florencia había quedado sola en aquella habitación con la ventana y la puerta cerrada. Ahora esta sala de partos era lo más parecido a una celda de incomunicación. Una luz escasa se colaba por entre las rendijas de la ventana y de la puerta. Como era la última habitación del inmueble, alguien que mirara a simple vista el fondo de la casa podría considerarla como una bodega. El trecho entre esta sala de partos casera y el resto de las habitaciones era lo suficientemente amplio como para que no se escuchase desde el *living* lo que sucedía en su interior. Aun así Emilia tomó la precaución de poner por fuera el pestillo de la puerta, que mantendría a la rehén sin poder huir. Lo que pasara a partir de allí con su vida no era una preocupación mayor para esta mujer, pues desde que la muchacha ingresó a aquel lugar su fin era inminente.

La ansiada libertad para trabajar y la posibilidad de formar una familia sin que nadie osara incomodarlos eran propósitos que ellos creían merecer. En sus mentes, las víctimas que quedaron en el camino no eran tales. Un proceso interno les había hecho concluir que no tenían más salida que eliminarlos para seguir adelante con sus vidas. Sus objetivos eran tan importantes y loables que todo lo que impidiera sus fines debía ser descartado. La consigna era «ellos o nosotros». En consecuencia, esas muertes quedaron inscritas como hechos de la causa, y no como una deuda con la sociedad ni con nadie, simplemente porque pensaban que cualquiera en su lugar habría hecho lo mismo. Era lo más cercano a considerar que actuaban en defensa propia.

El inspector Facundo Pineda dejó su vehículo un tanto alejado de su objetivo y se desplazó a pie hasta el frontis de la vivienda. No vestía terno ni menos corbata, y esperaba encontrarse con Edison en casa.

Emilia se encontraba afanada plantando en otro sector del jardín las flores que había retirado para sacar el cuerpo de Joel. Como la idea era esperar hasta el día siguiente y enterrar allí a Florencia en forma temporal, salió a abrir la puerta apenas sonó el timbre. Se sacó los guantes y el delantal en el trayecto a la puerta y los dejó tirados en un rincón del patio antes de ingresar al pasillo. Pensó que Edison una vez más había salido sin llaves.

—Buenos días —saludó Emilia, sorprendida por la visita que no esperaba.

—Buenos días, señora —respondió Facundo—, quisiera hablar con Edison Ruiz.

—¿Edison? —Emilia vaciló al contestar—. Él no se encuentra en estos momentos. ¿Para qué sería?

—¿Irás a regresar pronto?

—Salió a comprar, pero nunca dice a qué hora va a volver —dijo Emilia buscando espantar al visitante.

El detective necesitaba saber si Emilia estaba mintiendo porque, de ser así, era probable que lo hiciera por haber intuido su condición de policía.

—Debe haber ido lejos, ¿no? Porque no está su camioneta... —comentó el hombre dando a entender que lo conocía bien.

—Yo creo que sí —confirmó Emilia sin saber qué decir—. ¿Ustedes se conocen?

—No somos muy amigos, pero me hice un tiempo y fui a verlo a la cárcel, si eso le dice algo.

—Si no lo busca para algo en especial, quizás yo pueda ayudarle —dijo ella más calmada luego de esa respuesta confiable.

Pineda se dio cuenta de que Emilia había cedido a sus dudas. También notó que, mientras conversaban, miraba insistentemente a ambos lados como era su hábito; es decir, se veía incómoda en el umbral de su puerta en compañía de un extraño más tiempo del prudente, tanto así que aún no le preguntaba su nombre.

—La verdad es que necesito de sus servicios... —continuó Facundo sin ninguna precisión ni atisbos de inquisidor.

Emilia evaluó en segundos esa suerte de clave, miró nuevamente a ambos lados y lo invitó a pasar.

—Edison salió y debe regresar luego, por lo menos eso es lo que me aseguró —Emilia estaba más tranquila y lo condujo hasta el *living*—. Por favor, siéntese. ¿Cómo me dijo que se llamaba?

—No me lo ha preguntado —respondió él con una sonrisa mientras aceptaba la invitación gestual que le hizo ella para que se sentara—. Me llamo Andrés Salazar —dijo falseando su identidad, con la certeza de que ella intentaría comunicarse en cualquier momento con Edison para ponerlo sobre aviso.

—Así que sabe a qué se dedica Edison.

—Por supuesto —confirmó Facundo, generalizando su respuesta—, también sé de sus estudios de medicina.

—¿Y de quién se trata...? —preguntó Emilia, convencida de que estaban hablando el mismo idioma.

El inspector no alcanzó a responder. La puerta de calle dejó sentir una llave entrando en la cerradura.

—Ese debe ser Edison —dijo Emilia agradecida de su regreso.

—Me costó encontrar cianuro —anunció el recién llegado en voz alta mientras cerraba la puerta de la mampara ignorando que tenía una visita inoportuna en la casa—. Me obligaron a firmar...

—Mi amor, estamos aquí. Te están esperando... —alcanzó a avisarle Emilia al tiempo que él asomaba la cabeza al *living*.

—¡Cómo está, Edison! Como me dijeron que llegaba pronto preferí esperarlo.

El rostro del falso médico no pudo ocultar el impacto que le produjo la presencia del detective en el *living* de su casa. Emilia captó de inmediato que algo no muy bueno acontecía entre ellos.

—Me dijo que se conocían desde hace tiempo —dijo Emilia intuyendo que quizás no había sido muy sensato dejarlo entrar.

—No pensé que lo volvería a ver, inspector —replicó Edison para informarle de pasada a su mujer de quién se trataba.

—¿Es policía? —preguntó Emilia estupefacta, dimensionando el problema que se les venía encima.

—¿No te lo dijo? —preguntó a su vez Edison, en ánimo de desenmascarar su subrepticia intención.

—No me lo preguntó —aclaró Facundo con total tranquilidad y dominio de la situación.

—Voy a traer un café —agregó Emilia para evadir la tensa atmósfera que en segundos inundó el lugar.

—Lleva esto a la bodega —le dijo Edison a Emilia pasándole el paquete de cianuro.

—Hay que tener cuidado con el cianuro, es un verdadero veneno —comentó Pineda.

—Me lo recomendaron para los ratones. Están demoliendo una casa aquí a la vuelta y de la noche a la mañana aparecieron como una plaga. A todo esto, ¿en qué puedo serle útil, inspector? —pronunció Edison, aún molesto por su intempestiva visita.

Emilia entró en pánico al descubrir que había hecho entrar a su propia casa al peor de los enemigos. Se quedó en el pasillo unos instantes para escuchar el tenor de la conversación.

—Creo que tenemos que conversar —afirmó el detective con la clara intención de entrar al ruedo cuanto antes.

—Sabrá que ya estoy en libertad —subrayó Edison para aclarar que no tenía deudas con la justicia.

—Lo sé —contestó Facundo muy tranquilo—, y por si usted no lo sabe, fui el instigador para que saliera en libertad un par de meses antes.

—¿Usted? ¿Y eso por qué? —preguntó Edison con un gesto adusto.

—Porque a mí me sirve más en libertad que preso.

—No entiendo. Ya le dije, yo cumplí mi condena y de verdad no quiero saber nada con la policía, así que le rogaría que fuera al grano porque tengo muchas cosas que hacer.

—Pero no es necesario que se enoje, usted hace su trabajo y yo el mío.

Emilia notó que ese hombre tenía información sobre los pasos de Edison y, de estar en lo cierto, ahora sí podrían derrumbarse de una plumada todos sus sueños. No alcanzó a conversarlo con Edison, pero conociéndolo sabía que en su caso haría lo mismo. Su apoyo ante esta inesperada circunstancia sería incondicional, pensó ella, e incluso creyó interpretar el mensaje que le transmitió con su mirada cuando le dijo que dejara el cianuro en la bodega.

Esta vez no consideró necesario llevar el termo ni las galletas; su presencia ameritaba otra cosa. Con la mesura y frialdad de quien ha recorrido caminos fangosos, sacó dos tazas de la despensa, abrió el paquete con cianuro y sin dudar ni un instante, más bien con mucha firmeza, vertió en una de las tazas —la que sería para el visitante— una pequeña dosis del químico. De pronto tuvo dudas sobre la cantidad correcta, y ante la imposibilidad de consultarlo con Edison, prefirió agregar dentro del café algo más de veneno, para no errar. Con la pócima mortal se dirigió al *living*, donde la pesadez del diálogo que mantenían ambos hombres parecía un polvo en suspensión que enturbiaba el aire.

En silencio, Emilia puso la taza con veneno frente al inspector y la otra, al alcance de su novio.

—Permiso —dijo a continuación, y como para confirmar su entendimiento tácito, miró a Edison—. Voy a ir a la bodega.

—Deme un segundo por favor —le dijo el dueño de casa a Facundo, partiendo detrás de Emilia.

Por deformación profesional Facundo desconfiaba siempre de sus enemigos. Esperaba ese contacto entre ellos, y sabía que de ahí no saldría nada bueno para él. En esta ocasión, más por hábito que por astucia, cambió su taza por la de Edison en vista de su ausencia.

En el pasillo Edison le recomendó en voz baja a Emilia que mantuviera a raya a su rehén. Ella aprovechó la instancia para ponerlo al tanto de lo que había hecho con el café del policía.

Mientras volvía a la conversación con el inspector, que de seguro tomaría otro cariz, Edison pensaba y evaluaba como muy acertada la treta realizada por su pareja. A partir de ese momento tuvo una conducta más proactiva, sabiendo que su inoportuna presencia tendría el final que se había buscado.

Ambos bebieron el primer sorbo de café al mismo tiempo y volvieron a lo suyo.

—Bueno, lo escucho, ¿qué es lo que quiere saber? —El tono de Edison evidenciaba su cambio de actitud.

—Me va a disculpar, pero necesito grabar esta conversación porque tengo muy mala memoria —señaló el inspector mientras activaba su minigrabadora de bolsillo—. Le quiero preguntar, por ejemplo, sobre la compra de su camioneta.

—¿La camioneta? —preguntó Edison un tanto inquieto ya que esa simple pregunta definía el alto nivel de información que había recabado el inspector—. ¿Qué pasa con eso? No creo que eso le incumba.

—Usted siempre dijo que no poseía dinero y sobre esa base me parece curioso, por decir lo menos, que se haya comprado un vehículo nuevo a pocos días de salir en libertad. ¿Dónde obtuvo ese dinero, Edison?

—Me lo prestó Emilia —respondió él temiendo que ella haya dicho otra cosa antes.

—¿Ah, sí...? ¿Y cómo lo canceló?

—En efectivo. Ella tenía unos ahorros —respondió dubitativo Edison—. ¿Pero qué importancia tiene saber cómo lo pagué?

—Digo, porque no es lo mismo pagar en pesos, en cheque, con tarjeta o transferencia...

—¡No entiendo dónde quiere llegar! —dijo Edison ofuscado por el interrogatorio—. Lo cancelé al contado y en pesos. ¿Cuál es la incoherencia?

—En efecto —dijo Facundo esbozando una sonrisa triunfante—, esa camioneta fue pagada al contado, pero en dólares, señor Ruiz. Esa es su contradicción.

Facundo Pineda prefirió hacer una breve pausa antes de proseguir, necesitaba interpretar el silencio de Ruiz que, abrumado por el peso de las evidencias, cogió su taza para beber otro poco de café. Lo mismo hizo el inspector.

—Eso no es ningún delito.

—Es verdad, no es ningún delito... El delito podría ser cómo obtuvo usted esos dólares.

—¿Me puede decir qué tiene usted contra mí, que ni en la cárcel me dejó tranquilo? —exclamó Edison perdiendo la calma—. ¿Tanto le molestó que me haya entregado al director y no a usted?

—Reconozco que confesar su robo al director de la facultad no lo hace cualquiera.

—Y entonces, ¿qué más quiere?

—Edison, usted y yo sabemos que esa fue una maniobra para esconder algo mayor.

—¿De qué está hablando? —dijo Edison intrigado.

—Usted eligió el mal menor, se encerró para pasar inadvertido y ocultar algo más grande —sentenció Facundo eludiendo la mirada de Edison mientras bebía otro sorbo de café.

La conversación estaba alcanzando niveles de flagrante acusación, en la que el inspector, haciendo uso de una estrategia muy bien pensada, había optado por no guardarse nada; no tendría otra instancia similar para acorralarlo e incomodarlo como lo estaba haciendo. Ruiz también se tomó su tiempo para contestar y retrasó su respuesta tomando otra vez de su taza.

—¿De qué me quiere acusar ahora?

—De haber sustraído de la oficina de Jaime Prado, en la Escuela de Medicina, ciento veinte mil dólares —le espetó Facundo, esta vez sin despegar la vista de su rostro para leer su reacción.

—No creo que usted tenga pruebas de eso...

—Acaba de cometer su primer error, señor Ruiz. Usted está más preocupado de las pruebas que yo pueda tener para incriminarlo, en circunstancias de que lo primero que debió hacer es negar esa acusación. Ciertamente, todavía no tengo todas las evidencias, pero sí creo que estoy frente al autor de ese robo.

—No le compro esas artimañas policiales, inspector, así no me va a engañar. Mientras no tenga pruebas no me puede acusar —alardeó el exalumno de medicina.

—¿Qué me dice de la caja metálica con los dólares que sacó del Patio de los Disidentes?

Con ese argumento Ruiz resintió el golpe. Ya no tenía dudas de que el inspector Pineda lo tenía entre la espada y la pared.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó el exestudiante con la pasividad de estar frente a alguien que pensaba tenía las horas contadas.

—Eso depende de usted —respondió Facundo sin perder la compostura.

—Si esto queda aquí, yo podría compartir parte de ese dinero con usted... ¿Qué le parece?

Emilia irrumpió en el *living* luego de haber estado con Florencia, con la intención de incorporarse a la conversación y comprobar que el café había sido consumido.

—¿Todo bien? —preguntó Edison.

—Hay que estar asomándose cada cierto rato. Pero está controlado —dijo Emilia sin especificar de qué hablaba—. Se le va a enfriar el café, ¿le sirvo otro?

—No, gracias, así está bien —dijo Facundo.

—El inspector ya sabe lo de los dólares —le informó Edison a Emilia para ponerla al tanto de la conversación con más propiedad.

La mujer quedó atónita. Allí comprendió que la visita de este detective tenía como objetivo detenerlos.

—Le ofrecí parte de esos dólares, pero dice que tiene más preguntas que hacerme —agregó con un dejo de ironía.

—Los dejo solos mientras yo veo otras cosas en la casa —anunció Emilia con la intención de abandonar el *living*. No deseaba estar presente cuando el veneno empezara a hacerle efecto.

—No, no, por favor quédese, creo que usted también tiene algo que aportar a la conversación.

—¿A qué se refiere?

—Iré al grano. Sé que en este lugar se realizan abortos.

—¿Quién le dijo eso? —inquirió Edison acusando el impacto.

—Nuevamente comete el mismo error, señor Ruiz. Le preocupa más quién me lo dijo que negar de plano mi acusación. Cuando Emilia —aclaró— me hizo pasar y a manera de sondeo me preguntó si sabía a qué se dedicaba usted, yo le respondí que sí. Segundos antes de que usted llegara a la casa me preguntó, creyendo que traería a alguien para que se interviniera: «¿De quién se trata?». Y no alcancé a responderle. ¿No es así, señora Emilia?

Emilia enmudeció, por unos segundos no supo qué responder.

—Usted está viendo debajo del agua —argumentó por fin, sin convicción.

—Y también desde la calle —acotó con moderación Facundo—. Llevo días viendo quién entra y quién sale de esta casa, señor Ruiz. ¿Quieren que siga?

Edison y Emilia no tenían argumentos para contrarrestar la ofensiva del inspector, que quiso rematar ahí mismo el caso.

—Creo que van a tener que acompañarme. A menos que tengan algo más que yo desconozca...

—Déjeme felicitarlo, inspector, por su trabajo. Finalmente logró el objetivo de atraparme. Pero ¿sabe?, creo que no va a alcanzar a verme tras las rejas esta vez. —Edison hablaba con evidente sarcasmo, bebiendo de un sorbo el resto de café que tenía en la taza.

—¿Ah, sí?, ¿y por qué sería, según usted?

—¿Se lo dices tú o yo, Emilia? —preguntó Ruiz, sin borrar de su rostro la satisfacción de saberse ganador.

—Me va a disculpar, inspector —declaró Emilia—, pero confieso que cometí el error de creer en usted, por eso desde que me enteré de su engaño quise vengarme.

—¿Vengarse? —dijo Facundo haciéndose el sorprendido—. ¿De qué manera, señora Emilia?

—Ella cometió un error al preparar su café, inspector —interrumpió Edison con una sonrisa perversa—. No me va a creer, se puso tan nerviosa con su presencia que en vez de azúcar le echó cianuro —concluyó triunfante.

—¿De verdad hizo eso, señora Emilia? ¿Usted fue capaz de ponerle cianuro al café? ¡No lo puedo creer! —exclamó Pineda con un tono de exagerada incredulidad.

—Lo siento, pero es nuestra vida o la suya —dijo Emilia con patética seriedad.

—Así que lo invito a pasar los últimos minutos de su vida con nosotros —añadió Edison teatralmente— ya que, como usted mismo dijo, el cianuro es un gran veneno, de efecto muy rápido, y dudo que en los próximos minutos pueda desplazarse por sus propios medios.

—Sinceramente, creo que aquí hay un pequeño error. El que debiera estar preocupado, con todo respeto, señor Ruiz, es usted.

—¿Yo...? ¿Y por qué?

—Ustedes entenderán si les digo que por deformación profesional acostumbro a desconfiar de la gente. De modo que cuando usted salió a conversar con su mujer al pasillo, yo cambié mi taza de café por la suya...

—¡Nooo...! —gritó Emilia con desesperación.

El grito voló sin control y llenó de espanto todos los rincones de la casa. Era la expresión más genuina de la desdicha de esta mujer, que en su intento por eliminar al intruso ahora se convertiría en testigo ocular de cómo la pócima mortal terminaría con la existencia de su amado Edison.

—Y es importante recordarle, señora Emilia, que si a su marido le sucede algo malo, usted será la culpable —prosiguió Facundo sin dejar de mirar de frente a la pareja, que enmudeció con sus palabras.

El grito de Emilia también lo escuchó Florencia. Este generó un descalabro en su mente por ignorar qué sucedía en esa casa. En vano luchaba por zafarse de las

amarras que hacían más bestial e irreversible su cautiverio. Para esta joven, la vivencia era lo más parecido a estar dentro de un ataúd y, lo que era peor, sin esperanza de que alguien pudiera socorrerla. Lloraba sin cesar, pero con su boca amordazada, las incontables lágrimas escurrían por su rostro sin destino. Entonces recordó que había tenido la precaución de mandarle un mensaje a su hermano Juan José con la dirección del lugar para que se la pasara a su padre, quien la necesitaba para su trabajo. Eso sí, en el comunicado no existía nada que pudiera alertar a su hermano o hacerlo sospechar que ella podía encontrarse en aprietos.

Los efectos de la anestesia la iban abandonando, y a medida que pasaba el tiempo volvía a tener plena conciencia del lugar y la situación en que se encontraba. Sin embargo, no entendía el porqué de la violencia de esta pareja hacia ella. En un principio atribuyó los motivos a su rechazo a devolverle el dinero, pero como no encontraba una razón suficiente para su implacable accionar, concluyó con temor que se había convertido en un problema para ellos. La joven tenía la inteligencia suficiente para inferir que esta pareja quería eliminarla. El miedo que le produjo la deducción le hizo olvidar por un momento la sed y el hambre que tenía después de pasar más de un día en ayuno.

Edison quedó tan choqueado con la certeza de haber ingerido cianuro que su mente se nubló y él empezó a sentirse mal antes de que se desencadenara el real proceso de envenenamiento. Por sus estudios de medicina, sabía el daño que produce aquel químico en el cuerpo humano, de manera que en vez de irse encima del inspector, intentó pararse y partir hacia la cocina.

—Un momento... ¿Para dónde va? —dijo Facundo, sacando del cinto su revólver.

—A la cocina —contestó Ruiz, presa del pánico y en estado de leve inconsciencia.

—¿Qué desea?

—Quiero tomar leche —imploró él con la angustia de saber que podía tener los minutos contados.

—Vaya usted —le dijo el policía a Emilia—, pero pásame el celular.

La mujer, con actitud sumisa, y también asustada, le entregó el teléfono y corrió por el pasillo a la cocina. Tardó un minuto, trajo una caja de leche y un vaso. De regreso en el *living* lo llenó y él bebió la leche como si fuera el antídoto perfecto para el veneno.

—¿Cómo te sientes, mi amor? —preguntó Emilia nerviosa mientras le tomaba la mano.

—Un poco mareado —dijo él, respirando con dificultad.

—¿Cuánto cianuro le echó al café? —le preguntó Facundo a ella.

—¡Ay!, con los nervios no supe cuánto le puse —respondió ella sin soltar la mano de su amado.

—Por los síntomas, no fue mucho. O ya se habría muerto —comentó Pineda con sapiencia. Sin duda, Edison también sabía eso, ya que por el tiempo transcurrido, con cien miligramos de cianuro ya estaría convertido en cadáver.

Sus incompletos conocimientos de medicina le bastaban para darse cuenta de que sus síntomas en gran medida se debían a los efectos de la sugestión. Aun así, lo invadía una sensación de inestabilidad. Tenía la respiración acelerada, la presión baja y deseos de vomitar.

—Tenemos que llamar una ambulancia —dijo Emilia asustada.

—¡No!, no es necesario —replicó Edison—. Es verdad lo que dice él, parece que no le pusiste demasiado. Me estoy sintiendo un poco mejor.

—Pero es necesario que te vean... —insistió ella.

Edison se levantó de su asiento y no alcanzó a llegar al pasillo cuando se puso a vomitar; Emilia acudió en su ayuda sosteniéndolo del brazo. Era parte de los síntomas propios de haber ingerido una dosis de cianuro menor a la letal. Eso también lo captó Ruiz una vez que volvió a sentarse. El detective lo conminó a recostarse en el sofá, y Emilia se mantuvo a su lado.

—¿Qué va a pasar ahora con nosotros? —preguntó la mujer aún asustada por el posible envenenamiento de su enamorado.

—Van a quedar detenidos.

—Ella no ha hecho nada —intervino Edison en medio de su crisis.

—Eso está por verse. Si no ha hecho nada quedará libre. Por lo pronto es su socia y cómplice en lo que usted haya cometido.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Edison al ver que el inspector tomaba su celular.

—Voy a llamar una ambulancia y a la central, para decir dónde me encuentro y para que manden refuerzos. ¿Por qué?

—Veamos el modo de arreglar esto, inspector —propuso Edison luchando con su respiración agitada.

—¿Cómo desea arreglarlo? —Facundo regresó su arma al cinto.

—Tenemos planes de casarnos, somos padres de una menor de solo meses, quiero terminar mi carrera y, la verdad, creo que no soportaría ni un día más en prisión.

—Lo entiendo, pero no veo cómo puede evitarlo —señaló el policía, intuyendo que su intención última era sobornarlo.

—Denos una posibilidad... somos buenas personas, no hemos dañado a nadie —dijo Edison buscando la mejor manera de provocar lástima—. Por favor, Emilia, anda y tráeme mi bolso de cuero que está en el clóset, quiero mostrárselo al inspector.

—¿Puedo...? —preguntó ella, absolutamente entregada.

—Tiene treinta segundos. —En el intertanto, Facundo sacó sus esposas y ató uno de los pies del falso doctor al reposabrazos del sofá.

—¿Es necesario, inspector? —protestó Edison, levemente más consciente—. Me siento pésimo.

El detective asintió. Advertía que Ruiz ocultaba en parte su mejoría para victimizarse y así manipular el diálogo. Se jugaba su última carta.

La mujer regresó en el tiempo estipulado y le entregó el bolso a Edison, sorprendida al encontrarlo esposado. Este, sin mediar explicación, comenzó a sacar fajos de dólares de aquel bolso y los fue poniendo sobre la mesa del *living*. Ahí estaba casi el noventa por ciento de lo robado a Jaime Prado.

—Esto es lo que robé, inspector, lléveselo, no es necesario que me denuncie. Usted verá qué hace con ellos —Ruiz trataba de tentarlo—. Si el caso no se resuelve, nadie se preguntará dónde están los cien mil dólares, ya los dieron por perdidos. Es un buen trato, ¿no cree?

—Creo que usted es la persona más manipuladora que he conocido. Mírese, está bajo los efectos del veneno y aun así le queda energía para intentar sobornarme. He puesto toda mi carrera en juego para no traicionar mis principios como persona y como profesional, y usted me ofrece esto. Desde que lo conocí, sabía que haberse entregado estaba lejos de obedecer a su honestidad, esa era una maniobra para esconder algo mayor...

—Está bien, inspector —lo interrumpió Edison—, qué más quiere, ya me descubrió. Le prometo que si nos da esta oportunidad le demostraremos que somos personas de bien. No somos los únicos que hacemos abortos clandestinos, no es tan grave y usted lo sabe; y si devuelve estos dólares que quedan nadie le exigirá más. Los dejará contentos a ellos y a nosotros felices, porque podremos rehacer nuestras vidas... Y a decir verdad, en eso estábamos. ¿Qué dice?

—No sabe cuánto hemos soñado con lo que pensábamos hacer, de verdad nuestro futuro está en sus manos —manifestó menos convincente Emilia.

Facundo Pineda escuchó a ambos con mucha atención y no pudo dejar de sonreír con sus palabras. Se había tomado su tiempo a propósito, necesitaba escudriñar el alma de esta pareja, examinar al máximo sus mentes perversas. En muchas otras ocasiones a lo largo de su carrera, había logrado darle crédito al testimonio de otros inculpadados, pero esta vez le ocurría lo contrario. Ellos interpretaron su sonrisa socarrona como de aceptación y mantuvieron solemne silencio esperando su respuesta.

—¿Saben? Observar sus conductas me produce una gran curiosidad. La forma en que se expresan es la misma que usó Edison al entregarse al director de la Escuela de Medicina, y conserva el mismo tono solapado que aquella vez que fui a visitarlo a la cárcel. Y eso me hace feliz.

—¿Por qué?

—Porque ya entonces intuía que su actuar estaba lejos de ser un acto loable y que esa conducta obedecía más bien a una estrategia muy bien urdida para esconder algo mayor, como el robo de los dólares, por ejemplo, o lo que hacen aquí —dijo el inspector en referencia a la casa.

—¿Y cuál sería esa conducta según usted? —dijo Edison con la respiración entrecortada.

—Que ahora quieren repetir la estrategia, porque ambos esconden algo más, algo mayor que el robo, y no descansaré hasta saber qué es. Si no me lo cuentan ahora, lo descubriré cuando estén presos. Así que guarden ese dinero mientras llamo a la central.

Emilia quiso llorar, pero no le salieron las lágrimas, estaba atónita con la respuesta categórica que les dio el inspector sobre su futuro inmediato. Ruiz lidiaba con los efectos del cianuro en su organismo, pero ante el funesto escenario que le esperaba, tuvo energías para regresar los dólares a su sitio original y lo hizo con especial sigilo, ya que tenía un as bajo la manga. Había comprado una pistola y la guardaba precisamente al fondo de ese bolso. Tras depositar allí el último manojito de dinero, sacó el arma y, con el exiguo hálito de aire que le quedaba, apuntó de frente a Pineda.

—Debo reconocer, inspector, que esto no estaba en nuestros planes —afirmó sin dejar de apuntar mientras su dificultad para respirar era notoria—. Pero usted se lo buscó. ¡Las manos arriba!

—Por un delito de robo y por los abortos, le pueden dar cinco años de cárcel —dijo Facundo con las manos en alto—. Usted es joven, sabrá soportarlos, pero matar a una persona le significará cadena perpetua... Lo sabe, ¿no?

—¡No me haga reír! —Edison estaba decidido a cumplir su propósito—. Si lo matamos nadie sabrá dónde encontrarlo. Eso se lo puedo asegurar. ¿No es verdad, mi amor? —se dirigió a Emilia, con maquiavélica complicidad—. Enciende el equipo y pon música fuerte, es bueno avisarles a los vecinos que estamos de fiesta.

La mujer ignoraba que él había adquirido un arma, les tenía un temor atávico y las veces que él habló de comprar una, se lo prohibió como condición para continuar su relación afectiva.

Ahora, ante su orden, se levantó del sofá y se desplazó hasta el mueble donde estaba el equipo de música. Puso el primero que encontró —un cd de Los Prisioneros — a un volumen elevado. Como era inminente que Edison accionara la pistola, se quedó allí mismo a esperar el desenlace.

Facundo había observado que Edison estaba haciendo esfuerzos para mantenerse lúcido y que su pulso era inestable. El cianuro hacía lo suyo y solo requería dilatar la ejecución.

—Déjeme decirle que si no acude luego a un centro asistencial, tiene los minutos contados —afirmó sabiendo que los ponía en dificultades.

—Es lo que haré apenas me deshaga de usted —respondió con voz cansada Edison.

—Se olvida que está esposado y que necesita las llaves.

—Démelas.

—Tengo que bajar las manos —señaló el detective dejando entrever que entonces podría aprovechar para sacar su arma.

—Emilia, sácale las llaves —dijo Ruiz con un quejido de dolor.

—¡Un momento!, ¿usted maneja? —le preguntó Pineda a Emilia, apostando a que no sabía.

—Es verdad, Edison, yo no sé manejar.

—Tomaaa... tomaamos un taaaxi —Edison tenía pocas fuerzas para articular las palabras, y en ese mismo momento no pudo evitar el descalabro que le significó vomitar sin control. De todos modos tuvo fuerzas para activar el gatillo en dirección al policía, pero la bala perforó el techo.

Facundo desenfundó su revólver y se abalanzó sobre Edison que, sin fuerzas, le cedió la pistola mientras expelía los últimos residuos de leche sobre la alfombra. Claramente, si bien el cianuro no fue suficiente para quitarle la vida, de igual manera cumplía su misión corrosiva al interior de su cuerpo. Con el arma en la mano, el inspector le gritó a Emilia que apagara el equipo.

Entre la música de Los Prisioneros, Florencia escuchó también el disparo, y si el grito anterior de Emilia la dejó muy desorientada, este sonido de un arma de fuego la hizo pensar que, si alguno de ellos se acercaba a la sala, sería para quitarle la vida. Con un llanto silencioso y sobrecogedor, la joven se dispuso a esperar la muerte.

Antes del disparo, extenuada, había optado por frotar su cara contra la base de la camilla con la idea de desprender la cinta adherida a su boca, que era un verdadero martirio, pues la estaba asfixiando. Cuando lo logró, después de un prolongado esfuerzo, ya no tenía energías para sacar la voz.

En el *living* Emilia imploraba indulgencia mientras el inspector ataba sus manos con unas esposas. Edison Ruiz, consciente pero incapaz de levantarse del sofá y también inmovilizado, no podía distinguir qué era más fuerte, si los estragos del cianuro o la pesadumbre de haber fallado en el intento de eliminarlo. Con los sospechosos confesos y sumidos en la desesperanza, Facundo pidió refuerzos al cuartel además de una ambulancia en carácter de urgente.

Albergaba una cuota de tristeza por el devenir de esta pareja, pues comprendía que con su detención y próximo encarcelamiento, sus planes no serían más que sueños rotos. Pero nada podía hacer para modificar su situación. Este hombre, lejos de sentirse pletórico de satisfacción por el resultado de sus pesquisas, se encontraba en un estado de templanza, reflexivo, aguardando que la justicia actuara en consecuencia con la estricta responsabilidad de los inculpadados. Sin mayores análisis y haciendo abstracción de que Emilia era tanto o más peligrosa que el exestudiante de medicina, lograba discernir que ella era también una víctima de Edison Ruiz.

La mujer rompió su introspección.

—Tengo que ir a buscar a la niña a la sala cuna —dijo evadiendo la realidad.

—Ya vienen en camino —le contestó Facundo.

—Es que yo la tengo que ir a buscar, no se la entregan a nadie más.

—No se preocupe, voy a ir yo. ¿Le puedo hacer una pregunta? —ella solo asintió—. ¿Esa niña es hija de los dos? —Volvió a asentir.

—¿Qué va a pasar con Esperanza?, tengo que darle su leche —señaló la mujer como si ese argumento bastara para dejarla libre.

—Ella no puede ir detenida, todo lo hice yo —aseguró Edison abriendo los ojos solo para decir eso—, sáquela de esto, ella es inocente.

—¿Cuánto tiempo voy a estar allá? —preguntó Emilia sin tener plena noción de la realidad—. Ella tiene sus horarios...

—¿Tiene algún familiar que la pueda cuidar durante estos días? —preguntó Facundo.

—No, no tenemos a nadie en Santiago. Yo soy de San Clemente. Él tampoco —dijo anticipándose cuando el inspector miró a Ruiz.

—Ya veremos cómo solucionamos ese problema.

Su teléfono celular sonó anunciando un mensaje.

Pineda salió al pasillo para leerlo. «Hola, papá. ¿Cómo estás? A ver si nos juntamos este fin de semana... Llámame cuando puedas. Te traspaso una dirección que me mandó la Flo para que te la diera, dijo que tú sabías... Un beso, tqm».

Sin duda —pensó—, ya le devolvieron el dinero. Luego se percató de que también tenía un mensaje de Mariela preguntándole si sabía algo de ella, ya que había ido el día anterior a su departamento sin encontrarla. «Hoy pasé al mediodía y tampoco estaba. Avísame si sabes algo, porque siempre que se queda afuera me avisa o me deja un mensaje. Un abrazo».

De regreso en el *living*, el panorama era deprimente: Edison en un estado deplorable, el desenlace fatal más el efecto del cianuro lo hacían retorcerse en el sofá con continuos retorcimientos, y el inspector a esa altura no sabía si eran reales o una más de las tretas de su conducta manipuladora. A su lado, Emilia sin dejar de llorar y acariciándolo como si las palmas de sus manos fueran milagrosas. Pineda decidió sentarse en un sillón distante de ambos para tenerlos en la mira. En un momento en que los quejidos de Edison se detuvieron y el llanto de Emilia pareció agotarse, sacó su celular y ya más calmo revisó la dirección que Juan José le había reenviado. *Santo Domingo 1315* apareció en su pantalla. De inmediato le preguntó a Emilia para cerciorarse:

—¿Qué dirección tiene esta casa?

—Santo Domingo 1315 —dijo Emilia.

La corroboración fue como una certera bala en su corazón. Era tanta la adrenalina comprometida en esta misión que recién ahí se dio cuenta de que en ningún momento conectó lo de su hija con este lugar. Había sido incapaz de visibilizar lo que tenía enfrente de sus ojos. Un torbellino de imágenes y pensamientos inundaron su mente.

¿Acaso Florencia se intervino en este mismo lugar y con estas mismas personas? —se preguntó con temor. De inmediato se alejó del *living* y la llamó por teléfono, pero no hubo respuesta. Insistió una vez más con igual resultado. Las conjeturas eran

muchas y como no deseaba cometer el mismo error que recién se cuestionaba, mantuvo la calma y se dio unos minutos para volver a insistir y evaluar con una perspectiva policial más que paternal esta verdadera bomba de tiempo que se cruzó en su camino.

El cansancio y agobio de estar encarcelada en ese lugar, sin que nadie le diera una razón lógica al castigo físico y mental que recibía, la hizo quedarse dormida. Despertó con el llamado más reciente, nuevamente demorando varios segundos en ubicarse en tiempo y espacio. Su celular permanecía dentro de su bolso, que Ruiz por precaución había colgado en un perchero lejos de su alcance. Resignada a los avatares de ese virtual paredón, esos llamados sin respuesta —pensaba— eran una razón para que no dejaran de buscarla.

Facundo vaciló sobre si debía o no exteriorizar su incertidumbre ante esta pareja.

—¿Qué va a pasar con nosotros cuando lleguen sus compañeros? —preguntó Emilia, como saliendo de ultratumba.

Focalizado en su reciente drama, el policía no le respondió y aprovechando que ambos se encontraban anclados con sus respectivas esposas en el *living*, se desplazó por la casa para husmear en su interior. Al salir al patio no pudo dejar de observar el colorido jardín. Se detuvo frente a él y caminando por su entorno volvió a llamar a su hija. Una vez más no obtuvo respuesta, pero en ese instante escuchó algo extraño que le hizo apartar el aparato de su oreja sin cortar el llamado. Percibió un leve sonido de celular en las cercanías, que era como un eco del tono de marcado del suyo. Cortó la llamada y el eco también desapareció. De inmediato volvió a marcar para orientarse sobre su origen. Aguzó el oído y como si estuviera pisando un terreno minado, enfiló sus pasos con prudencia felina hacia el punto donde mejor y más fuerte se replicaba su llamado telefónico. Así llegó hasta el frontis de la única habitación alejada del resto de la casa. El sonido provenía del interior de aquella pieza, no tuvo dudas de eso, y su oficio de investigador le hizo pensar de inmediato que su hija estaba en aprietos; es más, se imaginó lo peor. Cortó la llamada e intentó ingresar allí pero no pudo, ya que Emilia, en la última visita a su víctima, le había puesto un candado exterior a la puerta. Presionado por sus presunciones, se apegó a la puerta y comenzó a llamar a Florencia a viva voz.

—¡Flo! ¡¿Estás ahí?! ¡Flo, contéstame, soy tu papá! —pronunció Facundo por entre las rendijas de la puerta.

Desde el interior Florencia percibió que alguien intentaba entrar al cuarto. No alcanzaba a distinguir más. Se encontraba extenuada, sin voz ni fuerza para emitir un grito de auxilio.

—¡Flo, soy yo, tu papá...! —insistió el detective hablando más fuerte—. Dime si estás ahí, por favor.

Florencia logró reconocer la voz de su padre y en su desesperación hizo esfuerzos para levantar la cabeza y emitió una tímida respuesta.

—¡Papaaá...! —su respuesta se escuchó apenas desde el interior—. ¡Papá, aquí estoy...!

Al percibir su débil voz, desesperado, le dio una patada a la puerta, pero esta no cedió ni un poco. Tomó distancia y con todo el impulso colisionó su cuerpo contra ella, pero tampoco tuvo éxito. Al sentir su voz en aquellas condiciones, tan dolida y atribulada, casi agónica, no esperó más, sacó su revólver y acribilló el candado. Irrumpió al interior sin saber con qué se encontraría. Jamás pensó verla así: Florencia yacía sobre la camilla ginecológica, amarrada con innumerables lienzas que le impedían el más mínimo movimiento.

Para ella ver a su padre fue como un sueño, era darse cuenta de que no estaba muerta. Facundo la abrazó con emoción y también con rabia contenida, la besó en las mejillas y comenzó a liberarla de sus ataduras, a liberar su cuerpo de esa pesadilla. Mientras tanto pensaba que, de no haber recibido el mensaje de Juan José, lo más probable es que la hubiese encontrado más tarde, quizás sin vida. Todo su cuerpo estaba magullado, lleno de marcas dejadas por los cordeles que la mantuvieron aprisionada por más de veinticuatro horas, y algunas se habían convertido en verdaderas heridas. Mientras auxiliaba a su hija, comprendía también que aquellas «santas palomas» que tenía esposadas en el *living* y que le habían rogado por un gesto de misericordia, eran los autores materiales de este secuestro y del alevoso castigo propinado a la muchacha con la clara intención de quitarle la vida.

Fue a la cocina en busca de un vaso de agua y una toalla para limpiar el rostro de Florencia. Sentía una ira tan inmensa que se le pasó por la mente la idea de enrostrarles de inmediato su maldad, pero se contuvo. Había prestado atención al clamor de aquella mujer que se juraba inocente, y también a los dichos de Edison que la exculpaban de sus atrocidades. Llegó incluso a pensar en el alto nivel de hombría y lealtad que poseía Ruiz, al asumir toda la responsabilidad y no exponer a Emilia a los rigores de la justicia.

Su doble rol de padre y detective colisionó por algunos instantes cuando escuchó el relato de su hija, y supo que ambos eran los causantes de aquel plan macabro en su contra. Había sido vilmente engañada. Jamás pensaron en regresarle el dinero y la compra del cianuro la tenía a ella como principal destinataria. No tuvieron conmiseración ni piedad, porque su fin último era quitarle la vida.

La llegada de la ambulancia y de los miembros de su equipo morigeró su pretensión de ajustar cuentas ahí mismo. La policía registró la casa y solo encontró la «sala de partos» como evidencia de su delito. Se comprobó que la camilla ginecológica y los instrumentos médicos que usaban pertenecían todos a la Escuela de Medicina. En el bolso de cuero estaban los cien mil dólares que Ruiz robó de la oficina de Prado; y la camioneta nueva, cuyo valor bordeaba los veinte mil dólares, también pasó a ser una evidencia.

El cianuro tenía a Edison postrado en el sofá y fue llevado de urgencia a un centro hospitalario para salvar su existencia. La pequeña Esperanza fue recogida desde la

sala cuna y separada de su madre de inmediato. La decisión final sobre su destino quedaría en manos del juez. Facundo esperó una segunda ambulancia, que no tardó en llegar, para trasladar a Florencia a otro centro asistencial y constatar las lesiones. A los ojos de sus pares, la captura había sido asombrosa y espectacular, pero esa tarde lo prioritario para el inspector era la salud y recuperación de su hija.

Capítulo veintinueve

JUNTOS A LA CÁRCEL

Desde muy temprano la secretaria de Boris Sanfuentes fue traspasando a su jefe llamadas de felicitaciones por el cierre del caso «Abortos clandestinos», así como agradecimientos desde la dirección de la Escuela de Medicina tras la recuperación de aquel valioso capital sustraído por uno de sus alumnos más destacados. Esta última noticia se mantuvo intencionalmente con bajo perfil y se evitó que llegara a la prensa.

El inspector Facundo Pineda había acompañado hasta altas horas de la noche anterior a Florencia, quien debió quedar hospitalizada.

Claudia manejaba su auto soportando una débil pero tupida lluvia. La imperfecta visibilidad retrasó su llegada a la clínica para recoger a su novio, quien no había dormido ni un segundo cuidando a su hija. Facundo la esperó frente a la entrada principal guareciéndose de la lluvia bajo una cornisa. Durante el viaje no hubo diálogo: el inspector se quedó dormido antes de cruzar la primera calle. Claudia tuvo que esforzarse por domesticar su curiosidad, ya que deseaba enterarse lo antes posible, y de primera fuente, de lo que había sucedido en casa de Emilia.

Los argumentos esgrimidos por Edison ante el juez fueron convincentes y de alguna manera lograron templar la opinión de este frente a sus delitos. Ruiz logró demostrar que cometió los actos ilícitos en un acotado periodo de tiempo asegurando que de ahí en adelante había actuado movido por una efectiva rehabilitación y un cabal entendimiento del mal que había provocado. Escapaban a esta supuesta nueva conducta, entre otras cosas, las agresiones a Florencia, figura delictiva que llegó caratulada como homicidio frustrado. Ese era el único escollo que podía hacer fruncir el ceño al juez —pensaba Edison— y poner en peligro su disposición a otorgarle ciertas prerrogativas.

Como primera depositaria de lo acontecido en la ardua jornada en la casa de Santo Domingo, Claudia escuchaba con particular atención a Facundo, quien persistía en su idea de que el caso no se cerraba allí. Consideraba, con mayor énfasis que antes, que Emilia y Edison asumirían sin problemas una condena no superior a cinco años, pero eso sería —sostenía el detective— un premio, una forma de eludir otras faltas más graves y, sobre todo, implicaría dejar en libertad a personas que representaban un serio peligro para la sociedad.

Los definió como un par de sociópatas que se fueron transformando, al fragor de los acontecimientos, en personas perversas con plena conciencia de lo que hacían y, por lo tanto, capacitadas para responder ante la justicia.

La pequeña Esperanza se encontraba ahora en un hogar especial para lactantes, donde la cuidarían hasta que el juez emitiera la condena de sus padres. El tema de la

guagua le dejaba a Facundo varias interrogantes, especialmente la paternidad de Edison. En los primeros careos ante el juez, Ruiz entregó abundantes argumentos respecto a que él era el padre de la niña, aduciendo que la ausencia de Emilia en las visitas fue la razón por la que ella le habría dado en forma tardía esa noticia.

En lo legal, no se habían encontrado documentos en el Servicio Nacional de Identificación que acreditaran dicha aseveración.

—¿Qué piensas sobre eso? —preguntó Claudia, aún sin salir de su asombro por todo lo ocurrido.

—No lo sé, pero no encuentro que ese sea un motivo válido para ocultarle a un hombre que se convirtió en padre.

—También considero que no lo es —coincidió su novia—, pero yo te pregunto: ¿Qué supones que puede estar pasando?

—Creo, después de lo que le hicieron a la Flo, que son capaces de cualquier engaño. Lo insólito es que ella tiene legalizada su maternidad y él no.

—¿Piensas que ella pudo serle infiel durante los meses de cárcel?

—No sé... Mandé a hacerle exámenes de ADN a Esperanza y también a ellos. Tendré el resultado la próxima semana.

—En todo caso, Facundo, no creo que si se descubre que ella es la madre y él, el padre adoptivo, eso sea en sí un hecho ilícito.

—No, no lo es; pero te aseguro que, de corroborar mis presunciones, algo no muy santo debe existir ahí para que haya sucedido de esa forma —señaló Pineda apostando al desorden mental que en su opinión ambos presentan—. Él es ladrón y mitómano y ella una mujer de apariencia gentil y sumisa, pero muy peligrosa. Para ellos el fin justifica los medios. Imagínate lo que pueden llegar a hacer si alguien se interpone en sus planes. Mira lo que le sucedió a la Flo, y no solo porque no querían devolverle el dinero, sino porque llegaron a la conclusión de que ella podría extorsionarlos más adelante. Además, ¿cómo explicas que, estando atrapados, no dijeran que la tenían con riesgo vital en esa habitación? Esa conducta tan indolente no tiene dobles lecturas.

—Pero la Flo dijo que la habían llevado para revisarla y saber cómo había quedado después de la infección.

—Ese fue un pretexto. El médico que la vio en la clínica no encontró ninguna señal de maniobra en la zona. Eso tiene que haber sido un ardid para anestesarla, no me cabe la menor duda.

—¿Confesaron que querían quitarle la vida?

—¡Cómo se te ocurre! Jamás dirían eso. Ambos declararon en la fiscalía que solo querían revisarla y que le pusieron una dosis baja de anestesia para no causarle dolor.

—Pero se ensañaron con ella, la tenían atada y amordazada.

—Emilia dijo que como la Flo estaba muy reacia a dejarse examinar, ella por protegerla mientras le hacía efecto la anestesia, prefirió atarla temiendo que pudiera caerse de la camilla.

—Y si querían quitarle la vida, ¿por qué desistieron?

—Edison fue a comprar cianuro y cuando llegó a la casa se encontró conmigo en el *living*. Por eso no alcanzaron a suministrarle el veneno.

El inspector se había formado una clara radiografía de Emilia y Edison. El testimonio pausado de Florencia, ya de regreso en casa, fue lapidario respecto del perfil de sus dos victimarios. Después de conocer aquel testimonio, e independiente de su vínculo parental con ella, Facundo consideraba que por ningún motivo ellos debían quedar libres.

Edison estuvo internado un día para erradicar el resto de partículas de cianuro de su organismo. Para su fortuna —o quizás para su desgracia—, la dosis que Emilia vertió en el café fue insuficiente para tener un efecto mortal, y bastaron poco más de veinticuatro horas para que el exestudiante eliminara el veneno a través del aliento y principalmente por las vías urinarias. Durante todo el tratamiento estuvo esposado y con un gendarme de punto fijo al lado.

Los dos permanecerían en prisión mientras se desarrollara el proceso en su contra. Algunas veces debieron concurrir al juzgado a declarar, y fue en ese contexto que su versión adquirió mayor vigor. Como Edison sabía que algunas evidencias no eran concluyentes, le advirtió a Emilia que negara todo. La posesión de una pistola sin un permiso vigente se perfilaba como una traba insuperable, más aún por su majadera versión de que la había adquirido ese mismo día, razón por la que no tenía el papeleo hecho aún, hasta que se encontró la factura que así lo acreditaba. Bajo esta perspectiva, el delito mayor —la querrela por homicidio frustrado contra Florencia— relativizaba su carga delictual.

Ruiz, aplicando ante el juez la misma conducta que cuando le confesó al director de su escuela la sustracción de instrumental médico, se declaró culpable de perpetrar el robo de dólares con malas artes desde la Escuela de Medicina. Sabía que si se mostraba dispuesto a cooperar podría obtener posteriormente una mirada más indulgente de parte del magistrado.

Un flujo inusual de gente que entraba y salía de la cárcel se mezclaba con una cantidad importante de reos que, como un collar humano, atados entre sí por cadenas en sus muñecas, salían presurosos a la calle para subirse a los carros carcelarios que los conducirían a sus respectivos juzgados. Para Facundo el panorama no revestía mayor atracción, pero Claudia, en su rol de psicóloga, estaba concentrada y se diría que hasta encandilada con la vorágine que se develaba ante sus ojos. Por el extenso callejón de entrada del recinto desfilaba un diverso conglomerado humano que ella por primera vez tenía la ocasión de ver pasar por un mismo lugar: abogados esperando la orden para ver a sus defendidos, funcionarios de gendarmería que se

cruzaban de un lado a otro, todo tipo de personas y profesionales esperando ser atendidos, familiares de los reos queriendo conversar con alguna autoridad y, por cierto, grupos de delincuentes que ingresaban esposados para cumplir sus condenas y que debían esperar apegados a la muralla mientras un oficial tras su escritorio llenaba los papeles, seguramente sus fichas de ingreso. El ruido que allí se producía era ensordecedor, como el que se aprecia en el cruce de Ahumada con Huérfanos. Gritos, llamados, órdenes, lamentos, y hasta llantos de bebés, le daban al entorno la apariencia de un convulsionado paseo peatonal. Después de media hora el escenario comenzó a despejarse. Luego que pasó el torbellino, Facundo y Claudia descubrieron unas banquetas y aprovecharon de sentarse a esperar su ingreso.

El inspector había solicitado previamente un permiso a las autoridades para sostener una conversación de carácter investigativo con Edison en relación con el caso. La presencia de Claudia era consignada como la de una psicóloga que, independiente de los propósitos de Facundo, tenía como objetivo levantar un acabado informe acerca del inculcado. Si bien esa era una misión informal, el registro que haría Claudia cobraba vital importancia en los planes de continuar indagando a Ruiz. Y más allá del beneficio que significaría su aporte profesional con esa suerte de entrevista al procesado, fue ella misma —muy entusiasmada con la posibilidad de entrar por primera vez a una cárcel— quien se ofreció para formar parte de ese encuentro, con el compromiso de evacuar el resultado de su informe para anexarlo a la investigación.

Frente al cúmulo de expectativas que ofrecía esta visita, existía el íntimo temor de que Edison —con su mirada aguda y la obsesión permanente de sentirse perseguido— descubriera en Claudia a la misma persona que acudió a su casa haciéndose pasar por una posible compradora. En esa oportunidad ella decidió tomarse una fotografía para perpetuar aquella incursión, y esta imagen sirvió ahora para ponerla a prueba entre sus colegas y nadie, ni siquiera los más cercanos, detectó que se trataba de la misma persona. Esa prueba de fuego hacía improbable que Ruiz pudiera reconocer en la psicóloga a aquella que buscaba comprar una propiedad.

Un gendarme se acercó a ellos para anunciarles que estaba todo en regla —se refería a la autorización— y que él mismo los guiaría al lugar asignado para la entrevista. El trayecto entre el ruido ambiente que provenía de las distintas galerías, el hedor que emanaba del piso recién baldeado con agua y cloro y otros aromas desconocidos que se mantenían en suspensión, conformaban una espesa cortina invisible que daba una triste bienvenida a los visitantes. En una de las antesalas, sentados en bancas los más afortunados, otros de pie apoyados contra la pared, numerosos reos conversaban, sin ninguna privacidad, con una decena de abogados. El gendarme los condujo por un laberinto semioscuro hasta llegar al lugar donde se haría la entrevista que, como exigió Facundo, debía tener condiciones mínimas de privacidad. Se trataba de una pequeña oficina ubicada en una suerte de entretecho, desde donde se podía apreciar, a través de una ventanilla cubierta por una tupida

mallas de alambre, el patio central del recinto carcelario, que a esa hora estaba vacío. Esa oficina y otras similares en el sector eran unas ampliaciones hechas que originaban un falso segundo piso, ya que en rigor ahí se aprovechaba el espacio generado por la elevada altura de las vetustas construcciones originales. Por esa razón, los techos de ahí eran bajos y no superaban los treinta centímetros por sobre la cabeza de sus visitantes.

Facundo y Claudia se acomodaron en torno a un pequeño escritorio, mientras el gendarme traía una tercera silla desde un cuarto vecino. Al despedirse, les dijo que Edison tardaría algunos minutos en llegar y le ordenó a un subalterno que les trajera algo de beber.

La joven psicóloga, más allá de la impresión que produce visitar por primera vez un recinto penal, y sobre todo uno tan característico como este, se sentía un tanto deslumbrada por la riqueza de imágenes sociales que había captado en el trayecto. Siempre había querido tener un acercamiento a personas privadas de libertad y conocer —aunque fuera someramente— las condiciones en que tales personas viven, pero no había tenido esa oportunidad. Sabía que lo visto hasta ahora correspondía solo a una mirada tangencial, sin embargo, advertía que se encontraba en otro mundo. Un mundo que parecía supeditar las conductas a estados primarios del ser humano. En esas profundidades vagaba cuando tras un golpe a la puerta entró un gendarme que traía una bandeja con un pequeño termo con café, tazas y una botella de agua mineral. Detrás de él, Edison Ruiz. Antes de salir, el funcionario les dijo que estaría de guardia afuera, por si requerían de sus servicios.

El detective debió hacer un ejercicio mental previo a esta charla, ya que no olvidaba el intento homicida de este reo en contra de Florencia. Claudia, en su rol de psicóloga, le había dado algunas herramientas para tolerar mejor la presencia de Ruiz, lejos de la ira irrefrenable y de represalias que pudieran entorpecer el propósito de este encuentro.

El saludo entre ambos fue protocolar. Luego Facundo presentó a Claudia en su condición profesional, para evitar asperezas en el comienzo del diálogo.

Edison no se hizo cargo de los fantasmas que agobiaban a su perseguidor y se comportó con su indolencia característica. El exestudiante se apropió del termo para verter café en sus respectivas tazas. Sin que nadie abriera los fuegos, señaló que esperaba que el juez dejara pronto en libertad a Emilia. No había en su comportamiento ningún indicio de responsabilidad, vergüenza o de arrepentimiento por lo sucedido. Parecía estar tan cómodo como si se tratara de una reunión de amigos de toda la vida, como si los recientes hechos entre ellos hubiesen sido solo una amarga pesadilla. Pineda dedujo que esa conducta era una mascarada, una más de las tantas que acostumbraba usar para obtener dividendos personales.

—¿El juez le dijo que dejaría a su conviviente en libertad? —preguntó para sondear la situación.

—No, no me lo dijo, pero se nota que comprende que ella es ajena a todo.

—¿Ajena a qué? —Facundo usó un tono mesurado para no encender tan pronto los ánimos.

—Quiero decir, él sabe que ella es inocente —aseguró Edison buscando descartarla de plano de la charla—. Usted, inspector, ya cumplió su misión y yo me he hecho cargo de todo lo que hice. Aquí me tiene, esperando la mano de la justicia.

El discurso se asemejaba a una confesión con un sacerdote, esperando con estoicismo el veredicto de los «padrenuestros» necesarios para más tarde ser escuchado y perdonado por el santísimo.

—Para serle sincero, el más interesado en que esto termine soy yo —dijo Pineda clavándole la mirada—. Necesitamos hacerle una preguntas —agregó incorporando sutilmente a Claudia al diálogo.

—¿Y esas preguntas hacia dónde apuntan? —inquirió el reo, tratando de ver bajo el agua.

—¿Cómo hacia dónde apuntan? La fiscalía necesita precisar algunas cosas y además acompañar este informe policial con un perfil psicológico —contestó Facundo en la seguridad de que eso favorecería su colaboración.

—¿Y si yo no quisiera responder? —arguyó Ruiz en tono desafiante.

—Sin duda puede hacerlo, pero le aseguro que después será usted quien nos mande a buscar porque, para elaborar su condena definitiva y la virtual libertad de Emilia —esto último lo dijo para complacerlo—, el juez requiere de este informe.

—Disculpe, Edison, pero ¿por qué usted no querría responder? —intervino Claudia—. Lo que estamos haciendo es solo un trámite y no creo que vaya a cambiar ni su postura ni la del juez.

—¿Qué quieren saber? —dijo el detenido, un tanto resignado.

—¿Por qué razón usted quería vender la casa de Emilia e irse a vivir a otro lado? —preguntó Facundo.

—Para que gente como usted me deje de perseguir —soltó Edison con una mueca provocativa.

—Si se cambia y lleva una vida lejos de actos que riñan con la sociedad, esté donde esté no existirán motivos para perseguirlo, como usted dice.

—Esa casa es de ella —afirmó Ruiz con más recato—, y ahora que yo tenía dinero pensaba hacerme cargo de mi familia. Me imagino que sabe que pensábamos casarnos.

—¿Con dinero robado, quiere decir? —espetó el policía ateniéndose a los hechos.

—De no haberse entrometido usted, nadie se habría dado cuenta —señaló Edison ahogando su molestia.

—Edison —dijo Claudia para no darle a la conversación un tono de riña—, ¿usted cree que ha sido ventajoso dejar su carrera de medicina a medias y dedicarse a la delincuencia?

—Yo no me he dedicado a la delincuencia —respondió este airado—. Lo que hice, tuve que hacerlo.

—¿Por qué? —insistió ella neutralizando el tono guerrero de Edison.

—Necesitaba dinero para pagar la carrera y mantenerme, ¿le parece poco?

—Pudo haber buscado un trabajo.

—¿Usted cree que un estudiante de medicina tiene tiempo para trabajar?

—Pero sí tuvo tiempo para hacer abortos —interrumpió Facundo—. ¿O hacer abortos no es un trabajo?

—No lo hacía todos los días. Me bastaba hacer uno a la semana para cubrir todos mis gastos.

—¿Emilia era su ayudante?

—Yo trabajaba solo —respondió Edison en tono categórico para no involucrarla.

—¿Y cómo sobrevivió ella mientras estuvo usted detenido?

—Con sus ahorros.

—¿Ahorros de qué?

—Pregúnteselo a ella.

—¿Usted no lo sabe? —quiso provocarlo Facundo.

—Pregúnteselo a ella, le digo —repitió Edison.

—¿Piensa retomar su carrera en algún momento? —interrumpió Claudia para distender el ambiente.

—¡Por supuesto que pienso volver a estudiar!

—¿Qué sintió cuando le avisaron que Emilia estaba embarazada?

—La cárcel es tóxica y le prohibí que me fuera a ver. De modo que nunca supe que estaba embarazada. Conocí a Esperanza cuando ya había nacido —dijo Edison, aún resentido.

—Y ahí, ¿qué sintió...?

—Mucha alegría, eso sentí... ¿Suficiente?

—Disculpe, Edison, pero de verdad no entiendo por qué usted se molesta tanto —comentó Claudia con gesto conciliador.

—No sé —dijo Edison—, siento como si haber confesado mis delitos no significara nada... Es como si me quisieran inculpar de otras cosas.

—A menos que no lo haya contado todo —interrumpió el inspector.

—¿Qué quiere decir con eso? —Edison estaba claramente ofuscado.

—Discúlpeme si le molestó mi comentario, no fue mi intención.

—¿Y por qué no me lo pregunta directamente entonces?

—¿Acaso me lo diría? —repuso Facundo.

—Si duda que se lo diría, para qué me lo pregunta...

El detective se levantó del asiento argumentando que por su parte no haría más preguntas. Se despidió de Ruiz y le mencionó a Claudia que la esperaría afuera. Esto había sido planeado por ambos y era la única manera de separar aguas para que ella pudiera obtener una ventaja desde la perspectiva psicológica. Antes de retirarse Facundo se preparó un café y salió a tomárselo al estrecho pasillo donde el gendarme hacía guardia. El rostro de enfado del inspector se transformó afuera en una expresión

de conformidad. Intuía que había logrado socavar, al menos en parte, el impenetrable espacio de la intimidad delictiva de Edison sin que mediara palabra alguna.

Claudia permaneció cuarenta y cinco minutos a solas con el reo y, a juzgar por la complacencia en su rostro cuando abandonó esa oficina, sentía haber cumplido a cabalidad con su objetivo.

Mientras se retiraban del recinto penal, le comentó a su enamorado que minutos antes de concluir la entrevista, los internos habían inundado en tropel el patio central y que lamentaba no haber podido quedarse más tiempo observando lo que allí sucedía, dada la vista privilegiada a aquel espacio que ofrecía ese cuarto.

LAS PRERROGATIVAS DEL DOCTOR RUIZ

El reencuentro con sus compañeros de prisión fue muy reconfortante para Edison. A su vez, tener de regreso al bien llamado «Doctor Ruiz» en la galería volvía a ser un beneficio para los internos que conformaban su núcleo carcelario. La charla de «carreta» con el recién llegado fue una verdadera catarsis, y las razones que adujo para esta vuelta imprevista quedaron inscritas en la mente de sus compañeros como una vil injusticia. Edison era un maestro de la manipulación, y no tuvo que argumentar demasiado para quedar como una víctima del sistema social, omitiendo por cierto todos los detalles que lo comprometían. Él sabía lo que generaba entre sus pares, así como también lo que podría conseguir con ello a su favor.

Uno de los que más lamentó su infortunio era el Chalo, un traficante de poca monta preso por vender marihuana en su población. Su hija de dieciséis años tuvo un percance con su novio, que la dejó embarazada y de la noche a la mañana desapareció del barrio. Como era una alumna destacada y la única esperanza de los padres de tener por primera vez a una profesional en la familia, optaron en forma unánime por impedir que ese bebé naciera. Fue entonces cuando el Chalo, estando en prisión, le dio la dirección del Doctor Ruiz a su esposa. Ella y su hija fueron atendidas preferencialmente y sin costo por Emilia. El eterno agradecimiento a Edison de parte de este hombre —que estaba muy cerca de cumplir su condena— fue a partir de allí incondicional. Así se lo hizo saber en una conversación que sostuvieron a solas.

El director de la Escuela de Medicina, Juan Carlos Molina, invitó a Facundo a un desayuno en agradecimiento por su exitosa gestión, que más allá del dinero y las especies recuperadas, se transformó en un ejemplo que serviría de escarmiento para el estudiantado.

—Sin temor a equivocarme —señaló el doctor Molina durante el desayuno, en el que también estaba presente Jaime Prado—, creo que con esta pesquisa quedó de manifiesto que, de aquí en adelante, todos abogaremos para que ningún acto ilícito al interior de la universidad quede impune.

—De verdad no deja de sorprenderme que un alumno tan brillante como Edison Ruiz se haya convertido en un verdadero delincuente —agregó con genuino sentimiento.

—Es el típico caso de la inteligencia mal aprovechada —sentenció Prado—. Muchos sospechábamos de él.

—Nunca me lo mencionó —se sorprendió Pineda.

—Habría sido prejuicioso de mi parte —replicó Prado, quien no dejó de inquietarse por el comentario.

—¿Ya lo condenaron? —preguntó Molina.

—No, todavía no.

—Espero que sea una condena ejemplar —se aventuró a decir Prado.

—No creo que le den muchos años —dijo el inspector, algo turbado por la liviandad que tras el cierre del caso notó en el encargado de finanzas de la escuela—. Yo entiendo que él tiene serias intenciones de retomar sus estudios —añadió dirigiéndose al director.

—Ojalá sea así, pero tendrá que ser en otra universidad. Aquí tiene las puertas cerradas para siempre —respondió Molina en forma taxativa.

—Lo importante —comentó Prado— es que por lo menos se recuperó la mitad del dinero. La otra se la debe haber gastado —acotó con ligereza.

—Este es un libro leído, estimado señor Pineda —dijo Molina—. La pérdida ya está hecha, y yo no hablaría más de este asunto. Lo importante se logró y la prensa no alcanzó a meter sus fauces en esta noticia que habría sido muy perjudicial para nosotros.

—No me gustaría volver a encontrarme con él —recalcó Jaime Prado.

Facundo esgrimió compromisos pendientes para retirarse antes. No es habitual que las víctimas agradezcan la gestión policial, ni menos que Facundo acepte este tipo de agasajos. Sin embargo, había aspectos en torno a la Escuela de Medicina que aún le merecían dudas, y lamentablemente este desayuno no fue la ocasión para disiparlas.

Luego de dos semanas, el laboratorio evacuó el resultado del examen de ADN practicado a la pequeña Esperanza, el que fue contrastado con las muestras tomadas a Emilia y a Edison sin su conocimiento. El diagnóstico generó asombro, pues quedó en evidencia que entre Emilia, Edison y Esperanza no existía ninguna relación consanguínea y, por lo tanto, la niña no era hija de ninguno de los dos. Ni Facundo ni Claudia —a esas alturas muy comprometida con la investigación— habían imaginado esta posibilidad que hizo surgir múltiples conjeturas entre ellos. ¿Edison estará al tanto de esta situación?, se preguntó Facundo. Si no es hija de ninguno de los dos, ¿quiénes son sus padres? La inesperada información abría un flanco de trascendentales consecuencias para el caso, porque conociendo la conducta delictual recurrente de los involucrados, lo más probable era que detrás de ello existiera una razón ilícita.

La llegada de un fin de semana largo los motivó a dirigir sus pasos a la costa, para lo cual Facundo arrendó el departamento de un amigo junto al mar. Claudia ya tenía meridiana claridad respecto al perfil de Edison y aún no salía de su asombro por el controvertido resultado del examen de Esperanza. Habían decidido salir de la capital

para darse un tiempo exclusivo para ellos, acompañando su panorama con un buen vino. Refugiados en una terraza vidriada, miraban partir la tarde.

La cena en un restorán costero fue exigua en subrayar los logros laborales, solo hicieron unos pocos comentarios sobre los escenarios posibles en torno a la orfandad de Esperanza, para esbozar la pauta de la siguiente semana, que se anunciaba nutrida y prometedora.

De regreso en Santiago, Claudia terminó de elaborar su informe. En este describió a Edison como una persona muy poco empática, con un exacerbado egocentrismo y de tendencia narcisista. Señaló que se trataba de un hombre que recurre a un encanto superficial cuando desea obtener algún beneficio. Su espectro emocional fue catalogado como pobre. Con estos rasgos —subrayó la psicóloga—, es proclive a conductas antisociales y delictivas. Además, presenta una característica que en él se expresa de sobremanera: dificultad para aprender de la experiencia. A todas estas características se agrega su alto de nivel de impulsividad, mitomanía y manipulación. En definitiva, posee notorios rasgos de conductas sociópatas —concluyó Claudia en lo medular de su evaluación.

Descubrir cómo fue que Emilia se convirtió en madre de Esperanza era como asumir un nuevo caso cuya respuesta era incierta.

Por lo pronto la pequeña estaba al cuidado de Emilia en la cárcel de mujeres, tal como lo prevé la ley por la edad de la menor.

El Chalo estaba a punto de cumplir su condena, es más, recobraría su libertad en menos de una semana, y era una oportunidad que Edison no podía dejar pasar. Después de un almuerzo que ambos compartieron con el resto de sus camaradas de celda, el Doctor Ruiz le solicitó a sostener una conversación más privada. Mientras un partido de *baby* fútbol captaba la atención de la mayoría de los internos, Edison y el Chalo se aislaron en uno de los pasillos solitarios para hablar. El exestudiante de medicina, sabiendo que su petición tendría una respuesta positiva, le contó a su amigo sobre los fantasmas que lo atormentaban, agregando que él, al estar en libertad, podría cumplir la misión de disiparlos.

—Dígame, doctor, en qué le puedo ser útil. Usted sabe que puede contar conmigo.

—Lo sé y te agradezco, y si pudieras ayudarme en esto me arreglarías la vida.

—En qué topamos. Yo estoy en deuda con usted, compadrito, y hago lo que me pida.

—Se trata del rati que me metió preso —dijo Edison omitiendo sus propias acciones.

—A esos huevones no los paso, así que estamos hablando el mismo idioma —dijo el Chalo con una sonrisa acogedora.

—Ya saqué a mi mujer de esto, la tengo prácticamente afuera, pero si este inspector sigue buscando en mi pasado nos ponen a los dos una perpetua, no sé si me comprendes... ¡Quiero sacármelo de encima!

El Chalo demoró en responder. No esperaba un encargo de esa magnitud, pero tampoco se cuestionó demasiado.

—Démosle una vuelta al asunto y antes que me vaya vemos cómo lo hacemos, ¿qué le parece?

Una vez más sus favores cobraban inmediatos beneficios, solo que en esta ocasión Edison ponía todas las fichas a un solo número. Idear la muerte de un inspector de policía eran palabras mayores, no solo por la trascendencia de la eventual víctima, sino también porque no sería presa fácil. Aun así, Edison se sintió más que satisfecho con la disposición de su compañero de cárcel, y en los días restantes se dedicó a imaginar cómo ese crimen podría adquirir ribetes de perfección.

El origen de Esperanza era un asunto que aún no encontraba su lugar en el archivo de Facundo, quien sabía que cavando en ese terreno podría encontrar más de algún tesoro escondido. Pero eran demasiadas las diligencias que le restaban a esa hebra policial. Se hizo prioritario sostener una conversación en persona con Emilia, y Facundo y Claudia, con la misma logística que emplearon con Edison, hicieron la petición formal a la fiscalía para reunirse con ella en el recinto penal.

En el vehículo rumbo a la cárcel de mujeres, ambos llegaron a la conclusión de que sería más beneficioso que dialogaran con la procesada por separado. La primera sería una conversación inducida que no representaba mayores exigencias y la segunda, literalmente un interrogatorio con fines policiales.

La tensa reunión con Ruiz les hizo ver la necesidad de cambiar esta vez de estrategia, y decidieron que le pondrían menor presión y le darían más intimidad y soltura al encuentro.

El portón de hierro de la cárcel de mujeres se abrió de par en par dejando pasar el auto tras comprobarse que los permisos estaban en regla. El vehículo ingresó lentamente, buscando el lugar que le asignaron en el sector de visitas. En el intertanto, la psicóloga aprovechó de otear a su alrededor, captando de inmediato que esta prisión se diferenciaba demasiado de la imagen tumultuosa que apreció en el penal de hombres. Si bien aquí reinaba la calma, tampoco simulaba ser un claustro, pero era evidente que se respiraba una atmósfera más accesible y menos tóxica. Sin verbalizarlo, le pareció lo más cercano a un internado. El trámite de ingreso fue expedito y la espera, breve. Guiados a su destino por una gentil gendarme, Claudia observaba con agudeza hacia el interior de aquellas habitaciones que iba dejando atrás mientras le pisaba la sombra a la uniformada. En ese tren de imágenes aparecieron mujeres trabajando, cocinando, asistiendo a clases, algunas conversando libremente, otras tomadas de las manos, varias tocando instrumentos y algunas

simplemente besándose. Los marcos de las ventanas tapizados con una gruesa malla metálica a ratos dejaban escapar desde el interior gritos destemplados o risas a mandíbula batiente. A renglón siguiente, se escuchaba un grito de reprimenda —en los mismos decibeles— de una gendarme llamando a la calma. No estaba ausente aquí la infaltable costumbre de dialogar a distancia y a viva voz entre las internas mientras compartían las horas de patio. Así, sumidos en este verdadero concierto de sonidos que conformaban el peculiar ambiente del lugar, Claudia y Facundo llegaron a la oficina asignada, colindante con la capilla, donde a esa hora expiaban sus pecados una media decena de presas.

Emilia llegó a la cita un tanto presurosa, disculpándose por la demora y aduciendo que debió asegurarse de dejar a su hija dormida y al cuidado de una compañera de celda. Tras aceptar las disculpas por el retraso, el inspector la saludó con la debida distancia y le presentó a Claudia, quien aprovechó de imponer sin preámbulos ni discusión la idea de conversar por separado.

La gendarme se quedó resguardando la entrada por fuera y Facundo dialogó con ella un par de minutos hasta aceptar el ofrecimiento de sentarse en una banqueta a la sombra de un árbol. Allí logró abstraerse del ruido ambiente y pudo elaborar la directriz de su estrategia. Desde luego, haber compartido con esa mujer aquel violento pasaje en su casa, donde alguien pudo perder la vida, no hacía del reencuentro un momento agradable. Tendría que hacer uso de su agudo juicio para sobrellevar la conversación, intuyendo que los escollos para cumplir su objetivo no serían menores.

Luego de unos cincuenta y cinco minutos, se abrió la puerta y Claudia, con un gesto de serenidad, le hizo saber que Emilia lo esperaba. No hubo tiempo para cruzar palabras, pero el inspector interpretó la nula advertencia de su novia como el aviso de que el terreno sería fértil.

—Me imagino que debe estar cansada, así que solo le haré unas pocas preguntas para liberarla lo antes posible —le dijo a la mujer.

—Usted dirá —contestó Emilia, sin poder ocultar su actitud defensiva.

—Me gustaría hablar de su hija.

—Ella está bien —aseguró Emilia—. ¿Qué quiere saber de ella?

—¿Usted es la madre de Esperanza?

La pregunta fue como si le clavarán una flecha en el corazón. Intentó sacársela, pero con esa maniobra pareció incrustarse más a fondo en su cuerpo. En la forma de esa pregunta evidentemente existía el velado intento de hacerla mentir.

—¡Por supuesto que es mi hija! —exclamó ella como si se la quisieran quitar.

—Digo, si ella es su hija biológica.

—Tengo todos los documentos que así lo dicen, y si no la alcanzamos a pasar por el civil ha sido por todo esto —espetó Emilia conteniendo su molestia.

—Puede que todos los papeles estén en regla, según me dice —continuó el inspector sin alterarse—, pero yo le estoy preguntando si usted la procreó.

—Me va a perdonar, pero si quiere poner en duda que nosotros somos los padres de Esperanza, no tengo nada más que conversar con usted —se ofuscó Emilia, tras lo cual se levantó y abandonó la oficina sin despedirse.

Pineda se quedó inmóvil y al salir no emitió comentarios sobre esa actitud. Era exactamente lo que esperaba conseguir. La reacción de la mujer era el reconocimiento tácito de que su maternidad y la paternidad de Edison pendían de una cornisa.

En el camino de regreso, se detuvieron en un café y se explayaron en torno al encuentro. Claudia dijo tener grabada toda la conversación con Emilia y, sin analizar sus dichos a fondo, se aventuró a mencionar que por alguna razón —de enamorada, por ejemplo— había hecho acopio de una conducta imitativa, sin darse cuenta de que era instada a ello por la figura de Edison. Aun teniendo actitudes empáticas —señaló la psicóloga—, esta mujer había sido capaz de postergarlas con tal de no transgredir los deseos de él y asumirlos con un grado inconsciente de servilismo, lo que finalmente la había llevado a anular su verdadera identidad. Como resultado, podía llegar a ser tan peligrosa como él.

—Creo que ella es como una *geisha*, muy servil a su causa y a sus intereses —dijo Claudia para ejemplificar su primera mirada.

—¿Crees que lo hace conscientemente?

—Lo que estoy diciendo es una apreciación un tanto primaria.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que ella debiera ver a un psiquiatra. A mí me parece que tiene conciencia de todo lo que hace, pero perfectamente podría ser una sociópata y ese diagnóstico supera mis facultades.

—¿Por qué?

—Porque en tal caso estaríamos hablando de una enfermedad... de una enfermedad que bien puede ser sometida a tratamiento.

Capítulo treinta y uno

LA ENCERRONA

Sintió que en esta ocasión, la música clásica a bajo volumen, como si fuera incidental, sería la compañía ideal para dejarse llevar por sus pensamientos mientras manejaba. La Sinfonía n°3 de Brahms emergió en el regreso. Luego de haber acercado a Claudia a su trabajo, debía pensar en su estrategia. Nunca en esta investigación los astros se habían manifestado con tantas expectativas propicias. Se sentía como un jugador de póker con todas las cartas a su favor. Pretendía dilucidar en su oficina el dilema sobre cómo aprovechar el buen juego, pero surgió una inquietud. Una leve lluvia, que solo se hacía perceptible cuando el limpiaparabrisas se accionaba, mantenía el piso resbaladizo y lo obligó a disminuir la velocidad. En ese instante se percató de que un taxi un tanto a maltraer, sin pasajeros, se mantenía muy pegado a su auto. Decidió hacer una maniobra sorpresiva y se cambió de pista para comprobar cuán cierta era su aprensión, y el supuesto perseguidor hizo lo mismo. Aceleró, y aquel taxi también, hasta ubicarse de nuevo detrás suyo.

Desde siempre Facundo ha tenido el cuidado de considerar —como de seguro lo hacen todos los policías— que cuando un vehículo se mantiene al acecho más de la cuenta, pasa a la categoría de sospechoso. Luego de esas pruebas básicas, aplicó el recurso de cambiar su rumbo en forma repentina, dobló en la primera calle que se presentó y alcanzó a ver por el retrovisor que el taxi no pudo imitarlo y lo perdió de vista. Percibir acciones de este tipo a menudo es producto del cansancio y la desazón que anteceden a cuadros de estrés. Pineda lo había experimentado muy pocas veces, pero era capaz de percibir esos estados. Como su ruta a la oficina se trastocó, decidió detenerse en las inmediaciones de una plaza y evaluar allí sus próximos pasos.

Necesitó que pasaran varios minutos para que su alma y su cuerpo volvieran al mismo saco. Se hallaba estacionado en una calle desconocida, y percibió que estaba más cerca de la Escuela de Medicina que de su lugar de trabajo. Recordó el desayuno que le ofreciera la dirección de la escuela y, comprendiendo que era sano distanciarse un poco del tema que lo agobiaba, le dio un sentido de lógica elemental a su decisión de visitar sin previo aviso a Jaime Prado.

Sentado en su vehículo con el «Poco allegretto» de Brahms, dejó fluir su intuición. El monto sustraído desde la oficina de Prado era de doscientos veinte mil dólares, de los cuales solo se encontró en poder de Ruiz una cifra cercana a los cien mil. Que la facultad hubiera aceptado cerrar el caso a pesar de desconocer el destino del resto del dinero, fue una actitud benévola de parte de la dirección. Pero significaba que Edison había hecho un gasto enorme, y esa inversión fantasma podría ser la carta tapada.

La secretaria manifestó amabilidad y una suerte de agradecimiento por su visita y no tardó en ponerlo en contacto con su jefe. Jaime Prado postergó algunas reuniones y, gustoso, le otorgó un tiempo con los consabidos cafés a este hombre que le había dado la tranquilidad definitiva a su quehacer como responsable de las arcas económicas de la facultad.

—Es un gusto volver a tenerlo por estos lados —le dijo con genuino entusiasmo.

—Reconozco que para mí también es gratificante compartir un café con usted, lo necesito.

—¿Anda de paso?

—No exactamente —replicó Facundo mientras bebía su primer sorbo.

—Aquí estoy para lo que pueda serle útil.

—¿Usted conoce la razón por la que la universidad no perseveró en el juicio contra Edison Ruiz?

—¡Ah...! Aún está pegado con eso. Yo pensaba que los policías tenían un mecanismo mental especial para desprenderse a su entero antojo de los casos.

Al inspector le pareció algo desafortunado el comentario de su interlocutor. Decir «pegado» le sonó a que continuar indagando fuera un problema para él, en circunstancias que, como «víctima» de aquel robo, debería tomarlo como un beneficio.

—Lo tengo, pero me es imposible hacerlo cuando siento que el asunto todavía no está del todo resuelto —dijo Pineda, quien haciendo un símil con el boxeo consideró la previa como un *round* de estudio.

—Yo creo que se está dando un trabajo de más —insistió el director de finanzas.

—¿De más...? —Facundo interrumpió el movimiento de su taza de café y lo congeló en el aire.

—Por cierto. Ese dinero ya estaba asumido como pérdida y haber recuperado el cincuenta por ciento ha sido todo un logro... Le recomiendo que deje todo hasta aquí, inspector, lo mejor es que dé por cerrado el caso.

—¿Usted cree? —preguntó el detective tratando de leer correctamente cada gesto del directivo universitario.

—Yo pensé que eso había quedado de manifiesto en el desayuno con el director. Es lo más recomendable en estos casos. Usted hizo un excelente trabajo y la misión con creces está cumplida, inspector.

«¿Misión cumplida?», pensó Facundo. «Tampoco es un término prudente cuando extender la investigación en nada resta, solo suma».

—¿En qué cree que puede perjudicar el hecho de que yo siga investigando? —indagó.

—A decir verdad, en nada, solo quiero evitar que trabaje en vano. De seguro ese saldo, por llamarlo de alguna manera, ya no existe —afirmó Prado mostrándose convencido de ello.

—Yo no estaría tan seguro —esbozó Pineda estudiando su mirada.

—Es solo sentido común. Después de medio año, ¿usted cree que ese alumno no gastó parte de ese dinero?

—Estaba preso. No pudo gastar nada.

—Compró una camioneta apenas recobró la libertad.

—Sí, claro, pero con los ciento veinte mil dólares que poseía.

—Pero pudo pasarle parte del dinero a su pareja.

—Ella no sabía de ese robo.

—Me habían comentado que usted era un poco testarudo, pero al escucharlo creo que es más que un poco —dijo Jaime Prado—. ¿En qué está pensando?

—Estoy pensando que Edison Ruiz siempre tuvo la estrategia de autodelatarse por el robo de los implementos médicos. Sabía que era rentable pasar un par de meses —aunque fue un poco más que eso— en la cárcel a cambio de no ser investigado por el robo de los dólares. Guardó el botín secretamente. Ocupó la misma caja metálica que usted describió. Cuando acudí a su casa de sorpresa y develé su robo, intentó chantajearme, ofreciéndome todo su contenido —cien mil dólares— a cambio de que lo dejara en libertad. Desde luego, con el descuento de la camioneta que usted dice, la suma calza. Él no invirtió en nada más.

—¿Cuál es su hipótesis, inspector? —preguntó Prado un tanto aturdido con los argumentos del policía.

—¿De verdad le gustaría saber lo que pienso? —respondió Pineda teatralmente, en la certeza de que estaba dando un paso sustantivo en la confirmación de sus aprensiones.

—Por supuesto —dijo Prado, bebiendo un largo sorbo de café, para afinar su voz que se había puesto un poco carraspeada.

—Pienso que Edison Ruiz solamente robó ciento veinte mil y que el dinero restante nunca existió en esa caja, señor Prado.

—Lo escucho y no dejo de sorprenderme. Además de testarudo usted es demasiado creativo, debo reconocerlo.

El inspector no despegó en ningún momento la mirada del rostro de Jaime Prado, solo la bajó para hacer una suerte de primer plano hacia la mano del funcionario, la que en un intento imperceptible de tomar la pequeña taza de café se vio tan temblorosa que prefirió ocultarla debajo del escritorio.

—Creo —prosiguió Pineda— que usted es el único que puede saber el paradero de esa diferencia, señor Prado —continuó, convencido de que con su análisis desenmascaraba al jefe de finanzas.

—¿Usted se da cuenta de que me está haciendo una acusación directa?

—Me doy cuenta perfectamente de lo que acabo de decirle y también me doy cuenta de que está un tanto nervioso. Y sinceramente, me gustaría saber el motivo.

Jaime Prado intentó justificarse y se cubrió el rostro con ambas manos para esconder la vergüenza que sentía en aquel momento, pero su incontrolable sollozo se lo impidió y dio paso a la expresión más patética de alguien que no tiene más salida

que reconocer sus acciones indebidas. Instantes después declaró que, en aquella caja metálica, tenía en efectivo ciento veinte mil y que luego de ser objeto del robo —desconocía a su autor— tuvo la astucia de consignar que la sustracción había sido por el doble de esa cantidad, vale decir, por doscientos veinte mil dólares. En definitiva, él se quedó con cien mil dólares para su cuenta personal, en la certeza de que nunca se daría con el paradero de aquel ladrón.

Minutos más tarde el inspector Facundo Pineda era recibido por el director de la Escuela de Medicina, quien sin ocultar su asombro escuchó anonadado la confesión de su jefe de finanzas: Jaime Prado. El doctor Molina lo separó de inmediato de su cargo y obligaciones, e inició un sumario en su contra.

A esa hora, en el ocaso de la tarde, las cumbres nevadas de la cordillera reflejaban los últimos destellos de color naranjo y —desde la terraza de Facundo— semejaban ser el espejo de la puesta de sol invernal que se producía a sus espaldas. Pero ni siquiera la potencia de esa belleza purificadora logró borrar de la mente de Facundo el rostro de Jaime Prado. Le costaba digerir ese sollozo de un adulto que había quedado al desnudo y que, ante el peso de la evidencia en su contra, se había convertido de pronto en un niño. Quizás —pensaba— si hubiese incumplido su misión policial, y dejado todo tal como estaba, se habría evitado aquella escena, pero aun a costa de esa bofetada que a menudo propina la verdad, y siempre que la decisión esté en sus manos, habría optado por hacer lo correcto.

Ahora, como un andinista que está por iniciar la conquista del Himalaya, preparaba en la soledad de su hogar los bártulos con miras al último abordaje. El detective usa más el instinto que la razón, lo cual no significa que desestime el valor de lo demostrable científica o técnicamente. Por eso ahora anota todos sus próximos pasos en el computador y explica en didácticas líneas las razones que lo inducen a privilegiar y avalar su decisión. Es una metodología que le permitirá demostrar posteriormente —ya sea en caso de acierto o de error— que su metodología, por caprichosa que parezca, no está inspirada en la casualidad.

El plan inmediato es elevar una petición al juez para registrar la casa de Santo Domingo, propiedad de Emilia. Necesita hacerlo ya, porque si le otorgan una pena remitida a su dueña, que la tendría confinada en su propia casa, tendría dificultades para revisarla más a fondo. Una imagen que recogió al fragor de la detención de la pareja y del rescate de Florencia en esa propiedad sigue latente en su cerebro y no ha desaparecido con el paso de los días, más bien permanece incólume en el limbo de sus recuerdos. Dicha imagen requiere validarse y, según presume Facundo, ahí yace la clave del sendero que deberá recorrer.

Personas que atraviesan a mitad de cuadra, cabeza gacha mirando el asfalto, sumidas en la vorágine de su exclusivo universo, creyendo como muchos que no existe nadie alrededor, imaginando que la sociedad es una quimera... Sin tanta

filosofía y más en la realidad, Facundo se percató de que los frenos de su automóvil probablemente llevan meses sin mantención. La llovizna que lustraba el pavimento se tornó resistente a la fuerza que le aplicaba al pedal para detenerlo. En la esquina siguiente alimentó la idea de que un furgón blanco, pudiendo ocupar la pista de al lado, prefirió amedrentarlo ubicándose muy cerca detrás de su auto. En las cuadras siguientes la persecución le pareció evidente, y quiso detenerse para pedir una explicación, pero de inmediato desistió para no enturbiar el ánimo y optó por el escape, pensando que quizás realmente estaba siendo acosado. Dobló en una esquina inesperada y el añoso furgón demoró en reaccionar, pero en unos segundos, cuando el inspector creía haberse zafado, lo vio doblando en la misma dirección. Le llevaba más de cien metros de delantera y se detuvo con el explícito fin de dejarlo pasar, pero el conductor del furgón también prefirió estacionarse a un costado de la vereda. Para no quedarse con la duda, Pineda optó por tomar recaudos. Decidió dar la vuelta en trescientos sesenta grados por las calles adyacentes para hacer alguna maniobra que le permitiera ver su patente. Pero por desgracia, al completar la vuelta el furgón blanco misteriosamente había desaparecido.

La petición al juez de una autorización para ingresar a esa casa —en su puerta había un cartel que prohibía el acceso— fue tramitada por intermedio de la fiscalía, y tuvo eco. El inspector Pineda debía retirar ese permiso al día siguiente. La única exigencia fue mantener indemne aquel escenario.

Abstrayéndose de la verborrea ambiente que sin ser escandalosa igual distraía, Claudia y Facundo cumplían su ritual de almorzar juntos una vez por semana. El cúmulo de situaciones pendientes de mutuo interés copaba la pauta al momento que brindaban, como de costumbre, con una copa de buen vino. Ella, un cabernet; él, un merlot.

Por tareas de su trabajo Claudia a menudo debía viajar a regiones por un par de días, solo que en esta ocasión su alejamiento sería más prolongado. Sentía que ausentarse por cinco días en estos momentos era infausto. En el clímax de su investigación, lo más conveniente habría sido estar junto a él.

El detective omitió en el reporte a su amada todo lo que pudiera perturbarla o inquietarla, pues no era prudente que viajara preocupada y además ya tenía suficiente presión con sus propias tareas. En lo más íntimo de su ser, Facundo concluía que las vivencias de los últimos meses, con toda la hojarasca que se había enredado por los recovecos de su investigación, habían sido angustiantes e inéditas. Angustiantes, por tener como compañía permanente la sombra de la incertidumbre, e inéditas, porque no tenía en su historial precedentes de algo parecido. Reconocía también que al tener que dar pasos con los ojos vendados —como lo debió hacer por largo tiempo—, no tuvo más que aferrarse a su propia experiencia que, si bien no dio luces en las primeras semanas, fue el estímulo que lo impulsó a continuar. Ahora veía que el manto de oscuridad que le impedía avanzar había desaparecido. El regocijo por los

logros alcanzados, sin embargo, es menor que la inmensa pesadumbre que aún lo envuelve por tener que descubrir algo que en rigor ignora, le confió a Claudia.

Al margen de todo aquello, Facundo tenía sapiencia para no confundir el trabajo con los afectos. Aquí, la presencia de esta mujer joven, hermosa e inteligente, que lo ha cobijado en su vida afectiva, adquiriría vital relevancia. Sin soltar su mano izquierda de la de ella, que mantuvieron unidas durante toda la charla, con la derecha sacó un sobre y se lo entregó a Claudia pidiéndole que lo leyera cuando ya se hubieran despedido y que, si deseaba aportar o responderle algo, lo hiciera ya a la vuelta del viaje. Con un poco de esfuerzo ambos acercaron sus cabezas sobre la mesa para validar el romance con un beso un poco más largo de lo prudente. Por las sonrisas y miradas de reojo de algunos presentes, percibieron que su expresión afectiva colindaba con lo impúdico. Así lo entendieron los dos cuando alzaron sus respectivas copas para brindar. Su risa incontenible, casi de adolescentes, fue la aguda respuesta para demostrarle a la concurrencia que no tenían motivos para reprimirse.

Aquel osado gesto amoroso se repitió minutos más tarde en la soledad del estacionamiento, esta vez acompañado por un caudal de caricias. Les costó desenmarañar sus manos entrelazadas, las que se aferraban unas a las otras como si su alejamiento fuera a ser infinito y el reencuentro inexistente. La bocina de un automóvil que intentaba abandonar el lugar, en ese instante obstaculizado por la pareja, los obligó a moverse y poner fin a su sentida despedida. «Te quiero», pronunciaron al mismo tiempo y se alejaron para perderse —cada uno hacia su lado— por los callejones que se formaban entre los automóviles en busca del propio. Una vez dentro del suyo y antes de encender el motor, la curiosidad tentó a Claudia para incumplir su promesa. Tuvo la carta en sus manos a punto de abrirla, pero en honor a su palabra empeñada decidió regresarla a su bolso, a pesar de que sentía una especial corazonada con respecto a su asunto.

Esa tarde los últimos destellos del sol convirtieron en oro los picos con nieve de la cordillera. Era un paisaje inspirador, acorde a las instancias que rodeaban el entorno profesional y sentimental de Facundo. Antes de escapar del frío polar que como un manto de hielo de pronto inundó la terraza, el detective alcanzó a terminar su café y por inercia dio una última mirada al entorno de su edificio. Curiosamente, desde la altura le pareció captar el movimiento abrupto de un furgón blanco con las mismas características del que le pisó los talones en dos ocasiones durante la semana. Al parecer se encontraba estacionado en la calle y de repente salió brioso, como si escapara de algo. No era común ver en esa zona de la ciudad ese tipo de vehículos de trabajo, a menos que correspondiera a una empresa y en tal caso tendría la publicidad inscrita en su exterior, y este no era el caso.

Como desde la altura Pineda no podía tener la certeza de que fuera el mismo furgón, temía estar siendo víctima de un aparente estado de sugestión sin motivo aparente.

Al día siguiente debía estar a las once de la mañana en la puerta de la casa de Santo Domingo. Allí un funcionario de la fiscalía lo estaría esperando con las llaves para entrar.

En ausencia de Claudia —que a esa hora iba volando a Punta Arenas— y de diligencias apremiantes, se sintió complacido de contar con el tiempo necesario para hablar con sus hijos Juan José y Florencia. Previendo que su investigación se encontraba en la fase final, acordó una cena con ambos para el siguiente fin de semana.

Luego de sostener una reunión en la cafetería del hotel con personeros de la zona austral que requerían asesoría de su empresa, Claudia cenó rápidamente pues tenía urgencia en recluirse a la brevedad en su habitación. El viaje agotador y las varias reuniones le hicieron caer extenuada sobre la cama. Su pensamiento inicial era darse el tiempo para abrir el sobre que le dio Facundo, pero sin darse cuenta se quedó dormida. Tres horas después despertó y solo tuvo mediana conciencia para sacarse la ropa e introducirse dentro de la cama.

Faltando cinco minutos para la cita en la casa de Emilia, Facundo activaba la alarma de su automóvil tras dejarlo estacionado y caminaba unos treinta metros hasta llegar a la entrada. El emisario de la fiscalía ya se encontraba en el sitio y, luego de presentarse, abrió la puerta y ambos ingresaron al inmueble.

Un verdadero manto de polvo posado en el piso y sobre los muebles comprobaba la prolongada ausencia de sus moradores. El funcionario que lo acompañaba le recalcó la idea de, en lo posible, no alterar en nada el lugar. Obviamente la advertencia era un tanto gratuita, ya que el más interesado en revisar ese inmueble a conciencia era él mismo. El aviso tenía como intención aprovechar de anunciar que lo esperarían afuera fumando un cigarrillo.

Sumido en la soledad de ese lugar y en medio de un silencio evocador, Facundo actuó como si fuera a realizar una reconstitución de escena, para lo cual se propuso repetir el mismo itinerario que efectuó en aquella ocasión.

Al pasar por el *living* no pudo dejar de pensar que el café con cianuro lo tenía a él como destinatario. El detective detuvo su mirada en cada detalle y revivió los momentos que lo tuvieron en una permanente encrucijada. Salió luego al pasillo y se dirigió a la cocina y después al dormitorio de la pareja, donde aparte de tropezar con la caja metálica que perteneció a Jaime Prado no existía —al menos a la vista— nada que pudiera ser objeto de su atención. Atravesó el jardín en dirección a la sala del fondo. Seguían allí, como mudos testigos, la cama ginecológica y el instrumental médico con el que Edison Ruiz llevaba a cabo sus intervenciones. Fue triste recordar la imagen de su hija, atrapada en esa camilla por la locura de una pareja que la había sentenciado a muerte. El inspector filosofó unos segundos, pero hay preguntas insondables sobre la vida que simplemente no tienen explicación. La incertidumbre —pensó— es su esencia inalterable y el estado de cambio constante, su sino. De pronto sintió que lo invadía en aquel espacio un intenso frío, acompañado por una

profunda tristeza y dolor, y también una inexplicable emoción. Nunca antes había experimentado esta multiplicidad de sensaciones a la vez, que lo instaron a abandonar aquella «sala de partos» a la brevedad.

Revisó una por una todas las habitaciones y rincones de la casa sin éxito, y cuando atravesaba nuevamente el patio, una inexplicable energía que bañó todo su cuerpo lo hizo detenerse frente al florido y alabado jardín de Emilia. Le pareció incluso escuchar algo así como un coro de voces infantiles y sintió como si alguien lo invitara a no marcharse. Facundo estaba consciente de que había estado pasando por un trance de extrema sensibilidad en las últimas semanas, y por lo tanto esas voces solo evidenciaban los estragos de aquel estado en su cerebro. Ciertamente el jardín era hermoso —se dijo—, pero no le producía calma sino más bien una desbordante inquietud.

Tratando de encontrar una explicación al vendaval de percepciones que lo cubrían como si estuviera en medio de una persistente lluvia sin cobijo alguno, su mirada hizo *zoom in* en algo en que no había reparado antes. En un extremo del jardín, algo así como una tapa de madera hechiza reposaba fuera de todo contexto. Facundo se acercó con cautela mientras su mente se anticipaba a lo que podría encontrar debajo de ella. Respiró hondo, se hincó y con sus dos manos la levantó lentamente. Como un contrasentido, la oscuridad interior le mostró lo que realmente era: un hoyo profundo. Por el tamaño y la forma, a lo que más se parecía era a una fosa mortuoria. El detective se enderezó, lleno de elucubraciones mentales que no eran del todo alentadoras. En ese instante sintió un escalofrío que traspasó su cuerpo de pies a cabeza. Gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer sobre él y le recordaron que el pronóstico del tiempo había anunciado un aguacero que se mantendría intermitente durante gran parte del día. Impertérrito, el detective permaneció allí, imaginando que todo lo que estaba viviendo era una suerte de realidad virtual, y en esa fantasía llegó a pensar que se encontraba dándole el último adiós a su amada hija. La lluvia fue adquiriendo más intensidad y esta vez el agua mojó su rostro, fundiéndose con la emoción que lo invadió al entender que solo una intrincada comunión de coincidencias le había permitido rescatar con vida a Florencia. Facundo también comprendió que en ese lugar probablemente nunca habría dado con su paradero. Su concentración al buscarle una explicación lógica a ese extraño acontecimiento fue interrumpida en forma abrupta por la aparición del funcionario de la fiscalía, que lo obligó a volver a la realidad. Su recorrido por aquella casa había terminado.

Las manos de Claudia sostenían con dificultad el sobre que le entregó Facundo en aquel restorán. Después de la urgencia por conocer su contenido, había logrado aplacar su ansiedad y decidido exprofeso postergar su lectura, para hacerlo en un momento en que nada ni nadie la distrajera de eso que presumía como trascendental para su vida. Ahora su trabajo había terminado. El menudo escritorio de la habitación

del hotel le permitía permanecer sentada y al mismo tiempo tener una visión panorámica de aquella ciudad desde el quinto piso. Recién ahí se percató de que unos tímidos y silenciosos copos de nieve, que semejaban plumas acunadas por el viento, comenzaban a descender como un presagio de la complicidad afectiva.

Claudia, mi amor... me conoces bien y sabes que no soy amigo de plasmar por escrito lo que puedo decir mejor mirándote a los ojos. Pero esta vez me ha sucedido lo contrario. Quise escribirte, y no por incapacidad de hablar, sino por temor a que los nervios o la emoción me impidieran expresar de corrido todo lo que pienso. De seguro te preguntarás por qué no te envié esta carta por mail y lo hago en forma manuscrita. Y la verdad es que considero que no existe nada que exprese mejor los sentimientos que una simple hoja impregnada con tus propias letras, que en definitiva son las huellas digitales del corazón.

Me he enterado de que existe la intención de otorgarme un importante ascenso. Desde luego me produciría una gran satisfacción si aquello acontece, ya que además del rédito económico me proporcionaría más tiempo para compartir.

Todo esto tiene que ver contigo. Has sido una leal compañera. Te encuentro hermosa, inteligente y de una fidelidad que me entenece. Me has dicho tantas veces que me amas y yo solo me he limitado a responderte con un mísero «yo igual». Y eso ha sido una vil cobardía de mi parte. De ahora en adelante te diré que te amo hasta el agotamiento y lo haré de la forma que acostumbraba decírselo a mi madre cuando era un niño y ella me preguntaba: ¿Cuánto me quieres? ¡Hasta el infinito y mucho más!, le respondía yo.

No sabes cuánto esperé un momento como este, en el que sin muchas presiones y en la soledad de mi sentir, no solo pueda decirte lo mucho que te amo, sino encontrar la forma de tener eco a la pregunta que me guardé celosamente por mucho tiempo y que ahora mantiene mi alma en vilo por la incertidumbre de tu respuesta:

Claudia, ¿quieres casarte conmigo?

Amor, si la respuesta es positiva, deseo que me lo digas personalmente cuando nos reencontremos. Si es negativa, solo calla.

No quiero presionarte, pero di que sí, porfa.

Facundo

En la soledad de su habitación, Claudia, jubilosa como en un final de melodrama, no pudo controlar su emoción y aferrada con sus dos manos a la carta, la besó una y otra vez, al mismo tiempo que repetía sin temor a ser escuchada: «Sí, mi amor, por supuesto que sí».

En ese momento no pudo desviar los ojos de la ventana, a través de la cual se apreciaba la ciudad vestida majestuosamente de blanco.

Las horas restantes le parecieron eternas y las reuniones de ese fin de semana se le hicieron tediosas. En el vuelo de regreso, llegó a sentir que el avión no avanzaba.

El amor es el único viaje para el cual no se venden boletos ni pólizas de seguro... el amor simplemente sucede. Y más allá de lo desastroso o maravilloso que pueda ser ese trayecto, es deber del pasajero atenerse a sus consecuencias.

El amor tiene una sola gran certeza: la incertidumbre.

Capítulo treinta y dos

¿DÓNDE ESTÁS?

Ese día, la fila de los visitantes a la cárcel tuvo la presencia del Chalo, que fue toda una sorpresa para sus excompañeros, pero que era muy esperada por Edison Ruiz. El encuentro entre ambos obedecía a una estrategia muy bien urdida por el exestudiante de medicina. Desde luego en la entrada quedó inscrito el nombre de otro reo como el objeto de su visita, de esta manera ante cualquier duda o investigación, la ficha de Edison seguiría en blanco, como si nadie hubiera venido a verlo.

El Chalo necesitaba testear el contenido de su secreto plan con Edison y lo hicieron aislados del grupo para no ser escuchados.

—¿Cómo va todo? —preguntó Edison ávido de conocer la manera en que sacaría de circulación al inspector Facundo Pineda.

—Sé todos sus movimientos, dónde vive, a qué hora sale del trabajo y cuál es su rutina diaria —afirmó el Chalo dando fe de que ha estudiado sus movimientos.

—Debes tener cuidado, es un tipo sagaz.

—¿Qué quiere decir sagaz, doctor?

—Que es un tipo astuto, inteligente. No hay que mirarlo en menos.

—Déjelo por mi cuenta.

—Ah, y no te olvides tener presente que carga con un arma... ¿cuál es tu idea?

—Durante el día siempre deja el auto fuera de su departamento, y cuando pasa eso, es porque lo va ocupar luego y va a salir otra vez. Usted sabe que de eso algo entiendo —dijo el delincuente, jactándose de su habilidad.

—¿Para qué vas a robarle el auto?

—No, no. No se lo voy a robar, solo voy a abrirle la puerta pa entrar y esperarlo escondido en el asiento de atrás. Cuando regrese y lo haya echado a andar, le pongo mi fierro en la nuca y lo llevo hasta la bodega que le dije que tengo en Conchalí.

—¿Y si te ve cuando se acerque al auto? Uno siempre tiene la costumbre de mirar hacia adentro.

—Tiene los vidrios polarizados, jefe —respondió el Chalo, haciendo gala de su cultura delictiva.

—Además, la idea es que no te vea la cara, tendrías que usar pasamontañas.

—Doctor, está hablando con profesionales —acotó con una sonrisa burlona, cubriéndose el rostro en segundos con el gorro que llevaba puesto.

—Disculpa... —dijo Edison sin evitar una carcajada— no he dicho nada —mientras su interlocutor volvía el gorro de lana a su posición inicial.

—Pretendo tenerlo fondeado en la bodega hasta que usted me diga cuando lo dejo libre. Ah, y para su tranquilidad, mientras lo tenga de rehén, lo mantendré esposado.

¿Qué le parece?

—Me parece bien, pero no hay que confiarse. Y ante cualquier inconveniente, tú y yo no nos conocemos.

—Eso está súper claro. Todo esto queda entre nosotros, y le aseguro que el *tira* no va a saber quién lo secuestró ni donde estuvo. Le doy mi palabra, doctor.

Claudia llegó a su departamento, se duchó, se cambió de ropa y partió con el pelo todavía húmedo a la casa de Facundo. Frente a la puerta dudó si usar su llave o tocar el timbre para darle una sorpresa. Optó por lo último. En esos segundos de espera, todo lo que planeó durante el viaje sobre cómo sería el reencuentro comenzó a diluirse, ya que él se demoró en abrir. Como su compañero ignoraba la hora de su llegada, en esos momentos podía encontrarse en la ducha. Claudia esperó diez minutos afuera sin inquietarse, aún pensando en mantener su libreto. Luego de ese lapso, insistió dos veces más con el timbre. Como no hubo respuesta, hurgó en su cartera y fue por el plan b: entrar con su propia llave. Una vez dentro, la sorpresa se la llevó ella, pues el inspector Pineda no estaba en su casa, advirtiéndole de un retraso que no estaba en sus planes. No alimentó conjeturas y decidió quitarle la magia a su llegada llamándolo a su celular, pero su desilusión fue aún más severa, pues su teléfono aparecía como apagado. No tuvo más que adaptarse al peor de los escenarios: esperarlo.

Florencia terminó una maqueta virtual en su computador y cuando se disponía a dormir, recibió una llamada inesperada de Claudia, a eso de las once de la noche. Su afán no era otro que indagar por el paradero de su novio, quien luego de ser rastreado no daba señales sobre su paradero. Florencia sabía que estaba abocado a un intenso trabajo, y le dijo que él la había contactado el día anterior y se habían comprometido a juntarse a almorzar el fin de semana. Con Juan José, sabiendo cómo andaba su tren laboral, habían considerado un despropósito presionarlo con llamados diarios, sobre todo porque estaba culminando una larga investigación policial que le permitiría como efecto inmediato —luego de aquello— tener más tiempo libre. Para Claudia los argumentos que esbozó Florencia eran exactamente los que le escuchó a Facundo antes de viajar a Punta Arenas. Decidió no alarmarla y cortó la llamada omitiendo sus temores.

Para domar la angustia se sirvió una copa de vino, y con ella entre las manos, se dio cuenta de que el notebook de Facundo estaba sobre el escritorio, y pensó en matar el tiempo y la ansiedad redactando el informe sobre su reciente viaje laboral. Le pareció curioso que al activarlo hubiera aparecido en pantalla —coincidentalmente— el informe que el detective había hecho en torno al caso que lo tenía atribulado. No encontró una explicación para el hecho de haber dejado la sesión de trabajo abierta, ya que le constaba que en esos temas él era muy reservado. Pero como ya lo tenía frente a sus ojos y conocía de sobra los entretelones e hipótesis policiales de la causa,

quiso saber cuáles eran sus postulados finales. Haciendo muecas acordes al exceso de café que le puso a su taza para no sucumbir al sueño antes de que él volviera, comenzó a escudriñar en aquel documento.

Mientras leía, Claudia se dio cuenta de que desconocía las últimas conclusiones de su pareja y estas no dejaron de impresionarla. En su texto, además de revelar que Emilia no era la madre de Esperanza ni mucho menos Edison era el padre, adquiría potencia la idea de que las flores encontradas sobre aquella sepultura del Patio de los Disidentes eran las mismas que esta mujer cultivaba en su jardín. Y esta hipótesis, a su vez, le hizo suponer que, como no era posible que esas flores estuvieran dedicadas al morador oficial —fallecido hacía ciento cincuenta años—, entonces por lógica ella, o bien tiene un desorden mental, o bien dejó esas flores por un sentimiento de profundo agradecimiento hacia ese difunto por algún favor concedido cuyo tenor aún no había descubierto.

Impactada por el contenido de ese escrito, que le hacía absoluto sentido, se preguntó qué podía haber al interior de esa sepultura. Allí al parecer estuvo escondida la caja con dinero que Edison robó de la Escuela de Medicina, pensó. Las deducciones bien fundamentadas de Facundo eran de orden policial, y tratar de aplicarlas, pensó Claudia, involucraba riesgos.

Seguramente Facundo andaba imbuido en sus pesquisas y eso explicaba el motivo de su ausencia. Se recostó en la cama y aprovechó de llamarlo una vez más esperando que hubiese cargado su celular, pero no contestó. El ajetreo del viaje y la pesadumbre que le provocó mantener en pausa su «sí, acepto», se sintieron como estar en una situación de apremio sin que nadie acuda a socorrerte. Solamente el cansancio que tenía a esa hora de la noche pudo aplacar su inquietud por no tenerlo junto a ella y por las zozobras que podría estar viviendo en su afán de cerrar el caso.

La luz del nuevo día que pasaba por la ventana con las cortinas *black out* cerradas era débil, pero fue suficiente para que Claudia percibiera que esa noche su compañero no había llegado. Lo primero que hizo fue volver a llamarlo, y su falta de conexión ya no tenía justificación alguna. Tuvo la certeza de que probablemente estaba siendo objeto de algún problema mayor. Recordó su viaje a la costa hacía no tanto tiempo, cuando Facundo le propuso alejarse por un par de días de la vorágine laboral y compartir la soledad de la playa en esa época del año. Con eso en mente, Claudia se aferró a la idea de que quizás él había tomado la decisión de volver a escaparse a la costa, pero esta vez en solitario.

Le tranquilizó pensar que debió haberse equivocado sobre su fecha de regreso, y que el celular apagado también podría ser parte de su plan de aislarse de todo.

El timbre que sonó con inusitada vehemencia la sobresaltó. Con una sonrisa comprendió que ahora era él quien pretendía sorprenderla, y se prestó para el juego partiendo a abrir. Pero se desilusionó al encontrar en la puerta a un detective colega de su pareja que había ido para averiguar la razón de su ausencia laboral ese día, lo que terminó por angustiarla.

En la extensa conversación, aquel detective —con quien compartió un chocolate caliente que había hecho para esperar a Facundo— subrayó que el hecho de tampoco haber llegado a dormir era una razón poderosa para alertar a la institución, ya que la experiencia indicaba que debía estar en aprietos. De inmediato llamó al cuartel para entregar el reporte. Antes de marcharse deslizó un comentario sobre Emilia diciendo que era posible que, sin el testimonio del inspector, recibiera como condena solo un arresto domiciliario e incluso podría quedar en libertad con firma quincenal. Claudia no quiso referirse a aquel eventual fallo; su atención prioritaria era asimilar lo que estaba pasando con su compañero.

Nuevamente, Chalo acudió a entrevistarse con Edison Ruiz, pero con los mismos resguardos de antes.

El diálogo entre ambos se apreciaba a la distancia como distendido y ameno. Edison se limitó más a escuchar que a hablar.

El carácter de jaque mate con esta gestión era que, una vez realizada, no habría nadie que tuviera motivos para llevar a Edison Ruiz al banquillo de los supuestos culpables. La noticia sobre el inspector era la llave maestra que liberaba a esta pareja de un permanente detractor durante el juicio que definiría sus respectivas condenas. Edison postulaba a tener una condena de no más de cinco años y Emilia, a gozar de prerrogativas que incluso podrían dejarla en libertad.

Luego de constatar que el inspector no se encontraba en su domicilio y que su propia pareja ignoraba su paradero, la policía encendió las alertas. Se dio aviso a todas las jefaturas y se estableció que si durante las siguientes horas su búsqueda no daba frutos, se realizaría una reunión conjunta de emergencia.

Claudia estaba en una encrucijada. Era evidente que lo que había alcanzado a leer del informe de Facundo era relevante, pero no terminaba por decidirse a entregarlo a las autoridades de la policía, en la esperanza de que él pudiera aparecer de un momento otro. Si al volver ella hubiera entregado el documento, sería una violación a su intimidad profesional.

Claudia comenzó a reflejar en su rostro la posibilidad de una desaparición.

El cansancio fue cómplice para que Claudia no pudiera terminar de revisar los documentos de Facundo la noche anterior. Ahora, premunida de un café y un vaso de jugo de naranjas, volvió a la carga con el propósito de enfrentarse al informe. Ciertamente alucinó ante el cúmulo de elaboraciones que allí se expresaban, sin dejar de sorprenderse por la agudeza de su pensamiento y su mente deductiva.

Más allá del afecto que prodigaba a ese hombre, era capaz de tomar debida distancia para distinguir que la mayoría de sus orientaciones policiales para dilucidar el caso le hacían pleno sentido. Pero las dudas en relación al porqué de su ostracismo —ella abrigaba la esperanza de que su distanciamiento fuera premeditado—

quedaron dilucidadas en un texto tan concluyente como aterrador. En una de sus notas, había escrito lo siguiente:

Requiero terminar este caso, y sé que me aproximo al final. En cada vehículo que se mantiene detrás del mío veo a un virtual perseguidor. Muchas veces logro eludirlo, pero otras tantas insiste en seguir mi trayecto. De estos últimos hubo uno que ignora que lo tengo en mis registros por su tenaz insistencia. Me niego a pensar que sea parte de mi paranoia, por eso dejo constancia que, si algo me sucediera, dejo aquí su patente y referencias.

Por la mañana, la secretaria de Boris Sanfuentes, quien conocía a Claudia tras haber compartido en un par de eventos de la institución junto a ella y Facundo, la hizo pasar de inmediato a hablar con su jefe, ignorando los alcances de la urgencia dada a su visita.

Haciendo gala de su oficio de psicóloga, se presentó frente al jefe de Facundo Pineda y en minutos explicó las circunstancias que la condujeron a tener ante sí el informe. Su locuacidad impidió ser interrumpida y así dominar la atención del director para que este sopesara sin atisbos de dudas la importancia del documento. El silencio prolongado durante su exposición fue suficiente para que Claudia dejara caer la última parte de las revelaciones del texto con las pistas sobre el insistente perseguidor de su pareja.

El director Sanfuentes respiró hondo e intentó beber un poco de café de su taza, sin percatarse de que ya lo había consumido. Aprovechó la instancia para pedir a su secretaria dos más y compartir con Claudia los alcances de ese informe que daban luces de un posible secuestro, con todo lo que ello implicaba. Claudia abandonó la oficina media hora después habiendo dejado en sus manos el informe completo de Facundo, con la confianza de que a partir de esta gestión la búsqueda sería expedita y su liberación inminente.

Al regreso en su automóvil no pudo evitar la angustia de comprender los alcances de un posible secuestro. Si bien confiaba en los recursos de Facundo para mantenerse ileso en un embate tan inesperado, ignoraba la razón que pudieron tener él o los eventuales criminales para recurrir a esa maniobra. El director no se lo dijo, pero ella sabía que una circunstancia de esa índole siempre tenía consecuencias.

Claudia no se podía permitir un descontrol, e hizo esfuerzos para analizar los diferentes escenarios, por nefastos que le parecieran. Necesitaba informarles a Juan José y Florencia acerca de lo que estaba ocurriendo con su padre y de paso compartir con ellos su dolor. Los citó en el mismo restaurante en que Facundo y ella almorzaron antes de su viaje a Punta Arenas.

La mujer le tenía a ambos jóvenes un aprecio entrañable y desde que los conoció veía en ellos, en sus gestos, en sus miradas y en sus opiniones, la marca indeleble de la herencia paterna.

—Les agradezco que hayan aceptado venir —dijo Claudia luego que terminaron de almorzar y mientras el garzón ponía en la mesa el café y un chocolate de menta al costado de cada taza—. Ustedes son las únicas personas en quienes puedo confiar.

—Gracias a ti —dijo Florencia—. Sabemos cómo te debes sentir. Por supuesto que puedes confiar en nosotros. ¿Qué es lo que nos querías compartir?

—Cuando llegué de mi viaje a Punta Arenas y quise usar el computador de Facundo, me percaté de que no había cerrado la sesión. Me pareció raro porque él nunca hace eso. Bueno, y apareció abierto el informe que él preparó para cuando sus investigaciones concluyeran. Y la verdad es que quedé impactada por las conclusiones a las que llegó.

—¿Qué decía? —preguntó Juan José interesado en el relato.

—Como tal vez saben, Facundo descubrió que Edison Ruiz tenía escondido un dinero, el que robó de la Escuela de Medicina, en una tumba del Cementerio General.

—Sí, me contó —confirmó Florencia alentándola a seguir.

—Bueno —continuó Claudia—, un tiempo después fuimos juntos a esa parte del cementerio, se llama Patio de los Disidentes, y nos pareció extraño que sobre la misma lápida que Ruiz usó como escondite hubiera un ramo de flores frescas, en circunstancias que allí solo hay enterradas personas que murieron hace más de un siglo.

—¿Tiene parientes vivos todavía? Es imposible —dijo Florencia.

—Lo importante es lo que deduce Facundo en su informe. Ahí señala que en una visita a la casa de Edison y Emilia descubrió un patio interior con un hermoso jardín...

—Sí, me acuerdo que dije lo mismo cuando lo vi —recordó la joven—. Es hermoso y colorido. Ella me contó que lo mantiene con solo cinco especies de flores, las que tienen en común florecer todo el año.

—Entiendo que son muy especiales, no son las que habitualmente se venden en las florerías.

—¿No me digas que mi papá se dio cuenta de que son las mismas flores que estaban en el cementerio? —exclamó Juan José, adelantándose a los hechos.

—Exacto, son las mismas, según el informe —asintió Claudia.

—O sea, las puso ella —dijo Florencia, atrapada por el relato.

—Tu papá argumenta que Edison pudo haber guardado en el interior de esa sepultura que nadie visita el botín robado en la Escuela de Medicina mientras él estuvo preso la primera vez.

Claro que puede haber sido así —exclamó Florencia—. A nadie se le ocurriría pensar que alguien puede ocultar un robo en un lugar así.

—Eso avala las deducciones que aparecen en ese informe.

—¿Como cuáles? —preguntó Juan José.

—Como que lo habían estado siguiendo.

—¿Siguiendo?... ¿Pero quién? —inquirió Florencia sobresaltada.

—No lo sabía, pero da detalles del vehículo, incluyendo la patente.

—Lo que no logro comprender es quién podría querer secuestrarlo si los que desean eludir su presencia están presos —exclamó Juan José, contrariado.

—Podrían ser tantas personas... Tu padre ha metido a mucha gente presa. ¿Venganza? Cualquiera podría ser sospechoso. Eso está estudiando la policía —sentenció Claudia.

Ella no tenía las respuestas a las múltiples inquietudes de los hijos de Facundo, pero aunque lo último que deseaba era preocuparlos, estimó que tenían derecho a conocer el contenido del informe. Llegando al departamento, lo primero que hizo fue compartirles aquel documento.

El reporte policial que recibió la familia de Facundo consignaba que habían pasado cinco días sin novedades significativas en torno a la desaparición del inspector Pineda. El mayor dilema había sido encontrar una razón poderosa que pudiera dar sustento a la idea del secuestro. Por lo pronto se había rastreado la patente del vehículo que registró el propio inspector como sospechoso de seguir sus pasos. Las pericias llevaron hasta su propietario: un señor mayor que demostró —con la denuncia a carabineros— que le había sido sustraído del propio frontis de su casa. Siguiendo otras aristas posibles, se investigó a Edison Ruiz, quien seguía recluido en la ex Penitenciaría de Santiago, pero constaba que en los últimos cinco meses no había recibido ninguna visita, descartando alguna conexión con el exterior.

Fue al día siguiente que Claudia recibió un llamado de Florencia y Juan José pidiéndole reunirse en un café en el sector del Parque Forestal. Ambos habían leído en forma acuciosa el documento escrito por su padre antes de desaparecer, y necesitaban compartir sus impresiones con ella.

—No sé qué te parece a ti —abrió Florencia—, pero lo conversamos con Juan José y creemos que no podemos quedarnos de brazos cruzados.

—¿En que están pensando?

—Si a mi padre lo tienen secuestrado y aún no existe comunicación con los autores, nosotros podríamos tratar de investigar por nuestra cuenta —respondió Juanjo.

—Pero eso lo está haciendo la policía y, siendo bien objetiva, no creo que vayamos a tener mejores resultados que ellos —acotó Claudia.

—Pensamos lo mismo —agregó Florencia—, pero nosotros creemos que podemos ser útiles buscando por otros lados.

—¿Dónde, por ejemplo?

—En la casa donde me hicieron el aborto —propuso Florencia con más voluntad que otra cosa.

—Lo evaluamos con la Flo —agregó Juan José— y, según lo que dice mi papá en el informe, creemos que allí podemos encontrar alguna pista o incluso una evidencia que nos pueda guiar al lugar donde lo podrían tener de rehén.

Desde que tuvo acceso al informe, Claudia consideró la casa de Santo Domingo como importante en la pesquisa. Pero como para Facundo, había en ello más intuición que alguna razón objetiva. Al escuchar la propuesta, no tuvo argumentos para contradecirlos, aunque guardó silencio por unos segundos evaluando las posibilidades de encontrar alguna pista y consciente de que, por otro lado, una maniobra así los pondría a los tres en condición de infractores.

—¿Qué piensas? —interrogó Florencia ávida de una respuesta.

—Esa casa está cerrada, con prohibición de ingresar —comentó Claudia, más intrigada por la coincidencia de que ellos hubieran apuntado a esa misma alternativa—. No nos darían autorización para entrar.

—¿Quien dijo que queremos pedir autorización?

Esta vez el silencio fue unánime. Los tres se limitaron a intercambiar miradas.

—¿Tienen una idea del problema que se nos vendría encima si nos encuentran al interior de esa casa? —inquirió Claudia con la intención de comprobar su nivel de atrevimiento.

Nuevamente la respuesta fue solo silencio.

—Debo confesar que no sabría cómo entrar. Y no creo que echar la puerta abajo sea buena idea. Pero se lo debemos al papá —dijo Florencia para romper la tensión.

—Mira —agregó Juan José—, yo en la universidad me hice amigo de uno de los funcionarios del aseo. Y como él había sido cerrajero, siempre lo llamaban para abrir las oficinas cuando se quedaban las llaves adentro. Bueno, un día por curiosidad le dije que me enseñara parte de su oficio, aunque fuera a abrir las chapas más simples. No tuvo problemas en hacerlo y algo aprendí.

La misión no dejaba de ser riesgosa, y si Facundo aparecía antes, pensaron, de seguro les reprocharía aquella idea. Pero esa certeza no menguó para nada su entusiasmo.

Juan José compró una pala, una picota y un chuzo, los que ocultó en un bolso de lona donde guardaba sus esquís. Allí introdujo también una pequeña caja con herramientas en su interior, con las cuales practicaría su secreto oficio de cerrajero.

Planificaron que lo ideal era entrar de día y salir cuando ya fuera de noche. La oscuridad temprana del invierno sería un buen cómplice, por lo que fijaron las cinco de la tarde como la hora para iniciar su incursión.

Capítulo treinta y tres

EN LAS ENTRAÑAS DEL JARDÍN

Aquella fue una época con altos índices de agua caída, la nieve le devolvió la majestuosidad a la cordillera, los ríos se contorneaban con sus caudales al tope y las calles, dolidas e inundadas, a menudo abrían el noticiero. Por lo tanto, salir de la casa sin paraguas era una osadía. Esa tarde no hubo que esperar el pronóstico para saber a qué atenerse. Una sola mirada a lo alto bastaba para entender que había que prepararse.

Viajaron los tres en el auto de Claudia y estacionaron en el frontis de aquella casa, que lucía un vistoso y vulnerable cartel de censura abrazando las dos hojas de la puerta.

En ese momento los nervios hicieron presa de Claudia y Florencia, y prefirieron quedarse vigilando desde el vehículo mientras Juan José, con particular heroísmo, luchaba con la cerradura para cumplir su promesa. Fueron minutos angustiantes y ambas mujeres sufrían cuando alguien aparecía en la acera capeando la lluvia, que por lo pronto era solo el prólogo del aguacero. La tarea no fue fácil para este abogado en ciernes, pues demoró once minutos exactos —que Florencia y Claudia contaron con el celular, pero que les pareció como si hubiera sido media hora— hasta volverse hacia ellas con el pulgar apuntando hacia arriba en señal de haber cumplido la misión. Abierta una de las hojas de la puerta de calle, lo restante fue más llevadero. La chapa de la mampara era más simple y se transformó en un mero trámite.

Luego Juan José sacó de la maleta del auto su bolso de esquís y se dirigió hacia la puerta con actitud segura, como si fuera el nuevo propietario. Desde ahí les dio el vamos a sus compañeras, que antes de entrar se cercioraron de que no hubiera nadie en el entorno.

Pocos segundos más tarde, los tres se encontraban situados en la orilla del jardín, de pie y en silencio apreciando sus bondades que llegaban a ser disonantes con el resto del espacio. Sin verbalizarlo, cada cual se mantuvo inmóvil unos instantes, esperando quizás algún tipo de llamado extrasensorial desde las entrañas de la tierra. La lluvia se había encargado de rociar esas flores, que parecían hacer esfuerzos vanos por recuperar su total altivez. Desde que su madre jardinera se encontraba presa, entraron en franca agonía y esta lluvia les brindaba una suerte de respiración.

El ensimismamiento de los visitantes se rompió con unos goterones gruesos que los obligaron a entrar en acción. Se distribuyeron en distintos sectores para registrar la casa en busca de algún elemento que pudiera guiar su búsqueda. El rastreo no fue muy afortunado, pero cuando Claudia y Juan José entraron juntos a la llamada «sala de partos», se sobrecogieron al ver allí a Florencia. Ahí estaban intactas las

evidencias de aquel suceso aterrador: la camilla, utensilios esparcidos en una cubeta, jeringas y todos los objetos que utilizaron para maniatarla y hacerla su rehén. No hubo diálogo en aquel momento. Claudia se acercó a Florencia y, con delicadeza, la encaminó hacia el exterior, sabiendo que estar en ese cuarto en nada ayudaba a su esfuerzo por superar la amarga odisea que vivió allí. Como en un acuerdo tácito y con mayor energía, los tres se trasladaron al jardín para darle crédito a la hipótesis de Facundo.

La tierra esponjosa permitió que Juan José, como un buscador de tesoros, alzara y dejara caer el chuzo en su empeño de ir sondeando el terreno. Claudia, en otro costado, desprendía con una menuda pala jardinera las flores con sus raíces íntegras y las iba dejando a un lado. Florencia se fue a uno de los extremos del jardín y, mientras exploraba, se encontró con la tapa de madera que su padre había descubierto y que ocultaba lo que pudo ser su sepultura.

El procedimiento para desnudar el lugar era realizado con extrema cautela, ya que su plan era que, en caso de no tener éxito, debían reponer en un breve lapso la misma escenografía, evitando dejar huellas de su presencia allí.

Florencia se empecinó en la idea de levantar esa cubierta y quedó perpleja al ver sus dimensiones y el supuesto uso que ellos le habrían asignado. En su informe, su padre evitó ser tan explícito en este sentido, pero claramente —pensó la muchacha— lo debe haber advertido como ella lo hacía ahora. Era, sin duda, una virtual sepultura y, tal como se desarrollaron los acontecimientos, estaba destinada a ella. Asumir esta deducción significó un instante de profunda reflexión para Florencia, que le hizo sentir un manto de frío recorriendo todo su cuerpo.

Fueron momentos de mucha tensión en los que también tomaron recaudos para no inquietar con ruidos molestos a los vecinos. La lluvia era un poco más evidente, pero todavía soportable a la intemperie. Fue en ese instante cuando una palada de Juan José topó con una extraña bolsa plástica. Extrajo el pequeño bulto con cuidado y lo puso a la altura de sus ojos. Al descubrirlo, Claudia lanzó un grito aterrador, cuyo volumen no pudo controlar. Aún aterrada, dijo que se trataba de un feto. El hijo del inspector, también asustado, dejó caer el bulto al suelo, como si hubiese tenido entre sus manos un pequeño monstruo. Casi al mismo tiempo, Florencia, quien se había unido minutos antes a la labor de su hermano, encontró otro bulto de las mismas características cuya única diferencia con el otro era la antigüedad. Lejos de ser azaroso, aquello más bien era una trama que comenzaba a darle la razón a Facundo, pues bajo las raíces de este hermoso jardín habían hecho un sombrío y escabroso hallazgo. En ese instante sus miradas se cruzaron y, sin emitir palabra, los tres enmudecieron. Juan José entendió que debía continuar, se desplazó medio metro del lugar del descubrimiento y con impetuosa excitación e inusitada celeridad se puso a excavar la tierra. Claudia y Florencia se quedaron inmóviles avalando su aparente locura. Y, como era de imaginar, no tardó en ubicar otra bolsa con un feto en su interior. Estaban espantados con la revelación. Bajo el bello jardín con aquellas flores

delicadamente agrupadas, estaban las bolsas con los restos de sus intervenciones clandestinas.

Superados por los hechos, no lograban comprender las razones que alguien pudo haber tenido para crear esta suerte de macabro cementerio particular de nonatos. El terreno era extenso y no tardaron en concluir que el florido jardín solamente era una forma rebuscada de ocultar la macabra operación que allí habían realizado. En la pretensión de corroborar sus conclusiones, se dieron a la tarea de descubrir algunos más, antes de que la oscuridad les impidiera continuar. Juan José reanudó la operación y su hermana hizo lo mismo en lo que se podía entender como la parte final del jardín. Mientras los mellizos removían la tierra, Claudia observaba meditabunda; como psicóloga, seguía pensando en las razones que podría tener una persona para crear este verdadero culto a los restos de sus abortos, como si cada uno de ellos fuera un trofeo. O quizás era al revés, y sepultar allí, de esa manera, lo que la psicóloga consideraba criaturas inocentes, tal vez respondía a un intento por expiar la culpa. No existían otras lecturas que adjudicarle a este hecho, que colocaba la acción de Emilia en el rango de lo patético.

La llovizna no cesó y se mantuvo como telón de fondo de este registro. El largo rato de exposición a ella los tenía sin cuidado, pese a que a esa altura los tres estaban empapados. Eso era lo que menos les preocupaba, pues tenían la satisfacción de haber descifrado a cabalidad el informe de Facundo, con lo que esta gestión impetuosa e ilegal ahora se convertiría en una proeza. Claudia, sin salir de su espanto, observó cómo Juan José extraía otro feto desde ese jardín, lugar que se presentaba ante sus ojos como una develación monstruosa. Un sonido lastimero llamó la atención de ambos, y sus miradas se volcaron hacia Florencia, que en ese instante depositaba en forma inexplicable de vuelta en la tierra la bolsa recién extraída. Claudia y Juan José se acercaron raudos a ella, ignorando el motivo de su aparente emoción. De pronto y como si alguna revelación la hubiese golpeado fugazmente, Florencia tuvo la convicción de que entre esos restos que estaban removiendo casi sin pensar, estaba el producto de su propia intervención.

La noche se dejó caer como el telón de un teatro al terminar la obra, y la leve llovizna se convirtió en el prometido aguacero, hecho que los obligó a refugiarse en el pasillo. Dado el acierto de su gestión, ya no era viable restituir la escenografía original del jardín. Tenían plena conciencia de que habían transgredido la ordenanza judicial, pero en vista de las evidencias encontradas, era obvio colegir que el logro alcanzado superaba con creces el perjuicio que pudieron haber ocasionado.

Para Claudia, este hallazgo se convertía en el aliciente para convencer a la policía de enfocar mejor sus pesquisas en relación a quién podría estar detrás de la desaparición de Facundo. Luego de sacar con sus celulares unas fotos con *flash* a ese remedo de cementerio, la novia y los hijos del inspector abandonaron la casa con premura. En el trayecto de regreso a sus hogares, Claudia fue designada como la

vocera del grupo, y su primera tarea sería informar a la policía lo antes posible sobre la existencia de las fatídicas osamentas.

Al día siguiente, sin aviso ni mayores preámbulos, la psicóloga le hizo guardia al director para que la recibiera en carácter de urgente. Sanfuentes ignoraba el tenor de su visita y previendo que requería saber sobre las diligencias realizadas en torno al secuestro, comenzó excusándose por no haberla llamado.

Claudia con delicadeza interrumpió su alocución para exponer a la brevedad las novedades. Dijo sin rodeos que había tenido la osadía, junto a los hijos de Facundo, de ingresar sin autorización alguna a la vivienda desocupada de la calle Santo Domingo donde vivía y trabajaba la pareja procesada por realizar abortos clandestinos. Argumentó, sin dar pie a ser interrumpida, que ante la búsqueda infructuosa de Facundo Pineda, en contraste con la contundencia de su informe, no tenían más opción que actuar con la prisa y desacato con que lo hicieron.

El rostro de Sanfuentes no ocultaba el malestar que sentía mientras la psicóloga verbalizaba su experiencia. Buscó un punto de pausa para interrumpirla, pero Claudia, advirtiendo su intención, quiso evitar ese comentario que presumía amonestador y aceleró su revelación reduciéndola al nivel de un titular periodístico, e informando en pocas palabras que en esa casa habían encontrado un cementerio con más de una decena de osamentas. La noticia hizo que el jefe de Facundo, abatido por el desenlace de su increíble historia, se tragara las palabras y guardara sumiso silencio.

En menos de dos horas un equipo de detectives estuvo listo y partió raudo al lugar de los hechos para verificar aquella denuncia. El espeluznante cuadro se manifestó ante ellos con la crudeza que devela la plena luz del día. Allí, como en una fotografía macabra, se encontraban esparcidos los fetos. Luego de unos momentos que los cuatro policías necesitaron para digerir el horripilante panorama, dos de ellos se pusieron a trabajar para extraer de esas profundidades los restantes fetos que —se suponía— aún permanecían ocultos.

Claudia y los hijos de Facundo debieron acatar el protocolo y fueron instados a permanecer en la cocina durante el procedimiento. A través de la ventana divisaron cómo tras la faena policial continuaron aflorando uno tras otros hasta sumar una veintena de bolsas con fetos. Por más noticiosa que fuera, ni siquiera el periódico más morboso podría publicar una portada tan repudiable como esta.

Zurita, uno de los detectives que se dieron a la tarea de cavar, continuaba su labor extenuado, ya que el hallazgo parecía inagotable. Se trasladó con el chuzo a otro sector del jardín y lo enterró sin medir su fuerza, lo hizo descansar allí para tomarse un respiro, secarse la transpiración y beber un vaso de agua. En su siguiente estocada le pareció percibir —con la prontitud de una conexión nerviosa que llega al cerebro en milésimas de segundo— que la punta de esa herramienta, a pesar de haber

quedado erecta, había topado con algo extraño en el fondo, que distaba mucho de ser solo tierra. No estimó necesario comentárselo a sus colegas, afanados en medir y fotografiar el sitio del suceso, y bebió otro vaso de agua antes de disponerse a resolver la duda.

Claudia y los hijos de Pineda, en la cocina, apoyados en el marco de la ventana que daba al patio, observaban ahora como meros espectadores los alcances de su descubrimiento y seguían sorprendiéndose al ver la cantidad de pequeños cuerpos embolsados y escondidos bajo tierra.

Cuando la situación parecía cubierta y se podía avizorar el final, Zurita se puso en cuclillas para palpar con sus manos enguantadas el elemento que había frenado su chuzo. Desde la perspectiva de Claudia, Florencia y Juan José, se pudo apreciar un punto de inflexión en el trabajo del detective, lo que acaparó su atención. Este, tal como hace un cirujano en el quirófano al estirar su mano para exigir un bisturí, hizo el mismo gesto demandando un pincel para no destruir lo que podría ser otra importante evidencia para el caso. Su petición era señal inequívoca de que había encontrado algo importante. Los cuatro policías se agolparon a su alrededor para observar la magnitud de su acierto. Hubo expectación en todos los presentes, y el lugar se inundó de un silencio en el que solo se escuchaba el tenue sonido del pincel barriendo las últimas capas de tierra que escondían el misterio. La impresión que ello produjo en los detectives ubicados en primera línea les hizo voltear sus cabezas hacia atrás al mismo tiempo, como si una ráfaga de aire caliente los hubiese rozado. Nadie esperaba tal desenlace. Zurita miró hacia sus compañeros y expresó su conmoción repitiendo lo que ellos ya habían visto: «¡Es un cadáver!», exclamó. Claudia miró a Florencia y Juan José; los tres estaban estupefactos. El silencio se hizo total en aquellos instantes.

Mientras tomaban un café refugiados en la cocina, Claudia volvía a subrayar las certeras presunciones de Facundo. Esto significa —decía— que su hipótesis respecto a que algo podría encontrar en el cementerio también debería tomarse en consideración.

—El rostro y la cabeza de la víctima presentan heridas de consideración, que impiden su reconocimiento facial —informó Zurita cuando fue a la cocina a buscar el café que Florencia le había ofrecido.

Minutos después el subcomisario López y los otros dos detectives también se trasladaron a la cocina para evaluar la situación e informar a la central, ya que ciertamente estaban frente a un caso de proporciones, que los superaba. Desde un bolsillo de la ropa del cadáver se logró extraer una billetera con documentos. El cúmulo de sensaciones que todos sin excepción experimentaban en aquel momento daba como resultado una atmósfera de extrema tensión. Desde la base policial le respondieron a López requiriendo la mayor información posible y el policía, que ya tenía el portadocumentos en sus manos, dejó a un lado su café para cumplir con el

protocolo. Abrió la billetera y al momento de comenzar a transmitir los datos en voz alta a la central quedó en *shock*.

—¡No puede ser! —exclamó—. El cuerpo que encontramos es... ¡Burgos...! ¡Es Donato Burgos!

Si el hallazgo del cadáver ya tenía conmocionados a todos, enterarse de que se trataba del detective Burgos —sobre quien circulaban rumores de que habría abortado su viaje a Europa y renunciado a la institución para casarse— generó un verdadero y generalizado caos emocional.

Capítulo treinta y cuatro

LA ILUSIÓN DE CLAUDIA

La noticia de la casa del jardín no podía ocultarse demasiado, pero fue entregada a la prensa con cierta cautela, y más que nada para advertir a quienes lo tuvieran de rehén que sus días estaban contados. De acuerdo a los análisis de inteligencia policial, la libertad de Facundo Pineda era cuestión de tiempo. El reciente descubrimiento vino a complicar el escenario. El caso se enrarecía y ella temía por la vida de su amado. Rogaba que al saberse buscados, sus captores podrían dejarlo abandonado en algún lugar, lejos del centro de la ciudad.

Hubo conformidad con las gestiones policiales en el entorno familiar y afectivo de Facundo y, sobre todo, admiración por su acucioso trabajo cuyas teorías, incluso en su ausencia, sirvieron para desenredar una madeja delictiva que, sin esa mirada, conocimiento e intuición policial, difícilmente habría sido destapada con éxito.

Claudia, alentada por los pronósticos policiales, se quedó por esos días en el departamento de su novio. Quería estar ahí cuando este volviera y acompañarlo en ese trance. No había comentado con nadie, ni siquiera a los hijos de Facundo, que él le había propuesto matrimonio y que ella debía darle la respuesta —como él se lo pidió— de manera presencial. En medio de esta congoja y en razón de evaluar una vez más el acápite referido al Patio de los Disidentes, se sentó a leerlo en voz alta.

La pantalla del computador enfrente de Claudia le ofrecía nuevamente ese relato. ¿Qué se podría descubrir allí? Esas flores frescas, ¿eran motivo para sumergirse en el abismo insondable de aquella sepultura? ¿O esa tumba añosa solo habría servido como bóveda para guardar los dólares robados mientras Edison cumplía su condena? Mientras se hacía todas estas preguntas —que iban quedando sin respuesta—, desplazaba por la pantalla el informe de Facundo. Por su profesión de psicóloga, Claudia adhería con más naturalidad al pensamiento filosófico que al científico, no obstante, ahora prefería dar cabida a vertientes que le otorgan un mayor valor a la intuición, concepto —se repetía— aparentemente tan lejano a lo demostrable. Conocía y admiraba en Facundo precisamente esa suerte de don. Por otra parte, más de alguna vez él le hizo saber que la improvisación era parte del conocimiento, no de la ignorancia, y subrayaba como un axioma que «improvisa el que sabe».

Claudia no era capaz de concentrarse en sus tareas, dormía muy poco y no podía borrar de su mente la situación que los tenía en vilo y al hombre que amaba en la peor encrucijada de su vida. Pero ella sentía que saldría de esa, como siempre había logrado salvar ileso de tantas historias en su carrera.

Había invitado a cenar a Florencia y Juan José al departamento de su padre, pero por ahora su problema era gastar en forma provechosa el resto de la tarde y no dejar

que su mente se torturara con lo que estaba ocurriendo. Trataba de no dejarse llevar por sus cavilaciones inspiradas por la desolación que produce la incertidumbre y también por el fatídico tiempo de espera. En ese periodo infausto, cada vez que regresaba al departamento, antes de meter la llave, tocaba el timbre con la ilusión de ver aparecer a Facundo en la puerta.

Pasó la tarde en la terraza, cómplice de su propia impotencia. Se levantó de allí un par de horas antes de que llegaran sus invitados para prepararles la cena.

Claudia revolvió con delicadeza las papas cocidas con mayonesa casera y las condimentó con una pizca de ajo y cuadritos de zanahoria. La infaltable ensalada de lechuga y palta ya adornaba la mesa. Solo faltaban el pollo y un trozo de carne que se cocinaban a fuego lento en el horno. Le hubiese gustado elaborar una comida más elaborada, pero su estado de ánimo y baja energía no se lo permitían.

Como aún faltaba tiempo para su llegada, dejó que su mente vagara buscando asirse a una explicación viable que de alguna manera la tranquilizara.

Para cualquier mortal lo acontecido con Facundo en lo laboral era digno de análisis. Tras un extenso periodo de pesquisas infructuosas, parecía que el caso podría haber quedado atrapado. ¿Qué sucedió para que de pronto aparecieran luces en su camino y Facundo viera con claridad todo el asunto?

Seguramente —se decía Claudia— muy pocos se han dado cuenta, incluido el propio Facundo, de que si bien él siempre tuvo en la mira la conducta delictiva de Edison y en él concentró toda su energía, hubo una comunión de hechos casuales que intervinieron para beneficio de Ruiz. La casa de abortos clandestinos, los robos en la Escuela de Medicina, la desaparición de Donato Burgos, la culpabilidad de Jaime Prado, el aborto de Florencia, el plan de envenenarla con cianuro no tenían necesariamente conexión. Pero todos esos hechos juntos formaron una cadena de coincidencias abrumadoras que, sin duda, componían un tejido prodigioso pero complejo de entender.

«En todo lo que nos rodea y en todo lo que nos mueve debemos advertir que interviene en algo la casualidad». Este pensamiento —que la psicóloga acogía a regañadientes— se refiere a que las coincidencias, más allá del azar, también son producto de ese impulso que nosotros mismos generamos. Para que ello acontezca, la mente debe estar abierta a todo aquello que sucede en su entorno. Claudia recordó un precepto de Albert Einstein, que sostenía que la vida misma es una casualidad maravillosa, donde no debemos ignorar ni voltear la cara a todas esas posibilidades que cada día gravitan a nuestro alrededor.

Ella había estudiado que cuando la mente se focaliza en algo que desea con firmeza, las cosas no suceden por casualidad, sino por determinación. Sin embargo, cuando uno está en el camino correcto, las coincidencias empiezan a entrelazarse una con la otra, como sucedió con Facundo cuando la concatenación de varias coincidencias lo fue llevando a su destino. ¿Y cuál es su destino?, se preguntó. La respuesta a esa reflexión quedó en pausa. El timbre sonó, los gemelos habían llegado.

Previo a la cena los dos hermanos le expresaron a su anfitriona que la importante información encontrada por ella en el computador de su padre fue como un bálsamo que aquietó sus angustias y les dio visos de esperanza sobre su situación. El testimonio del inspector respecto a que alguien lo había estado siguiendo y el hecho de que él hubiera dejado anotada la patente del vehículo eran noticias que ellos esperaban.

Claudia también les contó que ya había informado a la jefatura policial sobre aquello, pero que si bien con ese dato la posibilidad del secuestro cobraba importancia, no era en sí para ilusionarse, porque era muy probable que él estuviera siendo objeto de apremios y si no se actuaba con premura podía pasar a ser una víctima. Por eso —expresó ella—, tenemos que ver el modo de socorrerlo a la brevedad.

Mientras la carne y el pollo tomaban su lugar en el centro de la mesa y la cena prometía ser muy conversada, Claudia levantó su copa e impulsó a sus invitados a hacer lo propio para brindar por el pronto regreso de Facundo.

Luego del postre, mientras los tres tomaban café en el *living*, les contó que también le había transmitido al director Sanfuentes la teoría de Facundo con respecto al Patio de los Disidentes, y que había quedado desconcertada por su categórico rechazo aduciendo que no existían motivos para distraer personal en una búsqueda en la que se ignora lo que se busca.

—¿Acaso no fue igual con lo de la casa de Santo Domingo? —señaló Florencia, molesta, mientras soplaba la superficie del café que aún estaba muy caliente.

—Es lo mismo que le dije yo.

—¿Y qué piensas tú? —le preguntó Juan José a Claudia.

—¿De su negativa o de los argumentos que la justifican?

—¿Qué piensas de la posibilidad de encontrar algo en esa sepultura?

—Yo no soy policía, solo debo reconocer que admiro a Facundo por sus conclusiones tan certeras. He estado reflexionando y llegué a la conclusión de que sus logros no son producto del azar, sino que se deben, en gran parte, a su agudo sentido de la intuición que muchos destacan en él. Yo creo que él aplica todo su conocimiento al analizar acuciosamente las casualidades. Lo que hizo en ese informe fue justificar cada paso que pensaba dar, y aunque no supiera con qué podría encontrarse, sabe que allí hay algo y eso me hace sentido viniendo de él. ¿No encuentran ustedes?

—¡Yo sí! Y quedó demostrado con lo del jardín —aseveró Florencia en forma taxativa.

—Yo también creo que sus conclusiones son de gran relevancia —dijo Juan José—, pero a pesar de ello me gustaría acotar un poco más la búsqueda.

—Ya lo dije, no se diferencia en nada de lo de Santo Domingo. ¿Qué buscábamos ahí? No lo sabíamos —reflexionó Claudia.

—En ese caso, según recuerdo, mi papá insinuó claramente que si estaban cavando una tumba en ese jardín, es porque era muy probable que ya lo hubieran

usado antes con esos fines.

—Es cierto —afirmó Claudia—, pero reconozcamos también que eso era tan relativo como lo es en este caso.

—¿Qué dice sobre el cementerio, que me olvidé...? —preguntó Florencia.

—Dice que cuando fue hacia el cuarto donde te tenían amarrada, él creyó ver una imagen que de alguna manera le cerraba un círculo, le aclaraba una gran duda, y sintió que era la pieza que le faltaba para resolver algo importante.

—¿Y qué pasó? —Florencia la escuchaba muy atenta.

—Estaba tan preocupado de liberarte que olvidó esa imagen, no fue capaz de retenerla. En pocas palabras, necesitaba volver a esa casa, estar ahí y repetir el recorrido para activar ese recuerdo en su memoria.

—Y esa imagen eran las flores del jardín —completó Florencia.

—Reconozcamos que esas flores por lo general no son las que se venden en las florerías ni las típicas que los familiares ponen sobre las tumbas —continuó Claudia—. Yo creo —al igual que tú, Juanjo— que evidentemente no está claro el objetivo de la búsqueda, pero en lo personal no quisiera quedarme con los brazos cruzados ahora que él está en peligro. No sé si es sugestión o confío demasiado en su experiencia, pero todo me insta a pensar que ahí sí puede haber algo oculto. Y es más, siento que ahí puede estar la llave para liberarlo.

—No lo has dicho, Claudia, pero es evidente que estás pensando en una nueva misión, por decirlo de algún modo. ¿O me equivoco? —dijo Juan José.

—No, no te equivocas —aceptó abiertamente Claudia.

—Yo estoy contigo de todas maneras. ¿Y tú, Juanjo? —interpeló Florencia a su hermano, incisiva.

—No estoy tan convencido y debo confesar que esta vez tengo muchas dudas. Pero por mi papá hago lo que sea necesario. No perdemos nada.

—¿Están conscientes de que es riesgoso? Juanjo, tú sabes perfectamente que estaríamos haciendo algo que es penado por la ley —aclaró Claudia mirando fijamente a sus dos interlocutores.

Florencia y Juan José asintieron dejando entrever una leve sonrisa, como si la transgresión fuera su lema.

En aquel momento no existía un plan, pero entre los tres invirtieron tiempo para crear uno que satisficiera las demandas más importantes: urgencia y simplicidad. Acordaron reunirse al día siguiente por la mañana, para que los mellizos conocieran en el cementerio el lugar exacto donde se ubica aquella sepultura.

A las once de la mañana ya estaban merodeando el entorno del Patio de los Disidentes y concordaron en que nuevamente el clima sería determinante para abordar con éxito su plan. El camposanto resiente su concurrencia en días fríos o lluviosos, y en estos casos hay que darle crédito a la máxima de los funcionarios que vigilan el cementerio: «Con mal tiempo, los muertos se cuidan solos».

Al llegar a la sepultura, Florencia sacó algunas fotografías con su celular y Juan José pensó en cuáles serían las herramientas que necesitaría para destrabar la tapa de cemento que la cerraba. Permanecieron media hora en el interior y ni una sola persona pasó por ahí durante el lapso de tiempo que se prolongó su visita. Era sin duda un buen augurio que les ayudó a definir que sería juicioso trabajar al día siguiente a la misma hora. Juan José había visto en su recorrido al interior del cementerio a un par de artesanos que se dedicaban a tallar las lápidas con el nombre del difunto, y lo hacían con cotona. Avisó a sus compañeras que traería una para cada uno, ya que como virtuales trabajadores pasarían inadvertidos si alguien ingresaba al sector en forma abrupta.

Esa noche decidieron quedarse los tres en el departamento de Facundo, así al día siguiente partirían todos juntos al cementerio. Antes de ir a dormir, Claudia recibió unos mensajes de uno de los detectives dedicados a la búsqueda de Facundo, diciendo que habían recibido un par de mensajes anónimos instándolos a abandonar la búsqueda si lo querían vivo. Sin duda, era una maniobra que solo pretendía distraer el quehacer policial, ya que —también decía el detective— estaban cada vez más cerca de dar con el vehículo sospechoso y el lugar donde podría estar el inspector. La psicóloga no quiso compartir con los hijos de Facundo esta información. Esa noche Florencia y Juan José repasaron la idea, chequearon las herramientas y planificaron hacer guardia alternativa en la entrada del Patio de los Disidentes, por si se aproximaba algún desconocido.

Durante la madrugada hubo truenos y relámpagos que les alteraron el sueño y amenazaron el desarrollo de sus planes. Cuando los gemelos despertaron, como por acto reflejo corrieron la cortina. La lluvia se apreciaba débil, casi imperceptible y los alentó a vestirse, ya que eso significaba que todo estaba en orden y acorde a lo establecido.

Claudia tenía listo el desayuno y confirmó sus pronósticos cuando los vio asomarse a la cocina.

Rumbo al cementerio, rogaban que el clima se mantuviera igual, ya que así quedaba prácticamente asegurada la ausencia de visitantes. Media hora después, el vehículo de Claudia ingresaba con discreción hacia el interior del cementerio y avanzaron hasta quedar lo más cerca posible de su objetivo. Se estacionaron a solo metros de la entrada de aquel patio construido con el afán de separar a los ateos de los creyentes.

Una vez frente a la tumba, mientras dejaban las herramientas a mano y se disponían a iniciar la faena, un escueto mensaje de Boris Sanfuentes le informaba a Claudia que habían encontrado al dueño del vehículo, por lo cual durante la tarde podrían tener noticias más concretas. Si bien la noticia era poco sustantiva, al menos estaba en la dirección de alimentar la esperanza de encontrarlo vivo. Como psicóloga, entendió que en las circunstancias en que se encontraban, tampoco era aconsejable transmitir aquel mensaje a los gemelos.

Florencia hizo de guardia y Juan José y Claudia comenzaron a destrabar los pernos para soltar la lápida. Habían acordado evitar al máximo el diálogo. Sin embargo, la mezcla de excesiva expectación y una gran incertidumbre los puso muy nerviosos. Esa sensación de temor no había sido parte del proceso anterior, pero ahora, en el cementerio, con el cielo cerrado, cargado de nubes grises, casi negras, escasa visibilidad y bajo una lluvia fina pero persistente, el miedo estaba presente y alteraba el ánimo para continuar.

Claudia llegó a pensar que si alguno de ellos en ese instante proponía suspender las acciones, de seguro habría tenido eco de los demás al instante. Pero el orgullo y la legitimidad de su propósito los mantuvo firmes. Como el tiempo estimado para abrir la tapa de la sepultura ya se había extendido más allá de sus cálculos, Claudia estaba expectante mientras sostenía con la mano izquierda su paraguas y con la derecha el de Juan José.

—No era tan fácil como pensábamos. Pero ya solté los pernos, voy a necesitar ayuda para que la movamos —dijo Juanjo con la respiración muy agitada.

—Voy a decirle a la Flo que nos ayude —anunció Claudia y sin esperar respuesta se dirigió a buscarla.

Florencia estaba aún más nerviosa que ellos, pero se tranquilizó al saber que todo estaba por concluir. Ambas apuraron el tranco para ayudar a Juan José. Con mucho esfuerzo lograron meter la punta del chuzo en una de las rendijas que con el paso de los años habían herido aquella estructura, por la cual de seguro se debió haber metido mucha agua de las lluvias. Juanjo había logrado hacer lo mismo con la picota en otro costado, para hacer palanca uniendo los tres su fuerza al mismo tiempo.

El esfuerzo mancomunado fue clave para que la tapa comenzara a ceder lentamente. Juan José sugirió ir levantando el chuzo para desplazar la base de esa superficie de cemento y dejar el mayor espacio posible para la siguiente maniobra. Con esa hendidura entreabierta, el muchacho se subió y se paró sobre el vértice de la sepultura y desde ahí, con el chuzo, comenzó a hacer palanca en uno de los muros internos de la tumba hasta lograr una abertura de unos treinta y cinco centímetros en la parte más amplia, lo suficiente como para mirar en su interior con relativa comodidad. Cruzaron miradas los tres: había llegado el momento de estar frente a frente ante esa oscuridad de siglo y medio. Fue un momento solemne, la prisa dio paso al suspenso y el suspenso, al temor. Nadie lo exteriorizó, pero no era necesario, se apreciaba en cada uno de los rostros. Un inesperado y amenazante trueno sonó como la advertencia de que podrían estar hurgando en una intimidad ancestral. Esa atmósfera rodeó el episodio que sacaría, por fin, lo oculto y quizás la verdad a la luz. Lo que tanto anhelaban de pronto se transformó en un dilema. Todavía estaban a tiempo de dejar todo hasta allí, pensó cada uno de ellos. Tampoco lo dijeron, pero de haberse planteado esa moción, habría ganado por unanimidad la intención de encontrar razones para desistir. Solos en medio del cementerio, desafiando el pasado, rodeados de un paisaje lúgubre y con sonidos que incitaban el miedo, llenaron sus

mentes de fantasmas, presas de la inacción. Claudia rompió esa quietud y alentó a sus compañeros a superar el trance. Juan José salió al ruedo, y decidió atreverse a mirar por aquel espacio insondable que lo catapultaría a lo desconocido. Había previsto esta posibilidad y no demoró en palpar el fondo de su mochila para sacar desde su interior una potente linterna. Juanjo ya se había envalentonado y dando su primer paso en esa caverna, descubrió que el agua había cubierto casi tres cuartos de esa fosa.

—Está inundada —dijo asomándose hacia arriba.

—¿No se ve nada? —entre preguntó y afirmó Florencia manteniendo distancia, sin ocultar su temor.

—¿Alcanzas a ver un poco más hacia los costados? —preguntó Claudia instándolo a recorrer con la linterna el rectángulo interior de esa cavidad.

—Voy a probar —respondió Juan José mientras de plano metía hacia adentro la linterna y una parte de su cabeza para otear en su interior.

—¿Ves algo? —preguntó Claudia.

—Sí, hay un par de cosas flotando —contesto Juan José sin moverse de su posición, desde la cual su voz parecía retumbar como si hablara desde dentro de un tambor—. Pásenme la picota, voy a ver si logró abrir un poco más la tapa.

Florencia tomó la picota y la puso en su mano. Juan José se levantó, le pasó la linterna a su hermana, respiró hondo y tras meter la picota volvió a la carga. Ahora desde afuera, sabiendo más o menos dónde se encontraban esos bultos, los tanteó con la punta de la picota hasta lograr asirse de uno, que desplazó hacia el boquete hasta dejarlo a la vista. A esas alturas la lluvia se había vuelto más tupida y los tres, potenciados por la trascendencia del momento, se habían olvidado por completo de vigilar por si alguien ingresaba a ese lugar y los veía. Las aprensiones tan bien identificadas el día anterior habían sido desechadas sin previo acuerdo. Esa suerte de paquete flotante y que parecía un pez que mordió el anzuelo se podía apreciar desde afuera. No era más grande que una pelota de básquetbol y al parecer estaba forrado en plástico.

—¿Qué hacemos? —preguntó Juan José.

—Ya que estamos aquí, sácalo —le contestó su hermana.

—¿Saldrá por esa cavidad? —añadió Claudia.

—Veamos, voy a intentarlo —dijo Juan José, quien durante toda la faena mantuvo puestos sus guantes de cuero.

Florencia y Claudia se guarecían bajo sus paraguas y con dificultad cubrían la espalda de Juan José, cuya cotona ya había sucumbido a los estragos del agua. Con la cabeza fuera de la sepultura y solo ejerciendo fuerza con sus manos, logró asirse a ese bulto y como si tomara una sandía, trató de sacarlo. No fue un proceso fácil, ya que sus guantes se atascaban en una de las orillas y debió dibujar en su mente hasta encontrar la forma más adecuada para conseguir su objetivo. Tras exponerlo a la superficie lo dejó sobre la base de la sepultura, para que la lluvia lavara ese envoltorio mientras discurrían el próximo paso. Ahora el tema era abrirlo. El hijo de

Facundo se adelantó a sus compañeras y, premunido de un cuchillo cartonero que también había llevado, quiso ahorrarles la incómoda situación. Nuevamente la expectación enmudeció a los protagonistas durante esta escena llena de incertidumbre.

Luego de extraer la filuda hoja corrediza del cuchillo, Juanjo les pidió que cada una sujetara el envoltorio con una de sus manos, en tanto él le daría un corte lo más suave posible en el perímetro frontal. Lo realizó con sigilo, como si fuera un verdadero bisturí. A pesar de que la lluvia había aumentado en intensidad, se escuchaba la respiración ahogada de los tres. Cuando terminó, ellas soltaron sus manos y Juan José fue dueño del acto final. Con sus manos enguantadas logró meter los dedos en medio del amplio tajo que le había realizado al plástico y desnudó de una vez el misterio. El grito aterrador de Florencia y Claudia no tuvo límites. Instintivamente, Claudia tomó a la joven entre sus brazos, tratando de contenerla mientras ella misma intentaba sobreponerse al horror que emergió ante ellos.

Juanjo tenía frente suyo la cabeza de una mujer, que quedó tambaleando sobre la sepultura como si estuviera viva pidiendo auxilio. Juan José se acercó a donde estaban ellas y dieron la espalda al hallazgo, alejándose unos pasos como si así fuera a disminuir la repulsión y el espanto.

Capítulo treinta y cinco

AL FINAL DEL DÍA

Boris Sanfuentes acostumbraba almorzar en su oficina y ese día estaba a punto de zamparse un trozo de salmón cuando su secretaria lo interrumpió con un llamado por el interno.

—Diga que llamen después, por favor, estoy almorzando —respondió Sanfuentes aún con el pedazo de salmón en la boca.

—Se lo mencioné, pero insiste, dice que es urgente.

—¿Quién es? —preguntó el director mientras intentaba tragarse la comida.

—No le entiendo bien, señor.

—¡Que quién es! —repitió Sanfuentes, ya malhumorado tras terminar sacándose el trozo de pescado de la boca y poniéndolo en una servilleta para botarlo en el papelero.

—Es el hijo del inspector Pineda.

—Debe querer información, dígale que encontramos el auto del sospechoso y que estamos trabajando en eso.

—Perdone, señor, pero dice que tiene una información que darle a usted y que es urgente.

—¡Pásemelo! —Sanfuentes se resignó a postergar su almuerzo mientras bebía un sorbo de su copa de vino para aclarar la garganta.

—Don Boris, soy yo, Juan José Pineda.

—Sí, Juan José, dime, ¿qué sucede?

—Abrimos la sepultura de la que le habló Claudia el otro día y encontramos... (Tragó saliva)... La cabeza de una mujer.

El almuerzo se pospuso, el salmón quedó a medio comer, y el equipo centrado en la huella del secuestro recibió la orden perentoria de dirigirse de inmediato al cementerio. La información entregada al jefe policial por Juan José involucraba una situación que rebasaba todos los límites de la cordura.

El pequeño grupo de transgresores se había refugiado al interior del vehículo en el frontis del Patio de los Disidentes, haciendo una suerte de guardia para que nadie osara cambiar el curso de los acontecimientos. En rigor la lluvia —intermediada por estruendos y destellos— les ayudó a cumplir de mejor manera esa misión. Los tres, ahora más conscientes de haber dejado todo botado alrededor de la tumba, en la confianza de que la lluvia que se había por fin desatado haría imposible que algún extraño en ese momento se dignara a visitar el cementerio. Mantuvieron un contacto

permanente con los efectivos policiales mientras estos se dirigían al lugar de los hechos, y a medida que se acercaban, aprovechaban de inquirir datos sobre ese inesperado y brutal acontecimiento. Media hora después del clímax de su búsqueda, reinaba la calma entre Claudia, Florencia y Juan José. Era obvio que la existencia de una cabeza femenina significaba que el resto del cuerpo también debía estar en esa fosa donde, según lo que ellos apreciaron, debía llevar ya varios meses.

El carro policial se estacionó detrás del automóvil de Claudia y tanto los efectivos como los tres precursores, tras bajar de los autos con premura para eludir la incesante precipitación, se guarecieron debajo del macizo y ancho umbral de la entrada al Patio de los Disidentes para coordinar las acciones. Como por el camino supieron que el lugar estaba inundado, un detective ya se desplazaba en el entorno consiguiendo baldes, cordeles y algún objeto firme que tuviera en alguno de los extremos un gancho metálico, como el remedo de una caña de pescar. Claudia y Florencia acompañaron al grupo, pero la autoridad a cargo los conminó a mantenerse alejados de la sepultura. Solo a Juan José se le solicitó acercarse para que les explicara lo que había hecho.

No tardaron en llegar los implementos para intentar sacar el agua y también un madero firme con un gancho metálico en la punta, prestado en uno de los quioscos que funcionan dentro del cementerio y que usan para cerrar su cortina metálica al final de la jornada.

Entre los varios hombres presentes retiraron la tapa de cemento, dejando al descubierto la rebosante tina en que se había convertido la sepultura producto de las intensas lluvias.

Bajo una arboleda y con sus respectivos paraguas, Claudia y Florencia soportaban las inclemencias climáticas con mucho nerviosismo por conocer el desenlace de este otro aciago capítulo, posible de resolver gracias a las conclusiones de Facundo y que, al parecer, desenmascaraba otro crimen del que no había antecedentes.

Intentar sacar el agua con los baldes —mientras los chubascos se mantuvieran— era un sinsentido. Entonces fue el palo con el gancho de fierro el que permitió hacer mejores maniobras. Este se sumergió lo suficiente como para topar con algo sólido en el fondo y allí producir la «pesca milagrosa». Cuando aquello sucedió, se extrajo con cautela a la superficie y resultó ser otro paquete —de diferente forma y peso— que al abrirse mostró que contenía un brazo. No había dudas de que se trataba de un cuerpo mutilado y que la horrenda pesca permitiría rescatar las partes restantes.

Hubo otro encuentro en el fondo del agua y costó un poco más su enganche. Su retiro desde la profundidad —que se estimaba en algo más de dos metros— fue lento y prudente. El bulto era ovalado y apenas los efectivos lo tuvieron entre sus manos, procedieron a abrirlo. Lo que vieron causó sorpresa e impresionó también a los detectives, que no pudieron evitar ser parte del coro espontáneo de exaltada exclamación al comprobar que dentro de aquel paquete había nada menos que otra cabeza cercenada, esta vez perteneciente a un hombre joven.

Al reconocer que en aquel inundado depósito podrían encontrarse dos víctimas o incluso más, los policías se comunicaron de inmediato con la central, ya que las circunstancias y alcances del procedimiento ameritaban la presencia de más policías, así como de un juez y del servicio de salubridad pública.

Ninguno de los presentes podía advertir todavía que dichas víctimas eran Leticia y Joel, los padres del bebé abortado por Edison, en cuya intervención murió la joven madre.

Claudia, Florencia y Juan José no podían creer lo que estaba ocurriendo, nunca imaginaron un desenlace tan funesto, y que daba cuenta de una verdadera organización del terror, cuyos primeros eventuales culpables sin duda eran Emilia y Edison.

Desde su oficina, Sanfuentes —en contacto permanente con el cementerio— avaló la operación y junto con sus colegas más cercanos hicieron todos los trámites para que ningún impedimento legal obstaculizara las acciones en este operativo.

Con el espeluznante devenir de los sucesos, la situación en torno a la sepultura hizo que aquel día en extremo lluvioso se tornara más gris y amargo aún. Claudia, sabiendo lo que vendría le anticipó a Florencia su deseo de retirarse al vehículo para no absorber imágenes tan sórdidas que podrían perdurar mucho tiempo en su mente. La joven le pidió que esperara unos diez minutos más para acompañarla.

Los policías, acostumbrados a estos menesteres, parecían hacer caso omiso del torrente de agua que caía sobre sus capas plásticas que en poco y nada impedían que el agua escurriera hacia el interior de sus cuerpos. El palo sólido con la punta de fierro volvió a la carga y atravesó la superficie de aquella verdadera piscina como un arpón. El efectivo policial comenzó a explorar el fondo tentativamente hasta que el gancho se asió de algo más consistente que lo anterior. Sin duda, la presencia del agua favorecía la extracción, ya que esas piezas humanas se tornaban más livianas al momento de sacarlas. Solo que esta vez —se presumió por el peso del último bulto encontrado— la virtual caña de pescar se había enganchado al tronco de una de las víctimas. Se requirió de la ayuda de dos funcionarios más para despegarlo del fondo. Por fortuna, este elemento resistió el envión y lo fueron tirando muy despacio, con prolijidad, hasta la línea de flotación. Los impactos no daban tregua: habían sacado un cuerpo que flotaba boca abajo en el agua. Con rapidez lo subieron a la superficie y, al volcarlo hacia el cielo, afloró la corporeidad de Facundo Pineda.

El grito de Claudia fue estremecedor, corrió hacia él como si con ello pudiera revivirlo. Lo mismo hizo Florencia, quien también actuaba como si aún pudiera cobijarlo. Juan José quedó en *shock*, no atinó a moverse y solo después de unos segundos buscó asilo cubriendo su rostro con ambas manos.

Los policías, sobrepasados con la situación, se vieron impulsados a impedir que estas mujeres se abalanzaran sobre el cadáver del inspector. Fue un momento muy desdichado y oscuro y, al parecer, ninguno de los presentes podía entender que él fuera una más de las víctimas. Claudia y Florencia no contenían su llanto ni tampoco

los gritos, haciendo vanos esfuerzos por zafarse de los hombres que las contenían. Fue un instante en extremo dramático y la lluvia pareció transformarse en un impotente llanto, ya que el dolor y la tristeza de este desgraciado momento en nada se podían remediar.

En esos precisos instantes llegaron los refuerzos policiales para sumarse al fatal descubrimiento de que había muerto el autor intelectual de esta inmensa pesquisa —tan genial, contradictoria y casual—, quien como temiendo que no lo encontraran, habría guiado a sus seres queridos hasta el lugar donde le arrebataron la vida.

Los chubascos, como fiel comparsa de un réquiem, cesaron y el día despuntó por fin sus primeros y débiles rayos de luz y serenidad.

Con una pequeña bomba hidráulica, se vació aquella tumba inundada y se extrajeron los restos dispersos de Leticia y de Joel, aún no identificados como tales.

Hubo que asistir médicamente a Claudia y Florencia, quienes debieron permanecer en observación varias horas en la posta antes de que se les permitiera volver a sus respectivos hogares. Juan José aguantó con más estoicismo el dolor, manteniéndose silencioso y reflexivo. Aquellas imágenes quedaron —como un tatuaje a fierro caliente— grabadas en la mente de todos quienes fueron testigos del episodio. Nunca más olvidarán cada pasaje del incidente que llevó a descubrir esos hechos, los que pudieron haber permanecido ocultos en las entrañas del diminuto cementerio para disidentes, quizás por otros ciento cincuenta años.

Unos días antes, durante la misma tarde lluviosa en que Claudia, Florencia y Juanjo abordaban la casa de Santo Domingo, el Chalo salía de la cárcel tras haber visitado por tercera vez a su excompañero de celda, Edison Ruiz. Su objetivo era informarle que había saldado la cuenta que tenía pendiente con él por haber atendido a su hija sin costo y «mejorarla» de su problema.

Su cruento relato dejaba al descubierto que, luego de seguir durante varios días a Facundo Pineda, sin ser identificado ni advertido por él, lo esperó agazapado durante veinticinco minutos en el asiento de atrás de su auto, pero él extrañamente había optado en aquella ocasión por ocupar un taxi para desplazarse. No tuvo otra alternativa que bajarse y seguir su ruta en el furgón blanco. Reconoce que el taxi le sacó ventaja pero que logró darle alcance. Para su sorpresa comprobó que su destino era el Cementerio General. Ya en su interior, vio a Facundo dirigirse hasta un apartado lugar, donde se enfrentó a una sepultura, al parecer previamente ubicada, y se dispuso a abrirla con unas herramientas que portaba en su mochila. Aseguró que el frío y la hora se habían confabulado para registrar una notoria ausencia de visitantes. Desconocía cuál era su intención —continuó el Chalo—, pero se mantuvo escondido observándolo a distancia prudente. De pronto vio correr la pesada superficie de esa sepultura y luego comprobar al tacto con sus manos lo que había en su interior. Pineda hizo después un llamado con su celular, el que pareció no tener respuesta.

Entendió que ese era el momento propicio para acercarse sin ser visto. Cubrió su rostro con el pasamontañas y se desplazó lentamente aprovechando que lo tenía de espaldas. Sin darse cuenta, tropezó con un florero de la tumba contigua y el inspector, al sentir el ruido, se dio media vuelta y descubrió su presencia. Estaba a dos metros de distancia. Pineda al ver el rostro cubierto de su agresor, quien además poseía un fierro en su mano derecha, intentó sacar el arma de fuego que tenía en su mochila. El Chalo, entonces, alcanzó a darle un certero golpe en la nuca que lo dejó inconsciente. El delincuente le explicó al doctor, como le decía a Ruiz, que eso no estaba en sus planes, pero que había sido cosa de vida o muerte. En su tipo de trabajo, le explicó, trataba de no atacar a nadie, y que la situación lo había puesto algo nervioso. Dijo que fue entonces que sintió el sonido de una moto que se aproximaba, y en la desesperación no encontró otra salida que tomar a su víctima y depositarla al interior de aquella sepultura abierta. Acto seguido, sin comprobar si estaba vivo o muerto, optó por regresar la cubierta a su posición original, dándose el trabajo de apretar los pernos debidamente y retirarse de allí con la certeza de que a partir de allí el paradero del inspector se convertiría en una verdadera incógnita. Sin pretenderlo, dijo el Chalo, había cometido un crimen perfecto. Edison y este hombre con perfil de sicario prometieron dejar de verse y no volver jamás a referirse al hecho, ni compartirlo con nadie.

Días después Edison, que exprofeso había sido puesto en aislamiento, apartado del resto de la población penal e ignorante de los acontecimientos recientes, fue citado a una reunión con su abogado, quien lo esperaba en el lugar que gendarmería dispone para estos menesteres. Se despabiló de su autoexilio, recobró energías y lleno de entusiasmo, se preocupó de vestir bien para asistir a ese encuentro tan esperado.

Irradiaba una serena conformidad, ya que en su mente criminal tenía la certeza de que la ausencia en el juicio de su enemigo, el inspector Facundo Pineda, era la clave para eludir los cargos más complejos y obtener las suficientes prerrogativas que aligeraran su condena y, de paso, también la libertad de su compañera.

Edison estaba convencido de su inteligencia superior, y que entre sus pares era «el doctor». Mientras se dirigía al encuentro con su defensor en compañía de dos gendarmes, pensaba en el nivel de astucia que tuvo al urdir una trama tan perfecta desde la cárcel, que le permitiría volcar en su favor un juicio que le era adverso. Con aires de velada arrogancia y manteniendo en su rostro una leve sonrisa, se presentó en la sala donde lo esperaba su abogado, que venía acompañado en esta ocasión por un secretario de la fiscalía.

Al sentarse, Edison Ruiz encontró sobre la cubierta de la mesa un periódico. La portada publicaba la imagen del jardín de una casa en el corazón del Santiago antiguo. El plano general de una fotografía a color insinuaba que entre los montículos de tierra revuelta y flores marchitas, yacía una serie de macabros bultos. En la parte superior, en letras blancas y pequeñas, una frase contextualizaba el tenor de la noticia: «CLÍNICA ABORTIVA CLANDESTINA TENÍA SU PROPIO CEMENTERIO». Más abajo,

cubriendo con evidente intención las partes más escabrosas de la fotografía, sobresalía en letras grandes y de color sangre, un sugerente titular: «EL JARDÍN DE LOS INOCENTES».

Agradecimientos

Una consideración especial al detective Nelson Caro y a su familia. Y al periodista Antonio Riquelme.



CARLOS PINTO (Carlos Nelson Pinto Sepúlveda) nació en Santiago de Chile, el 12 de mayo de 1959, es un periodista, guionista y escritor chileno.

Inició su carrera periodística en Teleonce Universidad de Chile (hoy Chilevisión), en 1981 como reportero en *Teleonce Noticias* y *Teleonce al despertar*. Siete años más tarde se integró al programa de investigación *Informe Especial* de Santiago Pavlovic en TVN. También se desempeñó como periodista en programas como *Zoom deportivo*, *Aquí*, *Hotel O'Higgins*, *En Vivo* y *Siempre Lunes*.

En 1993, Carlos Pinto lanzó *Mea culpa*, programa sobre crímenes que se convertiría en el más visto de los programas de este género en la historia de la televisión chilena, con el que incluso obtuvo un premio APES en 1996 y el Copihue de Oro en 2005 como Mejor Programa Periodístico. Pinto ha desarrollado una especie de marca personal con sus apariciones en medio de las recreaciones, el estilo con que entrevista a los victimarios y su caminata entre las celdas de las cárceles, que frecuenta en búsqueda de los criminales.

Estrenó en 1999 el programa *El día menos pensado* que, a diferencia de *Mea culpa*, trata sobre experiencias paranormales. También fue presentador de *Gracias por la vida* (sobre la donación y trasplante de órganos) y *El cuento del tío* (sobre estafas económicas), todos programas que se basan en recreaciones de hechos reales.

En 2006 estrenó la serie de ficción *El aval* protagonizada por el actor Francisco Melo.

Fue el conductor del *reality El juego del miedo* de TVN, que fue sacado del aire al poco tiempo debido a su baja audiencia. A finales de 2011, Pinto decidió no renovar su contrato con TVN, tras 26 años en la estación estatal; sin embargo regresó al canal a fines de 2012 como parte del jurado del nuevo programa *Apuesto por ti*.

También se ha desempeñado como locutor de radio. En 2013 empezó su nuevo programa radial llamado *La noche de los ojos negros* de Radio Agricultura.

El 9 de septiembre de 2013 anunció la decisión de incorporarse a Mega. Sin embargo en 2015 no renovó contrato con dicho canal debido a la no aprobación de sus proyectos.

Canal 13 lo contrató en marzo de 2017 para un nuevo proyecto llamado *Irreversible*.

En 2018 hizo su debut literario con *El silencio de los malditos*, novela inspirada en hechos reales.

Al llegar a Chilevisión en el año 2019 tuvo un espacio en *La Mañana los días viernes*, analizando casos sobre crímenes llamado *Carlos Pinto Presenta* y desde octubre de 2020 hasta la actualidad tiene una nueva sección llamada *En Busca de la Verdad*, sobre casos criminales que aún no se han resuelto.

Es padre del futbolista y seleccionado nacional Sebastián Pinto.